

FLAVIO JOSEFO

LA GUERRA
DE LOS JUDÍOS

LIBROS IV-VII

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

LA GUERRA DE LOS JUDÍOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 264

FLAVIO JOSEFO

LA GUERRA DE LOS JUDÍOS

LIBROS IV-VII

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JESÚS M.^a NIETO IBÁÑEZ



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1999.

Depósito Legal: M. 42515-1997.

ISBN 84-249-1885-1. Obra completa.

ISBN 84-249-1998-X. Tomo II.

Gráficas Cóndor, S. A.

Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1999.

LIBRO IV

NOTA TEXTUAL

EDICIÓN DE NIESE¹

NUESTRO TEXTO

40 (9) δαπανᾷ δ' ἡ τύχη τι καὶ	παλίμπους δ' ἡ τύχη <i>L</i> ¹
58 (13) παρακλήσεως	παρακλήσει <i>L</i> ¹
96 (11) † γνωσθήσεσθαι	γνώσεσθαι <i>AM</i>
146 (3) προφάσεις	πρόφασιν <i>L</i> ¹ <i>VRC</i>
164 (21) † εἰ δεῖ μὴ	εἰ δὲ δεῖ <i>coni. Thackeray</i>
164 (1) εἰμὶ	εἶμι <i>Destinon, Thackeray</i>
193 (20) ἐλπίσαντας	ἄπελπίσαντας <i>Destinon,</i>
213 (5) ὅπλοις	ὅλοις, <i>MLVRC, Versio Latina</i>
367 (8) [ἡμῖν]	<i>om. Versio Latina, Thackeray</i>
388 (23) † ἔνθα	ἐνθέων <i>Holwerda</i>
517 (22) Ναῖν	Ἀῖν <i>Destinon</i>
547 (1) Φρηγδίακον	Βηδριακὸν <i>Hudson</i>
551 (12) Βήθηγά	Βηθηλά <i>VRC</i>
552 (17) Χαραβὶν	Ταφαραβὶν <i>Berol. 223, m. 2 Lips. gr. 37</i>
569 (20) ὦν ἐκεῖ	ῶκει <i>Destinon</i>
598 (14) συνετηρήσαμεν	ἀλλὰ καὶ συνεργήσιν <i>C</i>

SINOPSIS

DESDE EL ASEDIO DE GAMALA HASTA LA PARTIDA DE VESPASIANO A ROMA

(otoño del 67 - primavera del 70 d. C.)

[1. La conquista de Galilea. Gamala.](#) – [11. Vespasiano en la toma de Gamala.](#) – [54. Conquista del monte Itabirion.](#) – [62. Final de la ciudad de Gamala.](#) – [84. Rebelión de Giscala. Tito entra en acción.](#) – [97. Huida de Juan de Giscala a Jerusalén.](#) – [112. Caída de Giscala. Sumisión total de Galilea.](#) – [121. Juan de Giscala en Jerusalén.](#) – [128. Revueltas en Judea.](#) – [135. Los zelotes en Jerusalén. Sus crímenes.](#) – [158. Reacción del pueblo. Anano y su discurso.](#) – [193. Anano se enfrenta a los zelotes.](#) – [208. Traición de Juan de Giscala.](#) – [224. Los zelotes piden ayuda a los idumeos.](#) – [233. Los idumeos en Jerusalén. El discurso del sumo sacerdote Jesús.](#) – [270. Respuesta de Simón, jefe de los idumeos.](#) – [283. Los idumeos acampan ante los muros de Jerusalén.](#) – [288. Los zelotes permiten la entrada de los idumeos en la ciudad.](#) – [305. Ataque de idumeos y zelotes contra Anano.](#) – [314. Muerte de Anano y Jesús. Otras matanzas.](#) – [334. Falsos tribunales. El caso de Zacarías.](#) – [345. Retirada de los idumeos.](#) – [353. Aumenta la crueldad de los zelotes. Muerte de Gorión y Níger.](#) – [366. Vespasiano retrasa la toma de Jerusalén.](#) – [377. Deserciones judías. Respuesta de los zelotes.](#) – [389. Juan de Giscala y su tiranía.](#) – [398. Los sicarios ocupan Masadá. Su vandalismo en Judea.](#) – [410. Vespasiano ocupa Gadara.](#) – [419. Plácido en Jericó.](#) – [437. Plácido somete toda Perea.](#) – [440. Insurrección de la Galia. Vespasiano somete Judea e Idumea.](#) – [451. La región de Jericó y el valle del Jordán. La fuente de Eliseo.](#) – [476. El lago Asfaltitis. La región de Sodoma.](#) – [486. Toma de Gerasa.](#) – [491. Muerte de Nerón. Crisis política en Roma. Nuevo retraso del ataque a Jerusalén.](#) – [503. Simón, hijo de Giora, en Masadá. Se enfrenta a los zelotes.](#) – [529. Devastación de Idumea. La ciudad de Hebrón.](#) – [538. Los zelotes capturan a la mujer de Simón.](#) – [545. Guerra civil en Italia.](#) – [550. Vespasiano concluye la conquista de Judea.](#) – [556. Continúan las atrocidades de los zelotes.](#) – [566. Discordias entre los zelotes. Los idumeos frente a Juan de Giscala.](#) – [577. Simón se hace dueño de la situación.](#) – [585. Vitelio en Roma. Vespasiano es proclamado emperador.](#) – [605. Vespasiano en Egipto. Descripción de Alejandría.](#) – [616. La aclamación de Vespasiano recibe más apoyos.](#) – [622. Liberación de Josefo.](#) – [630. Muciano acude a Italia.](#) – [633. Antonio Primo y Cecinna. Derrota de los hombres de Vitelio en Cremona.](#) – [645. Guerra civil en Roma. Muerte de Vitelio.](#) – [656. Vespasiano regresa a Roma desde Alejandría. Tito aume el ataque a Jerusalén.](#)

La conquista de Galilea. Gamala

Después de la derrota de Tariquea² se [1] rindieron todos los galileos que, tras la conquista de Jotapata³, aún seguían enfrentados con los romanos. Estos últimos se apoderaron de todas las fortificaciones y de las ciudades, excepto Giscala⁴ y las que se hallaban en el monte Itabirion⁵. A éstas se unió la ciudad de Gamala⁶, [2] situada frente a Tariquea al otro lado del lago⁷. Esta población estaba dentro del territorio de Agripa⁸, junto con Sogane⁹ y Seleucia¹⁰, que pertenecían ambas a la Gaulanítide: Sogane formaba parte de la llamada Gaulanítide Superior y Gamala de la Inferior, mientras que Seleucia estaba al lado [3] del lago Semeconitis¹¹. La anchura de este lago es de treinta estadios y su longitud de sesenta. Sus terrenos pantanosos llegan hasta Dafne¹², un lugar encantador sobre todo por tener unas fuentes que abastecen al llamado Pequeño Jordán¹³, que discurre por debajo del Templo del Becerro de [4] Oro¹⁴ hasta desembocar en el gran Jordán. Agripa se había atraído a los habitantes de Sogane y Seleucia por medio de tratados al comienzo de la revuelta, si bien Gamala no se rendía, pues estaba confiada más que Jotapata en las dificultades [5] de su terreno. En efecto, desde una alta montaña se extiende un estrecho escabroso que en la mitad tiene una cresta, cuya elevación se prolonga tanto por delante como por detrás, de modo que presenta la forma de un camello. De aquí procede su nombre, pues los habitantes de esta zona no pronuncian el sonido exacto de esta palabra¹⁵. Por los [6] laterales y por delante está rodeada por barrancos intransitables; en cambio presenta menos dificultades de acceso en la parte de atrás, por donde se une a la montaña. Sus habitantes hicieron también complicado este paso mediante un foso, que excavaron allí en sentido transversal. Las casas que [7] había en la parte escarpada de la montaña estaban pegadas las unas a las otras de un modo asombroso. Parecía que la ciudad estaba suspendida en el aire y que desde arriba iba a

desplomarse sobre sí misma. Estaba orientada hacia el sur y [8] el promontorio que miraba a este lado y que alcanzaba una inmensa altura constituía la ciudadela de esta población. Debajo había un precipicio sin muralla que llegaba hasta un barranco muy profundo y en el interior de la muralla había una fuente, donde acababan los límites de la ciudad.

Josefo amuralló y fortificó con galerías subterráneas y [9] con fosos¹⁶ esta localidad, que ya por la naturaleza era difícil de atacar. Sus habitantes estaban más seguros que los de [10] Jotapata por la propia naturaleza del lugar, aunque el número de sus combatientes era inferior, pues, confiados en el terreno, no aceptaban a otras personas. A causa de la seguridad que proporcionaba la ciudad, ésta estaba llena de refugiados y por ello hizo frente durante siete meses a las tropas que Agripa había enviado para sitiaria¹⁷.

Vespasiano en la toma de Gamala

[11] Vespasiano salió de Amato (el nombre de esta ciudad podría traducirse por «baños termales», ya que en ella hay una fuente de agua caliente con propiedades curativas)¹⁸, donde tenía instalado su [12] campamento frente a Tiberiades¹⁹ y llegó a Gamala. Dada la posición de la ciudad, no fue capaz de rodearla totalmente de guardias, por lo que colocó guarniciones donde pudo y [13] ocupó la montaña que dominaba la población. Una vez que las legiones establecieron su campamento, tal y como suelen hacer habitualmente²⁰, Vespasiano empezó a construir terraplenes por la parte de atrás. En el este, donde estaba la torre más alta de la ciudad, se hallaba la legión décima quinta, en el centro de la ciudad actuaba la legión quinta y la décima [14] cubría los fosos y los barrancos. Entonces uno de los honderos dio al rey Agripa con una piedra en el codo derecho, cuando éste se acercaba a las murallas para intentar parlamentar sobre la rendición con los que estaban dentro. [15] Inmediatamente le rodearon sus hombres. La indignación por lo sucedido a su rey y el temor

que sentían por sí mismos hizo que los romanos se dedicaran con mayor ahinco al [16] asedio, puesto que eran conscientes de que los que se han comportado de una forma salvaje contra una persona de su misma raza, que les daba un consejo en su propio interés, no escatimarían crueldad contra extranjeros y enemigos²¹.

Cuando se concluyeron con gran rapidez los terraplenes, [17] debido a la gran cantidad de manos y a la costumbre que tenían en hacerlo, los romanos acercaron las máquinas. Los [18] hombres de Cares y de Josefo²², que eran los más importantes de la ciudad, pusieron en orden de batalla a los soldados, a pesar de que éstos estaban asustados, pues pensaban que no iban a aguantar el asedio mucho tiempo al no tener suficiente agua y otras provisiones. No obstante, consiguieron [19] llevarlos a la muralla con muchas voces de ánimo, y durante poco tiempo hicieron frente a los enemigos que se aproximaban con las máquinas. Sin embargo, al ser alcanzados por las catapultas y las balistas²³, se retiraron al interior de la ciudad. Los romanos se acercaron y atacaron la [20] muralla por tres puntos con los arietes. A través de las brechas abiertas penetraron no sin hacer mucho ruido con las trompetas y con las armas, y con gritos de guerra entraron en combate con los que defendían la ciudad. De momento [21] los judíos resisten la entrada de los primeros romanos, impiden que éstos avancen más dentro y les hacen frente con valor. Sin embargo, forzados por la muchedumbre que les [22] salía al encuentro por todos los sitios, se dirigen a las zonas altas de la ciudad y, como los enemigos les perseguían, se volvieron contra ellos, los empujaron por la pendiente y allí, acorralados por la estrechez y la dificultad del lugar, los [23] mataron. Y, al no poder defenderse de los que venían por arriba ni pasar a través de los suyos que los empujaban hacia adelante, se refugiaron en las casas de sus enemigos, que [24] tenían los techos pegados al suelo²⁴. Pero, cuando se llenaron de gente y ya no podían soportar el peso, enseguida se derrumbaron. Con

que se cayera una de ellas, hacía que se desplomaran otras muchas que estaba debajo, y éstas, a su [25] vez, hacían lo mismo con otras. Esto acabó con la vida de un gran número de romanos; ante las dificultades saltaron sobre los tejados, a pesar de que veían hundirse las casas. Muchos fueron sepultados por los escombros y un gran número de ellos pudo escapar, aunque con heridas en alguna parte del cuerpo; la mayoría murió asfixiada por el polvo [26] que se levantaba. Los habitantes de Gamala creyeron que esto era obra de Dios y, sin tener en cuenta el daño que se hacían a sí mismos, continuaron su estrategia: empujaban a los enemigos hacia los tejados, mientras disparaban desde lo alto y mataban a los que resbalaban por las empinadas calles [27] y a todos los que caían. De los escombros sacaban gran cantidad de piedras, y los cadáveres enemigos les proporcionaban armas. Con las espadas de los que ya habían fallecido [28] remataban a los que tardaban en morir. Muchos romanos perdieron su vida al arrojar desde las casas que se [29] venían abajo. No era nada fácil huir, ya que por no tener idea de las calles y al no reconocerse entre ellos mismos por la densa polvareda, volvían hacia atrás y caían los unos sobre los otros.

[30] Los que a duras penas encontraron la salida se alejaron [31] de la ciudad. Vespasiano, que siempre estaba junto a los suyos cuando se hallaban en una situación comprometida, se llenó de una gran pena al ver que la ciudad se había derrumbado sobre su ejército. Se olvidó entonces de su propia seguridad y, sin darse cuenta, poco a poco llegó a la parte más alta de la ciudad, donde se vio totalmente solo ante el peligro con un pequeño grupo de soldados. Su hijo Tito no [32] estaba en ese momento con él, pues lo había enviado a Siria junto a Muciano²⁵. A pesar de ello, no le pareció seguro ni [33] conveniente volverse atrás. Al contrario, por el recuerdo de los esfuerzos que había soportado desde su juventud²⁶ y de su propia valentía personal, como si estuviera poseído por Dios²⁷, hizo que sus hombres se protegieran sus cuerpos y sus

armaduras con los escudos. Así aguantó el ataque que se [34] precipitaba desde lo alto sin temer la gran cantidad de soldados ni de flechas, hasta que los enemigos redujeron su embestida, al ver que el valor de su alma tenía un origen sobrenatural. Como entonces disminuyó el ataque, Vespasiano [35] retrocedió lentamente sin dar la espalda, hasta que se vio fuera del muro. Muchos fueron los romanos que perecieron [36] en este combate. Entre ellos se encontraba el decurión Ebucio, personaje que no sólo se distinguió en esta lucha, sino que también lo había hecho antes en otras partes²⁸ y había ocasionado innumerables males a los judíos. Un centurión llamado Galo, rodeado en medio del tumulto, [37] se introdujo en una de las casas con diez soldados. Como [38] el propio Galo y sus hombres eran sirios, entendieron lo que sus ocupantes hablaban durante la cena acerca de lo que el pueblo planeaba contra los romanos y en su propia defensa. Por la noche este centurión salió contra ellos, los mató a todos y con sus soldados se refugió sano y salvo en el campamento romano.

[39] Vespasiano consolaba a su ejército, que, sin conocer las desgracias, se hallaba desanimado por el hecho de que hasta entonces nunca había sufrido una derrota tan grande y, sobre todo, porque estaba avergonzado de haber abandonado a [40] su general solo ante los peligros. Vespasiano, sin hacer ninguna referencia a sí mismo, para que de ningún modo pareciera que les criticaba, les dijo que era preciso soportar valientemente los males que son comunes a todos, pues había que tener en cuenta la naturaleza de la guerra, ya que nunca se obtiene la victoria sin derramamiento de sangre y la Fortuna [41] es inconstante²⁹. Sin embargo, tras haber matado a tantos miles de judíos, ellos habían pagado a la divinidad³⁰ [42] sólo un pequeño tributo. Y así como es propio de personas vulgares ensoberbecerse en exceso ante la prosperidad, así también es propio de gente débil hundirse ante las desgracias. «Pues el cambio de una situación a otra es rápido y es mejor aquel que

se mantiene sobrio incluso en la buena suerte, para que pueda también enfrentarse con arrojo a la [43] adversidad. Sin embargo, los hechos de ahora no han ocurrido por vuestra debilidad ni por el valor de los judíos, sino que las dificultades del terreno han sido la causa de su éxito y de vuestra derrota. En relación con ello alguien os podría [44] echar en cara vuestro descontrolado coraje, pues, cuando los enemigos se refugiaron en la parte elevada de la ciudad, teníais que haber retrocedido y no ir detrás de los peligros que os sobrevenían desde arriba. Os debíais haber apoderado de la zona baja de la ciudad y desde un lugar seguro haber provocado poco a poco a entrar en un combate con garantías a los que habían huido arriba. Sin embargo, al perseguir la victoria sin medida os habéis olvidado de vuestra seguridad. No es [45] propio de los romanos obrar irreflexivamente en la guerra y atacar a lo loco, pues nosotros hacemos todo según un orden y de acuerdo con la experiencia. En cambio, este comportamiento es algo propio de gente bárbara y en ello es en lo que precisamente más destacan los judíos³¹. Por tanto, hemos [46] de volver a nuestra propia virtud e indignarnos antes que desanimarnos por esta derrota inmerecida. Que cada [47] uno busque el mejor alivio con su propia mano, pues de esta forma vengaréis a los que han muerto y castigaréis a los que les dieron muerte. Yo por mi parte, como he hecho ahora, [48] intentaré en todas las batallas ir contra el enemigo delante de vosotros y ser el último en retirarme».

Con estas palabras reanimó al ejército. Los habitantes de [49] Gamala se llenaron de confianza durante un pequeño espacio de tiempo a causa de la inesperada e importante victoria que habían obtenido. Pero después, cuando se dieron cuenta [50] de que no tendrían ni siquiera la posibilidad de llegar a un acuerdo y cuando comprendieron que no podían huir, pues ya faltaban las provisiones, se llenaron de un terrible desánimo y se quedaron con el espíritu decaído. A pesar de todo [51] no se olvidaban, en la medida de lo posible, de su

salvación, sino que los más valientes custodiaban las partes derribadas de la muralla y los demás permanecían en las zonas [52] que aún quedaban en pie. Cuando los romanos levantaron los terraplenes y de nuevo intentaron el ataque, la mayoría de los judíos salió corriendo de la ciudad por impracticables barrancos, donde precisamente no había guardias, y por galerías [53] subterráneas³². Todos los que se quedaron dentro de la ciudad por miedo a ser cogidos, murieron de inanición, ya que todas las provisiones habían sido requisadas para los que podían combatir.

Conquista del monte Itabirion

[54] Los habitantes de Gamala resistían tales calamidades, mientras³³ que Vespasiano, como un hecho más del asedio, se puso también en acción contra los que habían ocupado el monte Itabirion, que está entre la Gran [55] Llanura³⁴ y Escitópolis³⁵. Este monte tiene una altura de treinta estadios y es casi inaccesible por el lado norte. En su cima hay una planicie de veintiséis estadios fortificada por todos sus lados³⁶. [56] Josefo había levantado en cuarenta días estas murallas tan grandes³⁷ y les había provisto de agua y otros recursos traídos de abajo, ya que sus habitantes no disponían más que del agua de la lluvia. Como se había reunido allí mucha gente, Vespasiano envió [57] a Plácido con seiscientos jinetes. Al ser imposible entrar en el [58] lugar, exhortó a la mayoría de sus habitantes a llegar a un acuerdo de paz con la esperanza de que iban a obtener un buen trato y con el consejo de que lo aceptaran. Los de Gamala bajaron con malas [59] intenciones. Plácido³⁸ les hablaba con gran afabilidad, pues pretendía capturarlos en la llanura, mientras que los judíos, por su parte, descendían como si realmente le fueran a hacer caso, pero su intención era caer sobre él cuando estuviera desprevenido. Sin [60] embargo fue la artimaña de Plácido la que triunfó. Cuando los judíos iniciaron el combate, él fingió huir, arrastró a sus perseguidores un gran trecho por la llanura y volvió

contra ellos su caballería. Así les obligó a huir, acabó con la vida de la mayoría de esta gente y al resto le cortó el camino y le impidió la retirada. Los que [61] habían abandonado el monte Itabirion se refugiaron en Jerusalén, mientras que la gente del lugar aceptó las propuestas de Plácido, pues ya les faltaba el agua, y se entregaron ellos mismos y el monte a Plácido.

Final de la ciudad de Gamala

Los habitantes de Gamala más audaces [62] consiguieron huir sin ser vistos, mientras que los débiles murieron de hambre. Los combatientes resistieron el asedio hasta [63] que el día veintidós del mes Hiperbereteo³⁹ tres soldados de la décimoquinta legión se arrastraron durante la guardia del amanecer⁴⁰ hasta la torre que tenían frente a ellos y la [64] minaron en secreto. Los centinelas que estaban sobre ella no se dieron cuenta de que estos soldados se acercaban, ya que era de noche, ni de que ya estaban allí. Los tres individuos, sin hacer ruido, echaron a rodar las cinco piedras más grandes [65] y se retiraron de un salto hacia atrás. La torre se vino al suelo súbitamente con gran estruendo. Los guardias se precipitaron abajo junto con ella, mientras que los demás centinelas [66] huyeron llenos de miedo. Los romanos aniquilaron a muchos de los que se atrevieron a abrirse paso, entre los que se encontraba Josefo⁴¹, al que un soldado hirió y mató [67] cuando se escapaba por la parte derribada de la muralla. Los que estaban dentro de la ciudad, asustados por el ruido, corrían agitados sin parar de un lado para otro, como si todos [68] los enemigos estuvieran ya en el interior. Entonces murió también Cares, que yacía enfermo, pues un gran temor había contribuido a que su enfermedad desembocara en la [69] muerte. Sin embargo, los romanos, que recordaban el desastre anterior⁴², no entraron hasta el día veintitrés de dicho [70] mes.

Tito, que ya estaba presente⁴³, airado por la derrota que los romanos habían sufrido en su ausencia, reunió doscientos [71] jinetes, además de algunos soldados de infantería, y penetró en silencio en la ciudad. Los centinelas, cuando se percataron de ello, corrieron a gritos por las armas. Tan pronto como la gente de la ciudad se enteró de su llegada, unos cogieron a sus hijos y mujeres y los arrastraron para refugiarse en la ciudadela con llantos y gritos, mientras otros, que salieron al encuentro de Tito, perecían sin parar. Todos [72] los que no pudieron correr a la parte alta cayeron desconcertados en los puestos de guardia de los romanos. En todos los sitios se oían los innumerables gemidos de los que morían, y la sangre que fluía por las pendientes cubría toda la ciudad. Vespasiano [73] vino con todos sus hombres para colaborar en el ataque contra los que se habían refugiado en la ciudadela. La cima era [74] por todos los lados rocosa y de difícil acceso, pues tenía una inmensa altura y estaba llena de abismos que la rodeaban por todos los sitios y abierta a los precipicios⁴⁴. Desde allí los judíos [75] atacaban a los enemigos que se acercaban con diversos proyectiles y con piedras, que hacían rodar desde arriba. Ellos, en cambio, al estar en una posición alta, no podían ser alcanzados por los disparos de los legionarios. Pero para su desgracia sobrevino [76] contra ellos una milagrosa tormenta que les atraía las flechas de los romanos, mientras que daba la vuelta a las suyas y las desviaba hacia otro lado. Los judíos en su posición escarpada, [77] por la fuerza del viento y la falta de suelo firme, no podían mantenerse en pie ni ver a los enemigos que se aproximaban a ellos. Los romanos subieron la cima, rodearon a los [78] hebreos y acabaron con la vida de los que se defendían y de los que les tendían sus manos en actitud de rendición. El recuerdo de los que habían perecido en el primer ataque⁴⁵ a Gamala encendió la ira romana contra todos. Muchos judíos, que habían perdido la esperanza de salvación, al verse rodeados por todas [79] partes se arrojaron ellos mismos, junto con sus hijos y mujeres, al

barranco que debajo de la ciudadela se había abierto con una [80] gran profundidad⁴⁶. En consecuencia, la cólera de los romanos parecía más suave que locura de los vencidos contra sí mismos. Cuatro mil judíos fueron degollados por los romanos, mientras que se vio que fueron más de cinco mil los que se precipitaron [81] por el barranco. No se salvó nadie, excepto dos mujeres⁴⁷; ambas eran hijas de la hermana de Filipo⁴⁸. Este Filipo era hijo de un tal Jácimo, un varón ilustre que había sido comandante del [82] rey Agripa. Estas mujeres se salvaron porque escaparon al furor romano en la toma de la ciudad, ya que no perdonaron ni siquiera a los niños pequeños, sino que en varias ocasiones cogieron a muchos de ellos y los arrojaron desde la ciudadela. De [83] esta forma fue tomada Gamala el día veintitrés del mes de Hiperbereteo⁴⁹, cuando su revuelta se había iniciado el día veinticuatro del mes de Gorpieo⁵⁰.

Rebelión de Giscala. Tito entra en acción

[84] Solamente faltaba por someter Giscala⁵¹, una pequeña población de Galilea. Sus habitantes deseaban la paz, pues en su mayor parte eran agricultores y siempre tenían puestas sus esperanzas en las cosechas. Sin embargo, para su desgracia, se había introducido entre ellos una pandilla no pequeña de bandidos⁵², a los que se habían unido también algunos ciudadanos. A este grupo lo [85] dirigía e incitaba a la revuelta Juan, hijo de Leví, persona falaz, de un carácter muy astuto, dispuesto a tener grandes esperanzas y hábil para realizar sus ambiciones. Todos sabían que quería la guerra para obtener el poder⁵³. Él fue el creador de [86] un grupo de sediciosos entre los habitantes de Giscala, que hizo que el pueblo, que tal vez habría enviado embajadores para negociar la rendición, esperara la llegada de los romanos en actitud hostil. Vespasiano envió contra ellos a Tito con mil [87] jinetes y se llevó la décima legión a Escitópolis. Mientras, él [88] mismo con dos de las legiones que le quedaban regresó a Cesarea⁵⁴

para que descansaran de sus múltiples fatigas y porque creía que de esta forma, con la abundancia de bienes de estas ciudades, revitalizaría sus cuerpos y sus ánimos para las luchas futuras. Pues veía el gran esfuerzo que aún le quedaba [89] por hacer en Jerusalén, una ciudad real, capital de toda la nación, donde acudían todos los que huían de la guerra. La solidez [90] natural de esta ciudad y la construcción de sus murallas hacía que su preocupación no fuera casual. Pensaba, además, que el valor y la audacia de sus habitantes serían difíciles de vencer, aun sin tener en cuenta las murallas. Por ello entrenaba [91] a sus soldados como atletas antes del combate.

A Tito, que se había aproximado a Giscala con la caballería, [92] le era fácil tomar por asalto la ciudad. Sin embargo, como sabía que, si se apoderaba de ella a la fuerza, toda su gente sería ejecutada por los soldados, prefería más bien ganar la ciudad mediante un acuerdo, pues él estaba ya harto de muertes y se apiadaba de la mayor parte del pueblo que era aniquilado sin distinción juntamente con los culpables⁵⁵. [93] Por ello, dado que la muralla estaba repleta de hombres, que en su mayor parte pertenecían al grupo criminal, les dijo que se preguntaba con asombro en quién tendrían puestas sus esperanzas para hacer frente a las armas de los romanos ellos solos, cuando toda la ciudad había sido ya conquistada. [94] Pues habían visto cómo ciudades mucho más sólidas habían sucumbido con un único ataque, y cómo disfrutaban seguros de sus propios bienes todos los que habían confiado en los pactos con los romanos, precisamente los que ahora [95] él les ofrecía sin guardarles rencor por su insolencia. Se podía perdonar la esperanza de libertad, pero no la insistencia [96] en empresas imposibles. Si no confiaban en sus palabras amistosas ni en las pruebas de fidelidad que les daba, probarían la dureza de sus armas y pronto verían cómo las máquinas romanas abatirían la muralla, pues al confiar en ella demostrarían ser, ellos solos entre los galileos, unos prisioneros de guerra insolentes.

Huida de Juan de Giscala a Jerusalén

[97] No sólo no se permitió a nadie del pueblo responder ante estas palabras, sino ni siquiera subir al muro, ya que todo había sido ocupado antes por los bandidos. Había también centinelas en las puertas para que nadie saliera a negociar y para que no dejasen entrar [98] en la ciudad a ninguno de los soldados de caballería. El propio Juan dijo que le parecían bien estas propuestas y que convencería u obligaría a aceptarlo a los que se oponían a ello. Sin embargo, era preciso que Tito les respetara aquel [99] día, que era sábado, pues en esta jornada la ley judía prohibía hacer uso de las armas así como concertar un tratado de paz⁵⁶. Los romanos no desconocían que, cuando llegaba el [100] séptimo día de la semana, los judíos no realizaban ningún trabajo, y que en este incumplimiento de la ley pecaba tanto el que obligaba a cometer tal impiedad como el que se veía forzado a ello. El retraso no produciría ningún daño a Tito, [101] pues por la noche qué otra cosa podrían emprender sino la huida, cuando, además, le era posible impedirselo si rodeaba la ciudad con su campamento. Para los judíos, en cambio, [102] tenía mucha importancia no transgredir la leyes sagradas, y convenía que la persona que les ofrecía una paz salvadora, que no se esperaban, respetara sus costumbres. Con estos [103] razonamientos Juan engañó a Tito, pues su mayor interés no era el respeto del sábado, sino su propia salvación. Tenía miedo de ser capturado nada más caer la ciudad y por ello ponía sus esperanzas de conservar la vida en huir por la noche. Era una obra de Dios⁵⁷, que salvó a Juan para ruina de [104] Jerusalén, no sólo el hecho de que Tito se dejara persuadir con el pretexto de este retraso, sino el que acampara más lejos de la ciudad, cerca de Cidasa⁵⁸. Era ésta una aldea fortificada, [105] en el interior del territorio de los tirios, que siempre había mantenido una actitud bélica y de odio contra los galileos. La base de las diferencias con la nación judía era su gran número de habitantes y su posición fortificada.

[106] Por la noche Juan, al ver que no había ningún guardia romano alrededor de la ciudad, aprovechó la ocasión y huyó hacia Jerusalén no sólo con soldados, sino también con numerosas [107] personas no armadas junto con sus familias. Pudo llevar con él a una multitud de mujeres y niños a lo largo de veinte estadios, a pesar de estar angustiado por el miedo de ser capturado y de perder la vida. Sin embargo, cuando hubo avanzado más adelante, aquella gente fue dejada atrás y eran terribles los gemidos de los que se vieron abandonados. [108] Pues cada uno de ellos, cuanto más se alejaba de los suyos, tanto más cerca creía estar del enemigo. Llenos de miedo pensaban que ya estaban próximos a ellos los que les iban a hacer prisioneros y se daban la vuelta al oír el ruido que ellos mismos producían en su carrera, como si ya estuvieran [109] encima los enemigos de los que huían. La mayoría fue a parar a lugares infranqueables y la rivalidad por adelantarse [110] unos a otros en el camino acabó con muchos de ellos. Era digna de lástima la muerte de mujeres y niños. Algunas mujeres tuvieron el valor de llamar a sus maridos y familiares [111] con súplicas para que las esperaran. Pero prevaleció la orden de Juan, que les gritaba que se salvaran a sí mismos y que huyeran allí donde pudieran vengarse de los romanos en el caso de que éstos capturaran a los judíos dejados atrás. Así pues, la multitud de los fugitivos se dispersó según la fuerza y rapidez de cada uno.

Caída de Giscala. Sumisión total de Galilea

De día, Tito se presentó ante las murallas [112] para concluir el tratado. El pueblo [113] le abrió las puertas, acudió allí junto con sus familias y le aclamó como benefactor y libertador de la guarnición que dominaba la ciudad. A la vez le informaron de la huida de Juan, le [114] pidieron que les perdonara y que dentro castigara a los rebeldes que aún quedaban. Tito dejó en un segundo plano las [115] peticiones del pueblo y envió una unidad de caballería en persecución de

Juan. Los soldados no le capturaron, pues se había dado prisa en refugiarse en Jerusalén. Sin embargo mataron a unos seis mil hombres de los que habían escapado con él y apresaron a poco menos de tres mil mujeres y niños después de haberlos rodeado. Tito se sintió disgustado [116] por no haber castigado inmediatamente a Juan por el engaño, si bien fue suficiente consuelo para su decepcionado ánimo el tener un destacado número de prisioneros y de muertos. Entró en la ciudad entre aclamaciones y, una vez [117] que dio a sus soldados la orden de derribar una pequeña parte de la muralla en señal de que había sido sometida, refrenó más con amenazas que con un castigo a los que revolucionaban la ciudad. Muchos habrían delatado a inocentes [118] por odios personales y diferencias particulares, en el caso de que Tito buscara a los merecedores de una sanción. Por ello, era mejor dejar al culpable en la inseguridad del miedo que ejecutar con él a alguno de los que no lo merecían⁵⁹. Pues [119] tal vez aquél, por miedo al castigo, podría ser sensato, al sentirse avergonzado por los males cometidos, mientras que el suplicio aplicado injustamente ya no tiene remedio. Se [120] aseguró de la ciudad con una guarnición con la que pudiera reprimir a los sediciosos y llenar de valor a los partidarios de la paz. De esta forma fue tomada toda Galilea, que con muchos sudores sirvió de entrenamiento a los romanos para la toma de Jerusalén.

Juan de Giscala en Jerusalén

[121] Con la entrada de Juan en Jerusalén todo el pueblo salió a la calle. Una innumerable multitud se agrupó en torno a cada uno de los fugitivos y les preguntaba sobre las desgracias que habían padecido [122] en el exterior. Su respiración aún ardiente y fatigada evidenciaba el sufrimiento. Sin embargo, a pesar de estas desgracias, ellos seguían fanfarroneando, pues decían que no habían huido de los romanos, sino que habían venido para [123] luchar contra ellos desde una posición segura. Pues era ilógico e inútil arriesgarse con temeridad por

Giscala y por poblaciones débiles, cuando era necesario reservar armas y [124] fuerzas para la defensa de la metrópoli. De esta manera dieron a entender que Giscala había sido tomada, y la mayoría de la gente entendió como huida lo que ellos por decoro [125] llamaban retirada. Cuando se conoció la noticia de lo acaecido a los prisioneros, se apoderó del pueblo una tremenda confusión y consideró estos hechos como claros indicios de la [126] toma de su propia ciudad⁶⁰. Juan no se ruborizó lo más mínimo por los que habían sido abandonados atrás, sino que acudía a unos y a otros y les incitaba a la guerra con esperanzas. Les hacía suponer que los romanos eran débiles y exageraba su propia fuerza. Se burlaba de la gente inexperta [127] al afirmar que los romanos no podrían atravesar las murallas de Jerusalén, ni aunque tuvieran alas⁶¹, pues habían tenido dificultades en las aldeas de Galilea⁶² y habían estropeado sus máquinas en el derribo de sus fortificaciones.

Revueltas en Judea

Con estas palabras arrastró a la mayoría [128] de los jóvenes y los empujó a la guerra. Sin embargo, no había ningún anciano ni persona sensata que no previese lo que iba a ocurrir y no llorase como si ya se hubiera perdido la ciudad. El pueblo se hallaba en tal [129] confusión, mientras que la gente del campo se había adelantado a la revuelta de Jerusalén⁶³. Tito había partido de [130] Giscala a Cesarea, y Vespasiano de Cesarea a Jamnia⁶⁴ y a Azoto⁶⁵. Conquistó estas dos ciudades, estableció guarniciones y se retiró con un destacado número de individuos [131] que se habían unido a él por un acuerdo⁶⁶. En cada una de las ciudades se produjeron disturbios y luchas civiles⁶⁷. Cuando los judíos se tomaban un respiro de la guerra con los romanos, se enzarzaban entre sí. Era muy dura la contienda entre los partidarios de la guerra y los que anhelaban [132] la paz. En primer lugar surgieron disputas en familias que antes habían estado en armonía, y, en segundo lugar,

personas que eran muy amigas se rebelaron unas contra otras y cada uno se unía a aquellos que tenían sus mismas pretensiones, [133] de modo que así se enfrentaban por grupos. Por todos los sitios había sedición; los rebeldes y los que deseaban luchar predominaban por su juventud y por su audacia sobre [134] los ancianos y personas sensatas. Primero se dedicaron, cada uno por su parte, al pillaje entre los habitantes de su zona, luego, organizados en grupos, hicieron bandidaje por el resto de la región, de tal forma que sus compatriotas no veían ninguna diferencia entre éstos y los romanos a causa de su crueldad y su injusticia, y a los que lo sufrían les parecía mucho más soportable la sumisión a Roma.

Los zelotes en Jerusalén. Sus crímenes

Las guarniciones de las ciudades poco [135] o nada ayudaron a la gente afectada por estas calamidades, ya sea por temor a tener problemas o por odio hacia los judíos⁶⁸. Hasta que los jefes de los malhechores de todos los lugares, hartos de hacer rapiñas en la región, se reunieron, formaron una banda del mal y penetraron en Jerusalén para llevarla a la ruina. La ciudad no tenía [136] jefe militar y, de acuerdo con una costumbre de sus antepasados, acogía sin tomar precauciones a todos los de su raza⁶⁹. En aquel momento sus habitantes pensaban que todos los que venían lo hacían como aliados con buenas intenciones. Esto es lo que más tarde hundió a la ciudad, incluso sin [137] tener en cuenta la revuelta. Pues esta multitud de gente inútil y vaga consumió antes de tiempo las provisiones que habrían sido suficientes para los soldados, y así, además de la guerra, atrajo sobre la ciudad la discordia y el hambre⁷⁰.

[138] Cuando llegaron a Jerusalén otros bandidos del campo y se unieron a los de dentro⁷¹, que eran peores que ellos, no [139] hubo iniquidad que no cometieran. No sólo se limitaron a rapiñas y robos, sino que llegaron incluso a asesinar, no por la noche, a escondidas y al primero que se

encontraran, sino [140] abiertamente, de día y a personalidades distinguidas. En primer lugar cogieron y encerraron a Antipas⁷², miembro de la familia real y uno de los más poderosos de la ciudad, hasta el punto de que se le había confiado el tesoro público. [141] Luego hicieron lo mismo con Levia, uno de los notables, con Sifa, hijo de Aregetes, que también eran ambos de linaje regio, y después con los que ocupaban puestos destacados [142] en el país. Un espanto terrible se apoderó del pueblo y, como si la ciudad hubiera sido ya tomada al ataque, cada uno buscaba su propia salvación.

[143] No les bastó con encadenar a los prisioneros ni les pareció seguro custodiar así durante mucho tiempo a personajes importantes. [144] Pues sus familias, que no disponían de pocos hombres, podrían vengarse y, además, tal vez el pueblo se opondría [145] y se alzaría contra estos crímenes. Cuando decidieron acabar con ellos, enviaron para este fin a un tal Juan, que era el más experto asesino. En la lengua del país se llamaba «Hijo de Dorcas»⁷³. Con él penetran en la prisión diez hombres armados con espadas y degollan a los cautivos. Para un crimen [146] tan grande fingieron una gran mentira y excusa: decían que ellos habían negociado con los romanos la entrega de Jerusalén y que habían ejecutado a los traidores de la libertad común. En resumen, se jactaban de sus audaces crímenes como si fueran bienhechores y salvadores de la ciudad.

El pueblo⁷⁴ llegó a tal punto de abatimiento y de terror, y [147] los malhechores a tanta soberbia que incluso estuvo en sus manos el elegir a los sumos sacerdotes. Dejaron sin vigor el derecho [148] de las familias, de las que se nombraban por sucesión a los sumos sacerdotes, y pusieron en este cargo a personas desconocidas y sin linaje noble, para que fueran cómplices de sus impiedades⁷⁵. Pues la gente que consigue un alto cargo sin merecérselo [149] está obligada a obedecer a los que les han concedido tal honor. Con todo tipo de

maquinaciones y calumnias provocaron [150] enfrentamientos entre las autoridades, pues así sacaban provecho de las disensiones internas de los que podían ser un obstáculo para sus empresas. Hasta que, hartos ya de cometer injusticias contra los hombres, volvieron su insolencia contra Dios y entraron en el santuario con sus sucios pies.

Entonces el pueblo se levantó contra ellos. Le dirigía [151] Anano⁷⁶, el más anciano de los sumos sacerdotes, un hombre muy sensato que tal vez habría salvado la ciudad si se hubiera librado de las manos de los conspiradores. Éstos convirtieron el Templo de Dios en su propia fortaleza y en un refugio contra las revueltas del pueblo. El lugar santo fue [152] para ellos el centro de su tiranía. A estos males se añadió la [153] burla, que era más insoportable que sus crímenes. Para probar el abatimiento del pueblo y hacer alarde de su fuerza se dispusieron a elegir por sorteo a los sumos sacerdotes, cuando, según hemos dicho⁷⁷, la elección era por sucesión [154] hereditaria. La excusa para esta artimaña era una antigua costumbre, pues decían que ya antes la elección del sumo sacerdocio era por sorteo⁷⁸. Sin embargo, en realidad se trataba de la eliminación de una norma muy consolidada y una estratagema para obtener el poder y ser ellos mismos los que designaran los cargos.

[155] Mandaron llamar a una de las tribus pontificales⁷⁹, llamada Eniaquim⁸⁰, y eligieron a suertes al sumo sacerdote. El azar seleccionó a la persona que mejor puso en evidencia la ilegalidad de esta gente, un tal Fani⁸¹, hijo de Samuel, de la aldea de Aftia⁸², que no sólo no descendía de sumos sacerdotes, sino que por su incultura ni siquiera sabía con claridad qué era el sumo sacerdocio. A este individuo lo sacaron [156] del campo, en contra de su voluntad, como si estuviera en el teatro le pusieron una máscara que no le correspondía, una vestimenta sagrada y le enseñaron lo que era necesario hacer en tal ocasión⁸³. Esta impiedad tan grande fue para ellos [157] motivo de risa y de juego, mientras que los

demás sacerdotes, que observaban desde lejos esta burla de la ley, se pusieron a llorar y se lamentaban por la profanación de los honores sagrados.

Reacción del pueblo. Anano y su discurso

El pueblo no aguantó esta audacia, sino [158] que todos se alzaron como si fueran a destruir una tiranía. Los que eran considerados [159] ciudadanos principales, Gorión, hijo de José⁸⁴, y Simeón, hijo de Gamaliel⁸⁵, incitaron a la gente, cuando estaba reunida en asambleas, y de forma individual, cuando acudían a visitarla, para que castigara de una vez a los destructores de la libertad y [160] para que limpiara el Lugar Santo de estos homicidas. Los sumos sacerdotes más famosos, Jesús⁸⁶, hijo de Gamala, Anano, hijo de Anano, que muchas veces en las asambleas habían reprochado al pueblo su apatía, le instigaban contra [161] los zelotes. Estos malhechores se habían dado este nombre como si tuvieran celo por realizar buenas acciones, y no por los tremendos crímenes que llevaron a cabo en exceso⁸⁷.

[162] Se reunió, entonces, el pueblo en una asamblea y todos se indignaron por la ocupación del recinto sagrado, por las rapiñas y por los asesinatos, aunque no se decidieron a vengarse porque pensaban que los zelotes eran muy difíciles de derrotar, lo que realmente era cierto. Se levantó en medio de ellos Anano y, después de dirigir su mirada muchas veces [163] hacia el Templo, dijo con los ojos llenos de lágrimas: «Para mí hubiera sido mejor morir antes que ver la casa de Dios llena de tantos sacrilegios y los lugares impenetrables y sagrados [164] ultrajados por pies homicidas. Sin embargo, vestido con la túnica de sumo sacerdote y llamado con el más venerable de los nombres⁸⁸, estoy vivo y sigo apegado a la vida, sin esperar para mi vejez una muerte gloriosa. Si es necesario, iré sólo y como en un desierto yo seré el único que entregue mi vida a Dios⁸⁹. ¿Por qué hay que vivir con un pueblo [165] que no atiende a las desgracias y en el que ya no

existe forma de oponerse a los males que han caído sobre ellos? Cuando os saquean, no os oponéis a ello, cuando os golpean, os calláis. Nadie se lamenta públicamente por los que han sido asesinados. ¡Ay, amarga tiranía! ¿Pero por qué critico a los [166] tiranos? ¿No han crecido éstos por culpa de vuestra resignación? Pues vosotros no hicisteis caso de sus primeras reuniones, [167] cuando aún eran pocos, y así aumentasteis su número con vuestro silencio. Al dejar que se armaran habéis vuelto sus tiros contra vosotros mismos, cuando debíais haber reprimido [168] sus primeras embestidas, en el momento que atacaban con ultrajes a sus compatriotas. Con vuestra despreocupación habéis incitado a los malvados a las rapiñas, sin que hubiera una palabra de protesta por las casas saqueadas. Por ello cogieron también a sus mismos dueños y, cuando los arrastraron por medio de la ciudad, nadie se opuso a ello. Ultrajaron con cadenas [169] a aquellos que vosotros les entregasteis, y no quiero decir cuántos y quiénes fueron. Pero nadie salió en ayuda de estas personas que habían sido encadenadas sin ser acusadas ni condenadas. La consecuencia de ello fue que llegamos a ver asesinada [170] a esta gente. Observamos los hechos, como cuando de un rebaño de animales irracionales se elige siempre al mejor para el sacrificio y nadie levanta la voz ni, mucho menos, alza la [171] mano. Por tanto, soportad, soportad el ver pisoteados los lugares sagrados y no sufráis por sus excesos, vosotros que habéis facilitado a esta gente impía los escalones de sus audaces crímenes. Pues, sin duda, ahora abordarían empresas mayores, si tuvieran para destruir algo más importante que el Templo. [172] Dominan la parte más fortificada de la ciudad, ya que ahora se ha de considerar el Templo como una ciudadela o como una fortaleza. ¿Cuáles son vuestros planes y contra quiénes vais a encender vuestra cólera, si tenéis una tiranía tan bien protegida y veis que los enemigos están por encima de vosotros? [173] ¿Es que esperáis que los romanos vengan en auxilio de vuestros lugares sagrados? ¿Tan extrema

es la situación de la ciudad y a tantas calamidades hemos llegado, para que incluso los enemigos se apiaden de nosotros? ¿Vosotros, los más [174] desdichados de todos los hombres, no os vais a levantar, ni os vais a revolver contra los golpes, como vemos que ocurre con los animales, ni a defender de los que os atacan? ¿No os olvidaréis ninguno de vosotros de vuestras propias desgracias y, cuando tengáis delante de los ojos todo lo que habéis sufrido, [175] no aguzaréis vuestras almas para vengaros de ellos? ¿Ha muerto entre vosotros el sentimiento más honorable y más natural de todos, el deseo de libertad? ¿Nos hemos convertido en amantes de la esclavitud y de nuestros dominadores, como si hubiéramos heredado de nuestros antepasados el estar sometidos? [176] Pero nuestros padres sostuvieron muchas y largas guerras por la independencia y no sucumbieron ni ante el poder de los egipcios ni ante el de los medos⁹⁰ por no cumplir sus órdenes. ¿Y por qué hay que hablar de nuestros antepasados? [177] La guerra que ahora existe contra Roma, omito decir si es o no útil y beneficiosa, ¿qué finalidad tiene? ¿No es la libertad? Si no soportamos a los amos del mundo, ¿vamos a [178] tolerar a los tiranos de nuestra propia nación? Sin embargo se [179] podría achacar a la Fortuna, que de una vez por todas nos ha sido adversa, el hecho de obedecer a poderes extranjeros, si bien es propio de personas cobardes que han optado por esta actitud el someterse a unos compatriotas criminales.

Ya que he mencionado una vez a los romanos, no omitiré [180] deciros lo que vino a mi mente cuando pronunciaba mis palabras, a saber, que en el caso de que fuéramos vencidos por los romanos, ¡ojalá que estas palabras no lleguen a realizarse!, no tendremos que tolerar ya nada más duro que los males que esta gente nos está haciendo. ¿No es digno [181] de llanto el ver en el Templo las ofrendas de los romanos⁹¹ junto con los despojos de los saqueos y de las matanzas de la nobleza de nuestra capital llevados a término por nuestros compatriotas? A estas personas que aquéllos han asesinado, los romanos las

habrían perdonado, aunque [182] las hubieran vencido. Estos últimos nunca han cruzado el límite⁹² de los profanos ni han transgredido ninguna de las leyes sagradas, sino que desde lejos han contemplado, llenos [183] de un temor religioso, el recinto del Templo. Mientras que algunos, que han nacido en este país, que han sido educados en nuestras costumbres y que se llaman judíos, deambulan en medio de los lugares sagrados con las manos [184] aún calientes por los homicidios de compatriotas. ¿Tal vez alguien sienta miedo por una guerra contra un enemigo extranjero y por unas personas que son mucho más moderadas que los de nuestra propia raza? Pues si hay que llamar a cada cosa por su nombre, se podría ver cómo los romanos son los protectores de nuestras leyes, mientras [185] que sus enemigos están dentro de nuestro pueblo. Pero creo que todos vosotros, antes de venir de casa, ya estabais convencidos de que estos conspiradores de la libertad son unos depravados y que no se podría discurrir contra ellos un castigo adecuado a sus crímenes, y me parece que antes de que yo hablara ya estabais encendidos contra ellos por [186] los sufrimientos que os han hecho pasar. Quizá la mayoría de vosotros estará aterrado ante su número y su audacia, así como también ante la superioridad del lugar en el que están asentados. Pero de la misma manera que estos hechos [187] han sucedido por vuestra desidia, así también ahora se agravarán si aplazáis más el problema. Cada día su grupo se hace más numeroso, pues todo individuo malvado se pasa a ellos para unirse a sus iguales. Hasta ahora ningún [188] obstáculo ha impedido inflamarse su osadía. Desde su posición elevada se servirán de ese lugar y de su armamento, si nosotros les damos tiempo para ello. Tened confianza [189] en que, si vamos contra ellos, serán más humildes por su mala conciencia y el pensar en sus crímenes eliminará la ventaja de estar en un lugar alto. A lo mejor la Divinidad, [190] airada, vuelve contra ellos sus golpes y los impíos serán destruidos por sus propias flechas⁹³. Sólo con que nos vean quedarán

deshechos. En caso de que nos sobrevenga [191] algún peligro, es hermoso morir delante de las puertas sagradas y entregar la vida, no en defensa de nuestros hijos y mujeres, sino por Dios y por el Templo. Yo os ayudaré [192] con mi consejo y con mi mano, y no dejaremos de preocuparnos por vuestra seguridad ni veréis que yo escamotee mi propia persona»⁹⁴.

Anano se enfrenta a los zelotes

[193] Con este discurso Anano dio fuerzas a la multitud para ir contra los zelotes, sin ignorar que éstos eran difíciles de vencer por su número, su juventud, la obstinación de su espíritu y, sobre todo, porque eran conscientes de sus actos. Pues en esta situación extrema no iban a rendirse, al haber perdido toda esperanza de [194] obtener el perdón por sus crímenes. Sin embargo, Anano prefería cualquier tipo de sufrimiento antes que abandonar [195] los asuntos públicos en tal estado de confusión. La muchedumbre gritaba para que les condujera contra aquella gente a quien él les había exhortado combatir, y todos ellos estaban dispuestos a ser los primeros en exponerse al peligro.

[196] Mientras Anano seleccionaba y ordenaba a los que eran aptos para la lucha, los zelotes se enteraron de este plan, pues entre ellos había algunos que les contaban todo lo que ocurría en el pueblo, se enfurecieron, salieron del Templo en masa y en grupos y no perdonaron a ninguno de los que [197] se encontraron. Rápidamente Anano reunió una fuerza popular, superior a los zelotes en número, pero inferior en armas [198] y en adiestramiento. No obstante, en ambos bandos el ardor suplía las deficiencias: la gente de la ciudad estaba provista de una pasión más fuerte que las armas, y la del Templo de una audacia superior a cualquier número de personas. [199] Los primeros, porque pensaban que la ciudad sería inhabitable, si no acababan con los bandidos, y los zelotes, por su parte, al darse cuenta de que no se librarían de

ningún tipo de castigo, si no obtenían la victoria. Así se enfrentaron [200] en la lucha empujados por estos sentimientos. En un principio, en la ciudad y delante del Templo, se lanzaban flechas y piedras recíprocamente desde lejos. Pero luego, cuando algunos huían en retirada, los vencedores sacaban sus espadas. Hubo muchas muertes en ambos bandos y también fueron numerosos los heridos. Sus allegados llevaban a [201] los heridos del pueblo a sus casas, mientras que los zelotes volvían a subir al Templo y ensangrentaban el pavimento sagrado. Se podría decir que solamente la sangre de los zelotes ha mancillado el Templo. En los combates siempre dominaban [202] los bandidos con sus incursiones. Las fuerzas del pueblo, que cada vez eran más, irritadas increpaban a los que se daban la vuelta, y los que estaban en la retaguardia hacían fuerza para impedir la retirada a los que escapaban; así hacían volver todos sus efectivos contra los enemigos. Éstos ya no resistieron [203] más la presión y poco a poco se retiraron al Templo, donde entraron con ellos los hombres de Anano. Los zelotes se llenaron [204] de miedo al perder el primer recinto⁹⁵, y, tras refugiarse en el de más adentro⁹⁶, rápidamente cerraron sus puertas. A [205] Anano no le pareció bien asaltar las puertas sagradas⁹⁷, sobre todo cuando aquéllos les disparaban desde arriba. Pensó que sería un sacrilegio, aunque venciera, meter dentro a la multitud sin haberse purificado⁹⁸. De entre todos eligió a sorteo a [206] seis mil soldados y los puso como guardianes de los pórticos. Otros tomaban el relevo a éstos y todos estaban obligados a [207] hacer guardia por turnos. Muchas judíos de clase alta, con el permiso de los que eran considerados sus jefes, pagaban a gente pobre y los enviaban a montar guardia en lugar de ellos.

Traición de Juan de Giscala

[208] El culpable de la ruina de todos estos hombres fue Juan, que, como dijimos⁹⁹, había huido de Giscala, persona

muy astuta que tenía en su interior un terrible deseo de tiranía y que desde hacía tiempo [209] maquinaba contra el Estado¹⁰⁰. Entonces, aunque fingía estar de parte del pueblo, iba con Anano cuando deliberaba cada día con los poderosos y cuando recorría por la noche los puestos de guardia. Contaba a los zelotes los secretos y por su culpa todos los planes del pueblo eran conocidos entre los enemigos antes de que hubieran sido plenamente decididos. [210] Maquinaba para no despertar sospechas: mostraba desmedidas [211] atenciones con Anano y los jefes del pueblo. Pero con esta actitud consiguió lo contrario de lo que esperaba, pues por sus ilógicas adulaciones se hizo más sospechoso y el hecho de estar en todos los sitios, sin ser llamado, hizo [212] creer que contaba los secretos al enemigo. Se dieron cuenta de que los enemigos estaban enterados de todos sus proyectos, y nadie era más proclive a ser tenido por sospechoso [213] de estas revelaciones que Juan. No era fácil librarse de un hombre que era poderoso por su perversidad y, además, era una persona famosa que estaba rodeada de mucha gente de la que formaba parte de los Consejos Supremos¹⁰¹. Por ello pareció conveniente que jurase su fidelidad. Inmediatamente [214] Juan juró que sería leal al pueblo, que no revelaría a los enemigos ningún plan ni ninguna actividad, y que colaboraría, tanto con su mano como con su consejo, a repeler al enemigo. Los hombres de Anano confiaron en sus promesas [215] y aceptaron en sus deliberaciones a Juan sin sospechar nada. Incluso lo enviaron como embajador ante los zelotes para llegar a un acuerdo, pues se esforzaban para que, por su culpa, no se mancillara el Templo ni muriera en él ninguno de sus compatriotas.

Juan, como si hubiese prometido lealtad en favor de los [216] zelotes, en lugar de en su contra, pasó al interior del Templo, se sentó en medio de ellos y les dijo que muchas veces había afrontado peligros para informarles de todo lo que los soldados de Anano tramaban en secreto contra ellos. Pero [217] que ahora corría junto con ellos el mayor de los riesgos,

a no ser que le sobreviniera una ayuda divina. Pues Anano ya [218] no tenía más paciencia, sino que había convencido al pueblo para que enviara embajadores ante Vespasiano y pedirle que viniera rápidamente a tomar la ciudad. Y que además había proclamado contra ellos para el día siguiente una purificación¹⁰², a fin de que sus soldados entrasen en el Templo, ya sea bajo la excusa de este rito o a la fuerza, y se enfrentaran a los zelotes. Por ello, no veía cómo soportarían el asedio o [219] resistirían a tantos enemigos. Añadió que por la Providencia divina él había sido enviado como embajador para llegar a un acuerdo, pues Anano les hacía estas propuestas para pillarles desprevenidos en el ataque. Para salvar la vida era [220] necesario que hicieran súplicas a los que les sitiaban o que [221] obtuvieran alguna ayuda del exterior. Los que estaban llenos de esperanza por conseguir el perdón, en el caso de que fueran derrotados, se olvidaban de sus propias temeridades o creían que debía producirse también la reconciliación de sus víctimas con ellos tan pronto como los culpables mostraran [222] su arrepentimiento. Pero muchas veces la contricción de la gente injusta resulta odiosa y la ira de los ofendidos se [223] hace más cruel cuando tienen poder. Los amigos y familiares de los muertos, así como una población numerosa, irritada por la abolición de las leyes y de los tribunales de justicia, acechaban a los zelotes; y, aunque una parte de ellos tuviera compasión, sin embargo este sentimiento sería eliminado por la indignación de la mayoría.

Los zelotes piden ayuda a los idumeos

[224] Con estas astutas palabras produjo un miedo general, y no se atrevía a hablar claramente de la ayuda externa, aunque insinuaba que se trataba de los idumeos¹⁰³. En concreto, para irritar a los jefes de los zelotes acusó a Anano de crueldad y dijo que éste expresaba [225] amenazas sobre todo contra ellos. Estos individuos eran Eleazar, hijo de Gión¹⁰⁴, que era el que más autoridad tenía entre ellos cuando

planeaba lo que había que hacer y lo llevaba a la práctica, y un tal Zacarías¹⁰⁵, hijo de Anfícaleo. El uno y el otro pertenecían a una familia sacerdotal. Cuando [226] estos dos personajes oyeron, además de las amenazas generales, las que en particular iban contra ellos, y que los hombres de Anano llamaban a los romanos para mantener ellos el poder, pues también Juan había dicho esta mentira, estuvieron durante mucho tiempo sin saber qué hacer al sentirse agobiados en esta situación tan complicada. Efectivamente, [227] el pueblo estaba preparado para ir contra ellos de un momento a otro, y el hecho de que el ataque fuese tan rápido anulaba la llegada de ayudas del exterior, puesto que sufrirían todos los males antes de que ninguno de sus aliados se enterara de ello. Sin embargo, decidieron llamar a los idumeos. Inmediatamente [228] les escribieron una carta donde se decía que Anano había engañado al pueblo y que iba a entregar la metrópoli a los romanos, mientras que ellos se habían sublevado en defensa de la libertad y estaban sitiados en el Templo. En muy poco tiempo se decidiría su salvación: si [229] los idumeos no venían en su ayuda con rapidez, ellos caerían enseguida en manos de Anano y de los enemigos y la ciudad en poder de los romanos. Por su parte, transmitieron también a los mensajeros muchos recados para que se los comunicaran de palabra a los jefes idumeos. Para llevar la [230] misiva fueron seleccionados dos hombres activos que tenían dotes para la elocuencia y para la persuasión en lo referente a los asuntos públicos y, lo que era más útil de todo, sobresalían por la rapidez de sus pies. Sabían que los idumeos se [231] dejarían convencer inmediatamente, pues era un pueblo levantisco e indisciplinado, que siempre estaba abierto a la rebelión, que disfrutaba con las revueltas, y que sólo con una simple adulación estaba dispuesto a tomar las armas e ir [232] a la guerra, como si se tratara de una fiesta¹⁰⁶. Se necesitaba actuar con prontitud en esta misión. De esta forma, los dos emisarios,

que ambos se llamaban Anano, pusieron todo su afán para presentarse enseguida ante los jefes de Idumea.

Los idumeos en Jerusalén. El discurso del sumo sacerdote Jesús

[233] Los idumeos se quedaron sorprendidos ante la carta y las palabras de los emisarios y, como locos, fueron corriendo por el pueblo y proclamaron públicamente [234] la expedición militar. La muchedumbre se había reunido antes de que se hubiera dado la orden y todos cogieron las armas con el convencimiento de [235] que iban a luchar por la libertad de la capital. Formaron un ejército de veinte mil hombres y se dirigieron a Jerusalén bajo el mando de cuatro jefes: Juan, Jacobo, hijo de Sosas¹⁰⁷, junto con Simón, hijo de Taceas¹⁰⁸, y Fineas, hijo de Clusot.

[236] La salida de los mensajeros pasó inadvertida a Anano, así como a los centinelas, pero no ocurrió lo mismo con la llegada de los idumeos. Como tenía conocimiento previo de ello, les cerró las puertas y puso guardias en las murallas. [237] No le pareció totalmente conveniente entrar en combate con ellos, sino convencerles con palabras antes de llegar a las [238] armas. Jesús, el más anciano de los sumos sacerdotes, después de Anano, se situó en la torre¹⁰⁹ que estaba enfrente de los enemigos y dijo: «Entre los muchos y diversos desórdenes que dominan la ciudad no hay nada que me asombre más de la Fortuna que el hecho de que ésta colabore con la gente malvada incluso en las situaciones desesperadas. Vosotros [239] habéis venido para ayudar en contra nuestra a unos hombres de una gran perversidad con un ardor tan grande que no sería apropiado ni siquiera cuando la ciudad os llamara para ir contra los bárbaros¹¹⁰. Si yo viera que vuestro [240] ejército está formado por gente de la misma calaña que aquellos que os han llamado aquí, no sería para mí ilógico vuestro ardor, pues no hay nada que produzca tanta concordia entre los hombres como la similitud de caracteres. Y

si ahora alguien examinara a estas personas una por una, se demostraría que cada uno se merece mil muertes. Son el desecho [241] y la inmundicia de toda la ciudad¹¹¹, que tras derrochar sus propios bienes y practicar su locura en las aldeas y ciudades de los alrededores, han acabado por penetrar en la Ciudad Santa furtivamente. Son bandidos que por su tremenda [242] impiedad han profanado incluso el suelo que no está permitido pisar¹¹²; ahora se los puede ver impunemente borrachos dentro de los lugares sagrados y con sus insaciables estómagos llenos de los despojos de la gente asesinada por ellos. El número de vuestras tropas y el buen aspecto de [243] vuestras armas es el que debería verse en el caso de que la metrópoli os hubiera llamado por decisión del Consejo¹¹³ como aliados contra los extranjeros. ¿Qué otra cosa se le podría llamar a esto si no un agravio de la Fortuna, cuando se observa que una nación entera se arma para ayudar a una [244] panda de criminales? Llevo mucho tiempo sin saber qué es lo que os ha movido con tanta rapidez, pues sin una causa importante no habríais emprendido una guerra contra un [245] pueblo de vuestra misma raza en favor de unos bandidos. Y puesto que hemos oído hablar de los romanos y de una traición, ya que algunos de vosotros hace un momento lo gritaban y decían que estabais aquí para liberar a la metrópoli, ante estas palabras nos ha sorprendido más la invención de esta mentira por parte de estos malhechores que sus otras [246] osadías. No era posible que unos hombres, que por naturaleza aman la libertad y que sobre todo por ella están dispuestos a luchar contra los enemigos extranjeros, se alzaran contra nosotros por otro motivo que no fuera el hecho de [247] haber inventado una traición de la deseada libertad. Pero es preciso que vosotros penséis en quiénes son los calumniadores y contra quiénes dirigen sus ataques, y que lleguéis a la verdad no a partir de historias ficticias, sino de la realidad [248] de la situación política. ¿Qué es lo que pasa ahora para que nos entreguemos a los romanos, cuando desde el principio

podíamos o bien no habernos rebelado contra ellos o, en caso de haberlo hecho, reconciliarnos enseguida, mientras aún [249] no habían sido devastadas las regiones de los alrededores? En cambio ahora, ni aunque quisiéramos, sería fácil hacer la paz, pues el sometimiento de Galilea¹¹⁴ ha hecho soberbios a los romanos y tratar de reconciliarnos con ellos, ahora que ya están cerca, sería una vergüenza peor que la muerte. Yo, [250] por mi parte, preferiría la paz a la muerte, pero, una vez que ha empezado la guerra y las hostilidades, opto por morir en lugar de vivir como prisionero. ¿Qué dicen, que nosotros, los [251] jefes del pueblo, hemos enviado embajadores en secreto a los romanos o que el pueblo lo ha decidido por común votación? En el caso de que nos acusen a nosotros, que nombren [252] a los amigos que hemos enviado, a los emisarios que han negociado la traición en nuestro nombre. ¿Han cogido a alguien cuando salía de la ciudad? ¿Le han sorprendido cuando regresaba? ¿Se han apoderado de las cartas? ¿Cómo íbamos [253] a pasar inadvertidos a tantos ciudadanos, con los que estamos en todo momento, mientras que unos pocos, que estaban sitiados y que no podían salir del Templo para ir a la ciudad, conocían lo que se tramaba en secreto en el lugar? ¿Se han enterado de ello ahora, cuando deberían ser castigados [254] por sus audacias, y, mientras han estado en una situación segura, ninguno de nosotros ha caído bajo la sospecha de ser un traidor? Y si lanzan su acusación contra el pueblo, [255] sin duda el plan se decidió públicamente, sin que nadie faltara a la asamblea, de forma que la noticia os habría llegado con más rapidez y claridad que su denuncia. ¿Qué pasa? ¿No [256] era necesario enviar también embajadores, dado que se había decidido por votación llegar a un acuerdo? ¿Quién fue nombrado para ello? ¡Que se diga! Pero esta actitud es un [257] pretexto de unos individuos que están a punto de morir y que intentan evitar el castigo que se les avecina. Si el Destino ha decidido que la ciudad sea traicionada, sólo podrían atreverse a ello los que nos han

calumniado, pues a ellos únicamente les falta añadir la traición al conjunto de sus crímenes. Puesto que habéis venido aquí con las armas, es [258] necesario, y esto es lo más justo, que defendáis la metrópoli y que colaboréis con nosotros para acabar con los tiranos que han abolido los tribunales¹¹⁵, que pisotean las leyes y que [259] imparten justicia con sus espadas. Han apresado en medio de la plaza a hombres ilustres, totalmente inocentes, los han ultrajado con cadenas y los han matado sin atender a sus palabras [260] ni a sus ruegos. Es posible que cuando vosotros entréis en la ciudad, no por el derecho de la guerra, veáis las pruebas de lo que estoy diciendo: casas devastadas por los saqueos de aquella gente, mujeres y familiares de los muertos vestidos de luto¹¹⁶, llantos y gemidos por toda la ciudad, pues no hay nadie que no haya sido objeto de los ataques de estos impíos. [261] Han llegado a tal extremo de locura que no sólo han traído su audaz bandolerismo desde el campo¹¹⁷ y desde las ciudades de alrededor hasta la cara y la cabeza de toda la nación, sino que también lo han hecho desde esta ciudad hasta el Templo. [262] Este lugar es su base de operaciones, su refugio y el arsenal donde se preparan las armas que utilizan contra nosotros. Este Templo, venerado por todo el mundo habitado y honrado, por su fama, por los extranjeros de los confines de la tierra¹¹⁸, es ahora pisoteado por bestias nacidas entre nosotros. Desesperados [263] tratan imprudentemente de enfrentar a pueblos contra pueblos y ciudades contra ciudades y de meter en la guerra a la nación contra sus propias entrañas. En consecuencia, como [264] he dicho, lo más hermoso y lo que más os conviene es que luchéis con nosotros contra los criminales y que os venguéis de su engaño, pues os llamaron como aliados, cuando debían teneros miedo como personas que les iban a castigar. Si sentís [265] repeto por la llamada de gente de esa calaña, aún os es posible deponer las armas, entrar en la ciudad como parientes suyos, asumir un papel intermedio entre aliados y enemigos para así convertiros en

jueces de este caso. Y tened en cuenta lo que [266] ganarán al ser juzgados por vosotros por unos crímenes tan evidentes y tan graves, ellos que no permitían ni siquiera hablar a personas totalmente inocentes. ¡Qué consigan ese favor con vuestra llegada! Pero si no tenéis que compartir nuestra [267] indignación ni actuar como jueces, os queda una tercera vía: abandonamos a unos y a otros, no meteros en nuestras desgracias ni ayudar a los que conspiran contra nuestra capital. Si [268] tenéis sobre todo la sospecha de que hemos negociado con los romanos, podéis vigilar las entradas, y si de verdad se descubre alguno de los hechos de los que se nos ha acusado, venid entonces a defender la metrópoli y castigad a los culpables que descubráis. Pues los enemigos no se os podrán adelantar, dado que vosotros estáis acampados junto a la ciudad. Si ninguna de [269] estas propuestas os parece razonable y adecuada, no os extrañéis de que se os cierren las puertas mientras estéis armados».

Respuesta de Simón, jefe de los idumeos

[270] Esto es lo que dijo Jesús. Pero la multitud idumea no hizo caso, sino que se enfureció al ver que aún no podía entrar en la ciudad. Además los generales se indignaron por el hecho de que se les pidiera deponer sus armas, pues para ellos desarmarse, cuando alguien [271] se lo ordenara, equivalía a ser prisioneros. Simón, hijo de Caata¹¹⁹, uno de sus jefes, tras calmar a duras penas el alboroto de sus hombres y situarse en un lugar desde donde [272] le pudieran oír los sumos sacerdotes, dijo que no se asombraba de que estuvieran sitiados en el Templo los defensores de la libertad, pues algunos cerraban entonces al pueblo el [273] acceso a la ciudad, que es de todos, y se preparaban para recibir inmediatamente a los romanos, con las puertas adornadas con guirnaldas, mientras que parlamentaban con los idumeos desde las torres y les ordenaban entregar las armas que llevaban en [274] defensa de la libertad. Sin confiar la custodia de la

capital a hombres de una raza emparentada con ellos¹²⁰ los hacen jueces de sus diferencias internas. Y mientras acusan a algunos de ejecutar a ciudadanos sin haberlos juzgado, ellos mismos condenan [275] a toda nuestra nación al deshonor. Ahora habéis cerrado a vuestros compatriotas una ciudad que antes había estado abierta [276] al culto para todos los extranjeros¹²¹. En efecto, nos hemos apresurado para acudir a las matanzas y a la guerra contra nuestros compatriotas, nosotros que nos hemos dado prisa con [277] el fin de salvaguardar vuestra libertad. Tales son las injusticias que habéis sufrido por parte de los judíos que están sitiados en el Templo y creo que así de verosímiles son las sospechas que vosotros tenéis contra aquéllos. Además vosotros, que tenéis [278] recluidos a todos los que se encargan de los asuntos públicos, que habéis cerrado la ciudad a un pueblo que está muy emparentado con vosotros y que habéis dado unas órdenes tan desvergonzadas, decís que os tiranizan y dais el nombre de déspotas a los que sufren vuestra tiranía. ¿Quién podría aguantar la [279] ironía de vuestras palabras, cuando se la compara con vuestros actos? A no ser que ahora os echen de la ciudad los idumeos, a los que vosotros mismos habéis apartado de los ritos de la patria¹²². A los que están sitiados en el Templo habría que reprenderles [280] con razón por haberse atrevido a castigar a los traidores, de los que vosotros por complicidad decís que son hombres insignes e irreprochables, y por no haber empezado con vosotros y así haber cortado las partes más vitales de la traición. Pero si aquéllos han sido más blandos de lo que era [281] necesario, nosotros, los idumeos, guardaremos la casa de Dios y combatiremos en defensa de la patria común contra los enemigos, tanto contra los que nos ataquen desde fuera como contra los traidores de dentro. Nos quedaremos aquí, [282] delante de las murallas, con nuestras armas hasta que los romanos se cansen de escucharos o vosotros os convirtáis en partidarios de la libertad».

Los idumeos acampan ante los muros de Jerusalén

La multitud idumea aclamó estas palabras, [283] mientras Jesús se retiró con el ánimo abatido, pues veía que los idumeos no tenían una actitud de moderación y que la ciudad iba a luchar dividida en dos facciones. Aquéllos no tenían sus ánimos tranquilos, pues [284] estaban indignados por el hecho de que no se les había dejado entrar en la ciudad, no sabían qué hacer y muchos se arrepintieron de haber venido cuando vieron que los zelotes no salían a ayudarles, a pesar de que creían que disfrutaban [285] de una posición fuerte. Pero la vergüenza de darse la vuelta sin haber realizado absolutamente nada prevaleció sobre el arrepentimiento de haber venido, de modo que se quedaron [286] allí, acampados de mala manera delante de la muralla. Por la noche estalló una inmensa tormenta, con fuertes vientos, lluvias torrenciales, continuos relámpagos, violentos truenos [287] y con unos terribles temblores de tierra. Esta confusión de los elementos del universo era una prueba evidente de la destrucción de los hombres y se podría conjeturar que era la señal premonitoria de una gran catástrofe^{[123](#)}.

Los zelotes permiten la entrada de los idumeos en la ciudad

[288] Los idumeos y los que estaban dentro de la ciudad solamente tenían una idea: para los primeros Dios estaba irritado por la expedición militar y no podrían escapar de él por haber empuñado sus armas contra la capital, mientras que los hombres de Anano pensaban que ya habían vencido sin luchar y que Dios dirigía el combate [289] en su favor. Sin embargo hicieron mal sus predicciones sobre el futuro y profetizaron a sus enemigos aquello que [290] iban a sufrir sus propios hombres. Los idumeos estaban pegados unos a otros y así se daban calor con sus propios cuerpos y aminoraron el efecto de la lluvia al poner sus escudos unidos sobre sus cabezas. Los zelotes estaban más [291] preocupados por los idumeos que por el peligro que ellos mismos corrían. Se

reunieron y consideraron la posibilidad de algún tipo de ayuda. Los más exaltados opinaban que había [292] que atacar violentamente con las armas a los centinelas, luego entrar en medio de la ciudad y a la vista de todos abrir las puertas a los aliados. Pues los guardias no resistirían, [293] atónitos por la sorpresa de su ataque y, en especial, porque la mayoría de ellos estaban desarmados y no tenían experiencia en la lucha, y sería difícil reunir a toda la multitud de la ciudad que se había visto obligada a encerrarse en sus casas a causa de la tormenta. Además, [294] aunque surgiera algún peligro, era más conveniente cualquier tipo de sufrimiento antes que permitir vergonzosamente que un número tan grande de gente muriera por su causa. En cambio, los más prudentes rechazaban la violencia, [295] pues no sólo veían que era muy numerosa la guardia que les vigilaba, sino que también la muralla de la ciudad estaba custodiada con esmero a causa de los idumeos. Creían, además, que Anano estaba presente en todos los [296] sitios y que en todo momento pasaba revista a los puestos de guardia. Esto sucedía en las noches anteriores, si bien [297] en aquella ocasión se relajó la vigilancia, no por desidia de Anano, sino porque el Destino¹²⁴ había ordenado que muriera aquel hombre y la totalidad de los guardias. El hado [298] hizo que al avanzar la noche y al arreciar la tormenta se durmieran los centinelas que estaban en el pórtico, y que los zelotes tuvieran la idea de coger las sierras sagradas¹²⁵ [299] y cortar los barrotes de las puertas. El silbido del viento y el continuo resonar de los truenos colaboró también a que no se oyera su ruido.

[300] Salieron del Templo sin que nadie se diera cuenta, llegaron junto a la muralla y con las mismas sierras abrieron la [301] puerta que daba a los idumeos. Al principio éstos se llenaron de temor, pues creían que les atacaban las tropas de Anano, y todos echaron mano a las espadas para defenderse. Pero tan pronto como reconocieron a los que se les acercaban, [302] pasaron al interior de la ciudad. Si se hubieran extendido

por la ciudad, nada hubiera impedido matar a todo el pueblo, pues tan grande era su cólera. En primer lugar se apresuraron por sacar de la prisión a los zelotes¹²⁶, pues éstos, que les habían hecho entrar, les habían pedido que no se olvidaran de aquéllos por los que habían venido en medio de los peligros y que no les expusieran a un riesgo aún más [303] grave. Si capturaban a los guardianes, les sería más fácil atacar la ciudad, pero si, en cambio, los movilizaban, aunque fuera mínimamente, ya no sería posible imponerse sobre [304] los judíos del interior, pues cuando estos últimos se enteraran se pondrían en orden de batalla y cerrarían los accesos a las zonas altas de la ciudad.

Ataque de idumeos y zelotes contra Anano

A los idumeos les pareció bien esta [305] idea y a través de la ciudad subieron al Templo. Los zelotes, desde arriba, esperaban con ansiedad su llegada, y cuando llegaron los idumeos salieron del interior del Templo llenos de valor. Los zelotes se mezclaron con [306] los idumeos y atacaron a los centinelas. Degollaron a algunos de los que estaban en los primeros puestos, que entonces dormían, y ante el griterío de los que estaban despiertos toda la multitud se puso en pie y, asustada, cogió sus armas y corrieron a defenderse. Mientras creían que los [307] zelotes venían solos a atacarles, se sentían animados pues tenían la confianza de que eran superiores en número. Pero cuando vieron que venían otros desde fuera, se dieron cuenta de la entrada de los idumeos. La mayoría de ellos [308] depuso sus armas, al mismo tiempo que se sintió desanimada, y empezó a lamentarse. Unos pocos jóvenes, formando una barrera unos con otros, hicieron frente con valor a los idumeos y durante un largo espacio de tiempo protegieron a la multitud, que había permanecido inactiva. Esta gente, con sus gritos, dio a conocer sus desgracias a [309] los que estaban en la ciudad, aunque ninguno de ellos se atrevió a ayudarlos, cuando se enteró de que los idumeos

habían entrado allí. Dieron gritos y lamentos inútiles, y estalló un gran llanto entre las mujeres, pues cada una de ellas tenían algún pariente en peligro entre los guardianes. Los zelotes daban su grito de guerra al unísono de los [310] idumeos y la tormenta hizo que el clamor de todos fuera más terrible¹²⁷. Los idumeos no perdonaron a nadie, dada su natural crueldad para matar¹²⁸, y, maltratados por la tormenta, descargaron su furia contra los que les habían [311] cerrado las puertas. Hacían lo mismo con los que les suplicaban que con los que se defendían, y con sus espadas degollaban a muchas personas que les recordaban su parentesco y que les pedían que respetaran el Templo común. [312] No había ningún lugar por donde huir ni ninguna esperanza de salvación. Eran despedazados, amontonados unos sobre otros. La mayoría, como no tenía sitio para escaparse y los asesinos estaban ya encima de ellos, se vio obligada por la falta de perspectivas a arrojar a la ciudad desde arriba. De esta forma, en mi opinión, sufrieron voluntariamente una muerte más terrible que aquella de la [313] que huían. Toda la zona exterior del Templo se llenó de sangre y el día siguiente se encontró allí con ocho mil quinientos muertos¹²⁹.

Muerte de Anano y Jesús. Otras matanzas

[314] La cólera de los idumeos no se sació con estos hechos, sino que se volvieron a la ciudad, saquearon todas las casas y [315] mataron a todo el que se encontraron. Les parecía un esfuerzo inútil ir contra el resto de la población, por lo que buscaban a los sumos sacerdotes y la mayoría de ellos se dedicaba a atacar a estas [316] personalidades. Nada más capturarlos los mataban. Subidos sobre sus cadáveres se burlaban de Anano, por su benevolencia para con el pueblo, y de Jesús por sus palabras pronunciadas [317] desde la muralla¹³⁰. Llegaron a tal extremo de impiedad que incluso dejaban los cuerpos sin enterrar, a pesar de que los judíos se preocupan tanto de las sepulturas¹³¹ que aun a los que han sido

condenados a la crucifixión¹³² los descuelgan y los entierran antes de la puesta del sol. No [318] me equivocaría si dijera que la muerte de Anano fue el comienzo de la toma de la ciudad¹³³ y que desde aquel día fue derribada la muralla y aniquilado el Estado judío¹³⁴, cuando vieron que se degollaba en medio de la ciudad al sumo sacerdote que luchaba a la cabeza por su propia salvación. [319] Pues, además de ser un hombre venerable y de una gran justicia, le gustaba tratar a las personas más humildes como si fueran sus iguales, a pesar de la importancia de su nobleza, [320] de su dignidad y de su honor. Amaba sobremanera la libertad y era un enamorado de la democracia: ponía siempre el interés público por delante de sus beneficios personales y prefería la paz por encima de todo. Sabía que era imposible vencer a los romanos. Y, sin embargo, se vio obligado a preparar la guerra para que, en caso de que los judíos no [321] llegaran a un acuerdo, pudieran luchar con dignidad¹³⁵. En resumen, se podría decir que, si Anano hubiera vivido, se habría llegado a un pacto, ya que era hábil para hablar y para persuadir al pueblo y ya estaba convenciendo incluso a sus adversarios. O bien, en el caso de que se hubiera continuado la guerra, los judíos habrían producido a los romanos un gran retraso a las órdenes de un general de esta naturaleza. [322] Junto a él estaba Jesús, que era inferior en comparación [323] con Anano, pero superior a los demás. Creo que Dios, que había decidido la destrucción de la ciudad, ya contaminada, y que quería purificar con fuego el santuario¹³⁶, quitó de en medio a los que estaban consagrados y amaban al Templo. A los que poco antes habían llevado las vestiduras sagradas¹³⁷, [324] habían presidido el culto universal¹³⁸ y habían sido venerados por gente que de todo el mundo había venido a la ciudad, se los veía tirados, desnudos, para servir de comida a perros y bestias salvajes. Me parece que la misma Virtud [325] se lamentó de aquellos hombres, y deploró el hecho de que fuera vencida hasta tal extremo por la maldad. Tal fue el final de Anano y Jesús.

Tras ellos, los zelotes y la multitud idumea se lanzaron [326] contra el pueblo como una manada de animales impuros y provocaron una matanza. La gente corriente era degollada [327] en el sitio donde era sorprendida, mientras que a los nobles, que eran jóvenes, los cogían y los encerraban encadenados en la prisión. Aplazaban su ejecución por la esperanza de atraerse para sí a algunos de ellos. Ninguno les hizo caso, [328] sino que todos prefirieron la muerte a formar parte de un ejército de malvados en contra de su patria. Por su negativa [329] soportaron ultrajes terribles, fueron azotados y torturados, y cuando sus cuerpos ya no servían para los tormentos a duras penas se les consideraba dignos de morir a golpe de espada. [330] Los que por el día eran detenidos eran ejecutados por la noche. Llevaban y arrojaban fuera los cadáveres para que hubiera [331] sitio para otros prisioneros. El miedo del pueblo era tan inmenso que nadie se atrevía a llorar públicamente a sus familiares muertos ni a enterrarlos, sino que vertían lágrimas a escondidas, encerrados en sus casas, y gemían con cuidado para que no los escuchara ninguno de los enemigos. [332] Pues el que lloraba iba inmediatamente a sufrir los mismos padecimientos que aquéllos de los que ahora se lamentaba. Por la noche cogían un poco de polvo y lo echaban con las dos manos sobre los cadáveres, y también de día, si alguno [333] tenía la osadía de hacerlo. De esta manera murieron doce mil jóvenes de la nobleza¹³⁹.

Falsos tribunales. El caso de Zacarías

[334] Cuando se cansaron de asesinar libremente, fingieron instituir tribunales y [335] juicios. Determinaron ejecutar a una de las personas más ilustres, a Zacarías¹⁴⁰, el hijo de Baris¹⁴¹. Les provocaba el excesivo odio de este hombre al mal y su amor a la libertad. Además era una persona rica, de modo que no sólo anhelaban apoderarse de sus bienes¹⁴², sino también librarse de un individuo que era capaz de acabar con ellos. A

través de una [336] orden convocan en el Templo a setenta ciudadanos notables¹⁴³. Como si estuvieran en un teatro¹⁴⁴, éstos representaron el papel de jueces, aunque sin autoridad, y acusaron a Zacarías de haber entregado el Estado a los romanos y de haber enviado una embajada a Vespasiano para acordar la [337] traición. No existía ninguna prueba ni ningún indicio de estas acusaciones, sino que ellos decían estar plenamente convencidos y consideraban que esto era prueba suficiente de verdad. Zacarías, sabedor de que no le quedaba ninguna esperanza [338] de salvación, pues le habían convocado con engaños ante una prisión, no ante un tribunal, renunció a la vida, pero no a expresarse con libertad. Se levantó, ridiculizó la verosimilitud de las acusaciones y en pocas palabras se deshizo de los cargos que le imputaban. A continuación dirigió [339] el discurso contra sus acusadores y expuso una por una todas sus ilegalidades y expresó un gran número de lamentos por el deterioro de los asuntos públicos. Los zelotes se [340] alborotaron y a duras penas pudieron dejar quietas sus espadas. Prefirieron representar hasta el final el papel y la parodia del juicio, pues, además, querían comprobar si los jueces actuarían con justicia a pesar del peligro que les acechaba. [341] Los setenta votaron todos a favor del acusado y prefirieron morir con él a ser tenidos por responsables de su muerte. [342] Ante la absolución se produjo un griterío entre los zelotes y todos se irritaron contra los jueces por no haber comprendido que se les había concedido esta autoridad de forma ficticia. [343] Dos de los más osados se presentaron en medio del Templo, mataron a Zacarías y, una vez caído, se burlaron de él con estas palabras: «Tienes nuestro voto y la más firme absolución». Seguidamente lo arrojaron desde el Templo [344] por el barranco que había debajo¹⁴⁵. Llenos de soberbia golpearon a los jueces con sus espadas y los echaron fuera del recinto, les perdonaron la vida solamente con el fin de que al dispersarse por la ciudad anunciaran su esclavitud a todos sus habitantes.

Retirada de los idumeos

[345] Entonces los idumeos se arrepintieron de haber venido y manifestaron su descontento [346] por lo sucedido. Uno de los zelotes los reunió y en privado les fue explicando las ilegalidades que habían cometido en colaboración con los que les habían llamado y les expuso la [347] situación de la capital. Aquéllos estaban preparados para luchar porque pensaban que la metrópoli iba a ser entregada a los romanos por los sumos sacerdotes, y, en cambio, se habían encontrado con que no había ninguna prueba de la traición y que los que fingían ser los defensores de la ciudad se [348] atrevían a cometer actos bélicos y tiránicos contra ella. Por tanto, los idumeos tenían que haberse opuesto a ello desde el principio. Pero, dado que habían venido a participar en la guerra civil, debían poner límite a sus errores y no seguir prestando ayuda a los que destruían las leyes patrias. Y si algunos [349] estaban indignados porque se les habían cerrado las puertas y no se les había permitido entrar con sus armas, que sepan que los autores de estos hechos ya han sido castigados: Anano estaba muerto y en una noche había sido ejecutado casi todo el pueblo. Sabían que muchos de sus compatriotas estaban [350] arrepentidos de estas acciones y veían que la crueldad de los que les habían llamado era desmesurada y que no respetaban ni siquiera a sus salvadores. Ante los ojos de sus aliados se [351] atrevían a las más vergonzosas acciones y sus crímenes recaerían sobre los idumeos, mientras alguno no lo impidiera o no se apartase de sus delitos. Por ello, ya que era evidente que el [352] tema de la traición era una calumnia, que no se esperaba la llegada de los romanos y que el poder sólidamente establecido en la ciudad estaba bien protegido, era preciso que regresaran a casa, pues, si no participaban ya más con estos malvados, se les disculparía de todas las fechorías en las que se habían visto inmiscuidos con engaños.

Aumenta la crueldad de los zelotes. Muerte de Gorión y Níger

Los idumeos se convencieron ante [353] estos razonamientos: en primer lugar liberaron a unos dos mil prisioneros que estaban en la cárcel¹⁴⁶, que inmediatamente huyeron de la ciudad y acudieron a Simón, persona de la que hablaré un poco más tarde¹⁴⁷. A continuación abandonaron Jerusalén y se retiraron a su [354] país¹⁴⁸. Su marcha fue una sorpresa para los dos bandos. El pueblo, que no sabía nada del arrepentimiento de los idumeos, se reanimó un poco, como si se hubiera librado de los [355] enemigos. Los zelotes, por su parte, se enardecieron aún más, no por haber sido abandonados por sus aliados, sino por verse libres de personas que les reprobaban y que les [356] apartaban de sus crímenes. Ya no hubo dilación ni reflexión en sus delitos, sino que se ideaban rapidísimos planes para cada una de sus acciones y llevaban a cabo sus decisiones [357] antes de tenerlas pensadas. Sus crímenes iban dirigidos en especial contra la valentía y la nobleza, en el primer caso lo hacían por envidia y en el segundo por temor, pues creían que sólo estarían seguros si no dejaban vivo a ninguno de [358] los poderosos. Entre muchos otros fue ejecutado también Gorión¹⁴⁹, persona ilustre por su dignidad y por su origen noble, de carácter demócrata y lleno de amor por la libertad como nunca lo fue ningún otro judío. Sobre todo acabó con él su franqueza en el hablar, además de otras cualidades que [359] le destacaban. Ni tampoco Níger¹⁵⁰, el de Perea, escapó a sus manos, un hombre que había sido muy valiente en los combates contra Roma. Fue arrastrado por medio de la ciudad mientras daba numerosos gritos y mostraba sus heridas. [360] Cuando fue llevado fuera de las puertas y perdió toda esperanza de salvarse, pidió que le enterrasen. Pero ellos le mataron, después de dejarle claro que no le iban a dar la tierra que tanto deseaba¹⁵¹. Durante su ejecución Níger les amenazó, [361] aparte de con la guerra, con la venganza de los romanos, con el hambre y con la peste y, además de todo

esto, con luchas civiles entre ellos. Todo esto lo había decidido Dios contra los impíos, [362] e incluso lo que era todavía más justo, a saber, el hecho de que no mucho tiempo después iban a probar las locuras de unos contra otros en sus mutuas rivalidades. La muerte de Níger disipó [363] los temores de los zelotes por ser derrotados y no había una parte del pueblo para la que no se forjara un pretexto de acabar con ella. Pues eran asesinados los que ya antes habían tenido diferencias [364] con alguno de ellos, y a los que en tiempo de paz no se les habían enfrentado les imputaban acusaciones de acuerdo con las circunstancias del momento: el que no se les acercaba nunca era tenido por un soberbio, por el contrario, el que trataba con ellos con franqueza parecía que les menospreciaba, y quien les trataba con solicitud era sospechoso de conspirador¹⁵². La [365] muerte era el único castigo para las acusaciones, tanto para las más graves como para las más leves. Nadie podía escapar de ella, a no ser que uno fuera de una condición muy baja, ya sea por la clase social de su familia o por lo que la suerte le ha deparado.

Vespasiano retrasa la toma de Jerusalén

Todos los demás generales romanos, [366] que consideraban estas rivalidades internas de los enemigos como un prueba de su buena Fortuna, deseaban atacar la ciudad e instaban a ello a Vespasiano, pues él era el jefe de las operaciones. Le decían que la Providencia divina era aliada suya al hacer que los enemigos se enfrentaran [367] entre sí. Pero que este cambio de situación era pasajero y rápidamente los judíos se reconciliarían o por cansancio [368] de los males internos o por arrepentimiento. Sin embargo Vespasiano les dijo que la mayoría de ellos se equivocaban sobre lo que había que hacer, pues, como si estuvieran en un teatro¹⁵³, deseaban ardientemente, no sin correr peligro, hacer demostración de su fuerza física y de sus armas, sin tener en cuenta la utilidad y la seguridad de esta [369] acción. En efecto, si emprendiese el

ataque contra la ciudad, provocaría la reconciliación entre los enemigos y volvería contra sí mismo las tropas de los judíos que aún contaban con fuertes recursos. En cambio, si esperaba, se enfrentaría con menos rivales, ya que éstos habrían disminuido a causa de [370] las luchas civiles. Dios era mejor general que él al poner a los judíos en manos romanas sin ningún esfuerzo y regalar [371] la victoria al mando del ejército sin ningún riesgo¹⁵⁴. De modo que, mientras los enemigos se destruían con sus propias manos con el peor de los males, como es el de la guerra civil, ellos, más bien, debían permanecer apartados de los peligros, como espectadores¹⁵⁵, y no poner su mano sobre hombres que se matan y que están furiosos unos contra [372] otros. Si alguno cree que el honor de la victoria obtenida sin lucha tendrá menos lustre, que sepa que el éxito adquirido con tranquilidad es más útil que el que se debe a la incertidumbre [373] de las armas. Pues no hay que considerar menos dignos de elogio que los que sobresalen por su fuerza a los que obtienen idénticos resultados mediante el control de sí mismos y la inteligencia. Por otra parte, a la vez que los enemigos iban disminuyendo, su propio ejército se iba recuperando de las continuas fatigas y ganaba nuevas fuerzas. Además no era ésta la ocasión para aspirar a la gloria de la [374] victoria. Los judíos no se preocupaban de preparar las armas, [375] ni de las murallas ni de conseguir aliados, y si esto no fuera así el retraso sería en detrimento de los que se lo permitieran. Por el contrario, inmersos en la guerra civil y en la discordia sufren cada día males peores que los que les producirían los romanos si les atacasen y tomasen la ciudad. Por tanto, si hay que mirar por nuestra seguridad, es preciso [376] dejar que los judíos se aniquilaran a sí mismos, y si hay que tener en cuenta un éxito muy glorioso para nuestra empresa, no es necesario atacar a enemigos que están enfermos en su propia casa, ya que se diría con razón que la victoria no es de los romanos, sino de la discordia interna de Jerusalén.

Deserciones judías. Respuesta de los zelotes

Los generales estuvieron de acuerdo [377] con estas palabras de Vespasiano y enseguida se demostró la importancia militar de esta propuesta, pues todos los días llegaban huyendo judíos que desertaban de los zelotes. Era difícil escapar, dado que habían cubierto todas [378] las salidas con centinelas y al que cogieran en ellas le mataban por pasarse al bando romano. No obstante, se permitía [379] pasar al que pagaba dinero y sólo era un traidor el que no daba nada, de modo que el resultado fue que, como los ricos compraban su huida, sólo los pobres morían. Innumerables [380] cadáveres se amontonaban a lo largo de todos los grandes caminos y muchos de los que querían desertar preferían volver y perecer dentro de la ciudad, pues la esperanza de ser enterrados allí hacía que la muerte en su patria les [381] pareciera más tolerable. Los zelotes llegaron a tal extremo de crueldad que no permitieron sepultar en su tierra ni a los que fueron ejecutados en el interior de la ciudad ni a los que [382] acabaron su vida en los caminos¹⁵⁶. Y dejaron a los muertos pudrirse al sol, como si hubieran acordado destruir a la vez las leyes de la patria y las de la naturaleza y ultrajar a Dios¹⁵⁷, además de cometer crímenes contra los hombres. [383] La muerte era el castigo para los que enterraban a alguno de sus allegados, lo mismo que para los desertores: el que había dado sepultura a alguien, inmediatamente necesitaba [384] otra para él. En una palabra, en las desgracias de entonces no hubo un honroso sentimiento positivo que no se hubiera perdido tanto como la compasión. Irritaba a los malvados aquello que debería provocarles lástima, y pasaban su odio [385] de los vivos a los muertos y de los muertos a los vivos. Era tan exagerado el miedo que el que sobrevivía consideraba feliz a los que habían perecido, pues de esta forma habían puesto fin a sus males, y los que eran vejados en las cárceles creían que, en comparación con ellos, eran dichosos incluso [386] los que se quedaban sin ser enterrados. Toda ley humana fue pisoteada

por los zelotes, lo divino fue objeto de burla y los oráculos de los profetas fueron ridiculizados como si de [387] invenciones de charlatanes se tratara. Estos profetas habían dado numerosos vaticinios sobre la virtud y el mal, que los zelotes, al transgredirlos, hicieron que se cumpliera la predicción [388] sobre su patria. En efecto, existía un antiguo oráculo de hombres inspirados por Dios que decía que la ciudad sería tomada y que el Templo sería quemado por la ley de la guerra, cuando estallara la discordia interna y manos de la propia patria profanaran el santuario de Dios. Los zelotes, a pesar de que habían creído en estas profecías¹⁵⁸, se convirtieron ellos mismos en los artífices de su cumplimiento.

Juan de Giscala y su tiranía

En aquel momento¹⁵⁹ a Juan, que quería [389] convertirse en un tirano, le pareció poco importante tener el mismo honor que sus iguales. Se atrajo poco a poco a la peor gente y se separó del resto del grupo. No [390] hacía caso de las opiniones de los demás e imponía las suyas despóticamente, de modo que era evidente que aspiraba a un poder unipersonal. Unos se sometieron a él por miedo, [391] otros por simpatía, pues tenía habilidad para atraerse a la gente a través de la palabra y del engaño, y muchos también, porque pensaban que era más seguro para ellos que la responsabilidad de los delitos cometidos recayera sobre uno solo en lugar de sobre todos. La energía de su fuerza física y [392] [393] de su espíritu atrajo no pocos seguidores. Sin embargo, le abandonó un importante número de opositores, entre los que predominaba la envidia, pues les parecía humillante someterse a alguien que antes había sido igual a ellos. Si bien, la mayor parte de esta gente lo hizo por su temor al régimen [394] monárquico¹⁶⁰. Pues pensaban que sería difícil acabar con él si se hacía dueño del poder absoluto y que él tendría un pretexto para estar en su contra por el hecho de que se le habían opuesto ya desde el principio. En consecuencia todos preferían sufrir lo que sea en

la lucha antes que ser esclavizados [395] voluntariamente y morir en la servidumbre. Por ello los rebeldes se dividieron en dos facciones y Juan se convirtió [396] en señor absoluto en contra de sus adversarios. No obstante entre ellos se mantenían bajo vigilancia y, si alguna vez se llegaron a enfrentar con las armas, lo hicieron durante poco tiempo. A costa del pueblo ellos rivalizaban y [397] reñían por ver quién se llevaría más botín. En un momento en que la ciudad estaba inmersa en la tormenta de los tres peores males, la guerra, la tiranía y la discordia interna, en comparación con lo demás la guerra resultaba lo más leve de todo para la población¹⁶¹. Como consecuencia de ello, los judíos huían de sus compatriotas, se refugiaban entre los extranjeros y con los romanos obtenían la salvación que no podían conseguir entre los suyos.

Los sicarios ocupan Masadá. Su vandalismo en Judea

Un cuarto y diferente mal vino a contribuir [398] a la destrucción de la nación. No [399] lejos de Jerusalén había una fortaleza muy sólida, llamada Masadá¹⁶², que había sido construida por los reyes anteriores para guardar en ella sus riquezas en tiempos de guerra y para seguridad de sus propias personas. Se habían adueñado de esta [400] fortaleza los llamados Sicarios¹⁶³, que hasta entonces habían hecho correrías por las regiones cercanas sin robar más que lo que necesitaban, ya que por miedo se abstuvieron de mayores rapiñas. Cuando se enteraron de que el ejército romano [401] estaba inactivo y de que los judíos de Jerusalén estaban divididos por la sedición y por la tiranía internas, se dedicaron a cometer crímenes más atrevidos. En la fiesta de [402] los Ácimos¹⁶⁴, que los judíos celebran para recordar su salvación, cuando liberados de la esclavitud de Egipto llegaron a su tierra patria, por la noche, para que así no se enterara nadie y no pudieran impedírselo, saquearon una pequeña aldea llamada Engadí¹⁶⁵. Dispersaron y expulsaron de la ciudad [403] a todos los que podían hacerles frente, antes de que echasen

mano a las armas y les diese tiempo para reunirse, y a los que no eran capaces de huir, mujeres y niños, los degollaron en un número superior a setecientos. Luego hicieron [404] saqueos en las casas y regresaron a Masadá tras llevarse [405] los frutos más maduros. Desvalijaron todas las aldeas de los alrededores de la fortaleza y arrasaron con la totalidad de la región, pues cada día se les unía un nutrido grupo de gente [406] de todos los sitios. Los bandidos¹⁶⁶, que hasta entonces habían estado inactivos, empezaron a moverse también en los demás lugares de Judea, como ocurre en el cuerpo, donde se ponen enfermos todos sus miembros cuando se inflama el órgano [407] más importante. Los malhechores que había por todas las regiones, a causa de las disensiones internas y de la revuelta de la metrópoli, tenían impunidad para sus saqueos y todos hacían rapiñas en sus propias aldeas y luego se retiraban al desierto¹⁶⁷. [408] Se reunieron y por medio de un juramento se agruparon en compañías, inferiores en número a un ejército, pero mayores que una banda de ladrones, y así cayeron sobre los lugares [409] sagrados¹⁶⁸ y sobre las ciudades. Aquellos a los que atacaban sufrían las mismas consecuencias que si hubieran sido hechos prisioneros en una guerra, y, por el contrario, ellos se libraban de las represalias, dado que se escapaban con su botín, como hacen los ladrones. No había ninguna zona de Judea que no hubiera sufrido una destrucción similar a la de la capital.

Vespasiano ocupa Gadara

Vespasiano conocía estas noticias por [410] los desertores. Aunque los rebeldes vigilaban todas las salidas y ejecutaban a cualquiera que se acercara a ellas¹⁶⁹, sin embargo algunos se refugiaban sin ser vistos en el bando romano y pedían al general que acudiera para defender la ciudad y para salvar lo que quedaba del pueblo. Pues [411] por su afecto hacia los romanos muchos habían sido asesinados y los que quedaban se hallaban en una situación peligrosa. Vespasiano, que ya se

había compadecido de sus desgracias, [412] se puso en marcha, en apariencia para asediar Jerusalén, aunque en realidad era para liberarla del asedio. Era necesario [413] conquistar antes los enclaves que aún quedaban, para que no hubiera ningún obstáculo externo que se opusiera a la toma de la ciudad. Fue contra Gadara¹⁷⁰, capital¹⁷¹ fortificada de Perea¹⁷², y penetró en la ciudad el cuarto día del mes de Distro¹⁷³. [414] Los notables del lugar, sin que los sediciosos se enteraran, le habían enviado una embajada para negociar la rendición, porque deseaban la paz y querían conservar sus bienes, [415] pues eran muchos los ricos que habitaban Gadara. Los rebeldes no sabían nada de la embajada y se enteraron cuando Vespasiano estaba ya cerca de ellos. Perdieron la esperanza de poder conservar ellos mismos la ciudad, pues eran inferiores en número a los enemigos de dentro y veían que los romanos no estaban lejos de allí. Decidieron huir y no les pareció bien hacerlo sin derramar sangre y sin vengarse de los [416] culpables. Cogieron a Doleso, pues éste no era sólo el más destacado de los ciudadanos por su dignidad y su nobleza, sino que además parecía ser el responsable de la embajada. Lo mataron y en su exceso de furor ultrajaron su cadáver, tras de [417] lo cual huyeron de la ciudad. Cuando llegó el ejército romano, el pueblo de Gadara acogió con aclamaciones a Vespasiano, recibió de él garantías de seguridad y una guarnición de soldados de caballería e infantería para hacer frente a las incursiones [418] de los fugitivos. Sus habitantes habían demolido la muralla, antes de que se lo hubieran pedido los romanos, como prueba de que deseaban la paz y de que, aunque quisieran, no podrían luchar.

Plácido en Jericó

[419] Vespasiano envió contra los que habían huido de Gadara a Plácido¹⁷⁴ con quinientos jinetes y con tres mil soldados de infantería, mientras que él se volvió a Cesarea

[420] con el resto de sus tropas. Los fugitivos, cuando de repente vieron que les perseguía la caballería, antes de entrar en combate, se refugiaron en una aldea llamada Betenabris¹⁷⁵. Allí se encontraron con una gran [421] cantidad de jóvenes, a los que armaron como pudieron, a unos voluntariamente y a otros a la fuerza, y salieron contra las tropas de Plácido. Los romanos cedieron un poco ante el [422] primer ataque y al mismo tiempo se las ingeniaron para llevar a los judíos lejos de las murallas. Entonces, cuando los [423] tuvieron en un lugar adecuado, los rodearon y los atacaron con flechas. Los jinetes cortaban el paso a los que huían y la infantería acababa enérgicamente con las masas de combatientes. Los judíos morían sin hacer otra cosa que mostrar su [424] audacia. Se arrojaban contra los romanos, que mantenían compactas sus filas, y cuyas armaduras eran como una muralla; no encontraban por donde lanzar sus flechas ni tenían fuerza para deshacer las líneas de los adversarios. Caían [425] atravesados por los disparos enemigos y de un modo muy similar al de las bestias más salvajes se arrojaban sobre el hierro. Unos perecieron golpeados de frente por las espadas y otros por detrás al ser dispersados por la caballería.

Plácido se encargaba de cerrarles el paso a la aldea. [426] Su caballería cabalgaba sin cesar en aquella dirección, luego, [427] cuando los sobrepasó, se dio la vuelta y con flechas mató con buena puntería a los más cercanos, a los que estaban lejos les hizo retroceder llenos de miedo, hasta que los más valientes se abrieron paso a la fuerza y se refugiaron en la muralla. Los centinelas no sabían qué hacer, pues no se [428] atrevían a cerrar el paso a los que habían huido de Gadara, a causa de sus compatriotas¹⁷⁶, y, por el contrario, si los recibían les esperaba la muerte junto con ellos. Esto es lo que [429] sucedió. Por poco la caballería romana no se precipitó dentro de la ciudad con los fugitivos judíos, que fueron empujados hasta el muro. No obstante, aunque les dio tiempo a cerrar las puertas, Plácido les atacó y, después de luchar valerosamente

hasta el atardecer, se apoderó de las murallas y de los que estaban en la [430] aldea. Fue masacrado el vulgo que no les servía para nada; los más capaces se dieron a la fuga y los soldados saquearon las casas [431] y quemaron la aldea. Los que habían escapado de Betenabris incitaron a la revuelta a los habitantes de la región: al exagerar sus propias desgracias y decir que todo el ejército romano venía contra ellos hicieron temblar de miedo a la totalidad de la gente en todos los sitios. Huyeron a Jericó cuando consiguieron [432] reunir un número mayor de efectivos. Porque ésta era la única ciudad que alimentaba sus esperanzas de salvación, fuerte como [433] era, al menos, por la gran cantidad de habitantes. Plácido, que estaba lleno de confianza por su caballería y por sus éxitos anteriores, los persiguió hasta el Jordán y mató a todos con los que se topó. Empujó hacia el río al resto de la muchedumbre y alineó sus tropas frente a ellos, cuando aquélla se tuvo que detener a causa de la corriente, que no se podía atravesar al haber aumentado [434] por las lluvias. La necesidad les llevó a luchar, dado que no podían huir por ningún sitio. Se extendieron lo más posible por las orillas¹⁷⁷ y así soportaron las flechas y las embestidas de la caballería, que hirieron a muchos y los arrojaron a la [435] corriente. Quince mil murieron a manos de los romanos, mientras que fue incalculable la cantidad de judíos que se vieron [436] obligados a tirarse voluntariamente al Jordán. Fueron capturados unos dos mil doscientos y un abundante botín de asnos, ovejas, camellos y bueyes.

Plácido somete toda Perea

Esta derrota que sufrieron los judíos [437] fue muy importante y parecía mayor de lo que era, por el hecho de que no sólo toda la región por la que huían se había llenado de muerte y el Jordán se podía cruzar pasando por encima de los cadáveres, sino también porque el lago Asphaltitis¹⁷⁸ estaba también repleto de cuerpos que en gran cantidad había

arrastrado el río hasta allí. Plácido se [438] sirvió de este golpe favorable de la Fortuna y atacó las aldeas y pequeñas poblaciones de alrededor. Una vez que se apoderó de Abila¹⁷⁹, Julia¹⁸⁰, Besimot¹⁸¹ y todas las localidades que había hasta Asfaltitis, estableció al frente de cada una de ellas a los desertores que le parecieron más idóneos. A continuación hizo embarcar a sus soldados y acabó con [439] los que se habían refugiado en el lago. Así, toda la zona de Perea hasta Maqueronte¹⁸² se sometió o fue conquistada.

Insurrección en Galilea. Vespasiano somete Judea e Idumea

[440] Mientras tanto llegó la noticia del levantamiento de la Galia y de que Vindex, con los jefes del lugar, se había alzado contra Nerón¹⁸³, acontecimientos sobre los que existen escritos más detallados¹⁸⁴. [441] Este anuncio llevó a Vespasiano a hacer más intensa la guerra, pues ya preveía los conflictos civiles que iban a tener lugar y el peligro que caería sobre todo el Imperio. Creía que cuando pacificara el Oriente aliviaría los temores que amenazaban [442] a Italia. Durante el invierno aseguró con guarniciones las aldeas y pequeñas poblaciones sometidas: nombró decuriones para las aldeas y centuriones para las ciudades. También reconstruyó muchas localidades que habían sido [443] devastadas. Cuando empezó la primavera, cogió la mayor parte de su ejército y se lo llevó desde Cesarea a Antípatris¹⁸⁵, donde restableció el orden de la ciudad en dos días, y al tercero reanudó su camino devastando e incendiando todas [444] las aldeas del entorno. Tras someter la toparquía de Tamna se dirigió a Lidia y a Jamnia¹⁸⁶, que ya habían sido subyugadas, y dejó para que habitara en ellas un número suficiente de judíos de los que se habían entregado a los romanos. [445] Luego se marchó a Emaús¹⁸⁷. Cuando se adueñó de los caminos que llevaban a la capital¹⁸⁸, fortificó el campamento, dejó en él la legión quinta y se fue con el resto de sus tropas a la toparquía¹⁸⁹ de Betlefeza¹⁹⁰. Destruyó este

[446] lugar con fuego, así como la región vecina y los alrededores de Idumea. Luego levantó fortalezas en los lugares adecuados. Tomó dos aldeas del centro de Idumea, Betabris¹⁹¹ y [447] Cafartoba¹⁹², ejecutó a más de diez mil de sus habitantes e hizo prisioneros a más de mil. Al resto de la población la [448] expulsó de allí y estableció en el lugar una parte importante de sus propias tropas, que recorrían y devastaban toda la región montañosa. Vespasiano se volvió a Emaús con sus [449] otros efectivos militares, desde donde a través de Samaria, cerca de la llamada ciudad de Neápolis¹⁹³, que los habitantes del lugar denominan Mabarta, llegó hasta Corea¹⁹⁴ y [450] acampó allí el segundo día del mes de Daisio¹⁹⁵. Al día siguiente se presentó en Jericó, donde se reunió con él uno de sus generales, Trajano¹⁹⁶, con el ejército de Perea, cuando ya estaban sometidos los territorios del otro lado del Jordán.

La región de Jericó y el valle del Jordán. La fuente de Eliseo

[451] Antes de la llegada de los romanos, la mayor parte de la población de Jericó se había refugiado en la región montañosa que hay frente a Jerusalén. Los que permanecieron en la ciudad, que no eran pocos, [452] fueron masacrados. Los romanos se apoderaron de una localidad desierta, que estaba situada en una llanura y dominada por una gran montaña desnuda y [453] árida. Por el norte se extiende hasta el territorio de Escitópolis y por el sur hasta la región de Sodoma y los límites del lago Asfaltitis. Toda esta zona tiene una superficie irregular y está deshabitada a causa de su esterilidad. En frente se alzan [454] las montañas que bordean el Jordán y que desde Julia¹⁹⁷, en el norte, llegan al sur hasta Somora¹⁹⁸, en la frontera de Petra en Arabia. Allí está la llamada «Montaña de Hierro»¹⁹⁹, cuya extensión alcanza al país de Moab. Entre [455] las dos cordilleras se encuentra la región conocida por el nombre de Gran Llanura²⁰⁰, que va

desde la aldea de Sennabris²⁰¹ hasta el lago Asfaltitis. Su longitud es de mil doscientos [456] estadios y su anchura de ciento veinte²⁰²; la cruza por el medio el río Jordán y posee los lagos de Asfaltitis y de Tiberiades, que son de naturaleza opuesta, pues el primero es salado y estéril y el segundo es de agua dulce y fructífero. En verano la llanura arde de calor y por el exceso de [457] sequedad posee un aire malsano. Toda la región carece [458] de agua, salvo el Jordán, por lo que las palmeras que crecen en sus orillas están más floridas y tienen más frutos que las que nacen lejos del río.

No obstante, cerca de Jericó hay una fuente²⁰³ abundante [459] y muy rica para el riego, que nace en las proximidades de la ciudad antigua, el primer enclave del país de Canaán que el jefe de los hebreos, Jesús, el hijo de Nun²⁰⁴, conquistó [460] con las armas. Hay una leyenda que dice que al principio esta fuente no sólo echaba a perder los frutos de la tierra y de los árboles, sino que también provocaba abortos entre las mujeres y, por decirlo en pocas palabras, causaba enfermedades y muerte, pero el profeta Eliseo convirtió en dulce su agua y la hizo muy propicia para la salud y muy fecunda. [461] Éste era discípulo y sucesor de Elías. Como fue acogido con hospitalidad por los habitantes de Jericó y tratado con un gran afecto, les recompensó a ellos y a la región con un regalo [462] que les durara siempre. Se acercó a la fuente y arrojó a la corriente una vasija de barro llena de sal, luego levantó hacia el cielo su santa mano derecha y derramó sobre el suelo libaciones propiciatorias. Pidió a la tierra que mitigara el amargor de la corriente de la fuente y abriera arterias más [463] dulces. Al cielo le suplicó que mezclara con las aguas un aire más fructífero y al mismo tiempo que concediera a los habitantes de la región abundancia de frutos y descendencia de hijos y que, mientras se comportasen con justicia, no les faltara esta agua prolífica. Además de estas súplicas Eliseo [464] hizo muchos movimientos rituales de manos, propios de su saber, y así transformó la fuente: el agua que antes había

sido causa de orfandad y de hambre, desde entonces pasó a suministrar una gran descendencia y abundancia de bienes. [465] Esta fuente tiene tanta fuerza en el riego que con sólo tocar la tierra hace que sea más fértil que una gran cantidad de [466] agua que ha permanecido allí durante mucho tiempo. Por ello esta última agua tiene un rendimiento pequeño, por muy abundante que sea, mientras que el de la fuente es muy provechosa, aunque sea exigua la cantidad que se utilice. Riega [467] un terreno mayor que todos los demás: recorre una llanura de setenta estadios de largo por veinte de ancho y sustenta en ella jardines muy hermosos y floridos. Son muchos los tipos [468] de palmeras que reciben el agua de esta fuente, diferentes entre sí por su sabor y por sus propiedades medicinales. Las palmas más gruesas, cuando se las machaca con los pies, producen una abundante miel no de peor calidad que la auténtica²⁰⁵. La región es rica en abejas, también tiene opobálsamo²⁰⁶, [469] el máspreciado de los frutos de la zona²⁰⁷, el ciprés y el mirobálano²⁰⁸, de tal manera que uno no se equivocaría si dijera que es una región divina²⁰⁹ en la que florecen en abundancia los frutos más raros y bellos. Por el resto de los [470] productos que nacen en ella tampoco sería sencillo compararla con ninguna otra zona del mundo habitado, pues tanto es lo que produce lo que allí se siembra. Me parece que la [471] causa de ello es el calor del aire y la energía del agua: el aire estira y abre las plantas, mientras que la humedad da fuerza a sus raíces y las proporciona vigor durante el verano, época en la que en esta zona hace tanto calor por todos los sitios que no [472] es fácil que la gente salga al exterior. El agua que se recoge antes de salir el sol, cuando luego se la expone al aire, se vuelve muy fría y adopta un estado contrario a la atmósfera que le rodea. En cambio, en invierno ocurre lo contrario, el agua se calienta y resulta muy agradable para los que se bañan [473] en ella²¹⁰. El clima del lugar es tan cálido que sus habitantes se visten con lino, mientras que en el resto de Judea [474] nieva. Jericó está a

ciento cincuenta estadios de Jerusalén y a sesenta del río Jordán²¹¹. Hasta Jerusalén el paisaje es desierto y pedregoso, y hasta el Jordán y el lago Asfaltitis el territorio [475] es menos elevado, aunque también es desértico y yermo. Pero ya se ha hablado bastante sobre la buena situación de Jericó.

El lago Asfaltitis. La región de Sodoma

[476] Es conveniente también describir la naturaleza del lago Asfaltitis, que es, como dije²¹², de agua salada y estéril. Gracias a su ligereza²¹³ mantiene en la superficie los objetos que se arrojan en ella, por muy pesados que sean, y es difícil sumergirse hasta el [477] fondo, aunque se intente con fuerza. Cuando Vespasiano acudió allí para verlo, ordenó que algunos de los que no sabían nadar fueran arrojados al fondo, con las manos atadas a la espalda, y el resultado fue que todos salieron a flote como si un viento les hubiera empujado hacia arriba. Además es [478] también digno de admiración su cambio de color, pues todos los días transforma tres veces su aspecto externo y refleja con una gran variedad los rayos del sol. En muchos [479] lugares el lago desprende trozos negros de asfalto, que flotan en la superficie y se asemejan, por su aspecto y tamaño, a toros sin cabeza²¹⁴. Los obreros del lago se acercan, [480] cogen este conglomerado de betún y lo meten en sus embarcaciones. Cuando éstas están repletas, no es fácil despegar el asfalto, sino que a causa de su elasticidad la barca queda pegada a los filamentos de esta masa asfáltica, hasta que la separan con sangre menstrual de mujeres y orina, que es lo único ante lo que cede²¹⁵. El asfalto es útil [481] no sólo para la juntura de las naves, sino también para la curación del cuerpo humano. Por ello forma parte de muchos compuestos medicinales. La longitud del lago es de [482] quinientos ochenta estadios, hasta Zoara²¹⁶ en Arabia, y la anchura de ciento cincuenta²¹⁷. Cerca de él se encuentra [483] Sodoma²¹⁸, tierra que antaño fue próspera por sus productos y por la riqueza de cada una de sus ciudades, pero que ahora

[484] está totalmente quemada. Dicen que a causa de la impiedad de sus habitantes fue fulminada por los rayos²¹⁹. Todavía hay señales del fuego divino y se pueden ver los restos de cinco ciudades, y aún hoy vuelve a salir ceniza en los frutos, que por su aspecto se parecen a productos comestibles, pero cuando son cogidos con las manos se convierten en humo y [485] ceniza²²⁰. La leyenda sobre Sodoma puede confirmarse por estas pruebas visibles.

Toma de Gerasa

[486] Para rodear a los habitantes de Jerusalén por todos los sitios, Vespasiano levantó campamentos en Jericó y en Adida²²¹ y puso guarniciones en ambas ciudades con soldados de las tropas romanas y de los [487] aliados. Envió a Gerasa²²² a Lucio Annio, al que entregó un destacamento de caballería y un nutrido grupo de infantería. [488] Éste tomó al asalto la ciudad y mató a mil jóvenes que no tuvieron tiempo de huir, hizo prisioneras a sus familias y dejó a sus soldados que hicieran pillaje con sus bienes. Después de haber incendiado sus casas, se dirigió a las aldeas de los alrededores. La gente que tenía fuerza huyó y los débiles [489] fueron aniquilados. Todo lo que dejaron fue pasto de las llamas. Al extenderse la guerra por la totalidad de la zona [490] montañosa y la llanura, los habitantes de Jerusalén tenían cortadas todas sus salidas. Los zelotes vigilaban a los que pretendían desertar y el ejército, que rodeaba la ciudad por todos los sitios, impedía la salida de los que no eran favorables a los romanos.

Muerte de Nerón. Crisis política en Roma. Nuevo retraso del ataque a Jerusalén

Cuando Vespasiano regresaba a Cesarea [491] y se preparaba para ir con todas sus tropas contra la mismísima Jerusalén, le llegó la noticia de que Nerón había sido asesinado, tras reinar durante trece años y ocho días²²³. No voy a hablar de cómo [492] este personaje abusó del poder al

confiar los asuntos públicos a los más depravados individuos, Ninfidio²²⁴ y Tigelino²²⁵, los más indignos de sus libertos; cómo fue abandonado [493] por todos sus guardianes, cuando fue objeto de una conspiración por parte de dichos personajes, y en su huida con cuatro libertos²²⁶ de su confianza se suicidó en los suburbios de Roma; y también cómo los que le habían derrocado fueron [494] castigados no mucho tiempo después. Cómo llevó a término la Guerra de la Galia, cómo Galba fue proclamado emperador y regresó desde España a Roma, cómo fue acusado por sus soldados de vileza y asesinado a traición en medio del Foro Romano²²⁷, cómo fue nombrado emperador [495] Otón; ni tampoco mencionaré su expedición contra los generales de Vitelio y su destitución²²⁸, ni los disturbios que hubo luego contra Vitelio ni el combate en tomo al Capitolio, ni cómo Antonio Primo²²⁹ y Muciano, después de aniquilar a Vitelio y las legiones germánicas, acabaron con la [496] guerra civil²³⁰. No he querido narrar con detalle todas estas cuestiones, pues son conocidas por todos y han sido contadas por muchos autores griegos y romanos²³¹, sino que indico cada uno de estos acontecimientos de forma breve para que los hechos estén relacionados entre sí y para no interrumpir la historia.

En primer lugar Vespasiano dejó para más tarde la expedición [497] contra Jerusalén, pues esperaba con impaciencia ver sobre quién recaería el poder después de Nerón. Luego, [498] cuando se enteró de que Galba era emperador, no hizo nada, antes de que aquél le diera alguna orden relativa a la guerra, sino que envió ante él a su hijo Tito para presentarle sus saludos y recibir las disposiciones acerca de los judíos. Por este motivo el rey Agripa viajó con Tito a ver a Galba. Mientras navegaban a través de Acaya²³² en embarcaciones [499] de guerra, pues era invierno, antes de concluir su viaje, fue asesinado Galba, tras haber reinado durante siete meses y el mismo número de días²³³. A continuación se hizo con el Imperio Otón, [500] que ya antes

había aspirado al mando. Agripa se decidió por continuar hasta Roma, sin sentir miedo por la situación de [501] inestabilidad. En cambio, Tito, movido por un impulso divino²³⁴, se embarcó desde Grecia a Siria y en poco tiempo llegó a [502] Cesarea junto a su padre²³⁵. Ambos, que sentían inquietud por la situación del Estado y porque el Imperio romano se tambaleaba, pusieron fin a la expedición contra los judíos y, por el miedo que sentían por su patria, creyeron que no era conveniente atacar a gente extranjera.

Simón, hijo de Giora, en Masadá. Se enfrenta a los zelotes

[503] Pero otra guerra estalló entre los habitantes de Jerusalén. Había un tal Simón²³⁶, hijo de Giora, natural de Gerasa; un joven inferior en astucia a Juan, que ya entonces era dueño de la ciudad, pero superior [504] a él en fuerza física y audacia. Por este motivo había sido expulsado por el sumo sacerdote Anano de la toparquía de Acrabatene²³⁷, que estaba bajo su dominio, y se había unido a los bandidos que ocupaban Masadá. Al principio éstos [505] sospecharon de este individuo. Por eso, le permitieron entrar junto con las mujeres que había traído con él solamente hasta la parte inferior de la fortaleza²³⁸, mientras que ellos habitaban la zona superior. Más tarde, a causa de su afinidad [506] de costumbres y porque parecía digno de confianza, le acompañaron en sus salidas a saquear y devastar las regiones próximas a Masadá. A pesar de sus exhortaciones no les [507] convenció a llevar a cabo acciones más importantes, pues estaban acostumbrados a permanecer en la fortaleza y tenían miedo de separarse mucho de ella, como si de su guarida se tratase. Sin embargo Simón, que aspiraba a la tiranía y a [508] realizar grandes empresas, cuando se enteró de que Anano había muerto²³⁹, se fue a la región montañosa y, como prometió públicamente la libertad a los esclavos²⁴⁰ y una recompensa para los hombres libres, consiguió reunir a los malhechores de todos los sitios.

Cuando tuvo unos sólidos efectivos, hizo incursiones en [509] las aldeas de la montaña y, como cada vez se le iba uniendo más gente, se llenó de valor para bajar a la llanura. Por el [510] miedo que provocaba a las ciudades muchos de sus insignes personajes se dejaron atraer por su fuerza y por el éxito de sus acciones, de modo que ya no se trataba sólo de un ejército de esclavos y bandidos, sino también de un gran número de ciudadanos que le obedecían como a un rey. Recorrió [511] la toparquía de Acrabatene y el territorio que hay hasta la Gran Idumea²⁴¹. En una aldea llamada Aín²⁴² levantó una muralla y se sirvió del lugar como una fortaleza para su seguridad. [512] En el valle de Ferete²⁴³ amplió un gran número de cuevas y encontró otras muchas adecuadas, que utilizó para [513] guardar sus tesoros y como almacén para sus botines²⁴⁴. En ellas colocaba también los frutos que cogía en sus rapiñas y allí tenía su residencia la mayoría de sus grupos de bandidos. Era evidente que ejercitaba a sus tropas y que hacía preparativos para ir contra Jerusalén.

[514] Por consiguiente, los zelotes, que temían un ataque de Simón y querían adelantarse a un individuo que iba aumentando sus efectivos para ir en contra suya, salieron la mayoría de ellos con las armas en la mano. Les hizo frente Simón, quien tras entablar combate, mató a un gran número de zelotes y obligó a los demás a refugiarse en la ciudad. [515] Como aún no estaba suficientemente seguro de sus fuerzas, renunció a atacar las murallas, mas se decidió antes a someter Idumea. Con veinte mil hombres armados se dirigió a [516] las fronteras de este país. Los jefes de Idumea reunieron rápidamente los veinticinco mil hombres más belicosos de la región, encomendaron al resto de la población custodiar sus bienes de las incursiones de los sicarios de Masadá y aguardaron a Simón en la frontera. Este personaje luchó con los [517] idumeos y después de haber combatido durante todo el día, no resultó ni vencedor ni vencido. Simón se retiró a Aín, mientras que aquéllos se marcharon a su tierra. No mucho

[518] después Simón atacó su país con una fuerza mayor, estableció su campamento junto a una aldea llamada Técoa²⁴⁵ y envió a uno de sus compañeros, Eleazar, ante los guardianes del Herodio²⁴⁶, que estaba cerca, para persuadirles a entregar la fortaleza. La guarnición, que desconocía el motivo de [519] su llegada, le recibió con presteza, pero cuando les habló de rendirse le persiguieron con las espadas desenvainadas hasta que, sin tener por donde escapar, se arrojó desde la muralla al barranco que había debajo. Murió en el acto. No [520] obstante, a los idumeos, que temían el poder de Simón, les pareció conveniente tener información del ejército enemigo antes de enfrentarse con él.

Se ofreció voluntariamente para realizar esta empresa [521] Jacobo²⁴⁷, uno de los oficiales que planeaba traicionarles. Partió de Aluro²⁴⁸, pues en sus alrededores se había congregado [522] el ejército idumeo, y se presentó ante Simón. Acordó [523] entregarle primero su propia patria, tras recibir bajo juramento la promesa de que siempre ocuparía puestos de honor, y le prometió colaborar con él en la conquista de Idumea.[524] Por este motivo fue acogido con amistosa hospitalidad por Simón y enardecido con magníficas promesas. Cuando regresó a su patria, lo primero que hizo fue exagerar la [525] magnitud del ejército de Simón; luego recibió a los oficiales y a todos los soldados, por grupos, y les instó a aceptar a [526] Simón y a entregarle sin luchar el mando supremo. Mientras realizaba estas maniobras, mandó llamar también a Simón a través de unos emisarios y le prometió dispersar a los idumeos. [527] Así hizo. Dado que el ejército estaba ya cerca, fue el primero en montarse de un salto en su caballo y huir con los [528] que se habían dejado corromper por él. El terror hizo presa en toda la multitud y antes de entablar combate todos abandonaron sus puestos y se retiraron a sus respectivas casas.

Devastación de Idumea. La ciudad de Hebrón

[529] En contra de lo que se esperaba, Simón entró en Idumea sin derramamiento de sangre. En un ataque de imprevisto tomó la pequeña localidad de Hebrón, en la que consiguió un gran botín y arrebató [530] abundantes frutos. Según dicen sus habitantes Hebrón no sólo es más antigua que las ciudades de la región, sino también más que Menfis de Egipto²⁴⁹. En efecto, su historia alcanza [531] un total de dos mil trescientos años. Se cuenta que ella fue la morada de Abraham, el padre de los judíos, cuando partió de Mesopotamia, y dicen²⁵⁰ también que sus hijos descendieron a Egipto desde aquí²⁵¹. Aún se ven en esta aldea [532] sus tumbas²⁵², hechas de un mármol muy bello y trabajadas con esmero. A seis estadios de la ciudad se muestra [533] también un grandísimo terebinto; según afirman, este árbol ha permanecido allí hasta hoy desde la creación²⁵³. A partir [534] de este lugar Simón hizo sus correrías por toda Idumea: no sólo saqueó aldeas y ciudades, sino que también asoló el campo. Pues, además de los soldados, iban con él cuarenta mil hombres, de modo que no eran suficientes para esta multitud los víveres que tenían. A esta necesidad se sumaba su [535] crueldad y su odio hacia la raza idumea²⁵⁴, motivos que tuvieron como consecuencia la completa devastación de este [536] país. Del mismo modo que después de pasar las langostas se puede ver todo el bosque sin hojas, así también al paso del [537] ejército de Simón todo quedaba desierto. Incendiaron algunos lugares, otros los destruyeron, hicieron desaparecer la totalidad de la vegetación del campo, al pisotearla o al servirse de ella como aprovisionamiento, y al pasar sobre la tierra cultivada la convirtieron en más árida que la de un terreno estéril. En resumen se puede decir que en las regiones asoladas no quedó señal de lo que había existido.

Los zelotes capturan a la mujer de Simón

Estos acontecimientos enardecieron de [538] nuevo a los zelotes. Temían enfrentarse abiertamente a Simón en un

combate, por lo que prepararon emboscadas en los caminos y capturaron a su mujer y a muchos [539] de su servidumbre. Luego, como si hubiesen hecho prisionero al propio Simón, regresaron contentos a la ciudad, pues esperaban que enseguida vendría él a entregar sus [540] armas y a suplicar por su mujer. Sin embargo, a Simón no le entró compasión por este rapto, sino que se llenó de ira. Acudió ante la muralla de Jerusalén, como las fieras heridas que no han atrapado a los que las han atacado, y descargó su [541] furia contra aquellos con los que se encontró. A todos los que salían fuera de las puertas de la ciudad para recoger legumbres o leña, estuvieran desarmados o fueran ancianos, los cogía, torturaba y mataba. En el exceso de su furia poco [542] le faltó para probar la carne de los muertos²⁵⁵. A muchos les cortó las manos y los envió a la ciudad para que atemorizaran a los enemigos y al mismo tiempo para hacer que el pueblo se alzara contra los responsables de la situación. Les [543] había encargado decir que Simón había jurado por Dios, que todo lo ve, que si no le devolvían enseguida a su esposa, derribaría la muralla y haría lo mismo con todos los habitantes de la ciudad, sin perdonar a ninguna edad y sin distinguir a los culpables de los inocentes. No sólo el pueblo, sino también [544] los zelotes se asustaron ante estas palabras y le entregaron a su mujer. Entonces, durante un tiempo, se calmó y detuvo su continua matanza.

Guerra civil en Italia

No había rebelión y guerra civil únicamente [545] en Judea, sino también en Italia. Galba había sido asesinado en medio del [546] Foro romano²⁵⁶, y Otón, proclamado emperador, luchaba contra Vitelio, quien aspiraba al trono, pues le habían elegido las legiones de Germania. Cuando en Bedríaco²⁵⁷, en la Galia, tuvo lugar un [547] combate contra Valente y Cecinna, generales de Vitelio, el primer día el vencedor fue Otón, pero el segundo lo fue el ejército de Vitelio. Hubo una gran matanza, y, cuando Otón [548] se

enteró de la derrota, se suicidó en Brixelo²⁵⁸, después de haber estado en el poder durante tres meses y dos días²⁵⁹. Su [549] ejército se unió a los generales de Vitelio, que en persona bajó a Roma con sus tropas.

Vespasiano concluye la conquista de Judea

[550] Mientras tanto²⁶⁰, Vespasiano salió de Cesarea el quinto día del mes de Daisio y marchó contra las regiones de Judea [551] que aún no habían sido sometidas. Subió a las montañas y se apoderó de dos toparquías, llamadas Gofna²⁶¹ y Acrabatene, y luego de las pequeñas poblaciones de Betela²⁶² y Efraín²⁶³, donde estableció guarniciones y marchó a caballo hasta Jerusalén. Hizo una gran matanza con los que hallaba en el camino y cogió [552] a muchos prisioneros. Uno de sus oficiales, Cereal²⁶⁴, con un destacamento de caballería y de infantería asoló la llamada Idumea Superior²⁶⁵. Tomó al asalto e incendió Cafetra²⁶⁶, que aunque parezca una pequeña ciudad, no lo es, se [553] dirigió a otro lugar llamado Carabin²⁶⁷ y lo asedió. Su muralla era muy sólida, y, aunque él esperaba gastar allí mucho tiempo, la gente de dentro le abrió de repente las puertas y salió a entregarse a él como suplicante con ramas de olivo. Tras esta rendición, Cereal marchó a Hebrón, otra antiquísima [554] localidad, que, como ya he dicho²⁶⁸, está en la zona montañosa no lejos²⁶⁹ de Jerusalén. Entró allí a la fuerza, ejecutó a toda la población joven y quemó la ciudad. Cuando [555] ya había sido sometida la totalidad de la región, salvo Herodio, Masadá y Maqueronte, enclaves que estaban en manos de los bandidos, los romanos pusieron entonces su punto de mira en Jerusalén.

Continúan las atrocidades de los zelotes

Después de que²⁷⁰ Simón recobró a [556] su mujer de manos de los zelotes, volvió de nuevo contra lo que aún quedaba de Idumea. Al acosar a este pueblo por todas partes obligó a su mayoría a refugiarse en Jerusalén. Él mismo los

siguió hasta la ciudad. Rodeó otra [557] vez la muralla y mató a todo el que cogía de los que salían a trabajar al campo. Para el pueblo Simón era, en el exterior, [558] más terrible que los romanos, en cambio, en el interior, los zelotes eran peores que los dos juntos. Entre estos últimos destacaba el grupo de los galileos por sus malvados designios y por su audacia²⁷¹. Pues ellos eran los que habían elevado [559] a Juan al poder, y éste para recompensarles por la autoridad que le habían concedido, les permitía hacer todo lo que querían. Su deseo por saquear era insaciable; se divertían [560] registrando las casas de los ricos, matando hombres y violando mujeres. Lo que robaban lo devoraban con sangre²⁷² [561] y, cuando ya se habían hartado de ello, sin ningún tipo de vergüenza adoptaban costumbres afeminadas: se peinaban el pelo, se ponían vestidos de mujer, se llenaban de perfumes y se [562] pintaban sus ojos para parecer más bellos²⁷³. No sólo imitaban el adorno de las mujeres, sino también sus pasiones y por su desmedido libertinaje imaginaban amores antinaturales. Se revolcaban en la ciudad como si estuvieran en un prostíbulo y la [563] manchaban toda ella con sus acciones impuras. A pesar de su aspecto femenino, tenían unas manos asesinas. Se acercaban con paso suave y de pronto se transformaban en guerreros, sacaban las espadas de debajo de sus teñidos mantos de fina lana [564] y se las clavaban al que se encontraban. Simón acogía de forma aún más sanguinaria a los que huían de Juan: el que escapaba del tirano que había dentro de las murallas era ejecutado por el [565] que estaba delante de las puertas de la ciudad. Los que querían pasarse al bando romano tenían cerradas todas las vías para la deserción.

Discordias entre los zelotes. Los idumeos frente a Juan de Giscala

[566] El ejército se alzó contra Juan y todos los idumeos²⁷⁴, que formaban parte de él, se separaron y fueron contra el tirano por la envidia que sentían hacia su propio poder [567] o

por el odio a su crueldad. Se enfrentaron a los zelotes, mataron a muchos de ellos y al resto le obligaron a encerrarse en el palacio real construido por Grapte, que era pariente de Iza, el rey de Adiabene²⁷⁵. Irrumpieron [568] en él los idumeos y, tras expulsar de allí a los zelotes hacia el Templo, se dedicaron a saquear los bienes de Juan. Pues éste vivía en el palacio antes mencionado y allí tenía [569] guardado el botín de su tiranía. Entre tanto, la multitud de [570] los zelotes que estaba dispersa por la ciudad se unió a los que se habían refugiado en el Templo. Juan se dispuso a llevarlos contra el pueblo y contra los idumeos. Estos últimos, que [571] eran mejores soldados que ellos, no temían tanto su ataque como sus arrebatos de locura, a saber, el hecho de que por la noche salieran del Templo para matarles a todos e incendiar la ciudad. Se reunieron con los sumos sacerdotes y decidieron [572] de qué modo había que protegerse de este ataque. Pero [573] Dios convirtió estas decisiones en su propia desgracia. Planearon un remedio para su salvación que fue peor que la destrucción. Pues, en efecto, para acabar con Juan decidieron aceptar a Simón e introducir entre ellos con súplicas un segundo tirano. Se llevó a cabo esta decisión: enviaron al [574] sumo sacerdote Matías²⁷⁶ para pedir que entrara en la ciudad Simón, al que tanto habían temido. También le insistieron en esta petición los que habían huido de los zelotes de Jerusalén por el deseo de recuperar sus casas y sus posesiones. Él aceptó con arrogancia ser su jefe y entró con el fin [575] de liberar la ciudad de los zelotes, aclamado por el pueblo como salvador y como benefactor. Cuando ya hubo penetrado [576] con sus tropas, se preocupó de todo lo relacionado con su propia autoridad y consideraba enemigos tanto a los que le habían hecho venir como a aquéllos contra los que había sido llamado.

Simón se hace dueño de la situación

[577] De esta forma Simón se convirtió en dueño de Jerusalén el mes de Jántico²⁷⁷, el tercer año de la guerra. Por su parte, Juan y la multitud de los zelotes tenían una difícil salvación, pues no podían salir del Templo y habían perdido sus posesiones en la ciudad, ya que los hombres de Simón habían saqueado rápidamente sus bienes. [578] Éste con la ayuda del pueblo asaltó el Templo, mientras que los zelotes, situados sobre los pórticos y en las almenas, rechazaban [579] el ataque. Cayeron muchos de los hombres de Simón y un gran número de ellos salió herido, pues los zelotes desde sus elevadas posiciones hacían sus disparos con facilidad [580] y con una buena puntería. Además de contar con un lugar privilegiado levantaron también cuatro enormes torres para [581] lanzar sus proyectiles desde más arriba: una en el ángulo que mira hacia levante y el norte, la otra por encima del Xisto²⁷⁸ y [582] la tercera en el otro ángulo, frente a la Ciudad Baja²⁷⁹. La cuarta torre estaba construida encima de las habitaciones de los sumos sacerdotes²⁸⁰ que había en el Templo, donde, siguiendo la tradición, uno de los sacerdotes anunciaba con una trompeta, por la tarde, el comienzo del séptimo día de la semana y, por la noche, también tocaba el final de la jornada, pues de esta forma anunciaba al pueblo el cese y el comienzo del trabajo respectivamente²⁸¹. En las torres colocaron oxibelas²⁸², [583] balistas, arqueros y honderos. Entonces Simón aminoró [584] sus ataques, pues la mayoría de sus hombres flojeaba, si bien resistió porque era mayor el número de sus efectivos, a pesar de que los disparos hechos desde lejos por las máquinas mataban a muchos de sus combatientes.

Vitelio en Roma. Vespasiano es proclamado emperador

En este preciso momento se apoderaron [585] también de Roma grandes calamidades²⁸³. Pues había llegado de Germania [586] Vitelio con su ejército, que además arrastraba consigo otra gran multitud de gente. Como no halló sitio

suficiente para todos en los lugares destinados a las tropas, convirtió a Roma en un campamento y llenó todas las casas de soldados. Cuando estos individuos, [587] cuyos ojos no estaban acostumbrados a ello, vieron la riqueza de los romanos y se encontraron rodeados por todas partes de plata y oro, a duras penas pudieron contener sus deseos para no dedicarse al pillaje y matar a los que les estorbasen en su propósito. Esto es lo que entonces ocurría en Italia.

[588] Cuando Vespasiano regresó a Cesarea, tras someter las regiones próximas a Jerusalén, se enteró de los disturbios de [589] Roma y del nombramiento de Vitelio como emperador. Esta noticia le llenó de indignación, a pesar de ser una persona que sabía tanto recibir órdenes como darlas, y manifestó su rechazo por un soberano que se había lanzado con furia sobre [590] el Imperio como si se tratara de un desierto. Muy afectado por esta desgracia no era capaz de soportar esta tortura ni de ocuparse de otras guerras, mientras su patria era destruida. [591] Pero al igual que le empujaba a vengarse su ira, así también le contenía el hecho de pensar en la distancia, ya que la Fortuna se le podía adelantar y jugarle aún bastantes malas pasadas antes de que él llegara a Italia en su travesía por mar, sobre todo por tratarse de pleno invierno. Por consiguiente reprimió la cólera que ardía con fuerza en su interior.

[592] Sin embargo, los oficiales y los soldados, reunidos en pequeños círculos, planeaban ya abiertamente un cambio e, indignados, decían a gritos que las tropas²⁸⁴ que con lujo vivían en Roma y que no soportaban oír hablar de guerra elegían para el Imperio a los que querían y proclamaban a los [593] emperadores por la esperanza de obtener ganancias. En cambio, ellos, que habían pasado tantas fatigas y que habían envejecido bajo la armadura, entregaban a otros esta facultad de elegir emperador, cuando entre ellos tenían a la persona [594] que más méritos poseía para ejercer el poder. ¿Cuándo, mejor que ahora, iban a poder devolver a Vespasiano el afecto

que él había tenido con ellos, si perdían la ocasión de este momento? En justicia Vespasiano tenía más derecho para ser emperador que Vitelio, como también lo tenían ellos frente a los que habían elegido a este último personaje. En efecto, ellos no habían luchado en guerras de menor calibre [595] que las de Germania ni eran inferiores con sus armas a los que habían traído de allí al tirano. No habría necesidad [596] de luchar, pues el Senado y el pueblo de Roma no soportarían el libertinaje de Vitelio en comparación con la prudencia de Vespasiano, ni preferirían un tirano cruel, en lugar de un buen jefe, ni un soberano sin hijos²⁸⁵, en lugar de un padre, pues es muy importante para la seguridad de la paz el que los reyes tengan sucesores legítimos. Por tanto, si el [597] mando debía recaer en la experiencia de la edad, ellos tenían a Vespasiano, y si debía hacerlo en la fuerza de la juventud, tenían a Tito. Pues de esta forma se unirían las ventajas de las edades de ambos. No sólo ellos, que tenían tres legiones²⁸⁶ [598] y las fuerzas aliadas de los reyes, darían su apoyo al que fuera designado emperador de estos dos, sino que también colaboraría todo el Oriente y todas las zonas de Europa que han estado al margen del terror de Vitelio, así como sus aliados de Italia, un hermano de Vespasiano²⁸⁷ y otro de sus hijos²⁸⁸. Al primero se le sumarían muchos jóvenes ilustres, [599] y al segundo se le ha confiado la protección de la ciudad, lo que constituía una parte importante para llegar al poder del Imperio. Resumiendo, si ellos se retrasaban en llegar, el Senado [600] enseguida nombraría emperador a un individuo al que desprecian las tropas, que han combatido junto a él.

[601] Esto es lo que hablaban los soldados en sus reuniones. Luego, tras congregarse y animarse entre sí, proclamaron emperador a Vespasiano y le pidieron que salvara el Imperio, [602] que entonces peligraba²⁸⁹. Hacía tiempo que se preocupaba por el Estado, pero nunca había querido mandar él mismo, pues, aunque se consideraba digno por las empresas que había llevado a cabo, sin embargo prefería la seguridad de

la vida privada a los peligros de un cargo importante. [603] Ante su rechazo los oficiales insistieron aún más y los soldados le rodearon con sus espadas desenvainadas y amenazaron con matarle, si no aceptaba vivir con la dignidad que [604] se merecía. Después de extenderse en contarles los motivos por los que no aceptaba el mando, finalmente, como no les convenció, accedió ante los que le aclamaban como emperador.

Vespasiano en Egipto. Descripción de Alejandría

[605] Muciano²⁹⁰ y los demás oficiales le pidieron que actuara ya como emperador, mientras que el resto de su ejército le demandó que le condujera contra cualquier tipo de enemigo. Ante estas peticiones Vespasiano se encargó primero de los asuntos de Alejandría, pues sabía que Egipto era la parte más importante del Imperio por su aportación de trigo²⁹¹. Si se apoderaba de [606] este país y si la situación se prolongaba, tenía la esperanza de destruir por la fuerza a Vitelio, puesto que en Roma el pueblo no soportaría el hambre. Por otra parte, quería atraerse a las dos legiones de Alejandría²⁹². También deseaba [607] tener esta región²⁹³ como una defensa contra la inseguridad de la Fortuna, ya que es un lugar de difícil acceso por tierra y no tiene puertos en el mar. A Occidente la protegen [608] los desiertos de Libia, al Sur Siene²⁹⁴, que la separa de Etiopía, y las innavegables cataratas del río Nilo, a Oriente el Mar Rojo, que llega hasta Copto²⁹⁵. Al Norte hace de muralla [609] la tierra que llega hasta Siria y el llamado «Mar Egipcio», que carece totalmente de puertos²⁹⁶. De esta forma está Egipto protegido por todos los lados. Entre Pelusio²⁹⁷ y [610] Siene hay una distancia de dos mil seiscientos estadios²⁹⁸, y por mar desde Plintine²⁹⁹ a Pelusio hay tres mil seiscientos [611] estadios³⁰⁰. El Nilo es navegable hasta la llamada Ciudad de los Elefantes³⁰¹; más arriba las cataratas que hemos mencionado [612] antes impiden continuar adelante. El puerto de Alejandría³⁰² tiene un acceso difícil

para los barcos, incluso en tiempo de paz, pues su entrada es estrecha y los escollos que hay bajo el mar obligan a hacer la trayectoria dando rodeos. [613] Su parte izquierda está protegida por muros artificiales y en la derecha se halla la llamada isla de Faros, que posee una altísima torre que alumbra a los navegantes hasta una distancia de trescientos estadios, para que así por la noche fondeen sus embarcaciones lejos, habida cuenta de los peligros [614] de acercarse a la costa³⁰³. Alrededor de esta isla se alzan unas enormes murallas, construidas por manos humanas. El mar, al golpear contra estos muros y romper contra los diques que se encuentra de frente, dificulta el acceso y hace [615] peligrosa la entrada a través del estrecho paso. No obstante, el puerto es muy seguro en el interior, con una longitud de treinta estadios³⁰⁴. A él llegan los bienes que le faltan al país para su bienestar y desde él se distribuyen a todo el mundo los productos que allí sobran³⁰⁵.

La aclamación de Vespasiano recibe más apoyos

Por consiguiente, era lógico que Vespasiano [616] quisiera hacerse cargo de la situación de Egipto para así asegurar el poder de todo el Imperio. Escribió inmediatamente una carta a Tiberio Alejandro³⁰⁶, gobernador de Egipto y de Alejandría, en la que le comunicaba la voluntad del ejército y le decía que al asumir, por la necesidad del momento, el peso del Imperio le había nombrado a él colaborador y ayudante suyo. Cuando Alejandro [617] leyó en público la carta, hizo jurar a las legiones y al pueblo fidelidad hacia Vespasiano. Todos obedecieron voluntariamente, ya que conocían el valor de este hombre por las campañas que había dirigido en las regiones vecinas. Tiberio [618] Alejandro, tras habérsele confiado ya la autoridad imperial, preparó la llegada de Vespasiano. Más veloz que el pensamiento, se extendió la noticia de que había sido proclamado un emperador en Oriente y toda la ciudad festejó la buena nueva e hizo sacrificios en su honor. Las

legiones de [619] Mesia y Panonia³⁰⁷, que poco antes se habían alzado contra la audacia de Vitelio, juraron con grandísima alegría fidelidad a Vespasiano. Este último salió de Cesarea y se presentó [620] en Berito³⁰⁸, donde acudieron a él muchas legaciones de Siria y también de otras provincias³⁰⁹, que le trajeron de cada una de sus ciudades coronas y los acuerdos de felicitación [621] que se habían tomado en ellas. Se personó también Muciano, el gobernador de la provincia, para manifestarle el apoyo de la población y los juramentos que se habían hecho en cada localidad.

Liberación de Josefo

[622] Dado que la Fortuna por todos los sitios se ponía de su lado, de acuerdo con sus deseos, Y los acontecimientos le eran favorables en su mayor parte, Vespasiano empezó entonces a pensar que no se había hecho con el Imperio sin la intervención de la Providencia divina, sino que un justo hado le había entregado el poder [623] del mundo. Le vinieron a la memoria entre otras señales, pues eran muchos los presagios que por todos los sitios le habían vaticinado el Imperio³¹⁰, las palabras de Josefo, que, en vida de Nerón, se había atrevido a llamarle emperador³¹¹. [624] Se inquietó por el hecho de que este hombre fuera aún su prisionero, mandó llamar a Muciano junto con sus otros oficiales y amigos y empezó por exponerles la valentía de Josefo y todo lo que había padecido por su causa en Jotapata³¹². [625] Después les contó las profecías, que él mismo había considerado una invención producida por el miedo del momento, pero que el tiempo y los hechos han demostrado que [626] son de origen divino. Por ello dijo: «Es una vergüenza que continúe en la situación de un prisionero de guerra y en la suerte de un encadenado la persona que me ha profetizado el Imperio y que es el ministro de la voz de Dios». Llamó entonces a Josefo y ordenó liberarlo. Como consecuencia de [627] ello se despertó en los oficiales la esperanza de conseguir para ellos mismos

brillantes distinciones por el hecho de que Vespasiano había dado tales pruebas de generosidad con un extranjero. Por su parte Tito, que estaba junto a su padre, dijo: «Padre, es justo que con las cadenas de hierro quitemos [628] también a Josefo su deshonra, pues, si no sólo le quitamos las cadenas, sino que se las rompemos, será igual que una persona que nunca ha sido encarcelada». Efectivamente, esto es lo que se obra con los que han sido hechos prisioneros injustamente. Vespasiano accedió a esta petición, y uno [629] de sus hombres se acercó y cortó con un hacha las cadenas. Josefo recibió la plena libertad³¹³ como premio por sus predicciones y a partir de ese momento fue considerado digno de confianza para los acontecimientos futuros.

Muciano acude a Italia

[630] Vespasiano, después de conceder audiencia a las embajadas y de repartir los cargos entre todos de forma justa y de acuerdo con los méritos de cada uno, partió [631] a Antioquía. Allí pensó a dónde ir y consideró que era más importante la situación de Roma que el ir a Alejandría, ya que veía que esta ciudad estaba segura mientras que aquella estaba revuelta por acción de Vitelio. [632] Envío a Muciano a Italia y le entregó un numeroso destacamento de soldados de caballería e infantería. Éste, que temía navegar en medio del rigor del invierno, condujo el ejército a través de Capadocia y Frigia³¹⁴.

Antonio Primo y Cecinna. Derrota de los hombres de Vitelio en Cremona

[633] Entre tanto, Antonio Primo³¹⁵ con la tercera de las legiones que se hallaban en Mesia, donde se daba la circunstancia de que él era gobernador, se apresuró para [634] enfrentarse a Vitelio. Este último envió contra él a Cecinna Alieno con una gran tropa, pues confiaba mucho en este hombre por su victoria sobre Otón³¹⁶. Cecinna salió

inmediatamente de Roma y se encontró con Antonio en las proximidades de Cremona³¹⁷, en la Galia, [635] ciudad que está en las fronteras de Italia. Cuando vio allí el gran número de enemigos y su disciplina, no tuvo valor para enfrentarse a ellos y, como juzgó que era peligroso retroceder, planeó una traición³¹⁸. Convocó³¹⁹ a los centuriones y [636] tribunos que estaban bajo sus órdenes y les animó a pasarse al bando de Antonio. Para ello menospreciaba los efectivos de Vitelio y exageraba la fuerza de Vespasiano. Decía que [637] el primero tenía solamente el nombre de emperador, mientras que el segundo tenía el poder. Por tanto, era mejor que ellos tomaran la delantera, hicieran de grado lo necesario y se adelantaran al peligro con su decisión, ya que iban a ser vencidos por las armas. Pues Vespasiano era capaz, incluso [638] sin su ayuda, de conquistar lo que aún quedaba, mientras que Vitelio ni siquiera podía conservar con ellos lo que tenía.

Con muchas palabras de esta índole les convenció y se [639] pasó con su ejército a Antonio. Esa misma noche se apoderó [640] de los soldados un arrepentimiento y un miedo de que Vitelio, que era quien los había enviado allí, resultara vencedor en la batalla. Entonces sacaron sus espadas y se arrojaron contra Cecinna para matarlo, y habrían ejecutado esta acción, si los tribunos no se hubieran postrado ante ellos y les hubieran suplicado que no lo hicieran. Renunciaron a asesinarlo, [641] pero encadenaron al traidor y estaban dispuestos a enviárselo a Vitelio. Cuando Primo tuvo noticia de estos hechos, al instante puso en pie a sus hombres y los condujo armados contra los sublevados. Estos últimos resistieron [642] muy poco tiempo en formación de combate y enseguida se dieron la vuelta y se refugiaron en Cremona. Primo con la caballería les cortó los accesos, rodeó a un gran número de ellos delante de la ciudad y los mató; se precipitó al interior con los que quedaban y dejó a sus soldados que saquearan [643] el lugar. Allí perdieron su vida muchos comerciantes extranjeros³²⁰, una gran cantidad de sus

habitantes y todo el ejército de Vitelio, treinta mil doscientos hombres. Antonio perdió cuatro mil quinientos de sus legionarios de Mesia. [644] Liberó a Cecinna y lo envió a Vespasiano para que comunicara lo sucedido. Cuando llegó, fue recibido por el emperador que cubrió el oprobio de su traición con inesperados honores.

Guerra civil en Roma. Muerte de Vitelio

[645] En Roma Sabino volvió a llenarse de valor, cuando tuvo noticia de que Antonio estaba cerca. Reunió a las cohortes que hacían la vigilancia nocturna³²¹ y se [646] apoderó del Capitolio. Al amanecer³²² se le unieron muchos ciudadanos ilustres y Domiciano, el hijo de su hermano, que constituía la parte más importante [647] de sus esperanzas de obtener el triunfo. Primo³²³ apenas era para Vitelio una preocupación, aunque este último estaba furioso contra los que se habían sublevado con Sabino. Sediento de sangre noble, a causa de su natural crueldad, envió contra el Capitolio el destacamento del ejército que había [648] venido con él. Estos soldados y los que combatían desde lo alto del templo hicieron demostración de numerosas hazañas valerosas. Al final, las tropas de Germania, que eran superiores [649] en número, se adueñaron de la colina. Domiciano junto con muchos notables romanos se salvó milagrosamente³²⁴, mientras que toda la demás gente fue degollada. Sabino, llevado ante Vitelio, fue ejecutado y sus soldados saquearon las ofrendas e incendiaron el templo. Al día siguiente [650] Antonio llegó con su ejército. Los hombres de Vitelio salieron a su encuentro y entablaron combate en tres barrios de la ciudad³²⁵. Todos perecieron. Vitelio salió del [651] palacio borracho y con el estómago lleno, después de haber comido en un desenfrenado banquete más abundante que otras veces, como si se tratara de sus últimos momentos de vida. Arrastrado por la multitud fue ultrajado de todas las [652] formas posibles y fue degollado en pleno centro de Roma, después de haber reinado durante ocho

meses y cinco días³²⁶. Creo que si hubiera vivido más tiempo, el Imperio no le habría bastado para su libertinaje. El número de los demás [653] muertos superó los cincuenta mil. Estos hechos acaecieron [654] el tercer día del mes de Apeleo³²⁷. Al día siguiente se presentó Muciano con sus tropas y puso fin a la matanza que hacían los hombres de Antonio, pues éstos todavía registraban las casas y asesinaban a muchos de los soldados de Vitelio y a numerosa gente del pueblo, como si fueran partidarios de aquél, pues su cólera les llevaba a no perder el tiempo en distinguir con exactitud entre unos y otros. Muciano llevó a Domiciano ante la multitud y le presentó como su jefe [655] hasta que llegara su padre³²⁸. El pueblo, liberado ya del miedo, aclamó a Vespasiano como emperador y celebró una fiesta en la que se festejaba tanto su llegada al trono como la destitución de Vitelio.

*Vespasiano regresa a Roma desde Alejandría. Tito
asume el ataque a Jerusalén*

[656] Cuando Vespasiano llegó a Alejandría, recibió las buenas noticias de Roma y acudieron a felicitarles embajadores³²⁹ de todo el mundo habitado, que ahora era suyo. Esta ciudad, que era la más grande después de Roma, resultó demasiado pequeña [657] para tanta gente. Dado que ya ahora, en contra de lo que se esperaba, todo el Imperio estaba bajo su autoridad y se había puesto a salvo el Estado romano, Vespasiano dirigió su atención a lo que aún quedaba por resolver en Judea. [658] Él deseaba embarcarse para Roma, ya que el invierno estaba acabando, y con rapidez dejó organizada la situación de Alejandría³³⁰. Envío a su hijo Tito con los mejores hombres [659] de su ejército a conquistar Jerusalén. Éste avanzó por tierra hasta Nicópolis³³¹, que dista de Alejandría veinte estadios. Allí embarcó a su ejército en grandes naves y a través del Nilo, por el distrito de Mendesio³³², llegó a la ciudad de Tmuis³³³. Desembarcó en este lugar y caminó hasta la aldea [660] de Tanis³³⁴, donde

acampó. Su segunda etapa fue Heracleópolis³³⁵ y la tercera Pelusio. Después de estar aquí dos jornadas [661] retomó la marcha con el ejército y al tercer día atravesó las desembocaduras del Nilo en Pelusio. Tras una etapa por el desierto³³⁶ estableció su campamento junto al templo de Zeus Casio³³⁷, y al día siguiente lo hizo en Ostracine³³⁸. En este lugar no hay agua y sus habitantes se sirven de la [662] que traen de fuera. A continuación descansó en Rinocorura³³⁹, y de allí se dirigió en una cuarta etapa a Rafia³⁴⁰, ciudad donde empieza Siria. En la quinta jornada acampó en Gaza³⁴¹. Luego llegó a Ascalón³⁴² y de aquí a Jamnia, después a Jope³⁴³ y de esta ciudad a Cesarea, donde había determinado reunir el resto de sus tropas.

¹ Citamos el pasaje con el número del párrafo y, entre paréntesis, con el de la línea de la edición de NIESE.

² El asedio y conquista de Tariquea, la bíblica Migdal o Magdala, al norte de Tiberíades, ha ocupado el final del libro III.

³ La toma de esta ciudad de la Galilea Superior, al noroeste de Séforis, ha sido narrada en III 141-398.

⁴ Ciudad situada al norte de la Galilea Superior.

⁵ Tanto Tariquea, como Giscala, Sogane, Seleucia y la región del monte Itabirion habían sido fortificadas por el propio Josefo; cf. II 573-575 y *Autobiografía* 187. El monte Itabirion o Tabor, al sudeste de Nazarat, era una de las montañas sagradas del Judaísmo.

⁶ Ciudad situada en la Gaulanítide Inferior, frente a Tariquea, en el lado oeste del lago Gennesar. Su ubicación exacta sigue aún discutida; cf. E. SCHÜRER, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Jesu Christi = Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*, Madrid, 1985, II, pág. 633. Según relata *Autobiografía* 46-61, este enclave se mantuvo en un principio fiel a los romanos.

⁷ Lago Gennesar.

⁸ Los límites de este reino han sido definidos en II 247 y 252.

⁹ En la Gaulanítide Superior, a 9 kilómetros al nordeste del lago de Gennesar.

¹⁰ También en la Gaulanítide Superior, cerca del lago Semeconitis.

¹¹ Es el lago pantanoso de El-Hule, al norte del lago de Gennesar, donde desemboca el río Jordán. Sus dimensiones actuales, poco más de 11 kilómetros, hacen imposible los 60 estadios de largo mencionados aquí.

¹² Actual Khirbet Dafne, en el norte de Galilea, al sur de Dan, donde nace uno de los afluentes del Jordán; cf. F. M. ABEL, *Geographie de la Palestine*, París, 1933-1938, I, pág. 444.

¹³ El pequeño Jordán es la parte de este río que discurre desde sus fuentes, en Cesarea de Filipo, hasta el lago Semeconitis. El gran Jordán es el resto de su curso, hacia el sur de este lago. Una descripción de estos lugares la ha hecho ya Josefo en III 509 ss.

¹⁴ *I Reyes* 12, 29, y *Antigüedades* 8, 226, mencionan los dos templos levantados por Jeroboam en Dan y Betel, en los que colocó dos becerros de oro.

¹⁵ Esta afirmación esta hecha desde el punto de vista griego, pues los habitantes de Gamala hablaban arameo, no griego. En aquella lengua camello es *gamlā'*, en clara relación etimológica con Gamala.

¹⁶ Cf. II 574.

¹⁷ Estos mismos hechos son narrados en *Autobiografía* 114.

¹⁸ Actual Hammat, entre Tiberias y Tariquea. Las propiedades curativas de sus aguas termales han sido y son famosas; cf. II 614 y *Antigüedades* XVIII 36. No

obstante, el nombre de estos baños presenta algunas variantes textuales, como *Ammaoûs*, *Amathoûs* o *Ammathoûs*.

¹⁹ Esta ciudad fue levantada en honor de Tiberio, protector de Herodes Antipas, en la orilla derecha del lago Gennesar, que por ello recibirá también el nombre de lago de Tiberíades.

²⁰ En el *excursus* del libro III sobre el ejército romano, Josefo dedica un espacio importante al campamento romano; cf. III 77 ss.

²¹ Un espíritu filorromano subyace en ésta y en otras expresiones de nuestro autor, que apunta a los propios judíos, en especial a sus disensiones y enfrentamientos internos, como verdaderos culpables del desastre de su pueblo.

²² Josefo de Gamala, que morirá en la toma de esta ciudad; cf. IV 66.

²³ En griego *lithobóla* o *petrobóla*, «lanzadoras de piedras», aunque este artefacto también servía para arrojar otro tipo de materiales contundentes, como podía ser el plomo.

²⁴ Como se acaba de decir en IV 7, las casas estaban construidas de forma escalonada en la parte escarpada de la montaña.

²⁵ C. Licinio Muciano fue Legado de Siria del año 64 al 69, cuando Vespasiano se hizo cargo de la guerra judía; cf. SUETONIO, *Vespasiano* IV y TÁCITO, *Historias* I 10 y II 5.

²⁶ Se insiste en la mismas virtudes de Vespasiano expuestas en III 4.

²⁷ La idea de que Dios, la Fortuna en el sentido clásico, está de parte de los romanos se materializa sobremanera en la persona de Vespasiano, cuya elección estuvo ya inspirada por el propio Dios; cf. III 404.

²⁸ Por ejemplo en la toma de Jotapata; cf. III 144.

²⁹ El original griego *palímpous* literalmente significa «que vuelve sobre sus propios pasos». Este término, utilizado aquí por Josefo como un epíteto poético de la Fortuna, sólo está atestiguado en LICOFRÓN, *Alejandra* 126 y 893 y en MELEAGRO DE GADARA, *Antología Palatina* V 163.

³⁰ Esta divinidad podría ser tanto el dios de la guerra como la propia Fortuna, según la opinión de THACKERAY, en su edición *ad loc*.

³¹ Este mismo rasgo se destaca como uno de los secretos del éxito del ejército romano frente al de otros pueblos; cf. III 98 ss.

³² Cf. IV 9.

³³ La narración de estos acontecimientos de Gamala se interrumpe en este punto y se reanuda en IV 62.

³⁴ Normalmente Josefo se refiere con esta denominación a la Gran Llanura de Esdrelón (por ejemplo, II 232), si bien en *Autobiografía* 207 se trata de la llanura de Asoquis (cf. I 86). Por los lugares geográficos citados en este pasaje, monte Itabirion y Escitópolis, es más factible la segunda de estas localizaciones.

³⁵ Sobre esta ciudad de la Decápolis de gran importancia estratégica en la ribera oeste del Jordán, conocida tanto por el nombre helenístico de Escitópolis como por el semítico de Betsán, véase la nota a I 65.

³⁶ Estas cifras no son reales. Según consigna ABEL, *Geographie...*, I, págs. 353-357, su altitud sobre el nivel del mar es de 588 metros y su altura sobre las regiones circundantes es de 455 metros. La llanura que hay en su cima alcanza una extensión de 1.200 metros de largo por 400 de ancho.

³⁷ La enumeración de los lugares fortificados por Josefo puede verse en II 573 y en *Autobiografía* 188.

³⁸ Es el tribuno encargado de las tropas de Galilea antes y después de la llegada de Vespasiano; cf. III 59, 110-111, y *Autobiografía* 213 y 411.

³⁹ Mes del calendario macedónico, que se corresponde con el hebreo Tišrí y con parte de nuestros meses de octubre y noviembre.

⁴⁰ Se trata del último de los turnos de guardia, cuando los centinelas estaban más cansados y era más fácil sorprenderles. Sobre las horas de guardia, véase la nota a III 319.

⁴¹ Es Josefo de Gamala citado en IV 18.

⁴² Cf. IV 13-30.

⁴³ Había regresado después de haber llevado a cabo una misión en Siria con Muciano; cf. IV 32.

⁴⁴ El pasaje no está exento de problemas textuales.

⁴⁵ Cf. IV 13-30.

⁴⁶ Seguramente también puede tratarse de las galerías y fosos excavados por Josefo, según se ha relatado en IV 9 y 13.

⁴⁷ En la toma de Masadá también ocurrirá lo mismo, sólo se salvarán dos mujeres; cf. VII 404.

⁴⁸ Sobre este personaje, véase nota a II 421.

⁴⁹ Es decir, el día 10 de noviembre del año 67; cf. la edición de NIESE, *ad loc.*

⁵⁰ El día 12 de octubre del 67; cf. la edición de NIESE, *ad loc.*

⁵¹ Ciudad de la Galilea Superior.

⁵² No son bandidos en el sentido estricto del término, sino, en la terminología habitual de nuestro autor, los rebeldes o facciosos, esa pequeña minoría judía culpable de toda la guerra contra Roma.

⁵³ Esta presentación de Juan de Giscala está expresada en términos similares a los ya expuestos en el retrato de este personaje en II 585 ss.

⁵⁴ En III 412 se ha dicho que Vespasiano dejó en Cesarea la legión V *Macedonica* y la X *Fretensis*, si bien allí se precisó que envió a Escitópolis la XV *Apollinaris*, no la X. Sobre esta importantísima ciudad refundada por el rey

Herodes en la antigua Torre de Estratón puede verse la nota a I 80, con bibliografía al respecto.

⁵⁵ Éste es uno de los rasgos de Tito más destacados por Josefo, a saber, su compasión humana ante las desgracias judías; cf. también III 64 y

⁵⁶ Las estrictas normas que regulaban la observancia del descanso sabático abarcaban también al ámbito bélico. La guerra judía testimonia el respeto por esta norma (cf. II 634), aunque también el hecho de que los enemigos se aprovechen de esta ventaja (cf. I 146).

⁵⁷ Se insiste de nuevo en el tema de la Providencia divina, que dispuso desde un principio todos los acontecimientos bélicos para la destrucción de Jerusalén; cf. el apartado 5 de la Introducción.

⁵⁸ Por lo que a continuación se indica, seguramente se trata de Cadasa, ciudad de los tirios, citada en II 459. La denominación bíblica de Quedes (*Jueces* 4, 6 ó *I Macabeos* 11, 63) convive con la forma helenizada de *Kýdisos* (EUSEBIO DE CESAREA, *Onomástico* CXVI 2); cf. ABEL, *Geographie...*, II, pág. 416. De acuerdo con el comentario de la edición de SCHALIT, *ad loc.*, *Kýdasa* sería la versión tiria del nombre de esta ciudad.

⁵⁹ Como ya hemos expuesto en nuestra Introducción, apartado 5, Tito es uno de los principales puntos de atención de la obra de Josefo y es, sobre todo, su carácter compasivo el más repetido; cf. II 64, V 59, 310 y VI 184-185.

⁶⁰ *Perì halōseos*, es el título con que aparece esta obra en la mayor parte de los manuscritos y en la tradición cristiana. Flavio Josefo emplea indistintamente este término *hálōsis*, «conquista», «toma» o el de *pólemos*, «guerra», para referirse a su escrito. No obstante, tanto en este pasaje como más adelante (IV 134 y 318) se insiste en esta «conquista» de Jerusalén por parte de los romanos, lo que evidentemente indica que nuestro autor está adoptando en el relato concreto de estos acontecimientos un punto de vista romano.

⁶¹ La confianza judía en la inexpugnabilidad de la ciudad de Jerusalén es un tópico ya desde *Jeremías* 7, 4, consagrado más tarde por *Daniel* 7, 9-27 y 2, 44. Durante la dominación romana se hacen más intensas estas esperanzas, en consonancia con el auge del mesianismo, del que parecen aprovecharse los movimientos revolucionarios antirromanos. La literatura apócrifa de este período testimonia esta tendencia, como vemos por ejemplo en el *Libro I de Henoc* 53, 6.

⁶² Realmente pocas habían sido estas «dificultades», habida cuenta de la campaña en Galilea, hasta la caída de Tariquea en el otoño del año 67, según se relata a lo largo del libro III. No obstante, Juan de Giscala puede referirse de nuevo al ataque fallido de los romanos contra Gamala (cf. IV 13-30).

⁶³ La insurrección que estalló por primera vez a comienzos del verano del año 66 fue básicamente urbana (cf. II 411-418), si bien ahora tras la caída de Galilea se produce una masiva participación de la población del campo galileo que se refugia en Jerusalén. El movimiento de revuelta contra Roma se intensificó con la aportación de los típicos grupos de bandidos y bandoleros de carácter rural, que ya venían actuando, según Josefo, desde hacía tiempo.

⁶⁴ La bíblica Yabneel (cf. *Josué* 15, 11), famosa por su importante puerto en la costa palestina, al sur de Jope; cf. ESTRABÓN, V 15, 2, y PLINIO, *Historia natural* V 86.

⁶⁵ Azoto es la forma griega del importante centro helenístico de la costa cananea, Asdod, que desde época de los Macabeos contaba con una destacada población judía; cf. *I Macabeos* 14, 34 y *Antigüedades* XIII 395.

⁶⁶ Este número 130 constituye un paréntesis en la narración de las sublevaciones producidas en Judea.

⁶⁷ THACKERAY, edición *ad loc*, ve aquí una descripción típica de los efectos de una revolución y pone como modelo a TUCÍDIDES, III 81-84, y su relato de los acontecimientos de Corcira.

⁶⁸ Este odio hacia los judíos se debía al hecho de que las guarniciones de estas ciudades estaban formadas por extranjeros y, en su mayor parte, por sirios.

⁶⁹ En efecto, Jerusalén es la «ciudad de todos», el lugar del culto nacional y la metrópoli de la patria común. En la Diáspora se hace más intensa esta afirmación, ya que la dispersión de los judíos busca afianzar su pertenencia a una misma nación mediante la referencia al lugar donde se ubica el Templo de su Dios. Así lo expresa FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Contra Flaco* 46, al referirse a los judíos de Alejandría que, en palabras suyas, consideran su metrópoli la ciudad sagrada, donde se levanta el Templo santo del Altísimo, si bien cada uno de ellos tiene como patria la tierra en la que ha nacido y crecido. Un poco más adelante, IV 272-281, se narrará el caso de los idumeos que, como miembros del judaísmo, también reivindicarán su derecho a entrar en Jerusalén.

⁷⁰ La llegada de esta población del campo de Judea aumentó considerablemente el número de los habitantes de Jerusalén, que antes de la revuelta podían llegar a ochenta y cinco mil aproximadamente, según el cómputo de M. BROSHI, «La population de l'ancien Jérusalem», *Revue Biblique* 82 (1975), 5-14.

⁷¹ Cf. nota a IV 129.

⁷² Este relato había sido ya anticipado por Josefo en II 557, cuando este familiar de Agripa II se quedó en Jerusalén después de la derrota de Cestio.

⁷³ El original griego *Dorkás*, que es una forma fememna que significa «gacela», en arameo es *Tabitha*. *Hechos de los Apóstoles* 9, 36 mencionan a una mujer de Jope con este nombre. Para los problemas del uso del matronímico en lugar de patronímico, que era lo habitual, véase la nota de la traducción de PELLETIER al respecto.

⁷⁴ Flavio Josefo distingue siempre entre el pueblo judío en su conjunto, que queda libre de culpa, y esa minoría que por su actitud hostil hacia Roma ha provocado esta guerra; véase el apartado 5 de la Introducción.

⁷⁵ Durante la presencia romana en Judea los sumos sacerdotes perdieron parte de su autoridad anterior. Solían ser elegidos en el seno de unas pocas familias privilegiadas, de modo que el sumo sacerdocio formaba como una especie de dinastía hereditaria o de aristocracia influyente. En ningún caso se designaban a

suertes estos cargos, como harán en esta situación de «anarquía» los zelotes; cf. SCHÜRER, *Historia...*, II, págs. 306-316.

⁷⁶ Sobre este sumo sacerdote nombrado por Agripa II véase II 563.

⁷⁷ IV 148.

⁷⁸ Esta afirmación no es exacta, ya que en *I Crónicas* 24, 5-18, se habla de la elección a suertes no de los sumos sacerdotes, sino del orden de las veinticuatro clases sacerdotales para el servicio del Templo. No obstante, la práctica del sorteo es algo bastante habitual en los textos bíblicos, como una forma clara de manifestación de la voluntad divina (cf. *I Crónicas* 24, 31; *Salmos* 22, 19; *Ezequiel* 47, 22).

⁷⁹ La clase sacerdotal se subdividía en veinticuatro tribus pontificales, que se correspondían con otros tantos turnos que se alternaban en el servicio del Templo (cf. *I Crónicas* 24, 7-19; *Lucas* 1, 5). El propio Josefo pertenecía a la primera de estas veinticuatro clases, la de Jehoyarib. *Antigüedades* VII 366 confirma este número, si bien *Contra Apión* II 108 sólo menciona cuatro tribus, las que regresaron del destierro con Zorobabel. Los esenios, por su parte, distinguían veintiséis clases sacerdotales, debido a razones de calendario (cf. *I Qumrán* 2, 2).

⁸⁰ La tribu de Eniaquim no está incluida en esa lista de doce clases en que David dividió la tribu sacerdotal de Leví, ni tenemos ninguna referencia sobre ella (cf. *I Crónicas* 24, 7). Véanse las propuestas para subsanar este posible error en el comentario *ad loc.* de THACKERAY y PELLETIER.

⁸¹ Flavio Josefo ofrece varias formas para el nombre hebreo de este personaje, *Pynḥs*: *Phannías*, *Phánasos* o *Pháni*; cf. *Antigüedades* XX 227.

⁸² Lugar que aún permanece sin identificar con certeza.

⁸³ Esta comparación con una actuación teatral le sirve a Josefo para demostrar el carácter falso e hipócrita de las acciones de los zelotes; cf. también la «representación del juicio contra Zacarías, el hijo de Baris» en IV 336.

⁸⁴ Parece que se trata de aquel José, hijo de Gorión, que en II 563 detentaba junto con Anano el poder de Jerusalén al principio de la revuelta.

⁸⁵ *Autobiografía* 190-195 se extiende en la caracterización de este personaje. En este pasaje, así como en 216-227 y 309 ss., Josefo reproduce esta exhortación de las autoridades al pueblo para acabar con la actividad de los zelotes.

⁸⁶ Es el amigo de Josefo citado en *Autobiografía* 193-194 y 204. Más adelante, en IV 316 ss, se relatará su muerte junto con la de Anano.

⁸⁷ Josefo centra en el término «celo», que los zelotes se aplican a sí mismos por su afán por Dios y por el Templo, la noción básica para la comprensión del significado religioso y social del movimiento (cf. también VII 269-270). No es fácil distinguir todos los grupos de la resistencia antirromana que se engloban bajo este apelativo, sicarios, partidarios de Juan de Giscala, secuaces de Simón, hijo de Giora, los compañeros de Eleazar y los seguidores de Judas el Galileo. Nuestro autor confunde en ocasiones a los zelotes con los sicarios, aunque también diferencia a estos últimos de los genéricamente llamados por él «rebeldes» o

«facciosos» (cf. II 650-651). Sin embargo el común denominador de estos elementos revolucionarios era su pasión por la libertad, cuya doctrina parece estar inspirada por lo que Josefo llama cuarta filosofía o secta, después de los fariseos, saduceos y esenios (cf. *Antigüedades* XVIII 23-25); sobre los zelotes sigue siendo fundamental el libro de M. HENGEL, *Die Zeloten*, Leiden-Colonia, 1961.

⁸⁸ El nombre de sumo sacerdote.

⁸⁹ La retirada al desierto es un tópico de los movimientos mesiánicos que rodeaban la revuelta contra Roma, como vimos en el caso de la banda de malechores y del falso profeta egipcio de II 258-265. En este caso concreto podría también aludir al chivo expiatorio, que con los pecados del pueblo será enviado solo al desierto, según la prescripción de *Levítico* 16, 10 y 20-24.

⁹⁰ Los hebreos no han estado nunca bajo el poder directo de los medos. Debe tratarse aquí más bien de los persas, que en el 550 a. C., con Ciro a la cabeza, depusieron al último rey medo, Astiages. Esta nueva monarquía e imperio unificados aparecen en diversas ocasiones en la Biblia (cf. *Ester* 10, 2, *Daniel* 5, 28). El libro de *Daniel* ha podido contribuir a esta imprecisión de Flavio Josefo, ya que en él se habla de los «reyes de los medos y de los persas» (*Daniel* 8, 20) e incluso de Darío el medo (*Daniel* 6, 1 y 9, 1), que no parece haber existido en la realidad, sino en una ficción y visión apocalíptica de la historia. La literatura pseudoepígrafa sí hace, en cambio, más referencias al poder de los medos, ya que este pueblo se incluye entre las naciones que dominarán a los hebreos: así ocurre con el *Testamento de Neftalí* V 8, que sitúa a los medos entre los asirios y los persas, o con diversos pasajes de los *Oráculos Sibílicos*, IV 54, 62 y 63. Entre estos últimos testimonios hay que destacar el del historiador judeo-helenístico Eupólemo (en EUSEBIO DE CESAREA, *Preparación evangélica* IX 39, 2-5), que narra la invasión de Palestina, incluida Jerusalén, en tiempos del rey Jonaquim y del profeta Jeremías, por parte de Nabucodonosor y su aliado el rey medo Astibaras. Este monarca y esta colaboración de los medos no aparecen en las fuentes bíblicas. SÓLO CTESIAS DE CNIDO menciona a Astibaras y a su hijo Astiages en su *Historia de Persia* (cf. DIODORO DE SICILIA, II 34, 6) como los últimos reyes de Media, mientras que HERÓDOTO, I 74, 103 y 106-107, habla de Cíaxares y Astiages.

⁹¹ Sobre el culto romano en el Templo de Jerusalén véase nota a II 197. Los gentiles también aportaban ofrendas votivas. Por ejemplo, los monarcas Ptolomeos habían hecho numerosas ofrendas, según lo testimonian *II Macabeos* 3, 2 y 5, 6, *Carta de Aristeas* 42, *Antigüedades* XIII 74-79 y *Contra Apión* II 48-49. Destacados romanos, como Sosio, Marco Agripa, Augusto o Calígula (la cadena de oro que donó a Agripa I) dejaron objetos particulares en el Templo judío; cf. FILÓN, *Embajada a Cayo* 157; *Antigüedades* XIV 488, XIX 294; *Guerra* V 462-563.

⁹² En V 193-194 se describirá la balaustrada que separaba terminantemente a los gentiles de los judíos en el culto del Templo.

⁹³ Así había ocurrido en el ataque a Gamala, cuando se levantó un huracán sobrehumano que desvió las flechas; cf. IV 76.

⁹⁴ Este discurso del sumo sacerdote Anano presenta llamativos aspectos que entran en contradicción con las ideas expuestas por Agripa II en el Xisto de Jerusalén (II 345-404) para persuadir a los judíos de la revuelta. El diferente programa político de ambos mandatarios, así como sus intereses opuestos en esta guerra, les lleva a hacer un hábil ejercicio retórico del concepto de libertad.

⁹⁵ Es el atrio de los gentiles; cf. V 193-194.

⁹⁶ El atrio de los israelitas; cf. V 193-198.

⁹⁷ Cf. V 200-26.

⁹⁸ Como se repetirá en IV 218 se insiste en la purificación previa a la entrada en el Templo. Son muchos los rituales de purificación practicados entre los hebreos, como extensamente prescribe *Levítico* 11-17 y *Antigüedades* III 261: abluciones para la purificación de objetos y de personas, que han estado en contacto con algo impuro, etc.

⁹⁹ IV 106-111.

¹⁰⁰ De nuevo nuestro autor vuelve a hacer una breve caracterización de Juan de Giscala en términos similares a los expuestos en II 585 ss. y en IV 85. En este caso THACKERAY, comentario *ad loc.*, señala algunas correspondencias con el retrato de Catilina en SALUSTIO.

¹⁰¹ Los manuscritos PAL² ofrecen la variante *toís hóplois*, «asuntos militares», en lugar de *toís hólois*. No obstante, la presencia del término griego *synedreúō* parece hacer referencia al Sanedrín o Consejo judío de Jerusalén. Después de la insurrección siguen funcionando las instituciones anteriores y, a pesar de la presión de los rebeldes y zelotes, los notables judíos, entre los que se encontraba Anano, siguen controlando los órganos de gobierno. Sobre las funciones del Sanedrín puede consultarse el trabajo de V. TCHERIKOVER, «Was Jerusalem a 'Polis'?», *Israel Exploration Journal* 14 (1964), 61-78.

¹⁰² Cf. IV 205.

¹⁰³ Los idumeos, habitantes del bíblico país de Edom, descienden de Esaú, por lo que son un pueblo hermano de los hijos de Jacob, a pesar de sus enfrentamientos constantes con Israel. Los idumeos habían sido obligados, caso raro en el judaísmo, a circuncidarse y a seguir la ley judía por parte de Juan Hircano, después de la conquista de Adoreon y Marisa; cf. I 62-63 y *Antigüedades* XIII 254-258. Decenios más tarde de esta conversión Idumea contribuyó a la historia judía con dos figuras políticas de primer orden, Antípatro y su hijo Herodes el Grande.

¹⁰⁴ Tal vez habría que seguir aquí la lectura de los códices MV, «Eleazar, hijo de Simón», el famoso zelote mencionado en II 564-565 y V 5-7.

¹⁰⁵ Josefo no vuelve a citar a este personaje en ningún lugar más.

¹⁰⁶ El ardor belicoso de los idumeos era bien conocido, según lo atestigua la promesa de Isaac a Esaú, cuya descendencia serán los edomitas, es decir, los ascendientes de los idumeos: «Merced a tu espada vivirás» (*Génesis* 27, 40).

¹⁰⁷ NIESE conjetura que más bien este Sosas es el padre de los dos anteriores, Juan y Jacobo.

¹⁰⁸ Existen variantes textuales sobre este nombre: otros manuscritos dan la forma *Klathā* y *Kathlā*; cf. la edición de NIESE.

¹⁰⁹ Se trata de la torre Psefino, que se describirá con detalle en V 147.

¹¹⁰ En lugar del término habitual en la literatura judeo-helenística para designar a los no judíos, *allóphylos*, Josefo utiliza el genérico *bárbaros*, cuyo uso está plenamente consolidado en la historiografía grecorromana, ya que engloba también a los idumeos, que en sentido estricto no son judíos.

¹¹¹ Otros manuscritos dan la lectura *chōras*, «región».

¹¹² La parte interior del Templo, acotada por esa balaustrada que separaba a los gentiles de los israelitas; cf. V 193-194.

¹¹³ Sobre el funcionamiento de esta institución durante la revuelta, cf. nota a IV 213.

¹¹⁴ Narrado a lo largo del libro III.

¹¹⁵ Esta medida, que en principio podría parecer popular (cf. nota a IV 302), se convertirá en una forma de actuar despóticamente, ya que se fingirán juicios legales, que en realidad son meras pantomimas, como en el caso del proceso a Fani, el hijo de Samuel (IV 156) y el de Zacarías, hijo de Baris (IV 334).

¹¹⁶ Éste es el color del atuendo de luto, que suele ser un saco, en la tradición judía (cf. *Isaías* 50, 3), no el blanco, como se ha visto en el caso de Arquelao en los funerales de Herodes; cf. nota a II 1.

¹¹⁷ Cf. nota a IV 129.

¹¹⁸ Sobre el culto de los gentiles en el Templo de Jerusalén, véase nota a II 197. Como el autor recuerda en II 409, la ruptura con los romanos empezó precisamente con la prohibición de aceptar ofrendas y sacrificios extranjeros en el Santuario. Esta medida era la consecuencia más clara del nacionalismo judío, que reivindicaba su tradicional exclusividad religiosa frente a esa tendencia sincretista que había dominado anteriormente en la mayor parte de los hebreos bajo la dominación helénica.

¹¹⁹ Este nombre se presenta bajo diversas variantes, Catlá, Clatá o Caata. Incluso este Simón es identificado en la traducción de THACKERAY con Taceas, citado en IV 235.

¹²⁰ La raza de los idumeos, que había sido obligada a convertirse al judaísmo; cf. nota a IV 218.

¹²¹ Cf. nota a IV 262.

¹²² Las autoridades de Jerusalén, con Jesús y Anano a la cabeza, no les abrían las puertas de la ciudad y, por tanto, no les dejan acceder al Templo, donde se encontraban refugiados los zelotes.

¹²³ Josefo está recurriendo constantemente en su relato a la intervención de fuerzas sobrenaturales, que se manifiestan en determinados fenómenos atmosféricos, como es este caso, como un claro ejemplo de la intervención divina en el desarrollo de la historia. La Providencia divina se sirve de estos signos

premonitorios, prodigios, señales, sueños y otros elementos proféticos para manifestar su voluntad; sobre la importancia de las profecías en nuestro autor, véase la nota a I 80.

¹²⁴ Al igual que en otros pasajes, aquí también Josefo mezcla el concepto clásico de Destino, Fortuna, con su fe en la Providencia divina, que interviene en los actos humanos, tal como hemos visto poco antes en IV 190; sobre estas cuestiones véase el apartado 5 de nuestra Introducción.

¹²⁵ Estas sierras pueden ser tanto las utilizadas por los leñadores que reparaban las construcciones del Templo (cf. *Josué* 9, 21), como las que servían para despedazar las víctimas y los leños del fuego de los sacrificios.

¹²⁶ La liberación de los encarcelados es una de las primeras medidas típicas de toda insurrección, que junto con la abolición de las deudas (cf. II 427), el sorteo de los cargos (cf. IV 148 ss), la eliminación de los tribunales de justicia (cf. IV 258) y las actuaciones contra los ricos (cf. IV 138-146 y 335) recuerda la narración de las matanzas de Corcira de TUCÍDIDES, III 69 ss; cf. Y. BAER, «Jerusalem in the Times of the Great revolt», *Zion* 36 (1971), 127-190 (en hebreo con resumen en inglés).

¹²⁷ En términos similares se describe el efecto del grito de guerra en la toma de Jotapata (III 247 ss.) y en la caída de Jerusalén (VII 272 ss.).

¹²⁸ Cf. nota a IV 230.

¹²⁹ En IV 206 se ha dicho que sólo eran seis mil los hombres armados los que hacían guardia en los pórticos.

¹³⁰ Cf. el discurso reproducido en IV 238-269.

¹³¹ En Israel, como en todo el antiguo Oriente Próximo, los ritos funerarios eran de gran importancia. Enterrar a los muertos se tenía por un acto de misericordia, que debía llevarse a cabo el mismo día de la defunción por razones higiénicas y de pureza (cf. *Números* 19, 11-14 y *Deuteronomio* 21, 23). La privación de sepultura era considerada como una de las más graves maldiciones, por lo que no estaba permitido dejar un cadáver insepulto (cf. *Jeremías* 8, 2 o *I Macabeos* 7, 17); cf. R. DE VAUX, *Les institutions de l'Ancien Testament*, París, 1958, I, págs. 97-100.

¹³² Como muy bien señala REINACH en su comentario *ad loc.*, la crucifixión no era conocida en el derecho judío, si bien se practicaba en la región desde la llegada de los romanos. Incluso antes, según se relató en I 97, Alejandro Janeo sometió a este tipo de muerte a ochocientos judíos y Antíoco IV Epífanés hizo otro tanto (cf. *Antigüedades* XII 156). Herodes había suprimido este castigo, que luego volvió a imponerse, según lo demuestra el caso de Judas el Galileo (cf. *Antigüedades* XX 102 y *Hechos de los Apóstoles* 5, 37) o de los dos mil rebeldes crucificados por orden de Varo (cf. *Antigüedades* XVII 295).

¹³³ Cf. nota a IV 125.

¹³⁴ A pesar de los problemas que esta denominación encierra, sí que se puede hablar durante los años de la revuelta contra Roma de un Estado judío. Éste seguía manteniendo los órganos de gobierno del régimen anterior (cf. nota a IV 231), pero,

a juicio de Josefo, el protagonista es el *dêmos* y la «democracia» (cf. II 449, 538; IV 158, 251; V 11, 25), términos que en esta obra hacen referencia, según la acepción helenística, a los notables judíos y a las instituciones no monárquicas. Los insurgentes adoptan una serie de medidas de tipo económico y social propias de un Estado (cf. nota a IV 302), e incluso entre los años 66 y 70 los jefes de Jerusalén acuñaron cinco series de monedas de plata, cuyos símbolos y leyendas manifestaban su libertad e independencia, «Libertad de Sión» o «Redención de Sión» entre otros; sobre este respecto puede consultarse el completo trabajo de K. KADMAN, *The coins of the Jewish War of 66-73*, Jerusalén, 1960.

¹³⁵ THACKERAY, en su comentario, ve en este encomio de Anano huellas del elogio a Pericles por parte de TUCÍDIDES en II 65.

¹³⁶ Aquí descansa uno de los puntos capitales de la teología flaviana, que explica la guerra judía contra Roma como el cumplimiento de un plan divino; cf. P. BILDE, «The causes of the Jewish war according to Josephus», *Journal for the Study of Judaism* 10 (1979), 179-202. El fuego como forma de purificación o castigo es de sobra conocido por los textos bíblicos (cf. *Salmos* 50, 3, *Isaías* 26, 11, etc.). El fuego es el anuncio escatológico de la llegada de Dios para juzgar a los hombres, según opinión extendida entre los escritos apocalípticos y proféticos de la época, tanto canónicos como apócrifos (cf. *Apocalipsis* 8, 8, *I Henoc* 10, 6-13 y *Oráculos Sibílicos* I 87-103).

¹³⁷ Flavio Josefo describirá estas vestiduras de los sacerdotes en V 231-237 y *Antigüedades* III 161-179.

¹³⁸ El propio Flavio Josefo en V 212 ss. y en *Antigüedades* III 123 y 179 ss. se esfuerza por dar un significado universal y cósmico a la religión judía, en especial a través del simbolismo de las vestiduras de los sumos sacerdotes y de la disposición del Templo. Este sincretismo universalista se dejó notar entre diversos autores de la Diáspora de lengua griega, como muy bien testimonia la *Carta de Aristeas* 16 o FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Sobre las leyes especiales* I 172-173. Algunos autores paganos incidían también en esta idea de universalidad divina en la que se integraba el Dios de los hebreos: en el siglo III d. C. Cornelio Labeo (*De Oraculo Apollonis Clarii*, en MACROBIO, *Saturnalia* I 18, 18-21) presenta un oráculo de Claros cuyo tema central es la identificación del Dios Supremo Yaó, que no es otro sino Yavéh, Hades, Zeus, Helios y Dioniso. A este respecto puede servir de ejemplo la disertación que PLUTARCO hace sobre la identidad del Dios judío, a quien compara con el Dioniso griego (*Charlas de sobremesa* IV 6).

¹³⁹ Las cifras siguen siendo exageradas, ya que sólo se ha hablado de seis mil armados que hacían guardia contra los zelotes; cf. IV 206.

¹⁴⁰ Este Zacarías ha sido identificado con Zacarías, hijo de Baraquías, citado en *Mateo* 23, 35 y *Lucas* 11, 51, que fue asesinado «entre el Santuario y el altar»; cf. los datos al respecto referidos por THACKERAY y RICCIOTTI en sus comentarios *ad loc.*

¹⁴¹ El nombre no ha sido totalmente identificado y las variantes griegas de los manuscritos, *Baroúchou* y *Bariskaîou*, parecen apuntar a un compuesto arameo con el elemento *bar*, «hijo de».

¹⁴² Los insurgentes se sirven de este tipo de medidas populares, como es el ir contra los ricos, para atraerse a las masas; cf. nota a IV 302.

¹⁴³ Josefo había establecido también o, quizá mejor, había aceptado una organización preexistente con este número de magistrados en la administración de Galilea (cf. II 570 y *Autobiografía* 79), según el modelo del consejo de ancianos de la época de Moisés (*Éxodo* 24, 1, 9; *Números* 11, 16-17, 24-25), para los asuntos más importantes, mientras que para los menores nombró en cada población un consejo de siete hombres. No obstante, el Consejo o Sanedrín de Jerusalén estaba compuesto por setenta y un miembros (así lo dice la *Misná*, *San.* 1, 6). En cualquier caso no hay que perder de vista la importancia que el número siete y setenta han tenido siempre en el judaísmo (cf. *II Reyes* 10, 1 o *Jueces* 9, 2).

¹⁴⁴ Esta comparación de los hechos con una representación teatral se ha utilizado ya en el caso de Fani, hijo de Samuel (cf. IV 156). Realmente se trata de una pantomima de juicio para dar apariencia de legalidad a unas actuaciones deplorables.

¹⁴⁵ El valle de Tiropeón o de los Queseros.

¹⁴⁶ Sobre la liberación de los presos como acto revolucionario véase nota a IV 302.

¹⁴⁷ IV 503.

¹⁴⁸ En realidad no se retiraron todos, ya que se vuelve a hacer referencia a los idumeos en IV 566 y en V 248-249 se dirá que éstos eran cinco mil.

¹⁴⁹ Seguramente sea Gorión, hijo de José, mencionado en IV 159 y II 563.

¹⁵⁰ Este individuo participó en el ataque contra Cestio (II 520) y, más tarde, contra Ascalón (III 28).

¹⁵¹ Sobre la importancia de la sepultura entre los judíos véase nota a IV 317.

¹⁵² THACKERAY ve aquí huellas del texto de TUCÍDIDES, III 82, sobre las consecuencias de las luchas civiles en Corcira.

¹⁵³ De nuevo se utiliza el símil de una representación teatral.

¹⁵⁴ Dios, la Providencia, es el motor de los acontecimientos humanos y es el que ha decidido esta guerra como el cumplimiento de un plan preestablecido. Esta concepción plenamente judía de la historia la repite nuestro autor en varios pasajes, como por ejemplo II 390 o III 484; cf. el apartado 5 de la Introducción.

¹⁵⁵ Seguimos con el símil del teatro, si bien en este caso concreto puede pensarse en un espectáculo de circo, donde los espectadores observaban, sin riesgo, las cruentas luchas de los gladiadores.

¹⁵⁶ La impiedad que supone para un judío dejar insepulto un cadáver ha sido señalada en nota a IV 317.

¹⁵⁷ El sol como representación y símbolo de Dios ha sido ya comentado en el caso de los esenios, que también evitaban «molestar» a los rayos del sol; cf. II 128 y 148.

¹⁵⁸ Las profecías sobre la destrucción del Templo y de Jerusalén aparecían ya en *Zacarías* 14, 12 y en *Daniel* 9, 24 ss., entre otros. El propio Jesucristo predecirá esta catástrofe (*Mateo* 24, 15, *Marcos* 13, 14-23 y *Lucas* 21, 20-24), cuyos rumores se extendían con intensidad en los círculos mesiánicos judíos. La literatura apócrifa del período intertestamentario insistirá sobremanera en este aspecto, aunque en esta ocasión con *vaticinia ex eventu*: los *Salmos de Salomón* (II 1-22; VIII 16-20), el *Testamento de Moisés* (VI 8), la *Vida de Adán y Eva* (29) y algunos de los *Oráculos Sibílicos* (IV 115-119). Para los zelotes la instauración del reino de Dios en la tierra estaría precedida por diversas catástrofes apocalípticas, típicas del final y del comienzo de una época nueva, entre las que destacan estas profecías; sobre la importancia y preocupación del movimiento de los zelotes por los elementos proféticos véase HENGEL, *Die Zeloten...*, págs. 235-350.

¹⁵⁹ Después de la narración de los hechos relativos a los idumeos, Josefo reanuda el relato de las actividades de Juan de Giscala de IV 223.

¹⁶⁰ Los zelotes buscaban, con un sentido mesiánico, instaurar el reino de Dios sobre la tierra, pero sin querer sustituir la autoridad romana por la anterior monarquía nacional judía, habida cuenta de los malos recuerdos que se tenía de los últimos reyes. Por otra parte, éstos participan también del común sentimiento antimonárquico de los movimientos revolucionarios de la época.

¹⁶¹ Josefo insiste en disculpar a los romanos de una guerra, que, a su juicio, había sido provocada por los propios conflictos sociales internos del judaísmo; cf. apartado 2 y 5 de la Introducción.

¹⁶² Los detalles de esta fortaleza, situada en el margen occidental del Mar Muerto, se recogerán en VII 252 ss.

¹⁶³ Sobre estos individuos véase nota a II 254.

¹⁶⁴ Antigua fiesta cananea adoptada por los hebreos, que se celebraba entre el 15 y el 21 del mes de Nisán, entre nuestros meses de marzo y abril. Desde el atardecer del día anterior estaba prohibido tener levadura en casa y comer pan fermentado durante los días de la celebración, de ahí el nombre de fiesta de los Ácidos, además del de la Pascua; cf. *Éxodo* 12, 15 y 19.

¹⁶⁵ Ciudad a orillas del Mar Muerto, identificada con Tell el-Jum, a 28 kilómetros al este de Hebrón; cf. ABEL, *Géographie...*, II, págs. 316 ss.

¹⁶⁶ Uno de los muchos nombres dados a los rebeldes; véase el apartado 2 de la Introducción.

¹⁶⁷ El desierto, que puede identificarse en este contexto con el mundo rural, es el punto de partida y el refugio de los movimientos revolucionarios y de bandolerismo que emergen contra el poder opresor. Así ocurrió también en la revuelta Macabea, cuando Matías se alzó contra Báquidas y luego huyó al desierto (I 36). Como indica Josefo (cf. *Antigüedades* XVIII 285), Judea estaba llena de bandidos que arrastraban al pueblo hacia el desierto: el caso de Teudas (*Antigüedades* XX 97) o el falso profeta egipcio (II 258-263)

¹⁶⁸ Estos lugares sagrados no tienen por qué ser templos, sino otros lugares de culto, como podrían ser las sinagogas, a pesar de que esta institución apenas es

citada en la obra de Josefo; véase nota a II 285. En el judaísmo sólo existía el Templo de Jerusalén, dado que según la legislación deuteronomista de los tiempos de Josías todos los santuarios, salvo el de Jerusalén, fueron declarados ilegítimos y el culto quedó centralizado de forma exclusiva en el Templo jerosolimitano.

¹⁶⁹ Cf. IV 378.

¹⁷⁰ Es la ciudad de Gadara o Gadora de Perea, la actual Es-Salt. No puede ser la Gadara citada en I 86, 155, etc., ubicada en la Decápolis, ya que este contexto parece situarla más al sur; cf. ABEL, *Geographie...*, II, págs. 323-324.

¹⁷¹ Josefo, al igual que otras fuentes de la época, no mantiene una terminología constante a la hora de referirse a la situación administrativa de las principales ciudades, que unas veces son descritas como *pólis*, otras como *kômē* y otras como *mētrópolis*. En realidad sólo serían *póleis* aquellas localidades que tuvieran una constitución griega, en el caso de Judea únicamente Jerusalén, por lo que sería más exacto darles el nombre de *kōmópolis* o *mētrokōmía*, como centros administrativos de un distrito o una toparquía, como sería este caso de Gadara; cf. SCHÜRER, *Historia...*, II, págs., 256-257, con abundante bibliografía específica al respecto.

¹⁷² Josefo ha descrito con detalle en III 44-45 esta región judía de la Transjordania, en el margen oriental del Mar Muerto.

¹⁷³ El 21 de marzo del año 68. Distros es en el calendario macedónico, seguido por Josefo en su relato, el equivalente del mes judío Adar y de parte de nuestros febrero y marzo.

¹⁷⁴ Es el tribuno mencionado en IV 57.

¹⁷⁵ Ciudad situada a unos 23 kilómetros al sur de la Gadara de Perea, en el camino de Jericó.

¹⁷⁶ Como se ha precisado en IV 21, entre los fugitivos de Gadara había también jóvenes reclutados en la propia Betenabris.

¹⁷⁷ Realmente sólo se trata de una orilla, ya que no se ha cruzado el río Jordán.

¹⁷⁸ El Mar Muerto. Sobre las diversas denominaciones de este lago véase la nota a I 657.

¹⁷⁹ De las, al menos, tres ciudades con este nombre, esta Abila, que no cita el *Onomástico* de EUSEBIO DE CESAREA, parece que estaba situada cerca del Jordán, frente a Jericó; cf. *Antigüedades* IV 176.

¹⁸⁰ La ciudad de Julia de Perea recibió también el nombre de Livia, en honor de la mujer de Augusto (cf. nota a II 59). Antipas la reconstruyó sobre la antigua Bataramata, denominación que siempre se mantuvo entre los judíos, pues incluso tras la conquista de Plácido el nuevo nombre romano no pudo suplantarse al original, como también ocurrió con Cesarea de Filipo, es decir, Panias. Por ello, llama aún más la atención el hecho de que Flavio Josefo mantenga la denominación de Julia en la narración de la etapa de control por parte de los rebeldes judíos sobre esta ciudad.

¹⁸¹ Betha-Jasimoth, al sur de Julia; cf. ABEL, *Geographie...*, II, pág. 69.

¹⁸² En los montes de Moab, ya en la frontera con el país de los nabateos.

¹⁸³ Como se indicó en I 5, Vindex se alzó con los galos contra Nerón en el año 68; cf. DION CASIO, LXIII 22-25 y PLUTARCO, *Galba* IV-VI.

¹⁸⁴ Evidentemente las obras de los historiadores romanos, de los que hablaremos en nota a IV 496.

¹⁸⁵ En la llanura de Cafarsaba, al noroeste de Jerusalén, donde levantó Herodes una ciudad en honor de su padre; cf. nota a I 99 y I 417.

¹⁸⁶ Sobre estos distritos de Judea se ha hablado en III 54-55.

¹⁸⁷ La actual Amwas, a unos 16 kilómetros al sur de Lida. La importancia estratégica de esta ciudad, conocida también como Nicópolis, la convirtió en al capital de una de las toparquías de la administración judía (cf. II 67).

¹⁸⁸ Jerusalén.

¹⁸⁹ Es éste el nombre de la unidad administrativa en que se dividía el territorio judío. Como se ha expuesto en III 54-55, Judea llegó a contar con once toparquías.

¹⁹⁰ Uno de los distritos o toparquías en que estaba dividido el territorio judío. En la enumeración de los once distritos que Josefo hace en III 54-55 menciona Pela en lugar de Betlefeá, que, en cambio, sí aparece en la lista de PLINIO, *Historia natural* V 14, 70. No obstante, el nombre de este lugar presenta numerosas variantes; cf. el aparato crítico de la edición de NIESE.

¹⁹¹ Ciudad idumea, tal vez la capital de esta toparquía, al suroeste de Jerusalén. Es la que Ptolomeo (V 15, 5) llama Betogabris, conocida luego como Eleuterópolis y que actualmente es Beth Gubrin; cf. ABEL, *Geographie...*, II, pág. 272.

¹⁹² También en Idumea, entre Betabris y Hebrón; cf. ABEL, *Geographie...*, II, pág. 294.

¹⁹³ Es la actual Nabulus, donde Vespasiano fundó la Flavia Neápolis sobre la antigua Mabarta, en el paso entre los montes Hebal y Garizim, en el año 72. Por tanto, en este momento la ciudad, que en el período imperial se convirtió en una de las poblaciones más importantes de Palestina (cf., por ejemplo, AMIANO MARCELINO XIV 8, 11), aún no había recibido esta denominación; cf. ABEL, *Geographie...*, II, pág. 396.

¹⁹⁴ Al sur de Escitópolis, exactamente en la frontera entre Samaria y Acrabatene; cf. nota a I 134.

¹⁹⁵ Mes del calendario macedónico que corresponde al hebreo Siván y a parte de nuestros mayo y junio.

¹⁹⁶ Es el padre del futuro emperador Trajano, a quien Vespasiano envió como legado de la décima legión; cf. III 289.

¹⁹⁷ Sobre esta ciudad de la orilla septentrional del lago Gennesar, conocida en la Biblia como Bet-Saida y que Augusto rebautizó en recuerdo de su hija Julia, véase nota a II 168.

¹⁹⁸ La actual Gebel Samra, al sudeste del Mar Muerto; cf. ABEL, *Geographie...*, I, pág. 384.

¹⁹⁹ ABEL, *Geographie...*, I, págs. 384-385, localiza esta montaña en la cordillera que se extiende desde Julia hasta Petra de Arabia, en la región del barranco del Wadi Zerqa Main. Su nombre parece proceder de las aguas termales que producían exhalaciones de color férreo, que la creencia popular comparaba con la Gehenna.

²⁰⁰ No es la Gran Llanura de Esdrelón, a la que suele referirse normalmente Josefo con esta denominación, sino la zona del valle del Jordán que hoy se llama Ghor.

²⁰¹ Al suroeste del lago de Gennesar, entre Tiberias y Tariquea (cf. III 447). Algunos manuscritos presentan las variantes *Ginnabrín* y *Ennabrín*.

²⁰² La longitud de 1.200 estadios, unos 222 kilómetros, parece incluir, además del valle del Jordán, el lago de Tiberíades y el Mar Muerto. La anchura varía entre los 3 kilómetros, al sur del lago de Tiberíades o Mar de Galilea, y los 20, al norte del Mar Muerto.

²⁰³ Es la Fuente árabe del Sultán, situada al norte de la ruta de Jerusalén, en el valle del Jordán cerca de Jericó. En los textos bíblicos aparece como la Fuente de Eliseo (*II Reyes* 2, 19-22 y 4, 1-7), ya que este profeta llevó a cabo aquí uno de sus milagros, cuando hizo potable el agua de la ciudad. Esta taumaturgia concreta es relativamente frecuente en el Ciclo de Elías y de otros personajes famosos, dada la importancia de las fuentes de agua en una país acostumbrado a largas sequías.

²⁰⁴ Es Josué, hijo de Nun, y el relato de la toma de Jericó de *Josué* 6, 1-21. Flavio Josefo sigue aquí el uso de la *Septuaginta* griega en el empleo del término Jesús por el de Josué.

²⁰⁵ En I 138, 361 y en *Antigüedades* 14, 54 y 15, 96 se ha destacado esta característica de Jericó, que los propios textos bíblicos ya mencionaban (*Deuteronomio* 34, 3 o *Jueces* 1, 16). Autores ajenos al judaísmo también recogen esta peculiaridad de la zona, así TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IX 6, 1; DIODORO SÍCULO, II 48 y XIX 98; TÁCITO, *Historias* V 6; PLINIO, *Historia natural* XIII 9, 44 y ESTRABÓN, XVI 2, 41.

²⁰⁶ Una descripción del proceso de obtención de este jugo se encuentra en I 138.

²⁰⁷ En *Antigüedades* 8, 174 se recoge la tradición de que el opobálsamo fue uno de los regalos que la reina de Saba hizo a Salomón en su mítica visita a Jerusalén (cf. *I Reyes* 10, 10 y *II Crónicas* 9, 9).

²⁰⁸ Árbol de la familia de las combretáceas, que produce una especie de bellota, negra, roja o amarilla, con propiedades aptas para el perfume y para la medicina; cf. DIOSCÓRIDES, I 109.

²⁰⁹ La fertilidad de esta llanura del lago Gennesar se ha descrito en III 516-521.

²¹⁰ Las cualidades del agua del lago de Gennesar se han mencionado ya en III 507-508.

²¹¹ En realidad, Jerusalén dista de Jericó 37 kilómetros, y esta ciudad está a 9 kilómetros del Jordán.

²¹² IV 456.

²¹³ Esta peculiaridad del lago Asphaltitis o Mar Muerto, a saber, su salinidad seis veces mayor que las aguas del Océano, lo que permitía la flotación sobre sus aguas, era de sobra conocida por los autores de la Antigüedad, como ESTRABÓN, XVI 2, 42 o TÁCITO, *Historias* V 6; cf. nota a I 657.

²¹⁴ Como indica PELLETIER, en su comentario *ad loc.*, quizá haya que ver aquí una denominación habitual entre la gente del lugar, a tenor de la referencia recogida por DIODORO SÍCULO, II 48, 7, según la cual los bárbaros de la zona llaman «toro» a una masa grande de asfalto que se forma en este lago y «ternero» a otra masa más pequeña.

²¹⁵ Esta leyenda también la recogen ESTRABÓN, XVI 2, 42, y TÁCITO, *Historias* V 6. El propio Josefo mencionará en la descripción de Maqueronte (VII 181) las propiedades curativas de la orina y la sangre menstrual de la mujer.

²¹⁶ Es la ciudad bíblica de Soar, al sudeste del Mar Muerto, donde se asentó la familia de Lot tras separarse de Abraham (*Génesis* 13, 10; 19, 22-23).

²¹⁷ Las cifras vuelven a ser exageradas, si tenemos en cuenta que en la actualidad mide 85 kilómetros de largo por 15 de ancho.

²¹⁸ En *Antigüedades* V 81 se denomina al Mar Muerto lago de Sodoma; cf. también *IV Esdras* 5, 7. La ubicación de esta ciudad legendaria, perteneciente a la Pentápolis cananea, parece localizarse en el suroeste del Mar Muerto, quizá en la moderna Gebel Usdum, a pesar de las divergentes y ambigüas referencias de los autores antiguos (cf. ESTRABÓN, XVI 2, 44 o EUSEBIO, *Onomástico* XLII 1-5); ABEL, *Geographie...*, II, págs. 467-468.

²¹⁹ Sin duda se refiere al relato bíblico de la destrucción de Sodoma y Gomorra por el fuego, contenido en *Génesis* 19, 23 ss.

²²⁰ TÁCITO, *Historias* V 7, se hace eco de esta tradición.

²²¹ Es la bíblica Jadidá o Adid de *Esdras* 2, 33 o *Nehemías* 7, 37, actual El-Hadite, al este de Lida y al noroeste de Jerusalén; cf. ABEL, *Geographie...*, II, págs. 340-341.

²²² Ciudad helenística, a 36 kilómetros al norte de Filadelfia (Ammán), que fue fundada por Alejandro Magno e incorporada por Pompeyo a la Decápolis.

²²³ El cómputo no es exacto, pues entre el 13 de octubre del año 54 al 9 de junio del 68 han pasado trece años, siete meses y veintiocho días. Tal vez habría que entender aquí «ocho meses» en lugar de «ocho días», lo que coincidiría con la referencia de DIÓN CASIO, LXIII 29; véanse al respecto las conjeturas de NIESE en su edición.

²²⁴ Ninfidio Sabino es uno de los más activos protagonistas de los últimos días del reinado de Nerón. Murió a manos de los partidarios de Galba, ya que intentó, desde su puesto de prefecto del pretorio y por ser hijo bastardo de Calígula (cf.

TÁCITO, *Anales* XV 72 y PLUTARCO, *Galba* IX), ser proclamado emperador; cf. TÁCITO, *Historias* I 5, SUETONIO, *Galba* XI, y PLUTARCO, *Galba* VIII-XIV.

²²⁵ Ofonio Tigelino, el siniestro y cruel favorito de Nerón que fue prefecto del pretorio en el año 63. TÁCITO, *Historias* I 72, pinta un oscuro retrato de este personaje, que acabó suicidándose cuando fue entronizado Otón. Esta muerte, aplaudida por el pueblo, que tuvo lugar en el balneario de Sinuesa, es detallada por PLUTARCO, *Otón* II.

²²⁶ SUETONIO, *Nerón* XLVII-XLIX y DIÓN CASIO, LXIII 27-29, hablan sólo de tres libertos: Faón, Epafrodito y Esporo.

²²⁷ Una amplia narración de estos acontecimientos puede leerse en SUETONIO, *Galba* XII 14-16.

²²⁸ Cf. IV 545-549, 585-587 y 645-655.

²²⁹ Este personaje volverá a aparecer más adelante, en IV 633, cuando se enfrente y venza a Vitelio; cf. TÁCITO, *Historias* II 86, *Anales* XIV 40, y SUETONIO, *Vitelio* XVIII.

²³⁰ Cf. IV 645-655.

²³¹ El reinado de Nerón y de sus tres efímeros continuadores del año 68 y 69 aparece relatado en los pasajes citados de DIÓN CASIO, LXIII ss., TÁCITO, *Historias*, y SUETONIO, *Nerón*, *Galba*, *Otón*, *Vitelio*, *Vespasiano*, *Tito* y *Domiciano*, así como en PLUTARCO, *Galba* y *Otón*. En este y en otros puntos se plantea el problema de las fuentes de estos autores y del propio Josefo, que es anterior a todos ellos. Las coincidencias que se observan entre estos autores permiten deducir el grado de dependencia en una fuente común para unos y otros, sin poder precisarla exactamente. Seguramente haya que pensar en los *Comentarios* y las *Memorias* de los emperadores que participaron en la contienda bélica y los escritos de otros autores precedentes o contemporáneos recordados y despreciados por Josefo. Tácito y Plutarco citan las *Historias* de Cluvio Rufo, que abarcaban desde Augusto hasta la proclamación de Vespasiano. La imagen que nos ha llegado de estos acontecimientos de la historia romana se debe fundamentalmente a la anécdota de las biografías de Suetonio y a la más profunda presentación de los personajes protagonistas del momento hecha por Tácito. Sus *Historias* narran las guerras civiles del año 69 y, en caso de haberse conservado completas, habrían llegado hasta la muerte violenta de Domiciano en el 96, mientras que los *Anales* concluían con Nerón. Flavio Josefo constituye, por tanto, una fuente a tener también en cuenta a la hora de completar el panorama y la síntesis de estos años, sobre todo en lo referente al acceso de Vespasiano; cf. M. HADAS-LEBEL, «Flavius Josephus, Historian of Rome», en F. PARENTE y J. SIEVERS (eds.), *Josephus and the History of Greco-Roman Period*, Leiden-Nueva York, 1994, págs. 99-106. En general, para las fuentes historiográficas de este período véase S. A. COOK, F. E. ADCOCK y M. P. CHARLESWORTH (eds.), *The Cambridge Ancient History*, Cambridge, 1976 (=1934), X, «Appendix», págs. 866-876.

²³² El pasaje presenta problemas textuales y la expresión «a través de Acaya» resulta poco clara, ya que el canal de Corinto, iniciado por Nerón (cf. III 540), no se había llevado a término; cf. el comentario de THACKERAY al respecto.

²³³ En esta ocasión el cálculo es exacto, desde que Galba llegó al poder, el 9 de junio del año 68, hasta su muerte el 15 de enero del 69.

²³⁴ Sobre la intervención del Destino, en sentido clásico, y de la Providencia divina, en sentido bíblico, en los asuntos humanos puede verse la nota a I 370 y el apartado 5 de la Introducción.

²³⁵ Este viaje es relatado también por SÜETONIO, *Tito* V, y TÁCITO, *Historias* II 1-2.

²³⁶ Este cabecilla de los zelotes ha sido citado ya en II 521 y 652. DIÓN CASIO, LXVI 7, 1, y TÁCITO, *Historias* V 12, le llaman Bargioras, es decir, «hijo del prosélito».

²³⁷ Acrabata o Acrabatene se hallaba en el centro de Samaria, al sudeste de Siquem; cf. I 191 y III 55.

²³⁸ Tal vez esta «fortaleza inferior» sea la torre, situada a unos mil codos de la cumbre, y que se menciona en VII 293.

²³⁹ Cf. IV 316.

²⁴⁰ La liberación de los esclavos no tuvo lugar en Jerusalén, sino la excarcelación de presos (cf. IV 302). Simón hace esta proclama desde Masadá para radicalizar aún más sus medidas populistas frente a los rebeldes de Jerusalén.

²⁴¹ En el período posterior al reinado de Herodes Idumea fue dividida en dos pequeñas unidades administrativas: la llamada Gran Idumea o Idumea Superior (cf. IV 552) y la Idumea Oriental, que es conocida más bien con el nombre de toparquía de Engadí (cf. III 55); cf. V. HÜBENER, «Idumea», en D. N. FREEDMAN (ed.), *The Anchor Bible Dictionary*, Nueva York-Londres, 1992, págs. 382-383.

²⁴² Población desconocida citada en *Josué* 15, 32, y en *I Crónicas* 4, 32. Algunos códices dan la lectura de Naín, enclave sin identificar con certeza, aunque parece situarse en la frontera de Idumea con Galilea; cf. el aparato crítico de la edición de NIESE.

²⁴³ A unos 12 kilómetros al nordeste de Jerusalén, seguramente el actual Wadi Fāra.

²⁴⁴ La fama de estas cuevas, que eran habitadas para evitar los fuertes calores de la región, llega hasta SAN JERÓNIMO, *Comentario al profeta Abdías* I 370.

²⁴⁵ Población situada a unos 8 kilómetros al sur de Belén, que da nombre a un desierto que hay en sus proximidades.

²⁴⁶ La fortaleza de Herodio, levantada por el rey Herodes en recuerdo de su victoria sobre los judíos aliados de los partos (cf. I 265), servirá de tumba a este monarca (cf. I 673).

²⁴⁷ Cf. IV 235.

²⁴⁸ La actual Halhul, entre Hebrón y Jerusalén, a unos 15 kilómetros del campamento de Simón en Técoa.

²⁴⁹ La antigüedad de Hebrón es destacada ya por *Números* 13, 22 y *Antigüedades* I 170, donde se precisa que fue construida siete años antes que la ciudad de Soan o Tanis (cf. más adelante IV 660), en la parte oriental del Delta de Egipto, no de Menfis, que era aún más antigua.

²⁵⁰ El relato del *Génesis* no habla de ningún viaje de Jacob y sus hijos a Egipto. Por tanto, Josefo puede seguir aquí otras tradiciones locales orales o escritas, lo que parece indicar la expresión «se cuenta» o «dicen».

²⁵¹ Historia narrada en *Génesis* 13, 18.

²⁵² Las sepulturas de los descendientes de Abraham son mencionadas también en *Génesis* 23, 2-19; 25, 9 y 35, 27-29. En la actualidad Hebrón tiene como un orgullo la posesión de estos vestigios del pasado, que se visitan en las cuevas de Haram el-Khalil.

²⁵³ Es la encina, el báldano o el terebinto de Mambré de que nos hablan, según las distintas versiones, los textos bíblicos (*Génesis* 13, 18; 14, 3 y 18, 1) y que se hallaba en Haram Ramet el-Khalil, a 3 kilómetros al norte de Hebrón. Allí Abraham acampó con sus tiendas y levantó un altar en honor de Yahveh. El lugar podría considerarse un bosque sagrado, con el árbol como protagonista de un culto a la vegetación, al que acudían peregrinos para celebrar determinadas fiestas (cf. EUSEBIO, *Vida de Constantino* III 51-53 y SOZOMENO, *Historia eclesiástica* II 4). En *Antigüedades* I 186 nuestro autor da a este árbol el nombre de encina de Ógigo. Este personaje de la mitología griega está asociado en el Ática y en Beoda a diversas leyendas de los primeros momentos de la historia humana, en concreto en relación con el relato del diluvio de Deucalión y Pirra. En las *Antigüedades* de Flavio Josefo son muy frecuentes estos cruces entre la historia bíblica y las leyendas mitológicas griegas, en una línea apologética y propagandística que sigue muy de cerca la práctica de la literatura judeo-helenística anterior.

²⁵⁴ Este personaje ya había devastado Idumea, como se ha visto en II 653-654. Las rivalidades de los judíos con esta raza «hermana» son tradicionales desde los tiempos bíblicos (cf. nota a IV 224). No obstante, la presencia árabe en esta región (cf. II 76, *Antigüedades* XVI 292 y XX 5) había acrecentado en esta época el odio hacia este pueblo, como muy bien lo testimonia TÁCITO, *Anales* V 1, cuando recuerda cómo Vespasiano tenía una escolta de árabes, que odiaban a los judíos, como «suele ocurrir entre los pueblos vecinos».

²⁵⁵ También en los últimos momentos del asedio de Jerusalén Josefo volverá a insistir en esta atrocidad; cf. VI 373.

²⁵⁶ Cf. IV 494 y 499.

²⁵⁷ Población de la Galia Cisalpina Transpadana, en el camino de Cremona a Mantua, cerca de Verona. TÁCITO, *Historias* II 41-49, refiere también estos acontecimientos.

²⁵⁸ En la Galia Cisalpina Cispadana, en la orilla del río Po, al nordeste de Parma.

²⁵⁹ Otón se suicidó el 17 de abril del año 69, después de ocupar el poder durante «noventa y cinco días», según Suetonio, *Otón* XI.

²⁶⁰ Se reanuda la narración interrumpida en IV 449, cuando Vespasiano llegó a Jericó, y en IV 491-502, cuando se trasladó a Cesarea.

²⁶¹ Gofna, al norte de Jerusalén, es una de las once divisiones administrativas de Judea, descritas en III 55.

²⁶² La Betel bíblica, Beitin de hoy, a unos 17 kilómetros al norte de Jerusalén. Son muchos los pasajes bíblicos que se ubican en esta ciudad, como es el caso del sueño de Jacob (cf. *Jacob* 28, 199) o la importancia que acaparó, en competencia con Jerusalén, esta población cuando se produjo el cisma de Israel con Jeroboam (cf. *I Reyes* 12, 26-33); cf. ABEL, *Geographie...*, II, págs. 270-271.

²⁶³ La actual Et-Tajibeh, un poco más al nordeste que la anterior. Es la bíblica Ofra de *Josué* 18, 23 ó *I Samuel* 13, 17, que aparece ya con el nombre de Efraín en *I Macabeos* 11, 34 y *Juan* 11, 54.

²⁶⁴ Sexto Cereal Vetuleno, legado de la quinta legión que intervino en la matanza de los samaritanos en el monte Garizim; cf. III 310-315.

²⁶⁵ Cf. nota a IV 511.

²⁶⁶ La ubicación de este lugar sigue aún sin identificar.

²⁶⁷ Pequeña población idumea, actual Khirbet el-Biss, en el camino de Hebrón; cf. ABEL, *Geographie...*, II, págs. 287-288.

²⁶⁸ IV 529.

²⁶⁹ Hebrón dista de Jerusalén poco más de 35 kilómetros.

²⁷⁰ Se vuelve a los acontecimientos narrados en IV 544.

²⁷¹ Desde que Herodes fue gobernador de Galilea (cf. I 204) ya se detectaban en esta región movimientos revolucionarios de índole diversa; cf. I 304, II 56, etc.

²⁷² Con las mismas palabras se expresa Flavio Josefo en la descripción de las atrocidades de los últimos momentos del asedio de Jerusalén en VI 372.

²⁷³ Como recuerda PELLETIER, en su comentario *ad loc.*, algunos textos bíblicos mencionan esta práctica (cf. *II Reyes* 1, 30 y *Jeremías* 4, 30).

²⁷⁴ Los idumeos seguían en la ciudad, como se precisó en nota a IV 353.

²⁷⁵ Iza o Izates es el hijo de la reina Elena de Adiabene. *Antigüedades* XX 17-94 narra la conversión de esta soberana y de su pueblo al judaísmo y de su viaje a Jerusalén, donde levantó un palacio y su propia tumba (cf. V 55, 119, 147 y 253). No obstante, no tenemos ninguna referencia más sobre el personaje de Grapte.

²⁷⁶ Matías, hijo de Boeto, morirá a manos de Simón, junto con sus tres hijos; cf. V 527-530.

²⁷⁷ Mes del calendario macedónico equivalente a parte de marzo y abril.

²⁷⁸ Se trata del lugar de reunión del Sanedrín. Por estas indicaciones su ubicación parece localizarse al este del Xisto en dirección hacia el Templo, fuera de los límites de la Ciudad Alta. La Misná llama a la sede del Gran Sanedrín *Iškt*

hgzyt, es decir la «sala junto al Xisto»; cf. SCHÜRER, *Historia...*, II, págs. 300-302.

²⁷⁹ Es el Acra, la ciudadela de la gran colina del ángulo suroeste del Templo levantada por Antíoco IV Epífanés; cf. I 39 y 50.

²⁸⁰ Estas estancias, ubicadas en el atrio interior, recibían el nombre de Pastoforias y servían para el uso privado de los sacerdotes y para guardar en ellas los objetos sagrados que se utilizaban en el culto.

²⁸¹ Este anuncio del comienzo de la festividad del sábado en la tarde anterior es mencionado también por el Talmud baibilonio (*Sukkah* 5, 5 y *Shabbath* 35 b). *Números* 10, 10 prescribe el toque de la trompeta con diversos usos: para partir de un lugar, para entrar en combate y, cómo no, también para festejar los sacrificios y holocaustos.

²⁸² Sobre estas catapultas de artillería menor, que servían para el lanzamiento de flechas o dardos, puede verse la nota a II 553.

²⁸³ Otra vez se vuelve a la historia de los acontecimientos ocurridos en Roma, que Josefo había dejado en IV 549. TÁCITO, *Historias* II 87-93, y SUETONIO, *Vitelio* X-XI, constituyen un relato paralelo de estos hechos; cf. nota a IV 496.

²⁸⁴ Podrían ser tanto los pretorianos, que habían decidido la elección de Otón y de Galba, como las legiones de Vitelio, que habían regresado de Germania; cf. el comentario al respecto de PELLETIER.

²⁸⁵ Según referencia de TÁCITO, *Historias* III 67, y SUETONIO, *Vitelio* VI, Vitelio tenía un hijo tartamudo.

²⁸⁶ La V *Macedonia*, X *Fretensis* y XV *Apollinaris*; cf. III 65-69.

²⁸⁷ Flavio Sabino, que entonces era prefecto de Roma (cf. TÁCITO, *Historias* III 69-75), morirá a manos de los partidarios de Vitelio, según contará el propio Josefo más adelante; cf. IV 645-649.

²⁸⁸ Domiciano, el futuro emperador.

²⁸⁹ El destacado papel que en este relato otorga Josefo a la tropas de Judea en la proclamación de Vespasiano como emperador contrasta con otras fuentes que existen al respecto. TÁCITO, *Historias* II 79 ss., y SUETONIO, *Vespasiano* VI, ponen el énfasis en la actuación de Tiberio Alejandro y las legiones de Egipto en este nombramiento. La fecha de este evento no coincide en las dos fuentes: para TÁCITO, fue en el *quinto Nonas*, es decir, el 3 de julio, para SUETONIO, *quinto Idus Iulias*, el 11 de julio.

²⁹⁰ El legado de Siria citado en IV 32.

²⁹¹ II 386 recuerda cómo Alejandría producía trigo para abastecer a Roma durante cuatro meses.

²⁹² La III *Cirenaica* y la XXII *Dejotariana*; cf. II 387.

²⁹³ Este *excursus* sobre la geografía de Egipto es uno de los muchos que incluye Josefo en su historia; cf. apartado 3 de la Introducción.

²⁹⁴ Conocida más bien con el nombre de Asuán.

²⁹⁵ Koft, en la orilla derecha del Nilo, al nordeste de Tebas o Luxor. La afirmación de Josefo no es correcta, ya que el Mar Rojo está a unos 450 kilómetros más al norte de este lugar.

²⁹⁶ Mar Egipcio o Mar de Egipto es el nombre dado al mar Mediterráneo en esta zona oriental, como lo testimonia, por ejemplo, ESTRABÓN, I 2, 28, II 5, 20 y 24.

²⁹⁷ Ciudad de la costa mediterránea, a unos 35 kilómetros al este del canal de Suez, punto clave en la entrada a Egipto desde el Norte y el Este; cf. I 175, 190-191 y VII 420.

²⁹⁸ Exactamente hay casi 1.000 kilómetros, por tanto bastante más de esos dos 2.000 estadios señalados por Josefo.

²⁹⁹ Población no identificada, aunque parece que estaba situada al oeste de Alejandría, cerca de la frontera con Libia.

³⁰⁰ Estos estadios superan en mucho la distancia real, que podría alcanzar no más de 500 kilómetros, hasta los confines occidentales de la provincia romana de Egipto.

³⁰¹ Es la isla de Elefantina, citada por ESTRABÓN, XVII 1, 48, que se halla frente a Asuán en la primera de las cataratas del Nilo.

³⁰² Es, de los tres puertos que tenía Alejandría, el llamado Puerto Grande; cf. ESTRABÓN, XVII 1, 6.

³⁰³ Este célebre faro, que recibe el nombre precisamente por estar situado en esta isla, era una de las siete maravillas del mundo; cf. ESTRABÓN, I 2, 23.

³⁰⁴ 30 estadios parece demasiada extensión para el Puerto Grande, por lo que podría incluirse en ella también el puerto que miraba a Occidente, llamado Eunostos, que está separado del anterior por el Heptastadio.

³⁰⁵ Estas mismas apreciaciones se recogen en el texto de ESTRABÓN, XVII 1, 13.

³⁰⁶ Sobre este personaje, de ascendencia judía, y su actividad en la política romana de esta época véase la nota a II 220.

³⁰⁷ La III *Gallica*, VIII *Augusta* y la VII *Claudia*, en Mesia, y la VII *Galbiana* y la XIII *Gemina*, en Panonia, eran las legiones que constituían la guarnición de estas provincias del sur del Danubio; cf. II 369 y TÁCITO, *Historias* II 85-86.

³⁰⁸ Actual Beirut, en el Líbano.

³⁰⁹ Se adhirieron a Vespasiano el rey Soemo, Antíoco IV de Commagene y Agripa II de Palestina, así como todas las provincias que bañan el mar hasta Asia y Acaya y por el interior hasta el Mar Negro y Armenia, salvo Capadocia; así lo expresa TÁCITO, *Historias* II 81.

³¹⁰ TÁCITO, *Historias* I 10, II 1, 78; SÜETONIO, *Vespasiano* IV-V y DIÓN CASIO, LXVI 1, 4, confirman la existencia de estas predicciones en Oriente, que

Josefo manipula de acuerdo con el mesianismo judío de la época; véase nota a III 404.

³¹¹ Así lo leemos en III 401.

³¹² Cf. la toma de Jotapata en III 316 ss.

³¹³ Es decir, la *epithimía*, la plena posesión de los derechos de ciudadanía. Realmente Flavio Josefo no obtendrá su ciudadanía romana hasta que llega con Vespasiano a Roma (cf. *Autobiografía* 423), cuando recibió el gentilicio de *Flavius*, el *nomen* del Emperador que le concedió tal honor y que se convirtió en su protector. Tito conservó y acrecentó su estima por Josefo (cf. *Autobiografía* 428), Domiciano le otorgó el privilegio de la exención de impuestos sobre las propiedades de Judea y hasta la emperatriz Domicia le llenó de favores (cf. *Autobiografía* 429). No es raro que determinados judíos se conviertan en ciudadanos romanos. Antípatro, el padre de Herodes, Tiberio Alejandro, prefecto de Egipto, o Pablo de Tarso, por citar algún ejemplo ya conocido, aunque este hecho era más frecuente fuera de la propia Judea; cf. E. M. SMALLWOOD, *The Jews under Roman rule*, Leiden, 1976, págs. 127-128, 132 y 248-250, y el reciente estudio de M. GOODMAN, «Josephus as Roman Citizen», en F. PÁRENTE y J. SIEVERS (eds.), *Josephus and the History of Greco-Roman Period*, Leiden-Nueva York, 1994, págs. 329-338.

³¹⁴ TÁCITO, *Historias* II 83, menciona estas tropas, en especial la legión VI *Ferrata* y trece mil vexilarios, que se unieron a la flota en Bizancio.

³¹⁵ Sobre este personaje, cf. IV 495. TÁCITO, *Historias* II 86, contradice esta afirmación de Josefo, dado que Antonio Primo fue comandante de la legión VII *Galbiana* en Panonia no en Mesia. No obstante, esta «tercera legión» es la III *Gallica*, que se hallaba en esa región junto con la VII *Claudia* y la VIII *Augusta*.

³¹⁶ Cf. IV 547.

³¹⁷ Al norte del río Po, en la Galia Cisalpina.

³¹⁸ Según el relato de TÁCITO, *Historias* II 99-100 y III 12-17, Lucilio Baso, comandante de la flota de Vitelio, había iniciado ya la traición.

³¹⁹ Desde aquí hasta el número 641 los paralelos con el relato de TÁCITO, *Historias* III 13-15, van en aumento.

³²⁰ La fama del mercado de Cremona es mencionada por TÁCITO, *Historias* III 32.

³²¹ Estas cohortes habían sido instituidas por Augusto, bajo el mando del prefecto de la ciudad, para hacer frente a los incendios por la noche (cf. SUETONIO, *Augusto* 309, y DIÓN CASIO, IV 26).

³²² Tácito, *Historias* III 69, precisa que fue «antes de la medianoche».

³²³ Esta maquinación es capitaneada por Sabino, en lugar de por Antonio Primo, en el relato paralelo de TÁCITO, *Historias* III 70-71.

³²⁴ En efecto, Domiciano, el futuro emperador, se había escondido en la casa de un guardián del Templo Capitolino y luego escapó de allí vestido con ornamentos

sagrados; cf. TÁCITO, *Historias* III 71, y SUETONIO, *Domiciano* I.

³²⁵ La Vía Flaminia, Vía Salaria y la ribera del Tíber; cf. TÁCITO, *Historias* III 82.

³²⁶ Desde el 17 de abril al 20 ó 21 de diciembre del año 69. Este final de Vitelio coincide con la narración de TÁCITO, *Historias* III 84-85, y con la de SUETONIO, *Vitelio* XVII-XVIII.

³²⁷ Mes del calendario macedónico, que se corresponde con Kislev, en el cómputo hebreo, y con la segunda mitad de noviembre y parte de diciembre del calendario juliano.

³²⁸ Más detalles sobre estos acontecimientos pueden verse en TÁCITO, *Historias* IV 1-11.

³²⁹ TÁCITO, *Historias* IV 51, recuerda la aportación del rey parto Vologeso con cuarenta mil arqueros a caballo.

³³⁰ Además Vespasiano tenía especial interés en regresar a causa de las noticias poco favorables que le habían llegado sobre la conducta de su hijo Domiciano; cf. TÁCITO, *Historias* IV 51. Aunque Vespasiano deseaba regresar en invierno, sin embargo prefirió esperar en Alejandría la llegada de los vientos veraniegos. Por ello, no vio Roma hasta la segunda mitad del año 70; cf. W. WEBER, *Josephus und Vespasian. Untersuchungen zu dem jüdischen Krieg des Flavius Josephus*, Stuttgart, 1921, págs. 250-253.

³³¹ De acuerdo con ESTRABÓN, XVII 1, 10, son 30 estadios los que separan Alejandría de este pequeño suburbio de la ciudad, fundado en el 24 a. C. por Augusto en el lugar en que venció a Antonio.

³³² El distrito o nomo de Mendesio, con capital en Mendes, se hallaba en el nordeste del Delta del Nilo.

³³³ Las actuales ruinas de Tell Ibn es-Salam, también en el delta, al suroeste de Mendes.

³³⁴ Es la ciudad bíblica de Soan (cf. *Ezequiel* 30, 14), actual El-Hagar, en la parte oriental del Delta del Nilo; sobre la antigüedad de esta capital faraónica véase la nota a IV 530. Ya desde la época del rey David y, sobre todo, a partir de Salomón mantuvo relaciones con Jerusalén; cf. P. MONTET, *Les énigmes de Tanis*, París, 1952.

³³⁵ Se trata de la Heracleópolis Parva, no la Magna, situada en el delta en el camino de Pelusio. Actualmente este enclave está cubierto por el lago Menzaleh.

³³⁶ PLUTARCO, *Antonio* III, destaca los peligros de una expedición por este lugar en la campaña que Gabinio iba a emprender junto con Ptolomeo en su invasión de Egipto. En efecto, eran de temer los grandes arenales faltos de agua y el paso por las boca del lago Serbonis, formado por filtraciones del Mar Rojo, y que por ello los habitantes del lugar lo llamaban «respiradero de Tifón».

³³⁷ En las fronteras entre Egipto y Siria, entre el Mediterráneo y el lago Sirbonis, se levanta el monte Casio, donde hay un templo dedicado a Zeus-Amón y

donde está enterrado Pompeyo; cf. HERÓDOTO, II 6, 158, III 5 y ESTRABÓN, XVI 2, 32-33

³³⁸ Esta población, sin identificar de forma satisfactoria, parece corresponder con el enclave señalado por PLINIO, *Historia natural* V 12, 8, al este de Pelusio y del monte Casio. En el comentario de RICCIOTTI, *ad loc.*, se recoge la referencia a un promontorio llamado Straki y al pequeño poblado de Zaraniq en esta zona como posibles vestigios actuales de Ostracine.

³³⁹ Riconorura, actual El-Arish, era desde Palestina la primera ciudad de la costa egipcia. El origen legendario de su nombre se contiene en ESTRABÓN, XVI 2, 31, a saber, el hecho de que un soberano de Etiopía confinaba en este enclave a los condenados, que en lugar de recibir la pena de muerte se les cortaba la nariz.

³⁴⁰ Rafia era una de las primeras ciudades de la costa palestina, viniendo desde Egipto, entre Gaza y Riconorura; cf. ESTRABÓN, XVI 2, 31.

³⁴¹ Antigua ciudad filistea convertida ahora en el puerto más importante de la costa fenicia.

³⁴² Sobre esta ciudad, una de las más antiguas e importantes de la costa filistea, véase nota a I 185.

³⁴³ Jope actualmente es el puerto de Tel-Aviv, a 52 kilómetros al sur de Cesarea. Sobre la importancia de esta ciudad costera, cf. nota a I 50.

LIBRO V

NOTA TEXTUAL

EDICIÓN DE NIESE	NUESTRO TEXTO
46 (17) ἄρχων, κριθεὶς	ἄρχειν κριθεὶς <i>Versio Latina</i> , Hudson
208 (21) ἀφανές	ἀχανές Bekker, Thackeray
305 (9) ἀπὸ	ἐπὶ Hudson
345 (2) βάρβαρον	βάρος coni. Niese ex <i>Versio Latina</i>
449 (2) τοὺς πολεμίους	εἰς τοὺς πολεμίους <i>MLVRC</i>
474 (16) Τεφθαῖος	Γυφθαῖος coni. Niese ex <i>BJ VI</i> 92 y 148.
474 (19) καὶ ἀγίρας	Χαγείρας Hudson

SIPNOSIS

EL SITIO DE JERUSALÉN. DESDE LA LLEGADA DE TITO HASTA LA CONSTRUCCIÓN DEL MURO DE BLOQUEO

(primavera-julio del 70 d. C.)

[1. División interna en Jerusalén: Eleazar, Juan y Simón.](#) – [21. Luchas civiles. Sufrimientos del pueblo.](#) – [39. Tito se acerca a Jerusalén con el ejército romano.](#) – [54. Tito en peligro al explorar las murallas. Se salva milagrosamente.](#) – [67. Las cuatro legiones acampan frente a los muros de Jerusalén.](#) – [71. Los tres grupos judíos se unen para atacar.](#) – [81. Tito repele los asaltos judíos.](#) – [98. Rivalidades entre las facciones. Juan ocupa el Templo.](#) – [106. Tito hace los preparativos para el asalto.](#) – [109. Los judíos arremeten contra los romanos.](#) – [120. Tito recrimina a las legiones por su falta de disciplina.](#) – [136. Topografía de Jerusalén: las dos colinas.](#) – [142. Las tres murallas.](#) – [156. Las torres.](#) – [176. El palacio del rey Herodes.](#) – [184. Descripción del Templo.](#) – [190. Los pórticos y el atrio de los gentiles.](#) – [193. El atrio de los israelitas.](#) – [199. El atrio de las mujeres.](#) – [200. Las puertas.](#) – [207. La fachada.](#) – [212. El velo del Templo.](#) – [215. El interior del Templo. El santuario y los objetos sagrados.](#) – [222. El exterior del santuario. El altar de los sacrificios.](#) – [228. Los sacerdotes. Las vestiduras del sumo sacerdote.](#) – [238. La torre Antonia.](#) – [248. Las fuerzas judías. Juan y Simón.](#) – [258. Tito se dispone a atacar.](#) – [266. Los judíos perturban los trabajos del asedio romano.](#) – [275. Los arietes entran en acción.](#) – [284. Las facciones rebeldes se unen para prender fuego a las máquinas romanas.](#) – [291. Una torre romana se derrumba.](#) – [296. Los judíos se retiran a la segunda muralla.](#) – [303. Tito acampa dentro de la tercera muralla.](#) – [312. El caballero Longino.](#) – [317. Estratagema del judío Cástor.](#) – [331. Los romanos toman la segunda muralla.](#) – [348. Suspensión del asedio.](#) – [356. Construcción de terraplenes para atacar la tercera muralla.](#) – [362. Josefo exhorta a los judíos a la rendición. Su discurso.](#) – [420. Las consecuencias del discurso: las deserciones.](#) – [424. Los horrores del hambre en Jerusalén.](#) – [439. Los ciudadanos pudientes son perseguidos por los tiranos.](#) – [446. Tito castiga a los prisioneros judíos. Su crucifixión.](#) – [460. Antíoco y los «macedonios».](#) – [466. Juan de Giscala y Simón destruyen los terraplenes romanos.](#) – [486. Tito rechaza a los asaltantes.](#) – [491. Consejo de guerra romano.](#) – [502. El muro de bloqueo.](#) – [512. Estragos del hambre. Atrocidades de los rebeldes.](#) – [519. Nuevos terraplenes.](#) – [527. Matanza en Jerusalén. Simón ejecuta al sumo sacerdote Matías.](#) – [534. Judas intenta introducir a los romanos.](#) – [541. Josefo es herido. La falsa noticia de su muerte.](#) – [548. Las atrocidades de árabes y sirios. Tito prohíbe estos hechos.](#) – [562. Juan de Giscala saquea el Templo.](#) – [567. Muertos durante el asedio.](#)

División interna en Jerusalén: Eleazar, Juan y Simón

Tito, tras recorrer, según hemos dicho [1] antes¹, el desierto que hay desde Egipto hasta siria, llegó a Cesarea, donde había decidido reunir sus tropas. Mientras todavía [2] se hallaba en Alejandría colaborando con su padre en la consolidación del Imperio que acababa de recibir de manos de Dios², sucedió que la sedición de Jerusalén, que entonces había recobrado su esplendor, se dividió en tres facciones y, además, cada una de ellas se peleaba entre sí. Entre gente malvada podía decirse que este hecho fue un bien y un acto de justicia. Ya se ha hablado con detalle³ [3] del ataque de los zelotes contra el pueblo, que supuso el comienzo de la toma de la ciudad⁴, cómo surgió y qué nivel de maldad alcanzó. Uno no se equivocaría si dijera que esta revuelta [4] ha nacido de otra revuelta, como una fiera, que rabiosa por la falta de carne ajena, se arroja sobre la suya propia.

[5] De esta forma Eleazar, hijo de Simón, que ya desde un principio había separado a los zelotes del pueblo y los había reunido en el Templo, a partir de este momento estuvo en apariencia indignado por los crímenes cotidianos de Juan, pues éste no ponía fin a sus matanzas, aunque en realidad era porque no toleraba estar sometido a un tirano más joven que [6] él. Por el deseo de un poder absoluto y por la ambición de imponer su propia autoridad se separó de los demás insurrectos. Se llevó consigo a Judas, hijo de Quelcías, y a Simón, hijo de Esrón, ambos personajes notables, y también iba con ellos Ezequías, hijo de Cobaris, hombre famoso. Cada uno de [7] ellos estaba acompañado de no pocos zelotes. Se apoderaron del recinto interior del Templo y pusieron sus armas encima de las puertas sagradas⁵, en el santo frontón. Se sentían confiados [8] porque tenían abundantes provisiones. En efecto, había muchas ofrendas sagradas⁶ para unas personas para los que nada era impío, pero tenían miedo porque eran pocos y así la mayoría de las veces se quedaban

sin moverse en este lugar. [9] Por su parte, Juan era superior en número de hombres en la misma proporción que era inferior por la posición que ocupaba. Tenía a los enemigos sobre su cabeza, de modo que los ataques que hacía contra ellos resultaban peligrosos y a causa [10] de su ira no se podía estar quieto. A pesar de que él sufría más daños que los que infligía a los hombres de Eleazar, sin embargo no permanecía inactivo. Eran frecuentes sus incursiones y los disparos de flechas. El Templo estaba manchado por todos los sitios por la sangre de los muertos.

Simón, el hijo de Giora, a quien el pueblo en un momento [11] de desesperación y por la confianza en que le ayudara había llamado para que viniera a la ciudad como su propio tirano⁷, controlaba la Ciudad Alta y la mayor parte de la Ciudad Baja y así atacaba con más vigor a las tropas de Juan, pues éstas eran hostigadas desde arriba. Juan les hacía frente en las mismas condiciones de inferioridad que los hombres de Simón en relación con los que estaban arriba, en el Templo. Por ello sucedía que Juan, atacado por los dos [12] bandos, causaba y recibía golpes con la misma facilidad. La superioridad que tenían sobre él los hombres de Eleazar, por hallarse en un lugar más bajo, la tenía también él sobre Simón por su posición elevada⁸. Así, repelía con sus manos [13] vigorosamente las embestidas que le venían desde abajo, mientras que rechazaba con máquinas los lanzamientos que le hacían desde lo alto del Templo. Tenía un gran número [14] de oxibelas, de catapultas y de balistas⁹, con las que no sólo se defendía de los enemigos, sino que también acababa con la vida de muchos de los que allí estaban haciendo sacrificios. Aunque estaban totalmente llenos de ira para llevar a [15] cabo todo tipo de impiedad, sin embargo permitían entrar a los que querían ofrecer sacrificios. A la gente del lugar la dejaban pasar bajo sospecha y con vigilancia, mientras que a los extranjeros¹⁰ les registraban. A pesar de que estas personas pusieron en vergüenza su crueldad cuando intentaban entrar en

la ciudad, sin embargo se convirtieron en víctimas de la sedición. [16] Pues los proyectiles que las máquinas lanzaban con fuerza llegaban hasta el altar y el santuario y caían sobre los sacerdotes y [17] los que hacían sacrificios. Muchos de los que desde los confines de la tierra habían venido a este lugar famoso y sagrado para todos los hombres caían ellos mismos delante de sus víctimas y bañaban con su propia sangre el altar que era venerado por todos [18] los griegos y por todos los bárbaros¹¹. Los cadáveres de los extranjeros se mezclaban con los de los habitantes del país, los de los laicos con los de los sacerdotes; la sangre de estos muertos [19] tan diversos encharcaba los atrios sagrados. ¿Es que tú, la más desdichada de las ciudades, has padecido una desgracia tan grande como ésta por parte de los romanos, que entraron para purificar con fuego los odios internos de tu pueblo? Ya no eras ni podías ser el lugar de Dios, una vez que te has convertido en tumba de cadáveres de tu propio pueblo y que has hecho del Templo el cementerio de una guerra civil. Sin embargo, de nuevo podrías hallarte mejor, si alguna vez llegas a reconciliarte con el Dios que te ha devastado¹². Pero las reglas de la historiografía [20] obligan a reprimir los sentimientos, pues no es momento de lamentos personales, sino de relatar los acontecimientos¹³. Por ello, voy a contar los hechos que se sucedieron en esta revuelta.

Luchas civiles. Sufrimientos del pueblo

Los sediciosos de la ciudad estaban [21] divididos en tres grupos: los hombres de Eleazar custodiaban las primicias sagradas¹⁴ y embriagados se enfrentaban a Juan; por su parte, los que estaban con este último hacían saqueos entre la gente del pueblo y atacaban a Simón. Este individuo se servía de las provisiones [22] de la ciudad en contra de las facciones enemigas. Juan, cuando era hostigado por unos y por otros, dirigía a sus hombres en las dos direcciones: desde los pórticos lanzaba flechas contra los que subían desde la ciudad y con

máquinas repelía a los que les arrojaban jabalinas desde lo alto del [23] Templo. Si en alguna ocasión los que estaban arriba le dejaban en paz, ya que a éstos muchas veces les obligaba a parar la borrachera y el cansancio, se lanzaba entonces con más [24] seguridad y con más hombres contra Simón. Como norma, en cualquier punto de la ciudad a donde se dirigiera, prendía fuego a las casas llenas de trigo y de todo tipo de provisiones. Por su parte, cuando Juan se retiraba, Simón hacía lo mismo y le atacaba. Parecía como si ellos destruyeran a propósito lo que la ciudad había preparado para hacer frente al asedio de los romanos y cortaran los nervios de su propia [25] fuerza. El resultado fue que todos los alrededores del Templo fueron arrasados y la ciudad se convirtió en una zona desierta entre los dos bandos que se enfrentaban en una guerra civil. Todo el trigo fue quemado, excepto un poco que [26] no les habría sido suficiente para un largo asedio¹⁵. De este modo cayeron víctimas del hambre, lo que precisamente de ninguna manera hubiera ocurrido, si ellos mismos no lo hubieran dispuesto así.

[27] Mientras que la guerra se extendía por todos los lugares de la ciudad a manos de los conspiradores y del populacho, el pueblo, que estaba en medio¹⁶, era despedazado, como si [28] se tratara de un inmenso cadáver. Los ancianos y las mujeres, desesperados por las desgracias que acaecían dentro de la ciudad, deseaban que vinieran los romanos y esperaban que la guerra extranjera les librara de los males internos¹⁷. Un espanto y miedo terribles se hicieron presa de los buenos [29] ciudadanos, pues no veían que fuera el momento oportuno para decidir un cambio ni existía la esperanza de llegar a un acuerdo ni la posibilidad de huir para los que quisieran hacerlo. Había vigilancia en todos los sitios y los jefes de los [30] bandidos, aunque estaban en desacuerdo en todo lo demás, sin embargo mataban como enemigos comunes a los que querían pactar la paz con los romanos y a los que eran sospechosos de desertar; sólo se ponían de

acuerdo para asesinar a personas que merecían salvarse. De día y de noche no [31] cesaban los alaridos de los combatientes, aunque eran más terribles los gemidos de los que lloraban en los duelos. Los [32] desastres eran la causa de los sucesivos lamentos, pero el miedo reprimía los gritos de dolor. Al silenciar sus desdichas por temor, se torturaban con los gemidos que estallaban en su interior. Los parientes ya no sentían ningún respeto [33] por los vivos ni se preocupaban de enterrar a los muertos. La desesperación que todos tenían por sí mismos era la causa de ambos hechos, pues los que no participaban de la sedición no aspiraban a nada, ya que tenían la idea de que iban a morir de un momento a otro. Los rebeldes pisoteaban [34] en sus refriegas los cadáveres, que se amontonaban unos sobre otros, y aumentaban su crueldad al aspirar la desesperación que desprendían los muertos que estaban bajo sus pies. Siempre estaban inventando alguna forma de destruirse [35] mutuamente, y, al ejecutar sin piedad todo lo que planeaban, [36] no dejaban sin hacer ningún ultraje ni crueldad. Sin duda, Juan utilizó la madera sagrada para fabricar máquinas de guerra. En una ocasión, el pueblo y los sumos sacerdotes determinaron reforzar el Templo y aumentar su altura en veinte codos¹⁸. El rey Agripa¹⁹, no sin grandes gastos y esfuerzos, hizo traer del Líbano la madera necesaria para ello²⁰, vigas dignas de ver por lo rectas que eran y por sus [37] dimensiones. Pero, como la obra se había interrumpido a causa de la guerra, Juan las cortó y construyó con ellas unas torres, pues vio que eran de una longitud suficiente para hacer frente a los que le atacaban desde lo alto del Templo. [38] Llevó las torres a la parte de atrás del recinto y las erigió allí, enfrente de la exedra del lado oeste²¹, justamente el único sitio donde era posible, dado que los demás lugares se hallaban separados a una larga distancia por escaleras.

Tito se acerca a Jerusalén con el ejército romano

Con estas máquinas, hechas a base de [39] impiedad, Juan esperaba vencer a sus enemigos. Sin embargo Dios hizo que su esfuerzo fuera inútil²², al traer a los romanos, antes de que hubiera mandado a alguno de sus hombres a las torres. En efecto, Tito, después [40] de reunir con él una parte de su ejército y de ordenar al resto concentrarse en Jerusalén, salió de Cesarea. Llevaba tres [41] legiones²³, que antes habían asolado con su padre Judea, y también la duodécima legión de Cestio²⁴, que antaño había sido derrotada. Esta última, que por su valor se había hecho famosa en otros lugares²⁵, marchaba ahora a vengarse con más ardor al recordar lo que había padecido anteriormente. Así pues, mandó a la quinta de estas legiones reunirse con él [42] a través de Emaús y a la décima que subiera por Jericó. Mientras, él partió con el resto de las tropas, al que se le añadió un destacado número de aliados de los reyes²⁶ e importantes tropas auxiliares de Siria. También se completaron [43] con los soldados que llegaron con Tito las cuatro legiones, de las que Vespasiano había sacado los efectivos que había enviado con Muciano a Italia²⁷. Le acompañaban [44] dos mil soldados escogidos del ejército de Alejandría y tres mil de las guarniciones del Éufrates²⁸. Tiberio Alejandro²⁹ [45] era el más apreciado de sus amigos por su fidelidad y por su ingenio. Antes había sido gobernador de Egipto bajo [46] las órdenes de Vespasiano y Tito, pero ahora fue considerado digno de mandar sus tropas, ya que fue el primero que aceptó el poder imperial recién surgido y se unió con una brillante lealtad a una suerte incierta. Acompañaba a Tito como consejero de los asuntos de la guerra, ya que le superaba en edad y en experiencia.

[47] Mientras Tito avanzaba³⁰ por tierra enemiga, iban delante de él las tropas de los reyes y todo el contingente de aliados, a los que seguían los zapadores y los que medían los campamentos; luego iban los bagajes de los generales y detrás de los soldados que los escoltaban marchaba él mismo con otros hombres escogidos y con los lanceros. A continuación se

hallaba el destacamento de caballería de la legión. [48] Éstos estaban delante de las máquinas de guerra, seguidos de los tribunos y los jefes de cohorte con tropas selectas; después de ellos iban las enseñas alrededor del águila, precedidos de sus trompeteros, y a continuación el [49] grueso del ejército en filas de seis. Le seguían los sirvientes de cada legión, precedidos de sus bagajes, y al final de todos marchaban los mercenarios y los comandantes de retaguardia [50] que los escoltaban³¹. Tito, al frente de su ejército en orden, según la costumbre romana, avanzó a través de la región de Samaria hasta Gofna, que antes había sido tomada por su padre³² y que ahora disponía de una guarnición. Allí acampó [51] durante una noche y partió al amanecer. Tras una jornada de marcha estableció su campamento en el lugar llamado por los judíos en su lengua «Valle de los Espinos», junto a una aldea denominada Gabat Saúl³³, que significa colina de Saúl y que dista de Jerusalén unos treinta estadios. Desde allí, [52] aproximadamente con seiscientos jinetes escogidos, se dirigió a explorar la ciudad, a comprobar sus fortificaciones y la actitud de los judíos, por si éstos, al ver a los romanos, se rindieran atemorizados antes de entrar en combate. Pues se había [53] enterado de algo que realmente era cierto, a saber, que el pueblo estaba amedrentado por los sediciosos y por los bandidos y que anhelaba la paz, aunque permanecía sin hacer nada, dada la poca fuerza que tenía para sublevarse³⁴.

Tito en peligro al explorar las murallas. Se salva milagrosamente

Mientras Tito avanzaba a caballo en [54] línea recta por el camino que llevaba a la muralla, ninguno salió fuera de las puertas. Sin embargo, cuando desvió de la [55] ruta el destacamento de caballería y lo llevó hacia la torre Psefino³⁵, de repente una inmensa cantidad de judíos saltó desde las llamadas torres de las Mujeres³⁶ por la puerta que está frente al monumento de Helena³⁷ [56] y pasó a través de la

caballería. Se pusieron de cara a los que aún venían corriendo por la llanura, les impidieron juntarse con los que se habían desviado de esta ruta y así dejaron [57] aislado a Tito con unos pocos hombres. Al general romano le era imposible avanzar hacia adelante, pues toda la zona, desde la muralla, estaba llena de zanjás para los huertos que estaban cortadas por pequeños muros transversales [58] y numerosos cercados. Veía, además, que no podía ir con sus tropas a causa de la cantidad de enemigos que había en medio, que se había dado la vuelta la caballería que iba por el camino y que en su mayoría los jinetes habían emprendido la retirada sin conocer el peligro que corría el príncipe³⁸, sino que creían que aquél se había vuelto a la vez [59] que ellos. Al comprender Tito que su salvación residía únicamente en su propia fuerza, dio un giro con su caballo y, después de gritar a los que estaban con él que le siguieran, saltó en medio de los enemigos y se abrió camino entre ellos [60] a la fuerza para dirigirse hacia los suyos. Es sobre todo en estos momentos cuando hay que pensar que Dios³⁹ es el que decide la suerte de las guerras y los peligros de los soberanos. [61] En efecto, no alcanzó al cuerpo de Tito ninguna de las muchas flechas que lanzaron contra él, que no llevaba ni casco ni coraza, ya que, como he dicho⁴⁰, no iba como un combatiente, sino como un observador. Todas ellas pasaban inútilmente haciendo ruido delante de él, como si hubieran sido arrojadas adrede para fallar en el tiro. Tito con su espada [62] repelía sin parar a los que se le acercaban por los lados, abatía a muchos de los que le atacaban de frente y pasaba a caballo por encima de cuerpos que él tiraba al suelo. Se [63] produjo un griterío entre los judíos ante la audacia de César y se exhortaron a lanzarse contra él. No obstante, huían y se retiraban en desbandada cuando Tito venía hacia ellos con su caballo. Los que participaban del peligro con él se apiñaron [64] en torno a su príncipe, al verse presionados por detrás y por los lados, puesto que la única esperanza de salvación que cada uno de ellos tenía era la de actuar en consonancia con

Tito y así no dar tiempo a que les cercaran. Sin embargo, [65] perecieron dos de los soldados que estaban en la parte más alejada de él: a uno le rodearon junto con su caballo y le mataron a flechazos, al otro, que saltó al suelo, le dieron muerte y se llevaron su caballo. Tito se refugió con los demás, sano y salvo, en el campamento. De esta forma, entre [66] los judíos, que habían obtenido la victoria en el primer ataque, una irreflexiva esperanza exaltó sus ánimos y un éxito pasajero les llenó de valor para el futuro.

Las cuatro legiones acampan frente a los muros de Jerusalén

César, como se le había unido por [67] la noche la legión que había llegado de Emaús⁴¹, levantó de allí el campamento al día siguiente y partió hacia el lugar llamado Escopo⁴², desde donde ya se veía la ciudad de Jerusalén y la resplandeciente magnificencia del Templo. Se trata de una pequeña elevación que se une con la ciudad por el lado norte y que por ello recibe el nombre [68] de Escopo, de acuerdo con su etimología. Cuando se hallaba a siete estadios de la ciudad, Tito ordenó a dos legiones acampar juntas⁴³, y a la quinta legión le encargó hacerlo tres estadios más atrás. Pues le parecía que esta última legión, cansada por la fatiga de la marcha nocturna, merecía estar protegida para que así pudiera realizar sus tareas de atrincheramiento [69] con mayor seguridad. Cuando acababan de empezar su trabajo, llegó la décima legión desde Jericó⁴⁴, donde se hallaba un destacamento de infantería para vigilar [70] el paso del que ya antes se había apoderado Vespasiano⁴⁵. A esta legión se le dio la orden de acampar a seis estadios de Jerusalén, en el llamado monte de los Olivos⁴⁶, que se alzaba frente a la ciudad, en su parte oriental, y que estaba separado de ella por un profundo barranco conocido por el nombre de Cedrón.

Los tres grupos judíos se unen para atacar

[71] La guerra exterior, que surgió de repente y con intensidad, puso fin entonces por primera vez a las discordias de las facciones que se enfrentaban entre sí dentro [72] de la ciudad. Cuando los rebeldes vieron con estupor que los romanos levantaban tres campamentos, iniciaron una funesta alianza y se dijeron los unos a [73] los otros: ¿Qué esperaban o qué es lo que les pasaba para permitir que tres fortificaciones les impidiesen respirar tranquilamente y que, mientras el enemigo se construye con impunidad una ciudad frente a ellos⁴⁷, permanezcan encerrados detrás de las murallas sin hacer nada ni con sus manos ni con sus armas, como espectadores que asisten a hermosas y convenientes obras?⁴⁸. «¿Es que sólo somos valientes [74] contra nosotros mismos, mientras que los romanos se van a adueñar de nuestra ciudad, sin derramamiento de sangre, debido a nuestras luchas internas?», gritaron los judíos. [75] Cuando se reunían se animaban los unos a los otros con estas arengas. De repente cogieron sus armas y se lanzaron de improviso contra la décima legión; con un inmenso griterío, a través del barranco⁴⁹, cayeron sobre los enemigos que estaban trabajando en el atrincheramiento. Los romanos, que [76] estaban diseminados para realizar su tarea y que por ello habían dejado la mayoría de sus armas, fueron sorprendidos de repente, pues creían que los judíos no se atreverían a salir contra ellos, y, en el caso de que tuvieran valor para hacerlo, sus discordias eliminarían su fuerza. Algunos abandonaron [77] su trabajo y al instante se retiraron, muchos corrieron por sus armas, pero fueron alcanzados antes de que pudieran ir contra sus enemigos. A los judíos se les iba uniendo cada [78] vez más gente, animada por el hecho de que los primeros habían obtenido un éxito. Tanto ellos mismos como los enemigos tenían la impresión de ser más numerosos de lo que en realidad eran, debido a su buena Fortuna. Un ataque [79] súbito y desordenado desconcierta sobre todo a los que están acostumbrados a la disciplina y a luchar con un orden de

acuerdo con las normas de sus jefes. Por ello en esta ocasión los romanos, sorprendidos, sucumbieron a los ataques. No [80] obstante, estos últimos, cuando eran alcanzados, se daban la vuelta y así frenaban la incursión de los judíos y los herían, ya que debido a su ímpetu ponían menos empeño en protegerse. Pero al ser cada vez más numeroso el ataque hebreo, los romanos, llenos de inquietud, acabaron finalmente por huir del campamento.

Tito repele los asaltos judíos

[81] Entonces parecía que toda la legión habría corrido peligro, si Tito, enterado de ello, no hubiera ido en su ayuda rápidamente. Hizo que los que huían se volvieran, después de haberles hecho numerosos [82] reproches por su cobardía. Él en persona se precipitó por el flanco contra los judíos con los soldados escogidos que venían con él y mató a un buen número de ellos, hirió a muchos más todavía, hizo retirarse a todos y los empujó hacia [83] el interior del barranco⁵⁰. Una vez que los judíos, que habían sufrido muchas pérdidas al descender por el valle, llegaron a la pendiente de enfrente, se volvieron y combatieron contra los romanos, a pesar de que en medio tenían el [84] barranco. Así lucharon hasta mediodía. Poco después de este momento, para hacer frente a las incursiones judías, Tito colocó en línea frente a ellos a sus tropas de refuerzo y a soldados de las cohortes y envió al resto de la legión a la cima⁵¹ a trabajar en las tareas de fortificación.

[85] A los judíos les pareció que esto significaba la huida de los romanos, y, como el vigilante que ellos habían puesto en la muralla movía su manto, una multitud, que aún no había participado en las refriegas, se lanzó a correr con tanto ímpetu que se asemejaba al de las más salvajes de las fieras. Realmente ninguno de los enemigos que estaban colocados [86] en línea frente a ellos resistió el ataque, sino que, como si hubieran recibido el golpe de una máquina de guerra, rompieron el orden de sus filas y se dieron la vuelta para

refugiarse en el monte. En medio de la pendiente se encontraba [87] Tito con unos pocos hombres. Todos sus amigos, que por respeto a su general habían menospreciado el peligro y se habían quedado allí con él, le exhortaban insistentemente a [88] que retrocediese ante los judíos que anhelaban la muerte y a que no se expusiera al peligro por unos individuos que tenían que haber permanecido en sus puestos para defenderle, sino que debía tomar conciencia de su propia fortuna⁵², no desempeñar las funciones de un simple soldado, habida cuenta de que él era el señor de la guerra y del mundo habitado⁵³, ni arriesgarse en una situación tan grave, pues todo dependía de él. Daba la impresión de que Tito no escuchó [89] ninguna de estas palabras. Ofreció resistencia a los que le venían de frente, y golpeó en la cara y mató a los que le atacaron. Se precipitó por la pendiente sobre los judíos que estaban apiñados y obligó a retroceder a todos. Estos últimos, [90] a pesar de que se quedaron desconcertados por la audacia y la fuerza de los romanos, sin embargo ni siquiera entonces huyeron a la ciudad, sino que esquivaron a Tito por uno y otro lado y fueron contra los enemigos que huían hacia la zona alta. No obstante el general romano ponía límites a su ímpetu al atacarlos por el flanco. Mientras esto [91] ocurría, de nuevo la confusión y el miedo se apoderaron de los que estaban atrincherando el campamento en la cima del monte⁵⁴, cuando vieron que huían los que estaban abajo. [92] Toda la legión se dispersó, pues sus soldados creían que no podrían resistir el ataque judío y que el propio Tito había emprendido la retirada. Efectivamente, si él hubiera [93] resistido en su puesto, los demás no habrían escapado. Se fueron en desbandada, unos por aquí y otros por allá, como si les envolviera un pánico terrible, hasta que algunos, cuando vieron que su jefe luchaba en medio de la batalla, muy preocupados por él comunicaron a gritos a toda la legión [94] el peligro en el que se hallaba Tito. La vergüenza les hizo darse la vuelta. Los soldados, que se echaban en cara unos a

otros más el haber abandonado a César que el haber huido, atacaron a los judíos con todas sus fuerzas, los obligaron a retirarse de la pendiente y los empujaron hasta [95] el interior del valle. Los judíos retrocedían paso a paso sin dejar de luchar, mientras que los romanos, que tenían la ventaja de su posición elevada, los metieron a todos en el [96] barranco. Tito seguía presionando a los que estaban cerca de él y de nuevo envió a la legión a continuar con los trabajos de fortificación del campamento, mientras que él mismo con los hombres que le habían acompañado desde el primer momento hacía frente y contenía a los enemigos. [97] De esta forma, si hay que decir la verdad, sin inventar nada por adulación ni callar nada por envidia⁵⁵, el propio César salvó en dos ocasiones a toda la legión, que estaba en peligro, y le proporcionó seguridad para fortificar el campamento.

Rivalidades entre las facciones. Juan ocupa el Templo

Cuando la guerra exterior se tomó un [98] breve respiro, la revuelta volvió a estallar en el interior de Jerusalén. Al acercarse el [99] día de los Ácimos, el catorce del mes de Jántico⁵⁶, en el que los judíos rememoran la primera salida de Egipto, los partidarios de Eleazar abrieron las puertas del Templo y recibieron a la gente del pueblo que quería entrar para hacer sus oraciones⁵⁷. Por su parte, [100] Juan utilizó la fiesta para encubrir su maquinación: a los menos conocidos de sus hombres, que en su mayor parte estaban sin purificar⁵⁸, les entregó armas, que ocultaron debajo de la ropa⁵⁹, y les envió rápidamente al Templo para que se apoderaran de él antes de que llegaran los demás. Cuando éstos estuvieron dentro, se quitaron los mantos que les cubrían y al punto aparecieron armados. Al instante estalló [101] una tremenda confusión y un alboroto alrededor del Templo: el pueblo, que estaba al margen de la sedición, pensaba que el ataque iba dirigido contra todos sin distinción, mientras que los zelotes⁶⁰ creían que sólo iba contra ellos. Éstos dejaron de vigilar ya las

puertas, saltaron de las almenas, [102] antes de entrar en combate, y huyeron a los subterráneos⁶¹ del Templo. Por su parte, la gente del pueblo, encogida de miedo junto al altar y apiñada en torno al santuario, era pisoteada y golpeada sin miramientos con palos y espadas. [103] Los enemigos mataron a muchos individuos pacíficos, a causa de enemistades y odios personales, como si pertenecieran al grupo contrario. Todo el que antes había ofendido a alguno de los rebeldes, era ahora torturado, como si fuera un [104] zelote, en el caso de que se le reconociera. Sin embargo, a la vez que cometían numerosas atrocidades con los inocentes, daban una tregua a los culpables, pues permitieron salir a los que estaban en los subterráneos⁶². Los hombres de Juan se apoderaron del interior del Templo y de todas las provisiones que en él había⁶³, y se llenaron entonces de valor para [105] ir contra Simón. Es así como una sedición, que antes estaba dividida en tres grupos, quedó ahora reducida a dos.

Tito hace los preparativos para el asalto

[106] Tito, que deseaba trasladar el campamento del monte Escopo a un lugar más cerca de la ciudad dispuso frente a las incursiones enemigas el número que consideró suficiente de soldados escogidos de caballería y de infantería, y a todo el ejército le ordenó [107] allanar el terreno que había hasta la muralla. Tras destruir todos los cercados y vallados, que los habitantes habían levantado para proteger los jardines y los árboles, y tras cortar por completo todas las plantas cultivadas que había en el lugar, se rellenaron los hoyos y los desniveles del terreno. Eliminaron con instrumentos de hierro las rocas que [108] sobresalían y así aplanaron todo el espacio que iba desde el monte Escopo hasta el monumento de Herodes⁶⁴, que está junto a la llamada piscina de las Serpientes⁶⁵.

Los judíos arremeten contra los romanos

También en estos días los judíos urdieron contra [109] los romanos la siguiente estratagema. Los rebeldes más audaces, como [110] si hubieran sido expulsados de la ciudad por los partidarios de la paz y temieran la llegada de los romanos, salieron fuera por las llamadas torres de las Mujeres⁶⁶ y se quedaron replegados y escondidos unos detrás de otros. Algunos, en cambio, colocados encima de la [111] muralla, como si fueran gente del pueblo, gritaban la palabra «paz», pedían un acuerdo y llamaban a los romanos con la promesa de que les abrirían las puertas. A la vez que daban estas voces tiraban piedras contra los suyos, como si buscaran echarles de las puertas. Los de fuera simulaban querer entrar a [112] la fuerza y suplicar a los que estaban dentro. Daba la impresión de que estaban desorientados, ya que no cesaban de atacar a los romanos y de retroceder. Los legionarios no desconfiaron [113] de la astucia de los judíos, sino que se dispusieron a entrar en acción, pues creían que a unos los tenían en sus manos, preparados ya para recibir su venganza, y confiaban en que los otros les abrieran las puertas. Sin embargo, a Tito le pareció [114] sospechosa esta llamada inesperada de los judíos, dado que un día antes les había exhortado a llegar a un acuerdo, a través de Josefo, y no había encontrado en ellos una actitud de moderación. Por ello, ordenó entonces a sus soldados permanecer [115] en sus puestos. Sin embargo, algunos de los que estaban trabajando en las primeras filas en la fortificación del campamento se habían adelantado ya a tomar las armas y a correr [116] hacia las puertas. Ante esta incursión los judíos, que fingían haber sido expulsados, en un principio retrocedieron, pero, cuando los romanos se presentaron en medio de las torres de la puerta, salieron corriendo, los rodearon y los atacaron por [117] detrás. Los que estaban en la muralla lanzaron contra ellos una inmensa cantidad de piedras y todo tipo de objetos arrojadizos con los que mataron a muchos e hirieron a un número [118] aún mayor. No les era fácil escapar de la muralla, ya que les

atacaban por la espalda, aparte de que la vergüenza por la equivocación que habían cometido antes y el miedo a sus oficiales [119] les empujaba a seguir en su error. Por ello, después de haber combatido con lanzas durante bastante tiempo, de haber recibido numerosas heridas por parte de los judíos y de haberles producido también a ellos otras tantas, acabaron finalmente por librarse de los enemigos que les rodeaban. Sin embargo, cuando se retiraban, los judíos los persiguieron hasta los monumentos de Helena⁶⁷ sin dejar de dispararles.

Tito recrimina a las legiones por su falta de disciplina

[120] Entonces los judíos, llenos de una insolencia descarada por la buena suerte que habían tenido, se burlaban de los romanos por haberse dejado engañar. Saltaban agitando sus escudos y daban gritos [121] de alegría. Los oficiales romanos recibieron a sus soldados con amenazas y César lo hizo con indignación. Éste les dijo que los judíos, cuyo único general en la guerra es la desesperación, actúan en todo momento con prudencia y reflexión, cuando preparan trampas y emboscadas, además de que la Fortuna⁶⁸ les acompaña en sus estratagemas debido a su obediencia y a su buena disposición y confianza mutuas. En cambio los romanos, que por su disciplina y su subordinación [122] a los jefes han sido siempre ayudados por la Fortuna, son golpeados ahora por haber hecho lo contrario y son vencidos por no contenerse en entrar en combate, y lo más vergonzoso de todo es que habían luchado sin su general, a pesar de que César se hallaba allí presente. Añadió que las leyes militares [123] se iban a lamentar mucho por ello⁶⁹ y también su padre, cuando se enterara de la derrota, puesto que él, que ha envejecido en las guerras, nunca ha sufrido una derrota tan grande. [124] Por otra parte, las leyes castigan siempre con la muerte a los que se apartan en lo más mínimo de la disciplina y ahora ven que todo el ejército ha abandonado su puesto. Tito dijo que los

[125] que habían actuado con temeridad rápidamente sabrían que para los romanos incluso una victoria obtenida sin haber recibido órdenes es considerada una deshonra. Después de haberse [126] expresado así con sus oficiales, era evidente que Tito iba a aplicar la ley contra todos. Los culpables se desesperaron, dado que enseguida iban a ser condenados a muerte justamente. Sin embargo, las legiones rodearon a Tito y le suplicaron por [127] sus camaradas; le pidieron que disculpara la temeridad de unos pocos en vista de la disciplina de todos, puesto que el error de ahora sería borrado por el valor futuro.

[128] César fue convencido tanto por sus súplicas como por la utilidad que de ello podía sacar. Pensaba que el castigo contra un solo hombre debía llevarse hasta el final, mientras que en el caso de un grupo de gente no había que ir más allá de las [129] palabras. Se reconcilió con sus soldados, no sin antes hacerles numerosas recomendaciones para que a partir de entonces fueran más prudentes, y él mismo se puso a reflexionar sobre [130] el modo de vengarse del ataque judío. Allanó en cuatro días el terreno que les separaba de las murallas y, como quería conducir con seguridad hasta el campamento los bagajes y al resto de los hombres, colocó frente a los muros del norte y del oeste los efectivos más fuertes de su ejército, dispuestos en [131] siete líneas de fondo. La infantería estaba situada delante, la caballería detrás, cada una de ellas en tres filas, y en medio estaban los arqueros, que formaban la séptima fila. Con estas [132] fuerzas tan sólidas se puso freno a las salidas de los judíos y así pasaron de una forma segura los bagajes de las tres legiones y la multitud que les acompañaba. El propio Tito acampó [133] a unos dos estadios de la muralla, allí donde ésta hace un ángulo frente a la llamada torre Psefino⁷⁰, en el lugar en que el muro, que cerca Jerusalén, dobla desde la dirección norte a la [134] oeste. La otra parte del ejército se atrincheró en la torre conocida por el nombre de Hípico⁷¹, también a una distancia

de [135] dos estadios de la ciudad. Por su parte, la décima legión permaneció en su puesto, en el monte de los Olivos⁷².

*Topografía de Jerusalén: las dos colinas*⁷³

Jerusalén estaba protegida por tres murallas, [136] salvo en las partes en que está rodeada por infranqueables barrancos, donde había solamente un muro. La ciudad estaba construida sobre dos colinas, una enfrente de la otra, separadas ambas por el medio por un barranco⁷⁴, hasta el que llegaban las casas que se agolpaban una tras otra por las dos pendientes. La colina en la que estaba [137] la Ciudad Alta tenía mucha más altura y se erguía hacia arriba de una forma más vertical que la otra. De este modo, por su situación fortificada esta parte fue llamada Ciudadela por el rey David⁷⁵, padre de Salomón, el que construyó el primer Templo, mientras que nosotros la conocemos con el nombre de «mercado de arriba»⁷⁶. La otra colina se denomina Acra⁷⁷ y en ella se asentaba la Ciudad Baja en forma de una luna en cuarto creciente. Enfrente de esta última había una [138] tercera colina, que por naturaleza era más baja que el Acra y que en un principio había estado separada de ella por otro amplio valle. Más tarde, durante el reinado de los Asmoneos, [139] que querían unir la ciudad con el Templo, cubrieron el barranco y realizaron obras para reducir la altura del Acra, de modo que se pudiera ver el Templo desde ella⁷⁸. El llano [140] mado barranco de los Queseros⁷⁹, que hemos dicho que separaba la colina de la Ciudad Alta de la Baja, llega hasta Siloé⁸⁰, pues éste es el nombre de esta fuente de abundante [141] agua dulce. Por fuera, las dos colinas de la ciudad están rodeadas por profundos barrancos⁸¹ y no hay posibilidad de acceso por ninguna parte debido a los precipicios que se abren a uno y otro lado.

Las tres murallas

[142] La más antigua de las tres murallas era la más difícil de tomar a causa de los barrancos y de la colina que se erguía sobre ellos y en la que estaba construida dicha [143] muralla. Además de estar en un lugar privilegiado, había sido levantada con solidez, pues David y Salomón y también los reyes que les sucedieron pusieron todo su empeño en esta obra. Este muro partía de la zona [144] norte, de la llamada torre Hípico⁸², llegaba hasta el Xisto y tras pasar junto a la Sala del Consejo⁸³ acababa en el pórtico occidental del Templo. En la dirección opuesta, por el oeste, [145] partía del mismo sitio y se extendía por el denominado lugar de Betso hasta la puerta de los Esenios⁸⁴, luego giraba al sur, por debajo de la fuente de Siloé, desde donde de nuevo volvía hacia el este, hacia la piscina de Salomón⁸⁵, y alcanzaba una zona, que llaman Ofla⁸⁶, donde se unía con el pórtico oriental del Templo. La segunda muralla tiene su comienzo [146] en la puerta llamada Genat⁸⁷, que estaba en el primer muro: rodeaba únicamente la zona norte de la ciudad y subía hasta la torre Antonia⁸⁸. La tercera muralla⁸⁹ empezaba [147] en la torre Hípico, desde donde continuaba hacia la torre Psefino, al norte, llegaba frente al monumento de Helena, hija del rey Izates y reina de Adiabene⁹⁰, y a través de las cuevas reales⁹¹ giraba en la torre del ángulo⁹², por el lugar conocido como monumento del Batanero⁹³, luego se unía a la antigua muralla y acababa en el llamado [148] barranco de Cedrón⁹⁴. Agripa construyó esta muralla para cercar la parte que se había añadido a la ciudad y que estaba toda ella desprotegida, pues Jerusalén aumentaba en población⁹⁵ y [149] poco a poco se extendía fuera de su recinto. Los que habitaban en la zona norte del Templo se concentraron en la colina y ocuparon tanto terreno que llegaron a construir sus casas en una cuarta colina, denominada Bezeta, que se halla frente a la torre Antonia, si bien está separada de ella por un [150] profundo foso. Éste había sido excavado a propósito para que la base de la torre Antonia, que estaba junto a la colina, no fuera de fácil acceso ni tuviera una altura poco

elevada. [151] Por este motivo la profundidad del foso proporcionaba a las torres una inmensa altura. Esta zona recién construida fue llamada por la gente del lugar Bezeta, cuya traducción en [152] griego sería Ciudad Nueva⁹⁶. Puesto que los que habitaban allí necesitaban protección, el padre del que ahora es rey y que llevaba su mismo nombre, Agripa, inició la construcción de la muralla que acabamos de mencionar. Pero por miedo a que Claudio César, a causa de la magnitud de la obra, sospechara de afanes revolucionarios y sediciosos, puso fin a la construcción de la muralla, sin haber levantado más que los cimientos⁹⁷. Y realmente la ciudad habría sido inexpugnable, [153] si se hubieran llevado adelante los trabajos de fortificación, tal y como se empezaron. Estaba formada por piedras de veinte codos de largo por diez de ancho, de manera que no se la podía minar con el hierro ni derribar con máquinas de guerra. La anchura de la muralla era de diez codos y, según [154] parece, su altura habría sido mayor, si la ambición de la persona que empezó a construirla no hubiera sido objeto de trabas. Sin embargo, luego⁹⁸ los judíos se apresuraron a levantar [155] su altura en veinte codos; sus almenas alcanzaron dos codos y sus baluartes tres, de modo que todo el conjunto tenía una elevación de veinticinco codos.

Las torres

Sobre la muralla se alzaban las torres [156] de veinte codos de ancho y veinte de alto, que eran cuadradas y macizas como el propio muro. La belleza y el ensamblaje de las piedras no eran menores que los del Templo. Encima de la sólida altura de las torres, que tenían [157] veinte codos, había lujosas habitaciones y más arriba otras estancias y cisternas para recoger el agua, y en cada una de las torres se hallaban amplias escaleras en forma de caracol. La tercera muralla contaba con noventa torres de [158] este tipo y la separación entre cada una de ellas era de doscientos codos. El muro del medio estaba

dividido en catorce [159] torres y el antiguo en sesenta. El perímetro total de la ciudad llegaba a treinta y tres estadios⁹⁹. Aunque todo el tercer muro era digno de admiración, sin embargo lo era aún más la torre Psefino, que se erguía en el ángulo noroeste y junto a [160] la que acampó Tito¹⁰⁰. Con una altura de setenta codos permitía ver Arabia, cuando salía el sol, y los confines del territorio [161] hebreo hasta el mar. La torre era octogonal. Frente a ella se levantaba la torre Hípico y al lado dos torres¹⁰¹, que habían sido construidas por el rey Herodes en la antigua muralla, y que por su magnitud, por su belleza y por su solidez destacaban por encima de todas las que había en el [162] mundo. Este monarca, además de su natural generosidad y de su magnificencia para con la ciudad¹⁰², dio satisfacción a sus sentimientos personales con excelentes construcciones y dedicó su memoria a las tres personas más queridas, un hermano, un amigo¹⁰³ y una esposa, cuyos nombres puso a las torres. Como ya dijimos¹⁰⁴, a esta esposa la ejecutó por amor y a los otros dos los perdió cuando combatían valerosamente en una guerra¹⁰⁵. De esta manera, la torre Hípico, [163] llamada así en honor de su amigo, era cuadrada, de veinticinco codos de ancho y de largo, una altura de treinta y completamente maciza. Sobre este conjunto compacto de piedras [164] perfectamente unidas se encontraba una cisterna de veinte codos de profundidad para recoger el agua de la lluvia, y encima una construcción de dos plantas, de veinticinco [165] codos de alta, dividida en estancias decoradas de diversas formas. Finalmente la cerraban almenas de dos codos y baluartes de tres, de forma que la altura total sumaba ochenta codos. La segunda torre, que Herodes llamó [166] Fasael por su hermano, medía igual de ancho que de largo, cuarenta codos respectivamente, y su parte maciza ascendía a una altura de cuarenta codos¹⁰⁶. Encima había un pórtico [167] de diez codos de altura, protegido por parapetos y pretils. En la parte central del pórtico se alzaba otra torre, en [168] la que había lujosas habitaciones y también un baño,

de modo que a esta torre no le faltaba nada para parecerse a un palacio. La parte superior estaba adornada a su alrededor por parapetos y por pequeñas torres. Su altura total [169] llegaba a unos noventa codos. Su forma era similar a la de Faro, que ilumina a los navegantes que se dirigen a Alejandría¹⁰⁷, aunque su perímetro era mucho más grande. Por aquel entonces esta torre de Fasael era la sede de la tiranía [170] de Simón. La tercera torre, Mariamme¹⁰⁸, pues así se llamaba la reina, era maciza hasta una altura de veinte codos, y tenía también veinte codos tanto de ancho como de [171] largo. Las estancias de la zona de arriba eran más suntuosas y estaban más adornadas que las de las otras torres, pues el rey tenía la idea de que una construcción que llevase el nombre de una mujer tenía que ser más hermosa que las que tuvieran la denominación de hombres, y de la misma forma pensaba que las de estos últimos deberían ser más sólidas que las de la mujer. La altura total de esta torre de Mariamme era de cincuenta y cinco codos.

[172] Las tres torres, que eran de tan grandes dimensiones, parecían [173] aún más altas por el lugar donde se hallaban. Efectivamente, la antigua muralla, sobre la que se alzaban, estaba construida sobre una elevada colina y sobre ésta se erguía una especie de cresta con una altura que la sobrepasaba en treinta codos. Las torres, que estaban sobre esta cresta, adquirían [174] así una altura mayor. También era digno de admiración el tamaño de los bloques pétreos, ya que las torres no estaban hechas ni con cantos normales ni con piedras que pudieran ser transportadas por hombres, sino que estaban [175] talladas en mármol blanco. La longitud de cada uno de los bloques era de veinte codos, la anchura de diez y la altura de cinco. Estaban tan bien ajustados entre sí que cada torre parecía haber sido hecha de una sola pieza de un modo natural y que luego había sido pulida por las manos de los obreros para que tuviera su forma y sus aristas. Así de difícil era ver en cualquier parte las junturas de la construcción.

El palacio del rey Herodes

El palacio real¹⁰⁹, que supera toda descripción, [176] estaba unido por la zona interior con estas torres, que estaban situadas al norte. Efectivamente, no era superado por [177] ninguna otra construcción ni en su desmesurado lujo ni en su equipamiento. Estaba totalmente fortificado a su alrededor por muros de una altura de treinta codos, en los que se repartían, a distancias iguales, torres ornamentales, inmensas salas y alojamientos provistos de cien camas para los huéspedes. En estas construcciones había una indescriptible [178] variedad de piedras, pues allí se encontraban muchos tipos que en otras partes son raros, también eran llamativos sus techos por la magnitud de sus vigas y por el esplendor de su ornamentación. Asimismo había una gran cantidad de estancias, [179] de muy variadas formas, todas completamente amuebladas y la mayoría de los enseres que había en cada una de ellas era de plata y de oro. Numerosos pórticos se sucedían en círculo [180] uno tras otro, cuyas columnas eran diferentes en cada uno de ellos, y los patios que había en medio estaban totalmente verdes. Poseía todo tipo de vegetación, en medio de la que se [181] abrían grandes paseos, rodeados de profundos canales, de estanques llenos de estatuas de bronce, de las que salía agua, y son muchas las torres de palomas domésticas que bordeaban la corriente del agua. No obstante, no es posible describir de un [182] modo digno el palacio. Su recuerdo nos atormenta, pues nos trae a la memoria las pérdidas ocasionadas por el incendio de los bandidos. En efecto, no lo quemaron los romanos, sino [183] que, como ya hemos contado¹¹⁰, el fuego se inició en la torre Antonia a causa de los conspiradores internos al principio de la revuelta, luego se extendió al palacio y llegó a los tejados de las tres torres.

Descripción del Templo¹¹¹

[184] Como he dicho¹¹², el Templo estaba edificado sobre una sólida colina¹¹³. Al principio, la parte llana de la cima

apenas era suficiente para albergar el santuario¹¹⁴ y el altar, pues los alrededores eran escarpados [185] y estaban en pendiente¹¹⁵. Cuando el rey Salomón, que fue quien levantó el Templo¹¹⁶, amuralló la parte oriental, se alzó únicamente un pórtico sobre el terraplén que allí se formó, mientras que el Templo quedó al descubierto por los demás lados. Con el paso del tiempo se fue ampliando el espacio de la colina, dado que el pueblo añadió tierra a la plataforma. Al derribar la muralla norte, se alcanzó una extensión [186] tan grande como la que más tarde ocupó la totalidad del Templo. Construyeron alrededor formando un círculo el recinto [187] superior y el inferior del Templo, después de cercar la colina desde abajo por los tres lados¹¹⁷ y concluir una obra mayor de lo que esperaban, puesto que consumieron en ella largos siglos y todos los tesoros sagrados, que habían llenado los tributos enviados a Dios por todo el mundo habitado¹¹⁸. La parte más baja del santuario inferior fue reforzada por muros [188] de trescientos codos y en algunos lugares se necesitaron otros de una extensión aún mayor. Sin embargo, no se veía toda la profundidad de los cimientos, porque se habían rellenado la mayor parte de los barrancos con tierra para así igualarlos con el nivel de las callejuelas de la ciudad. Las piedras [189] de la construcción medían cuarenta codos, pues la abundancia de dinero y la generosidad del pueblo dieron lugar a hazañas mayores de las que se podrían contar. Con perseverancia y con tiempo fue concluido aquello que no esperaban que fuera a tener final.

Los pórticos y el atrio de los gentiles

Eran también dignas de tales cimientos [190] las construcciones que descansaban sobre ellos. Pues todos los pórticos eran dobles, los sostenían unas columnas de veinticinco codos de altura, hechas de un solo bloque de blanquísimo mármol, y sus techos tenían artesonados [191] de cedro. Su magnificencia natural, el buen pulido y el ajuste

armónico de sus piedras proporcionaban un espectáculo admirable, si bien no se le había añadido ningún [192] ornato artificial de pintura o de escultura¹¹⁹. La anchura de estos pórticos alcanzaba treinta codos y su perímetro total medía unos seis estadios¹²⁰, incluida también la torre Antonia. La zona que estaba al aire libre se hallaba completamente cubierta con todo tipo de piedras de diversos colores.

El atrio de los israelitas

[193] Cuando uno pasaba por este patio para acceder a la segunda zona del Templo¹²¹, se encontraba con una balaustrada de piedra, de tres codos de altura¹²², trabajada [194] con gran belleza. Sobre ella había, repartidos a igual distancia, unos pilares que, unos en griego y otros en latín¹²³, proclamaban la ley de la purificación para que ningún extranjero penetrase dentro del Lugar Santo, [195] que es como se llamaba a la segunda zona del Templo. Allí se llegaba desde el primer Templo a través de catorce peldaños. La parte de arriba estaba constituida por un espacio [196] cuadrado rodeado por un muro propio. Su altura exterior, a pesar de que estaba oculta por la escalera, era de cuarenta codos y la interior de veinticinco, pues, al estar la escalinata construida sobre un terreno más alto, no se podía ver todo el muro de dentro porque le tapaba la propia elevación de la colina. Después de los catorce escalones se abría un espacio [197] de diez codos hasta llegar al muro, completamente llano. Desde allí otras nuevas escaleras de cinco banzos conducían [198] hasta las puertas, que eran ocho al norte y al sur, cuatro por cada lado. Había necesariamente dos puertas en la parte oriental, pues, como en este lado se había levantado un muro para cercar un espacio privado reservado para que las mujeres llevaran a cabo su culto, se precisaba una segunda puerta, que se abría frente a la primera¹²⁴.

El atrio de las mujeres

En los demás lados se ubicaba una [199] puerta al sur y otra al norte, por la que se entraba al Atrio de las Mujeres, pues a ellas no les estaba permitido entrar por las otras puertas y ni siquiera podían traspasar el muro que las separaba del resto. Este lugar estaba abierto al culto tanto para las mujeres del país como para las judías venidas del extranjero¹²⁵.

Las puertas

La parte oeste no tenía ninguna puerta, [200] sino que allí la muralla era continua. Los pórticos que había entre las puertas, en el interior del muro que estaba frente a las salas del Tesoro¹²⁶, eran sostenidos por bellas y grandes columnas. Estos pórticos no eran dobles, si bien, excepto en su tamaño, en nada más se desdecían de los pórticos de la parte baja¹²⁷.

[201] Nueve de las puertas estaban revestidas totalmente de oro y de plata, así como sus jambas y sus dinteles. Una sola de ellas, la que estaba en la zona exterior del Templo, era de bronce de Corinto y tenía un valor mayor al de las recubiertas [202] de oro y plata¹²⁸. Cada puerta tenía dos hojas, de treinta codos [203] de altura y quince de anchura. Después de la entrada el vestíbulo se ensanchaba por dentro y tenía a cada lado una exedra¹²⁹, en forma de torre, de treinta codos de ancho y de largo y más de cuarenta de alto. A cada una de estas exedras la [204] sostenían dos columnas de doce codos de circunferencia. Las demás puertas eran igual de grandes, sin embargo, la que daba acceso desde el Atrio de las Mujeres a la Puerta Corintia por la parte este, frente a la puerta del santuario, era mucho [205] más amplia. En efecto, su altura llegaba a cincuenta codos, tenía hojas de cuarenta codos y una ornamentación muy lujosa por la espesa capa de oro y plata que la recubría. Alejandro¹³⁰, el padre de Tiberio¹³¹, había dotado de este revestimiento a las otras nueve puertas. Quince escalones conducían [206] a esta gran puerta desde el muro del Atrio de las Mujeres, pues eran banzos más pequeños que los cinco que llevaban a las demás puertas.

La fachada

El mismísimo Templo, es decir, el santuario [207] sagrado, estaba en medio y se accedía a él a través de doce peldaños. Su fachada medía tanto de altura como de anchura cien codos¹³², mientras que la parte de atrás era cuarenta codos más estrecha, pues por delante tenía un saliente a cada lado de veinte codos, como si fueran unos hombros¹³³. Su primera puerta, cuya altura era de setenta [208] codos y su anchura de veinticinco, no tenía hojas, ya que simbolizaba el cielo abierto¹³⁴ que debía ser accesible a todos. Toda la fachada estaba revestida de oro. Por esta puerta se podía ver desde fuera la primera estancia completa, que era la más grande, y lo que rodeaba la puerta interior relucía todo ello dorado ante los ojos de los que lo miraban. [209] El Templo estaba dividido por dentro en dos estancias¹³⁵. Sólo la primera de ellas podía verse en toda su altura, que alcanzaba noventa codos y medía cincuenta de largo y veinte [210] de ancho. La puerta que daba acceso a esta nave, como ya he dicho¹³⁶, estaba completamente revestida de oro así como todo el muro que la rodeaba. Tenía también de oro los pámpanos que había sobre ella, de los que colgaban racimos del [211] tamaño de un hombre¹³⁷. Dado que el santuario tenía dos pisos¹³⁸, por dentro se le veía más bajo que por fuera, y las aureas hojas de su puerta tenían una altura de cincuenta y cinco codos y una anchura de dieciséis.

El velo del Templo

Delante de ellas y de su mismo tamaño [212] había un velo, una cortina de Babilonia¹³⁹, bordada en color violeta, de lino fino, de escarlata y de púrpura¹⁴⁰. Era un trabajo digno de admiración y su mezcla de materiales no pasaba desapercibida, sino que era como una imagen del mundo¹⁴¹. Parecía que la escarlata simbolizaba [213] el fuego, el lino fino la tierra, el color violeta el aire y la púrpura el mar. Dos de estos materiales eran semejantes por su color, mientras que en el caso del lino y de la púrpura lo eran por su origen, pues la

tierra producía el lino y el mar la púrpura. Esta cortina tenía bordado todo el [214] orden celeste, salvo los signos del Zodiaco¹⁴².

El interior del Templo. El santuario y los objetos sagrados

[215] Cuando uno pasaba al interior, lo primero que se encontraba era la planta baja del santuario, de sesenta codos de altura, lo mismo de largo y veinte de ancho. Por [216] su parte, estos sesenta codos de largo estaban subdivididos: la primera zona¹⁴³, de cuarenta codos de largo, tenía en ella tres obras muy admiradas y famosas en todo el mundo, un candelabro¹⁴⁴, una mesa¹⁴⁵ y el altar del [217] incienso¹⁴⁶. Las siete velas del candelabro¹⁴⁷ representaban a los planetas, pues éste era el número de brazos que tenía. Los doce panes que había sobre la mesa simbolizaban el ciclo [218] del Zodiaco y el año¹⁴⁸. El altar del incienso a causa de los trece perfumes¹⁴⁹, que, traídos del mar y del mundo deshabitado y habitado, le cubrían, significaba que todo es de Dios y para Dios. La zona más interior del santuario medía [219] veinte codos y también estaba separada de la parte exterior por un velo¹⁵⁰. Allí no había absolutamente nada¹⁵¹, nadie podía entrar, ni tocarlo ni verlo, su nombre es el de *Sancta Sanctorum*. A los lados de la planta baja del Templo [220] había numerosas construcciones de tres pisos comunicadas entre sí. A uno y otro lado había unos accesos que conducían a ellas desde la puerta del Templo. La planta superior [221] no tenía estas estancias, era en proporción más estrecha, aunque su altura alcanzaba cuarenta codos, y más sencilla que la inferior. De esta forma la altura total llegaba a cien codos, si se sumaban los sesenta de la planta baja.

El exterior del santuario. El altar de los sacrificios

La parte exterior no carecía de nada [222] de lo que causa impresión al espíritu y a los ojos, pues estaba recubierta por

todos los lados por gruesas placas de oro y así, cuando salían los primeros rayos del sol, producía un resplandor muy brillante y a los que se esforzaban por mirarlo les obligaba a volver sus ojos, como si fueran [223] rayos solares. Desde lejos, a los extranjeros que se acercaban allí les parecía que era un monte cubierto de nieve, ya que el mármol era muy blanco en las zonas que no estaban [224] revestidas de oro. En el tejado se erguían áureas picas afiladas, para que aquél no fuera mancillado por ningún pájaro que allí se posara. Algunas de sus piedras medían cuarenta y [225] cinco codos de largo, cinco de alto y seis de ancho¹⁵². Delante del santuario estaba el altar¹⁵³, que tenía una altura de quince codos y una anchura y longitud igual de cincuenta codos; estaba hecho en forma cuadrada con una especie de cuernos que sobresalían en las esquinas¹⁵⁴. Se llegaba a él desde el sur por una rampa con poca pendiente. El altar ha sido construido sin usar hierro y nunca lo ha tocado este [226] metal¹⁵⁵. El santuario y el altar estaban rodeados por un elegante parapeto, de hermosas piedras, de aproximadamente un codo de altura, que mantenía al pueblo en la parte de fuera [227] separado de los sacerdotes. Les estaba prohibido entrar en toda la ciudad a los que padecían gonorrea y a los leprosos, y en el Templo a las mujeres menstruantes; incluso a estas últimas no les estaba permitido traspasar el límite que antes hemos señalado¹⁵⁶, aunque estuvieran puras. Los varones que no estaban completamente purificados no podían pasar al atrio interior, y tampoco podían hacerlo los sacerdotes cuando estaban en un proceso de purificación¹⁵⁷.

Los sacerdotes. Las vestiduras del sumo sacerdote

Los que, a pesar de pertenecer a una [228] familia sacerdotal, no ejercían sus funciones litúrgicas debido a algún problema físico¹⁵⁸, estaban en la parte interior del parapeto con los sacerdotes que no tenían ninguna enfermedad y recibían las partes del sacrificio que les correspondían por su

estirpe¹⁵⁹, aunque iban vestidos de paisano, pues sólo el que oficiaba los actos litúrgicos podía ponerse las vestiduras sagradas. Los sacerdotes que no tenían [229] ninguna impureza subían al altar de los sacrificios y al santuario, revestidos de lino fino. Se abstenían sobre todo del vino puro por temor religioso, para no hacer ninguna transgresión en la liturgia¹⁶⁰. El sumo sacerdote iba con ellos, pero [230] no siempre, sino solamente en los días séptimos, en los días de luna llena y en las fiestas nacionales o en las solemnidades [231] anuales que reunían a todo el pueblo¹⁶¹. Oficiaba las ceremonias con unos calzones que cubrían sus muslos y sus partes pudendas, encima una túnica de lino y sobre ella un manto de color violeta que llegaba hasta los pies; se trata de una vestidura ceñida con una cenefa en su parte baja¹⁶². De esta cenefa pendían campanillas de oro y granadas, que se alternaban unas con otras. Las campanillas simbolizaban el trueno y las granadas el rayo. La banda que sujetaba la [232] túnica al pecho tenía cinco franjas bordadas de diversos colores: oro, púrpura, escarlata, además de lino fino y de violeta, de lo que también estaban tejidas, como ya dijimos¹⁶³, las cortinas del Templo. Llevaba también un efod¹⁶⁴ con la misma [233] mezcla de colores, aunque en él había más oro. El efod tenía la forma de una coraza ajustada y se abrochaba con dos fíbulas de oro, en forma de un pequeño escudo, en las que estaban engastadas los más bellos y grandes sardónices que llevaban grabados los nombres de las tribus de la nación¹⁶⁵. Por delante del efod había otras doce piedras, dispuestas en [234] cuatro filas, tres en cada una de ellas: sardónice, topacio, esmeralda, rubí, jaspe, zafiro, ágata, amatista, ópalo, ónice, berilo y crisolita, sobre cada una de las que también estaba grabado uno de los nombres de las tribus¹⁶⁶. Una tiara de lino [235] fino, bordada en color violeta, cubría su cabeza. La rodeaba otra corona de oro que tenía en relieve las letras sagradas, que son las cuatro vocales¹⁶⁷. El sumo sacerdote no iba vestido así [236] todos

los días, sino de forma más sencilla. Sólo llevaba esta indumentaria cuando entraba en el *Sancta Sanctorum*¹⁶⁸, una vez al año, el día en que es costumbre que todos los judíos [237] ayunen en honor de Dios¹⁶⁹. Después hablaremos¹⁷⁰ con más detalle de lo relativo a la ciudad, al Templo y de sus costumbres y leyes, ya que aún queda por decir bastante sobre ello.

La torre Antonia

[238] La torre Antonia¹⁷¹ estaba en el ángulo de los dos pórticos, el occidental y el norte, del primer Templo, construida sobre una roca, escarpada toda ella, de cincuenta codos de altura. Era una obra hecha por el rey Herodes, en la que especialmente hizo demostración [239] de su natural magnificencia. Efectivamente, la roca estaba recubierta desde su pie por lisas placas de piedra para contribuir a su belleza y para que resbalara todo el que [240] intentara subir o bajar por ella. Además, delante del edificio de la torre había un muro de tres codos y por dentro de él se alzaba toda la construcción de la Antonia a una altura de cuarenta codos. El interior tenía la extensión y la disposición [241] de un palacio, pues estaba dividido en estancias de diversos tipos y usos, pórticos, baños y amplios patios para el ejército, de forma que por tener todos los servicios parecía una ciudad y por su magnificencia se asemejaba a un palacio. Todo el [242] conjunto de la construcción ofrecía la forma de una torre, aunque tenía otras cuatro almenas en sus esquinas. Tres de ellas presentaban una altura de cincuenta codos, y la que se hallaba en el ángulo sudeste setenta codos, de modo que desde ella se podía ver la totalidad del Templo. Por los lados por los que la [243] torre se unía con los dos pórticos del Templo había sendas escaleras¹⁷², por donde bajaban los centinelas. Ya que siempre [244] estaba en la Antonia una cohorte romana, que se distribuía por los pórticos con armas durante las fiestas y vigilaba al pueblo para que no se subleva. El Templo, como

si fuera una fortaleza, [245] dominaba la ciudad, la Antonia dominaba el Templo y en ella se hallaban los guardianes de estos tres lugares. Por su parte, el palacio de Herodes¹⁷³ era la fortaleza particular de la Ciudad Alta. Como ya he mencionado¹⁷⁴, la colina de Bezeta estaba [246] separada de la torre Antonia. Era la más alta de todas las colinas; sus construcciones se juntaban con una parte de la Ciudad Nueva y era la única que ocultaba al Templo por el lado norte. Por el momento es suficiente lo dicho sobre la ciudad y [247] las murallas¹⁷⁵, dado que tengo previsto¹⁷⁶ volver a hablar de cada uno de estos temas con más detalle.

Las fuerzas judías. Juan y Simón

[248] El conjunto de combatientes y sediciosos que había en la ciudad partidarios de Simón alcanzaba el número de diez mil, sin contar a los idumeos. Sus oficiales eran cincuenta, que estaban bajo la [249] autoridad suprema del propio Simón. Los idumeos, que eran aliados suyos, sumaban unos cinco mil¹⁷⁷ y tenían diez oficiales. Jacobo, hijo de Sosas, y Simón, hijo de Caata¹⁷⁸, parecían [250] ser los que estaban a la cabeza de ellos¹⁷⁹. Juan, que ocupaba el Templo, contaba con seis mil soldados a las órdenes de veinte oficiales. Entonces también se le habían unido los zelotes, que habían depuesto sus diferencias internas: eran dos mil cuatrocientos y estaban bajo el mando de Eleazar, su anterior jefe, y Simón, el hijo de [251] Arino. En las luchas de estos grupos, según dijimos¹⁸⁰, el pueblo era el botín de unos y otros y la gente que no colaboraba con sus injusticias era objeto de los saqueos de [252] ambas facciones. Simón ocupaba la Ciudad Alta, la gran muralla¹⁸¹ hasta el Cedrón y la parte de la muralla antigua¹⁸² que desde Siloé dobla por el este y baja hasta el palacio de Monobazo, que era el rey de los Adiabenos [253] del otro lado del Éufrates¹⁸³. También controlaba la fuente¹⁸⁴, del Acra, que es la Ciudad Baja, y de la zona que hay hasta el palacio de Helena¹⁸⁵, madre de Monobazo. Juan, por su [254] parte,

controlaba el Templo y gran parte de sus alrededores, Ofra y el llamado barranco del Cedrón. Habían quemado el territorio que mediaba entre ellos y así dispusieron de una zona para sus mutuos combates. Pues, aunque los romanos estaban acampados [255] cerca, sin embargo dentro de la ciudad no habían cesado las disputas. Los judíos, tras volver en sí durante un breve espacio de tiempo por la primera salida¹⁸⁶ contra el enemigo, recayeron en su locura y de nuevo se separaron, lucharon entre sí y de esta forma llevaron a cabo todo lo que deseaban sus sitiadores. Y con toda seguridad no sufrieron a manos romanas nada [256] peor de lo que se hicieron a sí mismos, ni la ciudad fue objeto de nuevas desgracias después de ellos, sino que antes de caer padeció la peor de las suertes y los que se apoderaron de ella le hicieron un inmenso favor¹⁸⁷. Pues yo digo que la rebelión sometió [257] a la ciudad y que los romanos sometieron a la rebelión, que era mucho más fuerte que las murallas. Con buena lógica se podría atribuir a los propios judíos el desastre y la justicia a los romanos. Pero que cada uno lo decida según se lo indiquen los acontecimientos¹⁸⁸.

Tito se dispone a atacar

[258] Tal era la situación interna de Jerusalén cuando Tito, con jinetes escogidos, rodeaba por fuera la ciudad para ver por [259] dónde podría atacar las murallas. Como se vio rodeado de dificultades por todas partes, pues no se podía acceder por la zona de los barrancos y por los demás puntos la muralla antigua parecía ser demasiado sólida para sus máquinas de guerra, consideró que era mejor atacar por el monumento del sumo sacerdote [260] Juan¹⁸⁹. Por allí la primera muralla era más baja y la segunda no se unía con ella, ya que no se habían preocupado de fortificar este lugar porque la Ciudad Nueva no estaba muy poblada. Sin embargo, era fácil acceder a la tercera muralla, por donde tenía el propósito de tomar la Ciudad Alta y, a [261] través de la torre Antonia,

el Templo. Entonces, mientras Tito hacía esta inspección, uno de sus amigos, llamado Nicanor¹⁹⁰, fue alcanzado por una flecha en el hombro izquierdo, cuando se aproximaba con Josefo a negociar la paz con la gente que estaba en la muralla, pues era una persona [262] conocida. César, al darse cuenta por este hecho de la violencia de los judíos, pues no perdonaban ni siquiera a los que se acercaban a llevarles la salvación, intensificó el asedio. Al mismo tiempo permitió que las legiones devastaran los suburbios y les ordenó que trajeran madera y levantaran terraplenes. [263] Para llevar a cabo el trabajo distribuyó al ejército en tres unidades: puso a los lanceros y a los arqueros en medio de los terraplenes y, delante las oxibelas, las catapultas y las balistas¹⁹¹, para impedir que los enemigos hicieran incursiones contra sus obras y que los que estaban en la muralla intentaran estorbarles. Talaron los árboles y en poco tiempo [264] los suburbios quedaron deforestados. Mientras los romanos transportaban la madera para los terraplenes y todo el ejército ponía su empeño en el trabajo, los judíos no se quedaron sin hacer nada. El pueblo¹⁹², que había sufrido saqueos y muertes, [265] se llenó entonces de valor, pues creía que iba a volver a respirar, mientras los facciosos estuvieran entretenidos en luchar contra los enemigos de fuera, y que él mismo podría vengarse de los culpables, si los romanos llegaban a vencer.

Los judíos perturban los trabajos del asedio romano

Juan, a pesar de que sus hombres anhelaban [266] atacar a los enemigos del exterior, sin embargo permanecía inactivo por miedo a Simón. Por su parte, este último [267] no descansaba, pues estaba más cerca de los sitiadores. Colocó sobre las murallas las máquinas de guerra, que antes habían arrebatado a Cestio¹⁹³, y las que obtuvieron cuando tomaron¹⁹⁴ la guarnición de la torre Antonia. Sin embargo, a causa de su falta de experiencia a la [268] mayoría de ellos no les fue útil este material. Algunos, adiestrados por

desertores¹⁹⁵, hacían un mal uso de las máquinas: lanzaban piedras y flechas desde la muralla contra los que levantaban el terraplén, salían en grupos y se enfrentaban [269] con ellos. Los que trabajaban en el terraplén se protegían de los lanzamientos judíos con techumbres de mimbre que cubrían las empalizadas¹⁹⁶ y repelían las salidas de los judíos con máquinas lanzadoras. Todas las legiones disponían de admirables máquinas, si bien con diferencia la décima legión¹⁹⁷ contaba con las más potentes oxibelas¹⁹⁸ y con las más grandes balistas¹⁹⁹, con las que no sólo repelían las salidas enemigas sino también a los que estaban en la [270] muralla. Las piedras que lanzaban pesaban un talento²⁰⁰ y alcanzaban más de dos estadios. Su golpe era irresistible tanto para los que se encontraban en las primeras posiciones, [271] como para los que estaban detrás de ellos. Al principio los judíos esquivaban las piedras que les arrojaban, pues eran blancas, de modo que no sólo se dejaban sentir por el silbido, sino que también se percibía su llegada por el brillo [272] que destellaban. Por consiguiente, los centinelas que estaban sobre las torres, cuando se ponía en marcha la máquina y se arrojaba la piedra, se avisaban y se gritaban en su lengua materna: «Viene el hijo»²⁰¹. Entonces, los hombres, contra los que iban los disparos, se dispersaban y se tiraban al suelo, de modo que así, con estas precauciones, la piedra caía sin hacer daño. Pero a los romanos se les ocurrió pintar [273] las piedras de negro, pues de esta manera, al no poderlas percibir previamente con la misma claridad, acertaban en su tiro y mataban de un solo golpe a numerosos judíos. Sin [274] embargo, a pesar de esta desgracia, no dejaban a los romanos levantar el terraplén en paz, sino que se lo impedían de día y de noche con todo tipo de estratagemas y audacias.

Los arietes entran en acción

Concluidas las obras, los ingenieros [275] midieron el espacio que les separaba de la muralla con un plomo colgado

del extremo de un hilo, que arrojaron desde el terraplén, puesto que no era posible desde otro sitio, habida cuenta de que recibían disparos desde arriba. También acercaron las helépolis²⁰², al ver que desde allí era posible alcanzar el muro. Tito, tras colocar más cerca las [276] máquinas lanzadoras, para que los judíos no impidieran actuar a los arietes desde la muralla, dio la orden de atacar. De [277] repente se produjo en tres puntos de la ciudad un terrible estruendo, la gente que estaba dentro se puso a gritar y un miedo se apoderó de todos los sediciosos por igual. Cuando unos y otros se dieron cuenta de que era un peligro común para ambas facciones, decidieron organizar entonces una defensa también en común. Los rivales se gritaban unos a [278] otros que todo lo que hacían favorecía a los enemigos, cuando debían dejar a un lado sus luchas internas para ir juntos contra los romanos, aunque Dios no les concediera una concordia duradera. Simón comunicó por medio de un heraldo a los que estaban en el Templo que podían acercarse a la muralla sin peligro; Juan lo permitió, a pesar de que desconfiaba [279] de ello. Los judíos olvidaron su odio y sus diferencias particulares y formaron un solo cuerpo. Tras ocupar toda la extensión de la muralla, arrojaron desde allí un gran número de antorchas encendidas contra las máquinas y dispararon [280] sin parar contra los que manejaban las helépolis. Los más valientes saltaron en grupos sobre las techumbres de mimbre que cubrían las máquinas, las rompieron, atacaron a los soldados que las accionaban y los vencieron; poco consiguieron [281] con su habilidad, pero sí mucho con su osadía. Tito en persona iba siempre en ayuda de los que estaban en apuros. Disponía sus jinetes y arqueros a un lado y a otro de las máquinas y así repelía a los que arrojaban fuego. Rechazaba a los que disparaban desde las torres y hacía funcionar las [282] helépolis. Sin embargo, la muralla no cedió a los golpes, a no ser el ariete de la legión decimoquinta que fue el único [283] que movió la esquina de una torre. No obstante, la muralla quedó intacta, pues no corría de inmediato

el mismo peligro que la torre, que, como sobresalía, no podía fácilmente arrastrar consigo ninguna parte del muro.

Las facciones rebeldes se unen para prender fuego a las máquinas romanas

[284] Los judíos cesaron durante un breve espacio de tiempo en sus hostilidades y, cuando se percataron de que los romanos se habían dispersado y habían regresado a sus trabajos y a sus campamentos, pues creían que los judíos se habían retirado por cansancio y por miedo, todos salieron corriendo desde la torre de Hípico por una puerta oculta, llevaban antorchas para prender fuego a los trabajos de los enemigos y estaban decididos a perseguir a los romanos hasta sus trincheras. Al oír sus gritos, los legionarios [285] que estaban más cerca se agruparon rápidamente y los más alejados vinieron corriendo. Sin embargo, la audacia judía se adelantó a la disciplina de sus enemigos. Tras hacer huir a los primeros soldados romanos que se encontraron, se dirigieron contra los que en ese momento se estaban concentrando. Estalló un terrible combate en torno a las máquinas. [286] Los judíos se esforzaban en quemarlas y los romanos en impedirselo. En ambos bandos se escuchaba un confuso griterío y perecieron muchos de los que estaban en las primeras filas. Los judíos se impusieron debido a su desesperación; [287] el fuego se adueñó de las construcciones y habría existido el peligro de que junto con las máquinas todo hubiera sido pasto de las llamas, si la mayoría de los legionarios escogidos de Alejandría²⁰³ no hubiera resistido con una valentía aún mayor de la que se podía esperar de ellos, ya que en la lucha superaron a los destacamentos más famosos. Hasta que al final César, con los más valerosos jinetes, arremetió contra los enemigos. Él en persona mató a doce [288] de los judíos que ocupaban la primera línea²⁰⁴. El resto de la tropa se replegó ante este desastre; Tito los persiguió, los metió a todos en la ciudad y así libró del fuego a

sus obras. En este combate resultó apresado uno de los judíos, al que [289] Tito ordenó crucificar delante de la muralla²⁰⁵, para que así [290] los demás se rindieran, asustados al verlo. Tras la retirada, también Juan, el jefe de los idumeos²⁰⁶, fue alcanzado en el pecho por una flecha lanzada por un árabe, cuando hablaba delante del muro con un soldado conocido suyo, y al instante murió. Este hecho provocó un inmenso dolor entre los idumeos y tristeza entre los rebeldes, pues era una persona que se había distinguido por su valor y por su ingenio.

Una torre romana se derrumba

[291] La noche siguiente les sobrevino a los [292] romanos una inesperada confusión. Pues a media noche sucedió que por sí misma se derrumbó una de las tres torres de cincuenta codos que Tito había mandado construir, para que, puestas sobre cada uno de los terraplenes, [293] hicieran huir a los judíos que estaban en la muralla. El inmenso estruendo que se produjo llenó de miedo al ejército, y, al creer que los enemigos venían contra ellos, corrieron [294] todos por las armas. El desorden y el barullo hizo mella en las legiones. Como nadie podía contar lo que había ocurrido, iban de un lado para otro muy angustiados. Al no aparecer ningún enemigo, se asustaban los unos de los otros. [295] Cada uno de ellos preguntaba inmediatamente a su vecino la contraseña, como si los judíos hubieran penetrado en el campamento. Parecían estar envueltos por un pánico terrorífico, hasta que Tito, enterado de lo sucedido, ordenó informar de la situación a todos y de esta forma, aunque con cierta dificultad, sus soldados se tranquilizaron.

Los judíos se retiran a la segunda muralla

Las torres perjudicaron mucho a los [296] judíos, que resistían con fuerza los demás ataques, ya que desde allí les disparaban las máquinas ligeras²⁰⁷, los lanceros, los arqueros y

los honderos. En cambio ellos [297] no alcanzaban a los romanos debido a la altura de su posición y era imposible apoderarse de las máquinas, derribarlas con facilidad a causa de su peso y quemarlas gracias al hierro que las recubría. Pero si se ponían a salvo de los disparos, [298] ya no podían impedir las embestidas de los arietes, que con sus continuos golpes poco a poco iban a conseguir su propósito. La muralla ya cedía a los golpes de Victoria²⁰⁸, [299] pues así es como llaman los judíos a la más grande helépoli²⁰⁹ de los romanos, porque todo lo vencía. Estaban cansados desde hacía tiempo por las luchas y las guardias que habían hecho por la noche lejos de la ciudad. Además, por [300] pereza y por tomar siempre malas decisiones, les pareció inútil conservar este muro, habida cuenta de que les quedaban otros dos detrás de él. De esta forma, la mayoría cedió ante su decaimiento y se retiró. Cuando los romanos penetraron [301] por la brecha abierta por la helépoli Victoria, todos los judíos abandonaron sus puestos de guardia y se refugiaron en la segunda muralla. Los soldados que habían pasado al interior abrieron las puertas y recibieron a todo el ejército. [302] De esta manera los romanos se apoderaron del primer muro²¹⁰ el día decimoquinto desde que empezó el asedio, el día séptimo del mes de Artemisio²¹¹, y demolieron gran parte de él y el barrio norte de la ciudad, que ya antes lo había destruido Cestio²¹².

Tito acampa dentro de la tercera muralla

[303] Tito trasladó el campamento al interior, al lugar llamado «Campamento de los Asirios»²¹³. Ocupó toda la zona que hay hasta el Cedrón, pero separado de la segunda muralla para estar muy lejos de los disparos que desde allí hicieran los enemigos. Enseguida [304] dio paso al ataque. Los judíos se dividieron y defendieron con fuerza la muralla: los hombres de Juan desde la torre Antonia, desde el pórtico norte del Templo y delante de la tumba del rey Alejandro²¹⁴, mientras que las tropas de Simón, que ocupaban el paso que hay junto al

sepulcro del sumo sacerdote Juan, cubrieron sus posiciones hasta la puerta²¹⁵ por donde se llevaba el agua hasta la torre Hípico. [305] Con frecuencia salían fuera de las puertas y luchaban cuerpo a cuerpo, pero, cuando eran rechazados hacia la muralla, resultaban vencidos en estas refriegas por no tener la destreza de los romanos, si bien se imponían cuando combatían desde lo alto de la muralla. A los romanos les daba valor su [306] experiencia, además de su fuerza, y a los judíos su audacia, alimentada por el miedo, y su resistencia natural en las desgracias. Estos últimos tenían aún la esperanza de salvarse y los romanos de vencer rápidamente. Ninguno de los dos [307] bandos se vio dominado por la fatiga, sino que todos los días tenían lugar asaltos, refriegas en las murallas y numerosas salidas por grupos; no les faltó ningún tipo de combate. La [308] noche apenas hacía descansar a los soldados que empezaban a luchar al amanecer. Ésta era para ambos ejércitos un momento de insomnio y más dura que el día: en el caso de los judíos, por miedo a que la muralla fuera tomada de un momento a otro, y en el de los romanos, porque los enemigos cayeran sobre el campamento. Las dos partes pasaban la noche en armas y al rayar el alba estaban preparadas para luchar. Entre los judíos se rivalizaba por ver quién se expondría [309] al peligro en las primeras líneas para así ganarse el favor de sus oficiales. Sobre todo tenían respeto y miedo a Simón. Cada uno de los hombres que estaban a sus órdenes le prestaba tanta atención que incluso hubiera estado totalmente dispuesto a suicidarse, si él se lo hubiera mandado. La costumbre de triunfar era para los romanos un estímulo [310] para su valor, también lo era su desconocimiento de la derrota, las continuas expediciones, sus constantes entrenamientos, la grandeza del Imperio y sobre todo Tito, que siempre estaba a disposición de todos sus hombres en cualquier parte. Efectivamente, les parecía terrible flojear, cuando [311] César estaba presente y participaba con ellos en la lucha. Tito era para el que luchaba valerosamente el testigo

y el que también le iba a recompensar por ello. Pero ya era un premio el ser reconocido por César como un valiente. Por ello muchos, llevados por su ardor, se mostraban superiores a sus propias fuerzas.

El caballero Longina

[312] En estos días, cuando los judíos estaban colocados en orden de batalla delante de la muralla con una sólida formación y cuando los dos ejércitos se disparaban aún desde lejos, uno de los jinetes, Longino, se salió de las líneas romanas y saltó al medio de la [313] tropa judía. Los enemigos se dispersaron ante esta embestida y él mató a dos de los más valientes: a uno le golpeó en la cara, cuando le venía al encuentro, y al otro le atravesó el pecho, cuando huía, con una lanza que había sacado del cadáver del anterior. Salío, sin ser herido, del medio de los [314] enemigos y corrió a refugiarse con los suyos. Así pues, Longino fue famoso por su valor y muchos fueron los que [315] imitaron su bravura. Los judíos, sin preocuparse por sus desgracias, miraban sólo por atacar a los romanos. La muerte les parecía totalmente llevadera si les sobrevenía tras haber [316] matado a algún enemigo. En cambio Tito se preocupaba tanto por la seguridad de sus soldados como por vencer en la batalla. Consideraba una locura el ímpetu temerario y, en cambio, para él solamente existía el valor cuando se actuaba con prudencia sin sufrir ningún daño. Por ello, ordenó a sus hombres ser valientes sin correr ningún peligro.

Estratagema del judío Cástor

[317] El propio Tito acerca la helépoli²¹⁶ a la torre que está en el centro de la muralla norte, donde un judío, un charlatán llamado Cástor, les tendió una trampa con diez hombres como él, mientras que los [318] demás habían huido a causa de los arqueros romanos. Estos individuos permanecieron quietos durante un tiempo, llenos de miedo detrás de los parapetos,

pero cuando la torre se tambaleó, ellos se levantaron. Cástor extendió sus manos, en actitud de súplica, pidió a César y le rogó con voz lastimera que se apiadara de ellos. Tito, debido a su sencillez, creyó [319] en él. Como pensaba que los judíos se habían arrepentido, paró las embestidas del ariete, prohibió disparar flechas contra los suplicantes y ordenó a Cástor que expresara sus deseos. Éste contestó que quería bajar para llegar a un acuerdo. [320] Tito dijo que le felicitaba por su buena decisión, que se alegraría si todos tuvieran las mismas intenciones, y que él estaba dispuesto a dar garantías a la ciudad. Cinco de estos diez [321] hombres simularon la misma súplica, mientras que los demás gritaron que nunca serían esclavos de los romanos, cuando podían morir libres. Durante el largo tiempo que los judíos [322] estuvieron discutiendo, el ataque se detuvo y Cástor envió mensajeros a Simón para comunicarle que tenía tiempo de sobra para tomar decisiones sobre la apremiante situación, pues él se burlaría aún durante un buen rato de la autoridad romana. Mientras enviaba esta orden, a la vista de todos fingía convencer también a los reticentes a que aceptasen el acuerdo con Tito. Estos últimos, como si estuvieran indignados, [323] blandieron sus espadas desenvainadas por encima de los parapetos se las clavaron en sus corazas y cayeron abajo, como si estuvieran muertos. Tito y los que estaban con él se [324] quedaron asombrados por la intrepidez de estos hombres y, al no poder desde abajo saber con exactitud lo sucedido, sintieron admiración por su valor y se compadecieron de su desgracia. Entoces uno de los romanos alcanzó con una flecha a [325] Cástor en la nariz. Él enseguida se arrancó la flecha, se la enseñó a Tito y se quejó de este injusto tratamiento. César censuró al autor del disparo y envió a Josefo²¹⁷, que estaba allí presente, para que diera la mano a Cástor. Sin embargo, Josefo [326] dijo que él no iría, pues los suplicantes no tenían buenas intenciones, y también se lo impidió a sus amigos que estaban dispuestos a hacerlo. Eneas, uno de los desertores, manifestó [327] que él mismo se

acercaría. Cástor pidió que alguien tomara el dinero que llevaba con él; Eneas corrió aún con más apresuramiento [328] con el manto abierto para recogerlo. Cástor cogió una piedra y se la lanzó. No le alcanzó, porque se precavió [329] ante ello, pero hirió a otro soldado que iba con él. Cuando César se dio cuenta de la astucia, comprendió que en la guerra la piedad es perjudicial²¹⁸, pues cuanto más severo se es tanto menos se cae en el engaño. Indignado por esta burla aumentó [330] la fuerza de los golpes de la helépoli. Los hombres de Cástor quemaron la torre, cuando ésta cedió. A través de las llamas saltaron al subterráneo²¹⁹ que hay debajo de ella, y así de nuevo ofrecieron a los romanos una imagen de valentía, pues pensaban que se habían arrojado al fuego²²⁰.

Los romanos toman la segunda muralla

[331] César tomó esta muralla por este punto²²¹ cinco días después de haber conquistado la primera de ellas²²². Los judíos huyeron de allí y Tito penetró con mil soldados y con hombres elegidos de su guardia personal por la zona de la Ciudad Nueva²²³, donde estaban las tiendas de la lana, los talleres de los herreros y el mercado de las telas, y por donde las callejuelas bajaban oblicuamente hacia la muralla. Si el príncipe romano hubiera [332] derribado rápidamente la mayor parte de la muralla o si hubiera saqueado esta zona conquistada de la ciudad, de acuerdo con la ley de la guerra, creo que su victoria no se habría visto empañada por ninguna pérdida. Sin embargo, [333] como ahora esperaba que los judíos se avergonzaran de que no les hicieran ningún daño, cuando podían hacerlo, no agrandó la brecha de la muralla para facilitar la retirada, pues creía que no le iban a atacar aquéllos a los que él trataba con benignidad. Cuando entró en Jerusalén, no dejó matar a [334] ninguno de los prisioneros ni quemar las casas, sino que les permitió salir libremente, por si querían luchar sin causar daño a la población, y prometió al pueblo devolverle sus bienes. Efectivamente, Tito deseaba

ante todo salvar para él la ciudad y el Templo para la ciudad²²⁴. Desde hacía tiempo [335] tenía al pueblo dispuesto a hacer lo que él buscaba, aunque para los combatientes su humanidad era una debilidad y éstos, además, creían que Tito hacía estas propuestas por su incapacidad para conquistar el resto de la ciudad. Los sediciosos [336] amenazaban de muerte a cualquiera de los ciudadanos que mencionara la rendición, asesinaban a los que hablan de paz y atacaban a los romanos que ya estaban dentro de la ciudad: unos les salían al encuentro por las callejuelas, otros desde las casas y otros saltaban por las puertas de arriba fuera de las murallas. Asustados ante sus ataques, los [337] centinelas de la muralla se lanzaron desde las torres y se retiraron al campamento. Gritaban los que estaban dentro rodeados [338] por todos los lados de enemigos, y los de fuera tenían miedo por sus compañeros abandonados. Dado que los judíos cada vez eran más numerosos y tenían una superioridad mayor por su conocimiento de las callejuelas, hirieron a muchos romanos, cayeron sobre ellos y los empujaron fuera. [339] Estos últimos resistían sobre todo por necesidad, pues no podían huir todos juntos por la estrecha brecha de la muralla. Daba la impresión de que todos los que habían entrado habrían sido degollados, si Tito no hubiera acudido en su [340] ayuda. Distribuyó a los arqueros en los extremos de las callejas, mientras que él se quedó allí donde había más gente, y así repelió con flechas a los enemigos. Con él estuvo Domicio Sabino, que también en este combate demostró ser un [341] hombre valiente²²⁵. César permaneció en ese lugar sin dejar de disparar con su arco y de impedir que los judíos se acercaran, hasta que todos sus soldados se retiraron.

[342] De esta forma los romanos, que habían tomado la segunda muralla, fueron expulsados de ella y se exaltaron los ánimos de los combatientes de la ciudad. Los judíos, llenos de vanidad por su éxito, pensaban que los romanos no se atreverían a entrar en la ciudad y que, aunque lo hicieran, no

[343] serían derrotados por ellos. Dios nublaba sus mentes a causa de sus delitos y no se daban cuenta de que las fuerzas que les quedaban a los romanos eran muy superiores a las que habían rechazado, ni del hambre que se precipitaba sobre [344] ellos. Pues aún podían nutrirse de las desgracias del pueblo y beber la sangre de la ciudad. Pero desde hacía tiempo la penuria se había adueñado de la gente de bien y muchos perecían [345] por la falta de lo necesario. Los rebeldes creían que la destrucción del pueblo sería un alivio para ellos mismos, puesto que consideraban que sólo merecían salvarse los que no querían la paz y preferían vivir en contra de Roma. Por otra parte, se alegraban de que se consumiera la muchedumbre contraria a sus propósitos, que para ellos era como un estorbo. Esta era su actitud respecto a los que estaban en [346] el interior de la ciudad. Impidieron a los romanos, que de nuevo lo intentaron, entrar en la ciudad, cerraron filas y con sus propios cuerpos cubrieron la brecha de la muralla²²⁶. Durante tres días resistieron con fuerza su defensa, pero el cuarto día no pudieron hacer frente al enérgico ataque de Tito, sino que se vieron forzados a refugiarse donde estaban antes. De nuevo César se apoderó de la muralla, destruyó [347] inmediatamente toda su parte norte y, tras colocar guardias en las torres del lado sur, planeó el ataque de la tercera muralla²²⁷.

Suspensión del asedio

Tito consideró oportuno detener el asedio [348] durante un tiempo y dar a los rebeldes un momento más de reflexión, por si la destrucción de la segunda muralla o el miedo al hambre les hacía rendirse, pues sus rapiñas ya no les serían suficientes. Asimismo, él se sirvió de este descanso para sus propios fines. Cuando llegó el día en el que [349] había que distribuir la paga a los soldados, ordenó a los oficiales que pusieran a su ejército en orden de batalla y distribuyeran el dinero a cada uno de sus hombres en un lugar visible al enemigo. Éstos, según la

costumbre, sacaron sus armas, que hasta [350] entonces habían estado guardadas en sus arcones, se presentaron revestidos con sus corazas y los jinetes llevaron sus caballos totalmente adornados. Una extensa zona delante de la ciudad relucía de oro y de plata, y nada era más agradable de ver que [351] aquello para los romanos ni producía un miedo mayor a los [352] enemigos²²⁸. En efecto, toda la antigua muralla y la pendiente norte del Templo estaba llena de espectadores, se podían ver las casas llenas de personas que se asomaban para mirar y no había [353] punto de la ciudad que no estuviera repleto de gente. Un terrible espanto se apoderó incluso de los más audaces, cuando vieron reunido a todo el ejército enemigo, la belleza de sus armas y el [354] buen orden de sus soldados. Me parece que los sediciosos habrían cambiado de idea al contemplar aquello, si no fuera porque no tenían esperanza de obtener el perdón de los romanos a causa de los grandes males que habían cometido contra el pueblo. [355] Consideraban que era mucho mejor morir en la batalla, que ser castigados con la pena capital, si dejaban de luchar²²⁹. El Destino²³⁰ imponía que los inocentes perecieran junto con los culpables y la ciudad con los rebeldes.

Construcción de terraplenes para tomar la tercera muralla

[356] Los romanos estuvieron cuatro días repartiendo la soldada en cada una de las legiones. El quinto día, como los judíos no presentaron ninguna propuesta de paz, Tito distribuyó las legiones en dos grupos y empezó la construcción de los terraplenes frente a la torre Antonia y al monumento de Juan²³¹. Por este último punto tenía la idea de tomar la Ciudad Alta y por la Antonia el Templo. Pues, si no se apoderaban del Templo, sería peligroso [357] mantener incluso la ciudad. En las dos partes se levantaron sendos terraplenes, una por cada legión. Los idumeos y los [358] soldados de Simón con sus incursiones impedían trabajar a los romanos de la zona del

monumento, mientras que los hombres de Juan y la multitud de los zelotes hacían lo propio con los que estaban junto a la Antonia. Los judíos [359] superaban a los romanos no sólo porque disparaban con sus manos desde una posición más elevada, sino porque habían aprendido ya el manejo de las máquinas de guerra²³². La práctica de cada día había desarrollado poco a poco su experiencia. Tenían treinta oxibelas y cuarenta balistas²³³, con las que dificultaban a los romanos la construcción de los terraplenes. Tito, que sabía que de él dependía [360] la salvación y la aniquilación de la ciudad, hacía más intenso el cerco de Jerusalén al mismo tiempo que se preocupaba de que los judíos cambiaran de opinión. A sus [361] trabajos de asedio añadía consejos y, consciente de que muchas veces las palabras eran más eficaces que las armas, él mismo les exhortaba a que entregaran la ciudad, que ya había sido tomada²³⁴, para que de esta forma se salvaran. Encomendó a Josefo que se lo dijera en su lengua materna, pues pensaba que ellos se entregarían enseguida ante una persona de su propia nación.

Josefo exhorta a los judíos a la rendición. Su discurso

[362] Josefo recorrió la muralla e intentó estar fuera del alcance de los disparos, pero en un lugar desde donde pudieran escucharle. Les hizo numerosas súplicas para que no desperdiciaran sus propias vidas y las del pueblo, para que no echasen a perder su patria ni el Templo y para que no fueran más insensibles que los extranjeros [363] con ellos. Pues los romanos respetan lo que es sagrado para los enemigos, aunque no participen de ello, y hasta ahora se han abstenido de tocarlo. En cambio, se disponen a destruir sus bienes sagrados los que se han criado entre ellos y los [364] únicos que los disfrutarían, en caso de que se salvaran. Además veían que habían sido derribadas sus murallas más sólidas y que la que quedaba era más fácil de tomar que las otras. Sabían que era irresistible la fuerza de los romanos y el hecho de estar

esclavizados a ellos no era algo desconocido para los [365] judíos. Si es hermoso luchar en defensa de la libertad, es preciso hacerlo desde el principio; en cambio, es propio de hombres que buscan una muerte mísera y no de personas que aman la libertad el sacudirse ahora el yugo, después de haberse sometido y de haber obedecido durante mucho tiempo²³⁵. [366] En verdad, también hay que despreciar a los señores que son inferiores a vosotros, pero no a aquellos que tienen en sus manos todo el mundo. ¿Qué regiones han escapado al poder romano, excepto aquéllas que no tienen ninguna utilidad por [367] el calor o el frío que hay en ellas? La Fortuna está de su lado por todas partes y Dios, que lleva el poder de un sitio a otro, ahora se encuentra en Italia²³⁶. Una ley, de gran vigencia entre los animales y los hombres, manda ceder ante los más poderosos y dejar el mando en manos de los que tienen la fuerza de las armas. Por esto sus antepasados, que eran superiores a [368] ellos por su alma, por su cuerpo y por otros aspectos, se han sometido a los romanos y no habrían soportado esta situación, si no hubieran sabido que Dios estaba con ellos. ¿En [369] quién confiaban para resistir, cuando había sido tomada la mayor parte de la ciudad, y la gente de dentro, aunque aún se mantuvieran en pie las murallas, estaba en una situación peor que si se hubiera producido ya la conquista? A los romanos [370] no les pasaba inadvertido el hambre que había en el interior de la ciudad, que ahora consumía al pueblo y que no mucho después acabaría con los combatientes. Pues, aunque [371] los romanos hubieran puesto fin al asedio y no hubieran atacado la ciudad con las espadas en las manos, los judíos tenían dentro a un enemigo invencible que crecía de hora en hora, a no ser que fueran capaces de levantar sus armas contra el hambre, luchar ellos solos y acabar con sus males. Josefo añadió que era mejor cambiar de opinión antes de [372] que ocurriera algo irreparable y optar por un camino de salvación, mientras aún era posible, ya que los romanos no les guardarían rencor por lo sucedido, a menos

que persistiesen en su insolencia hasta el final. En efecto, los romanos por naturaleza eran benignos en la victoria y ponían su interés por delante de sus sentimientos de ira²³⁷. Ahora bien, este [373] interés no consistía en adueñarse de una ciudad sin gente ni de una región desierta. Por este motivo César quería ahora ofrecerles un acuerdo de paz, pero si él tomaba la ciudad a la fuerza no perdonaría la vida a nadie, sobre todo por no haberle hecho caso cuando les daba consejos en una situación [374] tan extrema. Las dos murallas que ya habían sido conquistadas eran la prueba de que la tercera²³⁸ iba a ser tomada; y, aunque este muro fuera inexpugnable, el hambre lucharía contra ellos a favor de los romanos.

[375] Desde la muralla muchos se burlaban de Josefo, mientras hacía estas exhortaciones, muchos le insultaban y algunos le disparaban. Pero, dado que no les convenció con consejos, que eran evidentes, recurrió a la historia de su pueblo. [376] Les dijo a gritos²³⁹: «Desgraciados, ¿os habéis olvidado de vuestros propios aliados y lucháis contra los romanos con vuestras armas y con vuestras manos? ¿A qué otro enemigo [377] hemos vencido de esta forma? ¿Cuándo Dios, nuestro creador, ha dejado sin venganza a los judíos, cuando han sido maltratados? Si volvéis hacia atrás vuestra mirada, ¿no veis desde dónde os lanzáis a combatir y cuál es la magnitud del aliado al que habéis ofendido? ¿No recordáis las hazañas prodigiosas de vuestros padres y de que este Santo Lugar hizo sucumbir antaño ante vosotros a enemigos de tanta envergadura? [378] Yo, por mi parte, tiemblo al hablar de las obras de Dios ante unos oídos indignos. Sin embargo, escuchadlo para que sepáis que no sólo combatís contra los romanos, sino también contra Dios. El que antaño era rey de los egipcios, [379] Neco, llamado también Faraón, descendió con un inmenso ejército y raptó a la princesa Sara²⁴⁰, la madre de nuestra raza²⁴¹. ¿Qué es lo que hizo entonces Abraham, su [380] marido y nuestro antepasado? ¿Se vengó con las armas de la persona que le había ultrajado, a pesar de tener

trescientos dieciocho oficiales a sus órdenes²⁴², con una ¡numerable tropa cada uno de ellos? ¿Acaso no concedió a estas fuerzas un valor nulo, si no contaba con la colaboración de Dios, y alzó sus manos puras hacia el lugar que ahora vosotros habéis mancillado y consiguió para su lucha al aliado invencible? ¿No fue enviada al día siguiente la reina sin mancha [381] ante su marido y el egipcio, tras adorar el lugar que habéis llenado de sangre con la matanza de vuestros compatriotas, huyó de allí asustado por las apariciones que le sobrevinieron por la noche y regaló oro y plata a los hebreos, que son amados por Dios?²⁴³ ¿He de hablar de la emigración de [382] nuestros padres a Egipto?²⁴⁴ ¿No es verdad que ellos, sometidos durante cuatrocientos años²⁴⁵ al poder de tiranos y reyes extranjeros, aunque tuvieron la posibilidad de defenderse con sus armas y con sus manos, sin embargo confiaron [383] en Dios? ¿Quién no sabe que Egipto fue invadido por todo tipo de fieras y asolado por todo tipo de enfermedades, o no conoce la esterilidad de su tierra, la falta de agua del Nilo, las diez plagas que fueron cayendo una tras otra sobre el país y que por causa de estos males nuestros padres fueron enviados de nuevo a su patria, bajo escolta, sin haberse manchado de sangre y sin correr ningún peligro, pues Dios los guió como si fueran los guardianes de su propio Templo?²⁴⁶ [384] ¿No se lamentaron Palestina²⁴⁷ y el ídolo de Dagón²⁴⁸ de que hubiera sido arrebatada por los sirios²⁴⁹ nuestra arca sagrada, y no lo sintió también toda la raza de los que la robaron? ¿No sufrieron los sirios la putrefacción de [385] los miembros internos de su cuerpo y a través de ellos echaron sus entrañas junto con los alimentos, por lo que volvieron a traer el Arca, al son de címbalos y tambores, con las mismas manos que la habían arrebatado y realizaron todo tipo de actos expiatorios para aplacar el Lugar Sagrado? Dios [386] era el general de estas hazañas para nuestros antepasados, puesto que ellos renunciaron a la fuerza física y a las armas y le confiaron la decisión de los acontecimientos. El rey de [387] Asiria,

Senaquerib, que arrastraba tras de sí toda Asia, cuando acampó en tomo a esta ciudad²⁵⁰ ¿sucumbió acaso a manos de los hombres? ¿Las manos de los judíos, libres de [388] armas, no estuvieron tendidas en actitud de oración, mientras un ángel de Dios en una sola noche acabó con el innumerable ejército y al día siguiente, cuando se levantó el rey asirio, se encontró a ciento ochenta y cinco mil cadáveres y con los hombres que le quedaban huyó de los hebreos, que estaban desarmados y que no le perseguían?²⁵¹ Conocéis [389] también la cautividad de Babilonia, en la que nuestro pueblo estuvo desterrado durante setenta años sin rebelarse por la libertad hasta que Ciro se la concedió como ofrenda a Dios. Fueron enviados de nuevo por él a su patria y otra vez se encargaron de custodiar el Templo de su aliado²⁵². En resumen [390] se puede decir que en ningún caso nuestros padres han obtenido éxito con las armas o han fracasado sin ellas por confiar en Dios. Por decisión de su Juez ellos han vencido, siempre que han permanecido en su tierra, mientras [391] que han sido derrotados, siempre que han combatido. Esto ocurrió, cuando el rey de Babilonia sitió esta ciudad y nuestro soberano Sedecías, después de enfrentarse con él, en contra de las profecías de Jeremías, fue hecho prisionero y vio cómo la ciudad fue totalmente asolada junto con el Templo²⁵³. Y a pesar de todo, ¡cuánto más moderado que vuestros jefes [392] fue aquel rey, y cuánto más su pueblo que vosotros! Ni el monarca ni el pueblo dieron muerte a Jeremías²⁵⁴, que anunció que Dios estaba irritado contra ellos a causa de sus pecados contra él y que serían esclavizados si no entregaban la ciudad. [393] En cambio vosotros, y no quiero hablar de lo que pasa en el interior de la ciudad, ya que no podría exponer con exactitud vuestros crímenes, me insultáis y me disparáis a mí, que os doy consejos para salvaros, enfurecidos como estáis por el recuerdo de vuestras iniquidades, y ni siquiera permitís que se mencionen los hechos que realizáis todos los [394] días. También ocurrió algo similar, cuando Antíoco, llamado

Epífanés, sitió la ciudad y cometió numerosos ultrajes contra Dios²⁵⁵. Nuestros antepasados salieron a atacarle con las armas, si bien fueron aniquilados en la batalla, la ciudad fue saqueada por los enemigos y el Templo permaneció [395] abandonado durante tres años y seis meses²⁵⁶. Pero, ¿por qué es preciso recordar otros acontecimientos?²⁵⁷ ¿Quién ha arrastrado a los romanos contra nuestra nación? ¿No es la [396] impiedad de sus habitantes? ¿De dónde procede nuestra esclavitud? ¿Acaso no empezó con la revuelta de nuestros antepasados, cuando la locura de Aristobulo e Hircano²⁵⁸ y la rivalidad interna atrajeron a Pompeyo contra la ciudad y Dios sometió bajo el yugo romano a los que no merecían ser libres?²⁵⁹ Después de un asedio de tres meses, los judíos se [397] rindieron²⁶⁰ sin haber cometido contra el Templo y contra las leyes crímenes tan grandes como los vuestros, a pesar de que contaban con más medios que vosotros para la guerra. ¿No conocemos la muerte de Antígono, el hijo de Aristobulo, [398] en cuyo reinado Dios golpeó de nuevo al pueblo con la conquista de la ciudad por causa de sus ofensas, y cómo Herodes, el hijo de Antípatro, hizo venir a Sosio²⁶¹ y Sosio al ejército romano, y cómo rodeados permanecieron sitiados durante seis meses²⁶², hasta que pagaron el castigo debido por sus iniquidades con su derrota y con la devastación de la ciudad a manos de los enemigos? De este modo, a nuestro [399] pueblo nunca se le ha permitido hacer uso de las armas y para él la guerra ha venido siempre acompañada de la conquista. [400] Creo que es conveniente que los que habitan un Lugar Sagrado dejen en manos de Dios la decisión de todos los asuntos y menosprecien la ayuda de los hombres, cuando [401] ellos pueden tener a su favor al Juez de arriba. ¿Qué es lo que vosotros habéis hecho de lo que recomendó el legislador?²⁶³ ¿Y qué es lo que no habéis ejecutado de lo que aquél prohibió? ¿No sois vosotros más impíos que aquellos que en [402] el pasado fueron derrotados con tanta rapidez? No evitasteis los vicios secretos, me refiero a los robos, las

emboscadas y los adulterios; rivalizáis en rapiñas y matanzas e inventáis formas insólitas de maldad. El Templo se ha convertido en el punto de encuentro de todos vuestros males y está mancillado por manos extranjeras el Lugar sagrado, al que incluso los romanos veneraron desde lejos²⁶⁴, y que por respeto hacia nuestra ley han renunciado a muchas de sus propias [403] costumbres. Y después de estos hechos, ¿aún esperáis que sea vuestro aliado²⁶⁵ aquel contra quien habéis cometido impiedades? ¡Realmente sois unos suplicantes justos y llamáis [404] a vuestro defensor con manos puras! ¿No es con esas manos con las que nuestro rey imploró ayuda en contra del asirio²⁶⁶, cuando Dios en una sola noche acabó con aquel gran ejército? ¿Es que los romanos cometen acciones similares a las de los asirios para que vosotros esperéis también [405] una venganza del mismo tipo? ¿No incumplió los juramentos e incendió el Templo el monarca asirio, que había recibido dinero de parte de nuestro rey para que no destruyese la ciudad, mientras que los romanos piden el acostumbrado tributo, que nuestros padres pagaron a sus antepasados?²⁶⁷ Si lo consiguen, no devastarán la ciudad ni tocarán el santuario, [406] sino que os concederán todo lo demás: la libertad de vuestras familias, la posesión de vuestros propios bienes y el mantenimiento de las leyes sagradas. Es una locura esperar [407] que Dios se comporte con las personas justas igual que con las injustas, y, por otra parte, él sabe cuándo es necesario vengarse inmediatamente, tal y como destrozó a los asidos la primera noche que acamparon junto a la ciudad. En [408] consecuencia, si Dios hubiera creído que nuestra generación merecía la libertad o los romanos el castigo, los habría aniquilado rápidamente, como hizo con los asirios, cuando Pompeyo se apoderó de nuestra nación, cuando vino a continuación Sosio, cuando Vespasiano asoló Galilea y, finalmente, ahora cuando Tito está cerca de Jerusalén. Sin embargo, [409] Pompeyo el Grande y Sosio, además de no sufrir ningún daño, se han apoderado a la fuerza de la ciudad,

y Vespasiano se ha convertido en emperador a raíz de esta guerra²⁶⁸. Por su parte, las fuentes que antes estaban secas para nosotros, ahora son muy abundantes para Tito²⁶⁹. Sabéis [410] que antes de que él llegara, Siloé y todas las fuentes que hay delante de la ciudad estaban agostadas, de modo que había que comprar agua por ánforas²⁷⁰. En cambio ahora brota tanta cantidad para vuestros enemigos que no sólo es suficiente para ellos y para sus animales, sino también para [411] sus huertos. Se sabe que este prodigio ha sucedido también antes en la toma de la ciudad, cuando el mencionado babilonio²⁷¹ vino contra nuestra tierra, se apoderó de Jerusalén e incendió el Templo. Aunque, creo, que ninguna de las impiedades de entonces fue tan grande como las que vosotros [412] habéis cometido ahora. Por ello, me parece que Dios ha huido del santuario y se ha puesto de parte de los que en [413] este momento combatís²⁷². Un hombre bueno escapará de una casa corrupta y aborrecerá a los que en ella estén. ¿Aún estáis convencidos de que permanecerá con vuestros crímenes Dios, que ve todo lo oculto y que escucha incluso [414] lo que no se dice? ¿Y vosotros qué es lo que calláis, qué es lo que escondéis? ¿Qué acción vuestra no es conocida hasta por vuestros enemigos? Hacéis gala de vuestras iniquidades y cada día rivalizáis por ver quién será el peor y alardeáis de vuestra injusticia, como si de virtud se tratara. [415] Sin embargo, si queréis, aún os queda un camino de salvación, pues Dios se reconcilia sin dificultad con los [416] que confiesen su culpa y se arrepienten. ¡Ay, hombres de férreo corazón!, arrojad vuestras armas y avergonzaos de vuestra patria, que ya está destruida. Volveos y contemplad la bellezas que traicionáis. ¡Que ciudad, qué Templo, [417] de cuántas naciones son estas ofrendas! ¿Quién les prenderá fuego? ¿Quién quiere que esto desaparezca? ¡Ay, seres más duros e insensibles que las piedras! ¿Qué hay que merezca salvarse más que esto? Si no lo veis con buenos [418] ojos, compadeceos, al menos, de vuestras familias y que ante la mirada de cada uno de vosotros

aparezcan vuestros hijos, vuestra esposa y vuestros padres, a los que dentro de poco aniquilará el hambre o la guerra. Yo sé que corren el [419] mismo peligro mi madre²⁷³, mi esposa²⁷⁴, mi ilustre raza y mi familia, desde hace tiempo famosa²⁷⁵, y quizá dé la impresión de que os doy estos consejos por su causa. Matadlos, tomad mi sangre en pago de vuestra propia salvación. Estoy dispuesto a morir, si con ello vais a recobrar la sensatez»²⁷⁶.

Las consecuencias del discurso: las deserciones

[420] Los rebeldes no cedieron ante estas palabras pronunciadas por Josefo con gritos y lágrimas ni consideraron seguro cambiar de estrategia. Sin embargo, el pueblo [421] se inclinó por la deserción. Unos vendieron sus posesiones a un precio muy bajo y otros sus objetos más valiosos. Se tragaban sus monedas de oro²⁷⁷ para que no las descubrieran los bandidos, y luego, tras huir al bando romano, las expulsaban del cuerpo junto con sus excrementos y así tenían los recursos suficientes para conseguir [422] lo que necesitaban. Pues Tito a la mayor parte de ellos les permitió ir al lugar de la región donde cada uno quisiera. Esta actitud les provocó aún más a desertar, ya que así se iban a librar de los males internos y no iban a ser esclavizados [423] por los romanos. Los hombres de Juan y de Simón vigilaban la salida de esta gente más que la entrada de los romanos, y al punto era degollada cualquier persona que presentara la más mínima sombra de sospecha.

Los horrores del hambre en Jerusalén

[424] Los ricos, por su parte, estaban expuestos igualmente a la muerte, si permanecían en la ciudad, pues con la excusa de la deserción se los ejecutaba a causa de sus bienes. La locura de los rebeldes crecía a la vez que el hambre y cada día cobraban [425] más fuerza estos dos males. No había trigo a la vista en ninguna parte. Los sediciosos entraban en las casas y las registraban: si encontraban algo, maltrataban a sus

habitantes por no habérselo entregado, y si no hallaban nada, los torturaban por haberlo escondido con tanto esmero. Los cuerpos de estos desdichados eran la prueba para saber [426] si tenían o no provisiones: los que aún se mantenían en pie parecían poseer abundancia de alimentos, mientras que eran dejados en paz los que ya estaban consumidos, pues creían que era ilógico matar a los que iban a morir de hambre inmediatamente. Muchos cambiaban en secreto sus [427] bienes por una sola medida de trigo, en el caso de que fueran ricos, y de cebada, en el caso de los pobres. Luego, se encerraban en las zonas más recónditas de sus casas y algunos, debido a su intenso hambre, se comían el trigo sin molerlo, y otros lo cocían, según se lo permitía la necesidad y el miedo. En ningún sitio se ponía la mesa; se [428] sacaban los alimentos del fuego, aún crudos, y se los devoraba.

La comida era miserable y el espectáculo era digno de [429] llanto: los más fuertes tenían demasiado, mientras que los débiles se lamentaban. Realmente el hambre acaba con todos los sentimientos, pero no hay nada que destruya tanto como a la vergüenza, pues en estas circunstancias se desprecia lo que en otras ocasiones es objeto de respeto. Las [430] mujeres quitaban la comida de la boca a sus maridos, los hijos a sus padres y, lo que es más triste, las madres a sus bebés, y cuando sus seres más queridos estaban muriendo en sus brazos no se avergonzaban de chuparles las gotas de vida que aún les quedaban²⁷⁸. Sin embargo, aunque se alimentaban [431] de esta forma, no pasaban desapercibidos, sino que por todos los sitios salían al encuentro los sediciosos, [432] incluso para apoderarse de sus rapiñas. En efecto, cuando estos últimos veían que una casa estaba cerrada con llave, era señal de que los que estaban dentro tenían alimentos. Tiraban enseguida las puertas, pasaban al interior y arrebataban la comida de la gente, sacándosela casi de la boca. [433] Golpeaban a los ancianos que se agarraban a los alimentos y arrastraban por el pelo a las mujeres porque se escondían algún producto en las

manos. No hubo piedad ni hacia la vejez ni hacia la infancia, sino que levantaban a los niños, que se aferraban a sus bocados, y los arrojaban [434] al suelo. Eran aún más crueles con los que, antes de que llegaran, se habían tragado lo que les iban a quitar, [435] como si hubieran recibido una ofensa por parte de ellos. Inventaron terribles métodos de tortura para descubrir la comida. Tapaban con granos de arveja los conductos de los genitales de esta pobre gente y les metían por el ano varas puntiagudas. Alguno padeció tormentos, que dan terror sólo con oírlos, para que confesara que tenía un [436] único pedazo de pan o revelara dónde había escondido un puñado de harina. Los torturadores no pasaban hambre, pues hubiera sido menos cruel si hubieran actuado así por necesidad, sino que lo hacían por demencia y para [437] reunir provisiones para los días venideros. Salían al encuentro de la gente que de noche se arrastraba hasta las guarniciones romanas para recoger plantas silvestres y hierba y, cuando creían que ya se habían librado de los [438] enemigos, les robaban todo cuanto traían. Muchas veces estos pobres hombres les suplicaban e invocaban el terrible nombre de Dios para que les permitieran quedarse con una parte de lo que habían recolectado no sin correr peligro, sin embargo no les daban absolutamente nada. Al contrario, tenían que contentarse con no ser asesinados, después de haber sido despojados.

*Los ciudadanos pudientes son perseguidos por los
tiranos*

Esto es lo que sufrían las personas más [439] humildes por parte de los esbirros, mientras que la gente rica y de alta condición era conducida ante los propios tiranos. Algunos de ellos eran ejecutados, acusados falsamente de conspiración, y otros de estar dispuestos a entregar la ciudad a los romanos. Pero lo más rápido era sobornar a alguien que denunciase que tales personas estaban dispuestas a desertar. El individuo, al

que Simón había despojado, era enviado ante [440] Juan y, a su vez, Simón recibía al que Juan había desvalijado. De esta forma uno y otro brindaban con la sangre de la población y se repartían los cadáveres de estos desdichados. Los dos [441] eran rivales en el poder, pero estaban de acuerdo en los crímenes. Pues el que no dejaba al otro participar de los males ajenos era considerado sencillamente un malvado, y el que no recibía su parte se sentía dolido por verse privado de la crueldad, como si de un bien se tratara.

Aunque es imposible contar con detalle sus crímenes, [442] sin embargo se puede decir, en resumen, que ninguna otra ciudad ha padecido atrocidades de este tipo y nunca ha existido en la historia una generación que haya dado lugar a tantas iniquidades. Estos individuos acabaron por atraer el [443] desprecio sobre la raza de los hebreos, para así parecer ellos menos impíos ante los extranjeros, y reconocieron ser lo que realmente eran, esclavos, chusma, deshecho bastardo de la nación. Han llevado la ciudad a la ruina y han obligado a los [444] romanos, en contra de su voluntad, a asignarse una triste victoria y poco ha faltado para que hayan arrastrado hasta el Templo el fuego, que aún tarda en propagarse²⁷⁹. No hay [445] duda de que, cuando lo vieron arder desde la Ciudad Alta, no sintieron dolor ni lloraron, sino que tales sentimientos aparecieron entre los romanos²⁸⁰. Más tarde, en su lugar, hablaremos de este tema junto con la narración de los hechos correspondientes²⁸¹.

Tito castiga a los prisioneros judíos. Su crucifixión

[446] Tito progresaba en la construcción de los terraplenes²⁸², a pesar de los muchos ataques que le hacían los soldados judíos desde lo alto de la muralla. Él mismo envió un destacamento de caballería y le ordenó que tendiera emboscadas contra los que salían por [447] los barrancos en busca de alimentos. Algunos de éstos eran combatientes, que no se conformaban con las rapiñas que hacían, si bien la

mayoría era gente pobre del pueblo, a [448] quien el miedo por sus familiares le impedía desertar. Pues no creían que pudieran escapar de los sediciosos sin ser vistos, en el caso de que huyeran con sus mujeres e hijos, ni se atrevían a dejarlos a merced de los bandidos, pues serían [449] degollados por ellos. El hambre los hacía más atrevidos para salir de la ciudad; sólo les faltaba que fueran cogidos por el enemigo, después de haber esquivado a los guardianes. Cuando eran sorprendidos por los romanos, se defendían a la fuerza y después de la lucha les parecía que ya no era momento para suplicar. Eran azotados, sometidos a todo tipo de torturas antes de morir y crucificados frente a la muralla²⁸³. [450] A Tito le parecía digno de lástima este sufrimiento, ya que cada día perecían quinientos hombres y había veces que incluso más. Sin embargo, resultaba poco seguro dejar libre a gente que había sido cogida a la fuerza y él sabía que vigilar a tantas personas suponía tener prisioneros a sus guardianes. No obstante, no impedía estas ejecuciones sobre todo porque tenía la esperanza de que los rebeldes tal vez al verlo se rendirían, por temor a que fueran sometidos al mismo tormento, en el caso de que no se entregaran. Los [451] soldados romanos, por ira y por odio, para burlarse de ellos colgaban de diferentes formas a los que cogían y eran tantas sus víctimas que no tenían espacio suficiente para poner sus cruces ni cruces para clavar sus cuerpos²⁸⁴.

Los sediciosos estaban tan lejos de cambiar de actitud [452] ante la visión de estos sufrimientos, que, por el contrario, tuvieron ellos la habilidad de utilizarlo para engañar al resto de la población. Llevaban a rastras hasta la muralla a los [453] familiares de los desertores y a los ciudadanos que querían llegar a un acuerdo de paz, les mostraban lo que les pasaba a los que huían al bando de los romanos y les decían que aquéllos, que habían sido capturados, eran suplicantes judíos, no prisioneros de guerra. Esta artimaña detuvo a muchos [454] de los que estaban dispuestos a desertar, hasta que se supo la

verdad. A pesar de todo, algunos se fueron corriendo inmediatamente hacia el bando romano, como si se dirigieran hacia un castigo seguro, pues pensaban que la muerte a manos de los enemigos era un descanso en comparación con el hambre. Tito mandó cortar las manos a muchos de [455] los prisioneros, para que no pareciesen desertores y se les creyera a causa de las desgracias que padecían, y se los envió [456] a Simón y a Juan. Les aconsejó que pusieran fin ya a su actitud, que no le obligaran a destruir la ciudad y que con este arrepentimiento en el último momento salvaran sus propias vidas, una patria tan poderosa y un Templo, que no compartían [457] con nadie más²⁸⁵. El general romano recorría los terraplenes y al mismo tiempo instaba a los que trabajaban en ellos para que los hechos no tardaran en dar cumplimiento a [458] sus palabras. Ante estas exhortaciones los judíos desde la muralla insultaron al propio César y a su padre. Gritaban que despreciaban la muerte, pues preferían morir con honor antes que ser esclavos. Dijeron que infligirían a los romanos todos los males que pudieran, mientras les quedara un soplo de vida, que no les importaba la patria, que, como él mismo ha dicho, va a ser destruida, y que para Dios el universo es [459] un Templo²⁸⁶ mejor que el que allí había. Además, este santuario será salvado por Aquel que lo habita, que al tenerlo ellos como aliado se reirán de todas las amenazas, que no se van a poder cumplir, pues el resultado depende de Dios²⁸⁷. Éstas son las frases que gritaban y que mezclaban con insultos.

Antíoco y los «maceonios»

Mientras ocurría esto, se presentó Antíoco [460] Epífanés²⁸⁸ con un gran número de soldados de infantería, rodeado de su guardia personal, llamada guardia de los «macedonios», todos de la misma edad, de estatura alta, recién salidos de la adolescencia, armados e instruidos a la manera macedonia, de donde tomaban su nombre, aunque la mayoría no era de aquella nación. Pues resultó [461] que de todos los

reyes sometidos a los romanos, el soberano de Comagene²⁸⁹ era el que estaba en una situación más próspera, antes de que experimentara un cambio de la Fortuna²⁹⁰. Aquél demostró también en su vejez que no hay que llamar a nadie feliz hasta que haya muerto²⁹¹. Pero en el [462] momento en que él se hallaba en todo su esplendor, su hijo, Antíoco Epífanés, que estaba presente entonces en el asedio, dijo que se asombraba de que los romanos vacilaran en atacar la muralla. Éste era un luchador, una persona audaz por naturaleza y tan vigoroso que rara vez erraba en su temeridad. Tito le sonrió y le dijo: «El esfuerzo es de todos». Entonces [463] Antíoco, según estaba, se lanzó con los macedonios contra el muro. Él mismo, debido a su fuerza y a su experiencia, [464] esquivó las flechas que los judíos lanzaban contra ellos, aunque todos sus jóvenes, salvo unos pocos, fueron abatidos, pues por el honor de cumplir lo prometido ponían todo su empeño en continuar en la lucha. Al final se retiraron, [465] muchos de ellos heridos, con la idea de que también los auténticos macedonios, si tienen la intención de vencer, necesitan la Fortuna que tuvo Alejandro²⁹².

Juan de Giscala y Simón destruyen los terraplenes romanos

[466] Los romanos, que habían iniciado la construcción de los terraplenes el día doce del mes de Artemisio²⁹³, la concluyeron con dificultad el día veintinueve²⁹⁴, tras haber trabajado en ella durante diecisiete [467] jornadas seguidas. Eran cuatro terraplenes muy grandes. El primero fue construido por la quinta legión frente a la torre Antonia, en medio de la llamada piscina del Gorrión²⁹⁵; el segundo por la duodécima legión a una distancia [468] de veinte codos. En el lado norte, hacia la piscina conocida con el nombre de la Almendra²⁹⁶, estaba el terraplén levantado por la décima legión, muy alejado de los dos anteriores. Por su parte, la decimoquinta legión trabajaba a treinta codos de esta última,

cerca de la tumba del sumo sacerdote²⁹⁷. [469] Una vez puestas ya en marcha las máquinas de guerra, Juan había hecho túneles desde la torre Antonia hasta los terraplenes y había sujetado las galerías con vigas, para que así los trabajos de los romanos se asentaran sobre un terreno hueco. Puso dentro de las minas madera, untada de pez y betún, y le prendió fuego. Cuando las vigas se quemaron [470] completamente, la mina se hundió toda ella a la vez y los terraplenes se desplomaron encima con un inmenso estruendo. Al principio se levantó, junto con el polvo, una densa [471] humareda, pues el hundimiento había ahogado las llamas. Sin embargo, cuando ardió la madera que allí estaba amontonada, estalló entonces un fuego muy vivo. Los romanos [472] se espantaron ante su inesperada aparición. Sobrevino sobre ellos el desánimo por esta estratagema y lo sucedido enfrió sus esperanzas para el futuro, pues creían que iban a obtener la victoria. Les parecía inútil luchar contra el fuego, dado que, aunque lo apagarán, los terraplenes estaban hundidos.

Dos días después los hombres de Simón atacan también [473] los demás terraplenes²⁹⁸, puesto que también por aquella zona los romanos habían llevado las helépolis²⁹⁹ y golpeaban la muralla. Cogieron antorchas y saltaron sobre las máquinas [474] un tal Gipteo³⁰⁰, de la ciudad galilea de Garis, Magasaro, uno de los intendentes reales de Mariamme³⁰¹, y con ellos un individuo de Adiabene, hijo de Nabateo, que por su desgracia recibía el nombre de Cagiras³⁰², que significa cojo. En esta guerra no se han visto salir de la ciudad hombres [475] [476] más audaces y más terribles que éstos. Pues, como si corrieran al encuentro de unos amigos y no contra un ejército de enemigos, no vacilaron ni se dieron la vuelta, sino que se arrojaron en medio de los romanos y quemaron las máquinas. [477] Aunque eran atacados con flechas y espadas por todas partes, sin embargo no se apartaron del peligro hasta que el fuego [478] prendió en los artefactos. Cuando se alzó la llama, los romanos corrieron desde el campamento a

socorrerlos, mientras que los judíos se lo impedían desde la muralla y se enfrentaban con los que intentaban apagar el fuego, sin preocuparse [479] por sus propias vidas. Los romanos sacaban del fuego las helépolis, pues los tendidos de mimbre que las cubrían estaban ardiendo. Por su parte los judíos las retenían en medio del fuego, se aferraban a los arietes, a pesar de que el hierro estaba al rojo vivo, y no los soltaban. El incendio se extendió de las helépolis a los terraplenes y se adelantó a los que iban a [480] socorrerlos. En este momento los romanos, que, rodeados por el fuego, ya habían perdido toda esperanza de salvar sus trabajos de guerra, se retiraron al campamento. Pero los judíos, [481] que cada vez eran más numerosos por los refuerzos que les venían del interior de la ciudad, les azuzaron y llenos de valor por su victoria se dirigieron con un ímpetu descontrolado hacia las fortificaciones y combatieron cuerpo a cuerpo con los [482] centinelas. Delante del campamento hay un destacamento de guardia que se releva por turnos sucesivamente y existe una terrible ley romana que castiga con la pena de muerte al que abandone su puesto por cualquier causa. Estos soldados, que [483] preferían morir con valor que hacerlo bajo una condena capital, se mantuvieron firmes y muchos de los que habían huido se volvieron, avergonzados ante la situación apurada de sus [484] compañeros. Colocaron también las oxibelas³⁰³ frente a la muralla y repelieron a la multitud que venía desde la ciudad, sin preocuparse por su propia seguridad ni por la protección de sus personas. Los judíos llegaban a las manos con los que se encontraban, se abalanzaban, sin tomar precauciones ante las lanzas, y golpeaban a los enemigos con sus propios cuerpos. Los hebreos dominaban la situación no más por sus actos que [485] por su audacia, y los romanos retrocedían más por la osadía de aquéllos que por las pérdidas que sufrían por su parte.

Tito rechaza a los asaltantes judíos

Acudió entonces Tito desde la torre [486] Antonia, donde había estado para buscar un lugar para otros terraplenes. Hizo numerosos reproches a sus soldados porque, aunque eran dueños de las murallas enemigas, ponían en peligro sus propias fortificaciones³⁰⁴ y porque ellos mismos sufrían la situación de personas asediadas, como si hubieran dejado que los judíos salieran de una cárcel para ir contra ellos. Luego, el propio Tito con su destacamento de hombres escogidos atacó a los enemigos por el flanco. Estos últimos, embestidos también de frente, se dieron la vuelta [487] y resistieron el golpe. Al mezclarse los dos ejércitos, la polvareda tapaba los ojos, el griterío los oídos y no era posible distinguir al amigo del enemigo. Los judíos se mantenían en la [488] lucha no por su fuerza, sino por su falta de esperanza en salvarse, mientras que a los romanos les daba valor el respeto por su honor, por sus armas y por César, que también se exponía a los mismos peligros que ellos. Por consiguiente, me [489] parece que al final, en un exceso de furor, habrían acabado con la multitud judía, si ésta no se hubiera anticipado al momento decisivo del combate y se hubiera retirado a la ciudad. [490] Con la destrucción de los terraplenes los romanos se desanimaron, porque habían perdido en una sola hora un trabajo que les había llevado mucho tiempo. Fueron numerosos los que perdieron entonces la esperanza de tomar la ciudad con las máquinas de guerra de uso corriente.

Consejo de guerra romano

[491] Tito se reunió en consejo con sus oficiales. Los más ardientes pensaban que había que intentar un ataque a la fuerza contra la muralla con todo el ejército. [492] Pues hasta ahora se había luchado cuerpo a cuerpo con los judíos por pequeños destacamentos del ejército de una forma discontinua, pero, si se les embestía en masa, no resistirían el asalto y sucumbirían ante sus flechas. [493] En cambio, algunos de los más precavidos recomendaron que de nuevo se construyeran los

terraplenes, otros que simplemente se asediara la ciudad, sin hacer estas obras, y se vigilara la salida de individuos y la entrada de víveres; de esta forma se dejaba a Jerusalén a merced del hambre sin [494] llegar a las manos con los enemigos. Porque no se podía luchar contra la desesperación de una gente que deseaba perecer bajo la espada y que, en caso de no morir, le aguardaba [495] un sufrimiento aún mayor. A Tito no le pareció bien permanecer totalmente inactivo con un ejército tan numeroso ni tampoco útil combatir con unas personas que estaban dispuestas [496] a matarse entre sí. Por lo demás, hizo ver que era difícil levantar terraplenes por la falta de madera y por lo muy complicado que era tomar precauciones ante las incursiones que venían desde el interior de la ciudad. En efecto, no era sencillo rodear Jerusalén con el ejército a causa de su extensión y de la dificultad del terreno³⁰⁵, y además resultaba peligroso en caso de ser atacados por el enemigo. Por otra [497] parte, aunque estuvieran vigilados los puntos de salida, sin embargo los judíos buscarían caminos secretos, obligados por la necesidad y gracias a su conocimiento del lugar. Y si introducían víveres a escondidas, el asedio sería muy largo. Tito temía que la gloria de su victoria sería menor, si se retrasara [498] mucho en obtenerla, pues con tiempo se consigue acabar todo, mientras que es la rapidez la que da la fama³⁰⁶. Era preciso rodear de un muro a toda la Jerusalén, si se quería [499] actuar con prontitud y seguridad, pues sólo de esta manera se obstruirían todas las salidas y los judíos, desesperados totalmente de salvarse, entregarían la ciudad o serían sometidos con facilidad a causa del hambre. Además, él no se [500] quedaría sin hacer nada, sino que se encargaría de levantar de nuevo los terraplenes en el momento en que los judíos no tuvieran fuerzas para impedirselo. Si a alguien le parecía [501] que este plan era excesivo y difícil de realizar, debía tener en cuenta que a los romanos no les convenía llevar

a cabo ninguna acción de poca envergadura y que sin esfuerzo nadie puede obtener fácilmente el éxito en algo importante³⁰⁷.

El muro de bloqueo

Tras convencer a sus oficiales con estas [502] palabras, les ordenó que distribuyeran a sus tropas para la empresa. Se adueñó de los soldados un furor divino y, tras repartirse las secciones del muro, surgió una rivalidad competitiva en la realización de su trabajo, no sólo entre las legiones, sino también entre las unidades de [503] cada una de ellas. El soldado se esforzaba por agradar al decurión, el decurión al centurión y éste al tribuno. La ambición de los tribunos era asemejarse a los generales y César era el árbitro de la rivalidad de estos últimos. Pues todos los días Tito recorría en varias ocasiones la obra y la inspeccionaba. [504] El muro empezaba en el Campamento de los Asirios³⁰⁸, donde él mismo había acampado, continuaba hacia la zona baja de la Ciudad Nueva³⁰⁹ y desde aquí llegaba al monte de los Olivos a través del Cedrón. En este punto, torcía [505] hacia el sur y bordeaba el monte hasta la llamada roca del Palomar³¹⁰ y la colina que hay detrás de ella, que domina el valle de Siloé. A continuación, giraba al oeste y bajaba [506] hacia el valle de la Fuente³¹¹. Después subía por el monumento del sumo sacerdote Anano³¹², rodeaba la montaña, en la que estableció su campamento Pompeyo, y volvía hacia [507] el norte. Se extendía hasta una aldea, denominada «Casa de los Garbanzos»³¹³, pasaba luego alrededor del monumento de Herodes³¹⁴ y por el este se unía con su propio campamento, [508] donde tenía su inicio. El muro medía treinta y nueve estadios³¹⁵, y en su parte externa se le habían construido adosados trece puestos de guardia, cuyo perímetro alcanzaba [509] un total de diez estadios. Todo se levantó en tres días, de modo que lo que hubiera requerido de muchos meses de trabajo se llevó a cabo con una rapidez increíble. Tito, tras [510] rodear a la ciudad con este muro y establecer tropas en

los puestos de vigilancia, hizo en persona el recorrido y la inspección durante la primera guardia de la noche³¹⁶, encomendó a Alejandro³¹⁷ encargarse de la segunda y mientras tanto los oficiales de las legiones se sortearon la tercera guardia. Los centinelas también echaban a suertes los momentos [511] para dormir y durante toda la noche recorrían los espacios que separaban los puestos de vigilancia.

Estragos del hambre. Atrocidades de los rebeldes

Los judíos perdieron toda esperanza [512] de salvación, desde el momento en que les cortaron sus salidas de la ciudad. El hambre se intensificaba y devoraba al pueblo por casas y familias. Los tejados [513] estaban llenos de mujeres y de niños deshechos, y las calles de ancianos muertos. Los niños y los jóvenes vagaban hinchados, como fantasmas, por las plazas y se desplomaban allí donde el dolor se apoderaba de ellos. Los enfermos no [514] tenían fuerza para enterrar a sus allegados y los que aún conservaban su vigor no querían hacerlo debido a la gran cantidad de cadáveres que había y porque no sabían lo que les podría pasar. Eran numerosos los que caían muertos sobre los cuerpos que estaban dando sepultura y muchos los que se colocaban en sus tumbas, antes de que les llegase la [515] hora de morir. No había llantos ni lamentos en medio de estas desgracias, sino que el hambre dejaba al margen los sentimientos. Los que estaban agonizando contemplaban con ojos secos y con la boca apretada a los que les habían precedido en el descanso eterno. Un profundo silencio y una noche llena de muerte se extendió por la ciudad, si bien los bandidos [516] eran aún más crueles que estas desgracias. Entraban en las casas, que se habían convertido en tumbas, despojaban los cadáveres, les quitaban la ropa y se marchaban riéndose. Probaban las puntas de sus espadas en los cuerpos muertos y atravesaban a algunos de los que aún yacían vivos en el suelo [517] para examinar el temple de su hierro. Pero dejaban perecer a manos del hambre a los

que les suplicaban que les prestasen su brazo y su espada. Todos los que expiraban, con sus ojos fijos en el Templo, se volvían a mirar a los rebeldes que dejasis [518] ban vivos. Al principio éstos ordenaron enterrar los cadáveres con dinero del tesoro público, porque no soportaban su hedor, pero luego, ante la imposibilidad de continuar con ello, los arrojaban a los barrancos desde lo alto de las murallas.

Nuevos terraplenes

[519] Al recorrer Tito los barrancos y ver que estaban repletos de cadáveres y que de los cuerpos putrefactos salía un espeso pus, lloró, tendió las manos al cielo y puso a Dios por testigo de que esto no había [520] sido obra suya. Ésta era la situación de Jerusalén, mientras que los romanos, dado que ya no salía de la ciudad ninguno de los sediciosos, pues el desánimo y el hambre se había apoderado ya de ellos, se hallaban en un buen momento, con abundancia de trigo y de las demás provisiones que les [521] llegaban de Siria y de las provincias próximas. Muchos se colocaban cerca de la muralla, mostraban la gran cantidad de alimentos que tenían y así, al estar ellos saciados, excitaban el hambre de sus enemigos. Sin embargo los rebeldes no se rindieron ante este sufrimiento. Tito, compadecido del [522] resto de la población y preocupado por salvar de la muerte al menos a los que aún quedaban, empezó de nuevo a levantar los terraplenes, a pesar de que era difícil conseguir madera. Pues todos los árboles que había alrededor de la [523] ciudad habían sido cortados para los primeros trabajos³¹⁸, y ahora los soldados traían la materia prima desde una distancia de noventa estadios³¹⁹. Solamente se alzaron terraplenes junto a la Antonia, en cuatro secciones y mucho más grandes que los anteriores. César recorría las legiones, las animaba [524] a seguir en el trabajo y hacía ver a los bandidos que estaban en sus manos. No obstante, ellos eran los únicos en [525] los que había desaparecido el arrepentimiento de los males que habían cometido. Tenían sus

almas separadas de sus cuerpos y hacían uso de ambos como si fuesen elementos ajenos a ellos. En efecto, ni el sufrimiento amansaba su alma [526] ni el dolor dominaba su cuerpo, sino que, como perros, despedazaban los cadáveres de los ciudadanos y llenaban las cárceles de gente enferma.

Matanza en Jerusalén. Simón ejecuta al sumo sacerdote Matías

Simón ejecutó, no sin someterlo a la [527] tortura, a Matías³²⁰, por quien él se había hecho dueño de la ciudad. Éste era hijo de Boeto, descendiente de sumos sacerdotes, persona de gran confianza y respeto entre la población. Cuando el pueblo fue maltratado [528] por los zelotes, a cuya cabeza se encontraba ya Juan, él le convenció para que dejase entrar en la ciudad a Simón en su ayuda, sin establecer ningún acuerdo con él y sin esperar [529] ningún mal por parte suya. Sin embargo, cuando llegó, se apoderó de la ciudad y consideró a Matías como a un enemigo, igual que a los demás, y la recomendación que este último había hecho al pueblo en su favor la tuvo como una [530] prueba de su simpleza. Le hizo comparecer ante él, le acusó de ser favorable a los romanos y le condenó a muerte junto con sus tres hijos sin concederle la posibilidad de defenderse, pues el cuarto de sus vástagos se había apresurado a refugiarse al lado de Tito³²¹. Simón ordenó matar en último lugar a Matías, que le suplicó que le ejecutaran antes que a sus hijos y que le pidió este favor en gratitud por [531] haberle abierto las puertas de la ciudad. Matías fue conducido a un lugar frente a los romanos y degollado después de sus hijos, que murieron ante sus ojos, ya que así se lo había encargado Simón a Anano, hijo de Bagadato³²², que era el más cruel de sus esbirros. Simón le decía con ironía que hacía esto para ver si venían en su ayuda aquellos con los que él quería escaparse. Además prohibió enterrar sus [532] cuerpos. A continuación fueron asesinados un sacerdote, Ananías, hijo de Masbalo, uno de los personajes

notables de la ciudad, el secretario del Consejo³²³, Aristeo, natural [533] de Emaús, y con ellos quince ciudadanos ilustres. También encerraron y pusieron vigilancia al padre de Josefo³²⁴, y proclamaron públicamente la prohibición de confabular y de reunirse en un mismo lugar en la ciudad, por miedo a una traición. Quitaban la vida, sin un juicio previo, a los que se congregaban para lamentarse juntos.

Judas intenta introducir a los romanos

Cuando vio esto un tal Judas, hijo de [534] Judas, uno de los lugartenientes de Simón, al que éste le había confiado la vigilancia de la torre, tal vez por compasión hacia los que perecían con crueldad, pero, sobre todo, porque pensaba en su salvación, convocó a los diez hombres más dignos de confianza de los que estaban bajo su mando y les dijo: «¿Hasta cuándo vamos a soportar estas desgracias? ¿Tenemos [535] alguna esperanza de salvarnos, si permanecemos fieles a un ser perverso? ¿No está el hambre ya sobre nosotros y los [536] romanos no están a punto de entrar? ¿No es Simón desleal incluso con sus benefactores? ¿No tememos que ahora él nos castigue, mientras que sabemos que son seguras las garantías dadas por los romanos? Vamos, entreguemos la muralla y salvémonos a nosotros mismos y a la ciudad. Simón no sufrirá por [537] ello una desgracia mayor, si, ante la falta de esperanzas por salvarse, paga antes de tiempo su castigo». Tras convencer con estas palabras a los diez hombres, al amanecer envió al resto de [538] sus subordinados, a unos en una dirección y a otros en otra, para que no se descubriera nada de lo que habían planeado. En tomo a la hora tercera³²⁵ el propio Judas llamó desde la torre a los romanos. Algunos de ellos hicieron caso omiso de la llamada, [539] otros no creyeron en ella y la mayoría prefirió no hacer nada, porque tenían la idea de que enseguida iban a tomar sin peligro la ciudad. Mientras Tito se aproximaba con la infantería a [540] la muralla, Simón se enteró a tiempo de este hecho y

rápidamente se le adelantó en llegar a la torre. Cogió a los hombres y los mató a la vista de los romanos y, tras mutilar sus cuerpos, los arrojó delante de la muralla.

Josefo es herido. La falsa noticia de su muerte

[541] En este momento Josefo, que recorría el lugar del asedio sin dejar de arengar a los judíos, fue herido en la cabeza con una piedra y al instante se desplomó sin sentido. Los judíos salieron para ir a recoger al que había caído y lo habrían arrastrado al interior de la ciudad, si César no se les hubiera adelantado y hubiera enviado inmediatamente hombres para que lo protegieran. [542] Mientras peleaban por su cuerpo romanos y judíos, Josefo fue sacado de allí, sin que casi se diera cuenta de nada de lo que ocurría, mientras que los rebeldes dieron gritos de alegría, como si hubieran dado muerte al hombre, a quien tanto [543] deseaban hacerlo. La noticia corrió por la ciudad y el desánimo se adueñó del resto de la población, pues se creía que realmente había muerto aquel que les daba valor para [544] desertar. Cuando la madre de Josefo se enteró en la cárcel de que su hijo había fallecido, dijo a los guardianes que ella sabía que iba a ocurrir esto desde los acontecimientos de Jotapata³²⁶, y que, además, a ella durante su vida nunca le [545] había dado ninguna alegría. Sin embargo, en secreto lloró con sus criadas y dijo que el fruto que había obtenido de su fecundidad era el de no enterrar a su hijo, por quien esperaba [546] ser sepultada ella. Pero la falsa noticia no afligió a su madre por mucho tiempo más ni enardeció los ánimos de los bandidos, pues rápidamente Josefo se recuperó de sus heridas. Se acercó al muro y gritó a los sediciosos que enseguida iban a pagar su merecido por haberle golpeado y exhortó al pueblo para que confiara de nuevo en él. Cuando lo [547] vieron el pueblo recobró el ánimo, mientras que los sediciosos se quedaron desconcertados³²⁷.

Las atrocidades de árabes y sirios. Tito prohíbe estos hechos

Algunos de los desertores, obligados [548] por la necesidad, se lanzaban con rapidez desde lo alto de la muralla, y otros salían con piedras, como si fueran a luchar, y luego se refugiaban en el bando romano. Estos últimos tenían peor suerte que los que se quedaban dentro, pues la abundancia de víveres que hallaron en el campamento romano acababa con ellos antes que el hambre que habían padecido en la ciudad. Efectivamente, ellos llegaban [549] hinchados, a causa de la inanición, como si estuvieran hidrónicos; luego, al llenar de golpe sus cuerpos vacíos, reventaban, salvo aquellos que estaban adiestrados en contener sus apetitos y suministraban alimentos en pequeñas cantidades a su cuerpo, que no estaba acostumbrado a tolerarlos. Pero otra desgracia cayó sobre los que ya habían [550] conseguido salvarse de esta forma. Uno de los desertores, que se hallaba con los sirios, fue sorprendido cuando recogía monedas de oro entre sus excrementos. Como ya hemos dicho³²⁸, se las tragaban antes de salir, pues los rebeldes registraban a todos y en la ciudad había una gran cantidad de oro. Las monedas se compraban por doce dracmas áticos, mientras que antes se hacía por veinticinco³²⁹. Una vez descubierto [551] el plan de una sola persona, por todo el campamento corrió la noticia de que los desertores estaban repletos de oro. La multitud árabe y los sirios³³⁰ abrían y registraban [552] las entrañas de los suplicantes. Creo, al menos yo, que a los judíos no les ha sucedido una desgracia más cruel que ésta: en una sola noche fueron rajados más de dos mil. [553] Cuando Tito se enteró de esta atrocidad, poco le faltó para pedir a la caballería que rodease y acribillase a lanzadas a los culpables, si no se lo hubiera impedido el gran número de ellos, pues eran muchos más los que tenía que ejecutar que los [554] que habían sido asesinados. Reunió a los oficiales de las tropas aliadas y de las legiones, ya que también ciertos soldados suyos habían sido acusados de esta práctica, y les expresó la [555] indignación que sentía hacia unos y otros, porque algunos de los que servían bajo sus órdenes habían

realizado tales iniquidades por una ganancia incierta, sin respetar sus propias armas, [556] hechas también de plata y oro. Se irritó con los árabes y con los sirios, en primer lugar por haberse entregado libremente a sus pasiones en una guerra extranjera y en segundo lugar por haber imputado a los romanos la crueldad de sus propias matanzas y su odio hacia los judíos³³¹, pues ahora algunos de sus legionarios eran partícipes también de esta mala [557] reputación. Por ello, a los aliados extranjeros les amenazó con matarles, si se descubría que alguno de ellos volvía a atreverse a cometer la misma acción, y a sus legionarios les encomendó que buscaran a los sospechosos y que los llevaran ante [558] su presencia. Pero, según parece, la codicia desprecia todo tipo de castigo y en los hombres existe por naturaleza un terrible amor al dinero y no hay ninguna pasión que busque más [559] el peligro que la avaricia. En otras ocasiones esta pasión tiene un límite y está subordinada al miedo, pero entonces fue Dios el que condenó a todo el pueblo y el que desvió hacia la destrucción todos los caminos que le llevaban a la salvación³³². Y en realidad, lo que César había prohibido con amenazas se [560] seguía haciendo a escondidas contra los desertores. Los bárbaros³³³ salían al encuentro de los fugitivos y los degollaban, antes de que fueran vistos por todos; miraban a su alrededor, por si les observaba alguno de los romanos, les rajaban y cogían de sus entrañas el infame botín. Pero sólo lo encontraban [561] en unos pocos, mientras que solamente fue la esperanza de conseguirlo la que llevó a sacrificar inútilmente a un gran número de gente. Esta atrocidad hizo volver de nuevo a la ciudad a muchos desertores.

Juan de Giscala saquea el Templo

Cuando ya no hubo nada que rapiñar al [562] pueblo, Juan se dedicó al sacrilegio. Fundió muchas de las ofrendas del Templo y numerosos objetos necesarios para el culto, copas, platos y mesas³³⁴; y no perdonó ni las crateras enviadas por

Augusto y su mujer³³⁵. Los príncipes romanos³³⁶ [563] siempre habían honrado y adornado el Templo³³⁷ y ahora, en cambio, un judío³³⁸ ha demolido incluso las ofrendas donadas por los extranjeros. Este individuo decía a sus compañeros [564] que había que utilizar sin miedo los objetos divinos para servir a Dios y que los que luchaban por el Templo debían mantenerse [565] con lo que en él había. Por tanto, acabó con el vino sagrado³³⁹ y con el aceite, que los sacerdotes guardaban para los holocaustos y que había en la parte interior del santuario³⁴⁰. Lo distribuyó entre su gente, que sin miedo bebieron y [566] se ungieron con ello. Yo no podría dejar de decir lo que el dolor me impone³⁴¹. Creo que si los romanos se hubieran retrasado en venir contra estos criminales, la ciudad habría sido tragada por la tierra, habría sido inundada por las aguas o habría sido fulminada por los mismos rayos que acabaron con Sodoma³⁴². Pues su generación era mucho más depravada que aquellos que padecieron tales castigos. Y así, todo el pueblo ha quedado en la ruina por la locura de esta gente.

Muertos durante el asedio

[567] ¿Por qué he de contar uno por uno estos desastres? Maneo, hijo de Lázaros, que en estos días se pasó a Tito, dijo que por una sola puerta, que estaba a su cuidado, habían sacado ciento quince mil ochocientos ochenta cadáveres, desde el día catorce del mes de Jántico³⁴³, en el que los romanos habían establecido su campamento delante de la ciudad, hasta el novilunio del mes de Panemo³⁴⁴. Todos [568] ellos eran gente humilde. Maneo no estaba encargado personalmente de ello, sino que en nombre del Estado³⁴⁵ pagaba a los que lo hacían y por ello necesariamente llevaba la cuenta de los muertos. Los familiares dieron sepultura a los demás. Su entierro consistía en sacar a los muertos y arrojarlos fuera de la ciudad³⁴⁶. Muchos ciudadanos notables, [569] que escaparon después de Maneo, manifestaron que por las puertas

se había echado un total de seiscientos mil cadáveres de gente de baja condición, mientras que no se podía saber el número de los demás³⁴⁷. Dijeron también que, al no [570] tener ya fuerza para transportar fuera los cuerpos de los pobres, los amontonaban en las casas más grandes y las cerraban con llave. Añadieron que una medida de trigo se vendía [571] por un talento³⁴⁸ y que, por ello, al no ser posible salir de la ciudad a recoger hierba a causa del asedio, algunos llegaron a tal extremo de necesidad que buscaban en los albañales y entre el estiércol viejo de los bueyes y se comían las sobras que ellos dejaban: lo que antes ni siquiera podían ver se [572] convertía ahora en su alimento. Cuando los romanos escucharon estas historias, se compadecieron de ellos, mientras que los rebeldes, aunque lo habían visto, no se arrepintieron, sino que permitieron que tales desgracias cayeran también sobre ellos, pues los había cegado el Destino, que ya se cernía sobre la ciudad y sobre ellos mismos.

¹ IV 659-663.

² La idea de que Dios está de parte de los romanos se materializa sobremanera en la persona de Vespasiano, cuya elección ha sido decidida por el propio Dios; cf. III 404 y IV 33. Josefo presenta la retirada de Vespasiano como un acto inspirado por la divinidad y la llegada de Tito como verdaderamente providencial.

³ IV 128 ss.

⁴ Josefo utiliza esta misma expresión cuando se produce el asesinato del sumo sacerdote Anano; cf. IV 318.

⁵ Estas puertas se describirán en V 201-206.

⁶ Muchas eran las provisiones y ofrendas que se guardaban en las dependencias del Templo: los objetos del culto, vasos, jofainas, jarros, bandejas y recipientes de oro y plata (cf. *Éxodo* 25, 29-38, 27, 3, *Números* 4, 7, 9 y 14), así como los ingresos destinados al mantenimiento de los sumos sacerdotes (*Nehemías* 12, 44; *I Crónicas* 9, 29; *Antigüedades* XIV 72). Estas riquezas habían provocado ya en varias ocasiones la avaricia y el robo de varios individuos, como Heliodoro (cf. *II Macabeos* 3), Antíoco Epífanes (cf. *I Macabeos* 1, 21-23), Craso (cf. I 179 y *Antigüedades* XIV 105), Sabino (cf. II 50 y *Antigüedades* XVIII 264), Pilato (cf. II 175) o Floro (cf. II 293).

⁷ Cf. IV 573 ss.

⁸ Eleazar ocupaba la parte interior del Templo, Juan la zona exterior del mismo y la Ciudad baja, mientras que los hombres de Simón se hallaban por el resto de la ciudad; cf. TÁCITO, *Historias* V 12. En esta división de las facciones de los rebeldes de Jerusalén se ha querido ver una serie de implicaciones sociales y regionales: oposición entre zonas ricas y pobres de la ciudad, entre ciudadanos y campesinos y entre galileos e idumeos; cf. H. KREISSIG, *Die sozialen Zusammenhänge des Jüdischen Krieges*, Berlín, 1970.

⁹ Sobre este tipo de artillería, cf. nota a IV 19 y 583.

¹⁰ Estos «extranjeros» pueden ser tanto los judíos de la Diáspora, que acudían de fuera de Palestina a ofrecer sus sacrificios en Jerusalén, como los propios gentiles que participaban del culto del Templo.

¹¹ Es curiosa esta precisión de Josefo que distingue entre «griegos» y «bárbaros», cuando lo habitual en él es la oposición «judío» frente a «gentil». Tal vez haya que entender aquí «helenizado» mejor que «griego», es decir los judíos de lengua griega, entre los que se incluía nuestro autor, y que constituían una de las mayores comunidades del culto a Yahveh, aunque en su mayor parte habitaban fuera de su tierra. No obstante, en la propia costa palestina la helenización seguía siendo en esta época muy fuerte. En los textos judíos en lengua griega *allóphylos*, «extranjero», es el término utilizado para denominar a los no judíos, a los *goyim*, en hebreo, no el *bárbaros* empleado en este pasaje, que sin duda sigue la tradición perfectamente consolidada de la historiografía griega. En cualquier caso es bastante ambigua la delimitación de lo que es «extranjero» en nuestro autor, ya que en algunas ocasiones se pronuncia desde la óptica de un judío, en otras desde la de un

romano y, tal como parece en este caso, también desde la de un griego, es decir, desde la de un judío helenizado.

¹² No hay duda de que en estas «lamentaciones» Flavio Josefo sigue la tendencia de los escritos apócrifos referidos a los trágicos acontecimientos del año 70, que vuelven sus ojos a una situación histórica similar a la actual, como es la destrucción de Jerusalén en tiempos de Nabucodonosor en el 587 a. C.; cf., por ejemplo, *Paralipómenos de Jeremías*, *Apócrifo de Jeremías* o *IV Esdras*. Sobre la importancia y función de este tipo de súplicas y lamentos en los momentos claves de la obra flaviana véase el artículo de N. BELAYCHE, «La prière dans la *Guerre des juifs* de Flavius Joséphe», *Dialogues d'Histoire Ancienne* 22 (1996), 205-220.

¹³ En el Proemio del libro I, 11-12, se ha mencionado este principio de evitar expresar los sentimientos personales, si bien en I 9 el autor aclaraba que iba a exponer su «opinión» sobre los acontecimientos e iba a dejar que sus propios sentimientos manifestaran sus «lamentos» por ellos.

¹⁴ Las ofrendas de los primeros frutos agrícolas que el pueblo entregaba al Templo para el mantenimiento de los sacerdotes; cf. *Deuteronomio* 18, 4, *Judit* 11, 13 o *I Macabeos* 3, 49.

¹⁵ TÁCITO, *Historias* V 12, recuerda esta quema del trigo.

¹⁶ Nuestro historiador deja bastante claras las diferencias entre el pueblo judío en su conjunto, que no es partidario de esta guerra, y esa minoría de rebeldes y facciosos que son los auténticos culpables de la grave situación de Palestina en este momento; cf. nota a IV 141.

¹⁷ Es ésta una de tantas expresiones filorromanas que Josefo esparce a lo largo de su narración, según establece uno de los objetivos de su obra. El historiador presenta a los romanos como el instrumento de la justicia divina en la línea tradicional del castigo que sobreviene sobre el que rompe la alianza, en este caso, contra los rebeldes judíos; cf. A. JAUBERT, *La notion d'Alliance dans l'Ancien Testament*, París, 1976, págs. 299 ss.

¹⁸ En la descripción de la ciudad y del Templo Josefo utilizará el codo como medida de longitud, que equivalía a unos 44 centímetros, en el caso del codo romano, y a 55, en el sistema filetérico. El *Antiguo Testamento* se sirve en varias ocasiones del codo para medir, en especial, construcciones (cf. *Éxodo* 27, 1, *Ezequiel* 42, 2, etc.). El problema del tipo de codo utilizado en Palestina en esta época ha sido tratado por J. JEREMÍAS, *Jerusalem zur Zeit Jesu. Eine kulturgeschichtliche Untersuchung zur neutestamentliche Zeitgeschichte* = *Jerusalén en tiempos de Jesús. Estudio económico y social del mundo del Nuevo Testamento*, Madrid, 1977, págs. 28-29.

¹⁹ Agripa II, hijo de Agripa I y de Cipros; cf. II 220, 223, 245.

²⁰ Desde los tiempos bíblicos la madera más apreciada, sobre todo la de cedro, procedía del Líbano, en especial para la construcción del Templo y otros edificios importantes, como lo recuerda *I Crónicas* 14, 1, *I Reyes* 6, 15 y *Esdras* 3, 7.

²¹ En IV 203 se hablará con más detalle de esta exedra.

²² Sobre la intervención divina en el acontecer histórico, en este caso del lado romano, véase el apartado 5 de la Introducción.

²³ La V *Macedonica*. X *Fretensis* y XV *Apollinaris*; cf. III 65.

²⁴ La XII *Fulminata*; cf. II 500.

²⁵ Por ejemplo en la campaña de Cestio en Galilea (cf. II 499 ss.) y anteriormente en Antioquía de Siria (cf. TÁCITO, *Anales* IV 5 y XV 6-7).

²⁶ Agripa II, rey de Palestina, Soemo de Emesa, y Antíoco de Comagene; cf. II 500.

²⁷ Cf. IV 632.

²⁸ Las fronteras del Éufrates contaban con una guarnición militar estable, así como con la colaboración de los reinos amigos de Armenia, Comagene, etc., para defender al Imperio de los posibles ataques de los partos y frenar las amenazas contra las provincias de Anatolia; cf. B. ISAAC, «Reflexions on the Roman Army in the East», en PH. FREEMAN y D. KENNEDY (eds.), *The Defence of the Roman and Byzantine East*, Oxford, 1986, págs. 386 ss.

²⁹ Cf. II 220 y IV 616.

³⁰ Esta marcha de Tito está descrita en términos paralelos al del avance de Vespasiano desde Ptolemaida a Galilea en III 115-126.

³¹ Sobre la organización de la marcha de las legiones romanas y los operarios que las acompañaban puede leerse el *excursus* sobre el ejército de III 70 ss.

³² Cf. IV 551.

³³ Es Guibeá de Saúl, lugar de nacimiento de este monarca, citada en *I Samuel* 11, 4, 15, 34 o *Isaías* 10, 29. Esta ciudad bíblica ha sido identificada con la actual Tell el-Ful, situada a unos 5 kilómetros al norte de Jerusalén.

³⁴ Sobre esta diferenciación entre el pueblo y los rebeldes véase la nota a V 27.

³⁵ En el ángulo noroeste de la tercera muralla; cf. V 159-160.

³⁶ Cf. V 110.

³⁷ La reina Helena de Adiabene se había convertido al judaísmo en tiempos de Claudio (cf. *Antigüedades* XX 17-19) y había hecho construir un monumento funerario para ella y sus hijos en Jerusalén. Este monumento ha sido identificado con las tumbas reales de la zona norte de Jerusalén; cf. M. KON, *The Royal Tombs*, Tel Aviv, 1947, pág. 27 (en hebreo).

³⁸ Propiamente el término griego es *basileús*, que no podemos traducir como rey para este caso concreto de Tito, sino más bien como príncipe.

³⁹ Es ésta la mejor expresión de la teología flaviana y su fe en la intervención de la providencia divina en los hechos humanos, como lo demuestran las propias Sagradas Escrituras; cf. el apartado 5 de la Introducción.

⁴⁰ Cf. V 52.

⁴¹ La legión V *Macedónica*; cf. V 42.

⁴² El nombre de esta colina, al norte de Jerusalén, se hace derivar en este pasaje del griego *skopós*, «atalaya», «observador», mientras que en *Antigüedades* XI 329 se le denomina *Safein*, palabra semítica que tiene el mismo significado de *skopós*.

⁴³ La XII *Fulminata* y la XV *Apollinaris*; cf. V 41-42.

⁴⁴ Cf. V 42.

⁴⁵ Vespasiano había establecido un campamento en Jericó y en Adida para aislar a Jerusalén por todas partes; cf. IV 486.

⁴⁶ Conocido también con el nombre de Getsemaní.

⁴⁷ En efecto, el campamento romano parecía, tanto en su interior como, sobre todo, en su exterior una ciudad; cf. III 79.

⁴⁸ De nuevo se utiliza el símil de una representación teatral.

⁴⁹ El barranco del Cedrón; cf. V 70.

⁵⁰ Valle o barranco del Cedrón.

⁵¹ Del monte Escopo.

⁵² VI 57 insistirá en la especial fortuna de Tito.

⁵³ Tito aún no era el «señor del mundo habitado», pues hasta el año 79 no se convertirá en emperador, aunque para Josefo no existían dudas sobre las dotes del hijo de Vespasiano para el gobierno, máxime cuando Tito había sido asociado previamente al gobierno de su padre.

⁵⁴ Monte Escopo.

⁵⁵ A pesar de estas manifestaciones de objetividad, Josefo inserta en sus páginas numerosas referencias de propaganda flaviana, de acuerdo con la finalidad de su obra; cf. el apartado 5 de la Introducción.

⁵⁶ Mes del calendario macedónico correspondiente al Nisán judío, entre marzo y abril.

⁵⁷ El Templo era el lugar de los sacrificios y las fiestas atraían hacia Jerusalén enormes masas que podían desembocar en considerables manifestaciones y revueltas. Es éste un hecho recurrente en los acontecimientos históricos de este período de Israel: los incidentes posteriores a la muerte de Herodes en Pascua (cf. II 10 y *Antigüedades* XVII 213), las protestas contra Sabino en Pentecostés (cf. II 39-54 y *Antigüedades* XVII 250-268) o los atentados de los sicarios durante la Pascua en el mandato de Cumano (cf. II 224-227 y *Antigüedades* XX 105-113).

⁵⁸ Sobre la importancia de la purificación previa a la entrada en el Templo véase la nota a IV 205.

⁵⁹ De esta forma podían pasar el registro que se aplicaba a la gente que entraba en la ciudad; cf. V 15.

⁶⁰ Son los hombres de Simón.

⁶¹ *Antigüedades* XV 424 se hace eco de la existencia de un pasaje subterráneo que Herodes mandó realizar para unir la torre Antonia con el atrio del Templo.

⁶² En IV 9 se menciona también este tipo de galerías subterráneas; cf. asimismo TÁCITO, *Historias* V 12.

⁶³ Sobre estas provisiones y bienes del Templo, véase la nota a V 8.

⁶⁴ Seguramente el lugar donde estaba enterrado Herodes de Calcis, nieto de Herodes el Grande.

⁶⁵ Al oeste de Jerusalén, en el valle donde se encuentra la actual Birket es-Sultan, «piscina del Sultán».

⁶⁶ En la tercera muralla, frente a los panteones de la reina Helena de Adiabene.

⁶⁷ Cf. nota a V 55.

⁶⁸ No ha de resultar paradójica esta afirmación de que el Destino, la Fortuna en sentido clásico, guía la actuación de los romanos, pues en la teología flaviana Dios y la Fortuna llegan a ser sinónimos e intercambiables entre los judíos y los romanos respectivamente; cf. el apartado 5 de la Introducción.

⁶⁹ La misma expresión utiliza Josefo al dirigirse a sus compañeros escondidos en la cueva de Jotapata (cf. III 356), aunque en aquel caso eran las leyes judías las personificadas, no las militares romanas como ocurre en este pasaje.

⁷⁰ En V 567 se precisará que Tito acampó en este lugar el día 14 del mes de Jántico, es decir, el primer día de la Pascua judía. Sobre la torre Psefino, cf. V 159-160.

⁷¹ Más datos sobre esta torre del palacio real de Herodes, ubicada al sudeste de la torre Psefino, se darán en V 161-165.

⁷² Cf. V 70.

⁷³ Véase el plano de la ciudad de Jerusalén en el Apendice de esta traducción.

⁷⁴ Cf. V 140.

⁷⁵ Es la Ciudad de David de *II Samuel* 5, 7 y *Antigüedades* VII 65.

⁷⁶ Las modernas investigaciones arqueológicas sitúan Sión o la Ciudad de David en la Ciudad Baja, es decir, en la colina oriental de Jerusalén, no en la occidental o Ciudad Alta, como hace Josefo en esta descripción y toda la tradición cristiana.

⁷⁷ Ésta es la ciudadela de la gran colina occidental, que había sido construida por Antíoco IV Epífanés y que se menciona en *I Macabeos* 1, 33-36 y *Antigüedades* XII 552. No obstante, la localización de esta Acra constituye una de las cuestiones más controvertidas en la topografía de Jerusalén; cf. SCHÜRER, *Historia...*, II, págs. 209-10, con bibliografía sobre este aspecto, y el reciente trabajo de J. SIEVERS, «Jerusalem, the Akra, and Josephus», en F. PARENTE y J. SIEVERS (eds.), *Josephus and the History of Greco-Roman Period*, Leiden-Nueva York, 1994, págs. 195-209.

⁷⁸ La obra de eliminación de esta «tercera colina» y del Acra por parte de Simón Macabeo aparece relatada en I 50 y *Antigüedades* XIII 215-217. Realmente esta pequeña colina, cuyo nombre desconocemos, parecía más bien ser una

prolongación de la ciudadela o Acra. No obstante, no parece seguro que Simón fuera el autor de esta obra, sino otro de los Asmoneos, como aquí se indica, dado que tampoco lo precisa *I Macabeos* 14, 36-37 y 15, 28. El texto bíblico más bien dirá que Simón fortificó este enclave y colocó allí una guarnición judía; véase SCHÜRER, *Historia...*, I, pág. 257.

⁷⁹ Este valle o barranco, que separaba la colina de la Ciudad Alta de la Ciudad Baja, era conocido también por el nombre griego de *Tyropoiôn*.

⁸⁰ En la piscina o estanque de Siloé, situado en el extremo sudeste de Jerusalén, desemboca la fuente de Guijón o de la Virgen. El rey Ezequías llevó este agua hasta la ciudad a través de un tunel excavado en la roca; cf. *II Crónicas* 32, 30.

⁸¹ Al este Jerusalén está bordeada por el barranco del Cedrón y al suroeste por el barranco de la Gehenna.

⁸² Cf. V 163-165.

⁸³ En la toma de Jerusalén los romanos incendiarán este lugar; cf. VI 354. Josefo abusa de la terminología griega y aplica el término griego *boulê*, Consejo, en las ciudades típicamente judías, como es el caso de Jerusalén, para referirse al órgano de gobierno conocido con el vocablo *synédtrion*, Sanedrín; cf. nota a I 170 y II 242.

⁸⁴ Ni Betso ni la puerta de los Esenios han sido identificados.

⁸⁵ Mencionada en *Nehemías* 2, 14.

⁸⁶ Es la bíblica Ofel, el cerro rocoso situado en la zona sudeste del Templo, sobre el que se asentaba el palacio real de David; cf. *II Crónicas* 27, 3 o *Nehemías* 3, 27.

⁸⁷ Entre la torre de Hípico y la de Fasael. Su nombre puede significar «Puerta de los Jardines»; cf. PELLETIER, en su comentario *ad loc.*

⁸⁸ En el ángulo noroeste del muro del Templo Herodes el Grande levantó la torre Antonia en honor de Marco Antonio en un lugar que antes se llamaba Baris; cf. I 75 y la obra de M. A. DE SION, *La Forteresse Antonia à Jérusalem et la question du prétoire*, Jerusalén, 1955.

⁸⁹ La arqueología ha descubierto una cuarta muralla, no citada por Flavio Josefo; una discusión sobre este hallazgo y los problemas de identificación de la «tercera» y «cuarta» muralla puede leerse en el Apéndice III del comentario de PELLETIER.

⁹⁰ *Antigüedades* XX 17 contradice esta genealogía, ya que allí Izates es hijo de la reina Helena, no su padre. Tal vez sea un error textual o se deba a la posibilidad de que el padre de Helena se llamara también Izates, como su hijo.

⁹¹ Junto a la Puerta de Damasco se hallaban cuevas excavadas en la roca, de las que se extraían bloques de malaquita para ser utilizados en las construcciones de Jerusalén.

⁹² Torre del ángulo nordeste, sin nombre conocido.

⁹³ Este monumento parece situarse en el ángulo nordeste de la muralla más septentrional, según precisa JEREMÍAS, *Jerusalem...*, pág. 22.

⁹⁴ Esta tercera muralla, que Agripa había dejado sin terminar, discurría por una zona que no ha sido totalmente identificada a partir de la torre Psefino.

⁹⁵ La población de Jerusalén en esta época podía alcanzar unos ochenta y cinco mil habitantes aproximadamente; cf. nota a IV 137.

⁹⁶ Es el barrio que Agripa I incluyó dentro de la nueva muralla en la parte norte de Jerusalén; cf. II 218 y 328. El nombre semítico de Bezeta no significa «Ciudad Nueva», sino que Beth-Zaith es «casa de los olivos».

⁹⁷ Cf. II 219.

⁹⁸ Al empezar la revuelta contra Roma; cf. II 648.

⁹⁹ No hay unanimidad sobre el perímetro de Jerusalén: el propio Josefo, siguiendo al PSEUDO HECATEO, da la cifra de 50 estadios (cf. *Contra Apión* I 197), en la *Carta de Aristeo* 105 se citan 40 estadios y EUSEBIO, *Preparación evangélica* IX 35 y 36, habla de las dos medidas anteriores. En época de nuestro autor la ciudad no parece haber superado el perímetro de unos 5 kilómetros, es decir, por debajo de los 28 estadios.

¹⁰⁰ Cf. V 133.

¹⁰¹ Las torres de Fasael y Mariamme, que formaban parte del palacio real de Herodes.

¹⁰² La actividad benefactora de Herodes en Jerusalén y en otras ciudades ha sido narrada en I 401-430.

¹⁰³ Ésta es la única mención que tenemos de este «amigo» de Herodes, que murió «valerosamente en una guerra» y que dio nombre a la torre.

¹⁰⁴ La muerte de Mariamme ha sido relatada en I 443.

¹⁰⁵ El hermano de Herodes, Fasael, se suicidó tras ser capturado por los partos; cf. I 271-272.

¹⁰⁶ Situada al este de la torre de Hípico, ha sido identificada con la actual torre de David. Es la más alta de las tres construcciones, hasta el punto de que Josefo en *Antigüedades* XVI 144, al igual que aquí, la compara con la torre de la isla de Faros en Alejandría; cf. H. GENA, «The Tower of David. Phasael or Hippicus?», *Israel Exploration Journal* 31 (1981), 57-65.

¹⁰⁷ Cf. IV 613.

¹⁰⁸ Seguramente un poco más al este de la torre de Fasael, si bien su emplazamiento exacto sigue aún en discusión.

¹⁰⁹ El palacio levantado por Herodes el Grande; cf. I 402.

¹¹⁰ Cf. II 430-440. En septiembre del año 66 los judíos sediciosos atacaron la torre Antonia y derrotaron a la guarnición romana.

¹¹¹ Como complemento a esta descripción puede verse el plano del Templo de Jerusalén en el Apéndice de esta traducción.

¹¹² Propiamente no ha quedado dicho, aunque sí se puede entender algo de ello en V 138-139.

¹¹³ El monte Moria, que es una prolongación de la cima rocosa Ofel u Ofel.

¹¹⁴ Normalmente en Flavio Josefo la palabra griega *hierón* designa el conjunto del Templo, mientras que su parte interior, el santuario, se corresponde con *naós*, y en algunos casos *tò hágion*, el «lugar santo», aparece como un sinónimo de este último; para estas cuestiones sigue siendo útil el artículo de P. JOÜON, «Les mots employés pour designer le Temple dans l'Ancien Testament, le Nouvel Testament et Josèphe», *Recherches de Science Religieuse* 25 (1935), 329-343.

¹¹⁵ El barranco de Cedrón a oriente y de Tiropeón o de los Queseros a occidente.

¹¹⁶ Flavio Josefo describe también el Templo en *Antigüedades* VIII 63 ss. y XV 380-425, aunque allí se centra en la construcción del rey Salomón, mientras que en esta ocasión se trata de la situación del edificio en época de nuestro autor. Resulta de gran interés la comparación con el texto de la Misná, *Middot*, del siglo II d. C., donde se recogen ricas aportaciones sobre el emplazamiento y disposición del Templo, así como con las indicaciones dadas por la *Carta de Aristeo* 83-99, FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Sobre las leyes especiales* I 71-75, o por PSEUDO HEcateo, en *Contra Apión* I 196-199; cf. L. L. LEVINE, «Josephus' Description of the Jerusalem Temple: *War, Antiquities*», en F. PARENTE y J. SIEVERS (eds.), *Josephus and the History of Greco-Roman Period*, Leiden-Nueva York, 1994, págs. 233-246.

¹¹⁷ Salomón había protegido el lado oriental con un pórtico; cf. V 185.

¹¹⁸ Los gentiles también podían acudir al Templo para hacer sacrificios y para donar sus ofrendas, ya sea en metálico o en objetos preciosos, como se ha señalado en nota a IV 181 y V 8.

¹¹⁹ Esta prescripción se contiene en el *Éxodo* 20, 4, *Deuteronomio* 4, 16-19 y en *Antigüedades* III 91.

¹²⁰ Algo más de un kilómetro.

¹²¹ La parte interior del Templo, donde sólo podían acceder los judíos. La balaustrada de separación con el «atrio de los gentiles» no existía en el Templo de Salomón ni en el de Zorobabel.

¹²² Un metro y medio, aproximadamente.

¹²³ Esta prohibición se volverá a repetir en VI 124-126 y *Antigüedades* XV 417; cf. también FILÓN, *Embajada a Cayo* 212 y *Hechos de los Apóstoles* 21, 26 ss. Se han descubierto algunas de estas inscripciones, como la que en 1871 sacó a la luz M. Clermont-Ganneau; véase el comentario *ad loc.* de PELLETIER.

¹²⁴ Una puerta estaba en el centro del muro exterior oriental, por el que se daba acceso al atrio de las mujeres, y la otra en el muro interior occidental, que separaba este atrio de la parte más interna del Templo.

¹²⁵ De las tierras de la Diáspora.

¹²⁶ Estas salas del tesoro son tanto aquellas donde se guardaban los objetos de valor para el culto del Templo (cf. VI 282), como las que contenían las ofrendas en metálico o en piezas valiosas que los judíos y extranjeros donaban al lugar (cf. *Antigüedades* XIX 294, *II Macabeos* 3, 6 y *Marcos* 12, 41). Uno de los más importantes funcionarios del Templo, el *gadsofylax*, era el encargado de la administración de este tesoro (cf. VI 390 y *Antigüedades* XV 408, XX 194).

¹²⁷ Cf. V 190.

¹²⁸ Las diez puertas han sido mencionadas en V 198. La Puerta de Corinto, llamada Puerta de Nicanor en la Misná (*Middot* 1, 4), parece corresponderse con la puerta de bronce de II 411 y VI 293, así como con la Puerta Hermosa de *Hechos de los Apóstoles* 3, 2 y 10.

¹²⁹ Exedra es el nombre griego dado a una estancia cubierta, tenga forma rectangular, de hemicíclo o cuadrada, provista de asientos y de un pórtico con columnas

¹³⁰ Hermano de Filón de Alejandría, era el alabarca o arabarca de esa ciudad durante los enfrentamientos entre griegos y judíos en época de Calígula; cf. *Antigüedades* XVIII 159, 259, XIX 276 ss. y XX 100. Sobre las funciones de esta institución de los judíos de Alejandría puede consultarse la nota de V. A. TCHERIKOVER en su introducción al *Corpus Papyrorum Judaicum*, Cambridge (Mass.), 1957, I, pág. 49, núm. 4.

¹³¹ Es el famoso Tiberio Alejandro, tan citado en la obra de Josefo; véase nota a II 220. En este momento era el jefe del ejército de Tito; cf. V 45-46.

¹³² Unos 50 metros. Durante el reinado de Nerón el rey Agripa tenía previsto elevar esta fachada, si bien el estallido de la guerra se lo impidió; cf. V 36-37 y *Antigüedades* XV 391.

¹³³ Como el cuerpo del edificio, que estaba detrás de la fachada, era más estrecho que ésta, el conjunto presentaba, a juicio de la Misná (*Middot* 4, 7), el aspecto de un león con la cabeza más ancha que el resto del cuerpo.

¹³⁴ En IV 324 se aludió a este simbolismo cósmico del Templo; cf. V 212 ss.

¹³⁵ El término griego *dístegos* normalmente significa «de dos pisos», como veremos seguidamente en V 211, y no «de dos habitaciones» en una misma planta, según se describe en este pasaje. A partir de este punto y, en especial hasta V 211, la narración es bastante confusa, con contradicciones, sobre todo de medidas, con problemas textuales y con redacciones repetidas y superpuestas.

¹³⁶ Tal vez se refiera a las palabras finales de V 208.

¹³⁷ Este tipo de ornamentación llamaba mucho la atención a los autores griegos y romanos. PLUTARCO se apoya en ello para corroborar la importancia del vino y del culto a Dioniso entre los hebreos en un relato de sincretismo religioso en el que compara la divinidad griega con Yahveh (cf. *Charlas de sobremesa* IV 6). TÁCITO, *Historias* V 5, recuerda como la *vitis aurea templo reperta* es la causa de que algunos creyeran erróneamente que los judíos veneraban a Baco. El autor

bizantino LIDO, *Sobre los meses* IV 53, confirma esta misma idea, que no deja de ser superficial y ajena al sentido simbólico del vino y la vid en la religión judía.

¹³⁸ En este caso concreto *dístegos* tiene el sentido de «dos pisos»; cf. V 209.

¹³⁹ PLINIO, *Historia natural* VIII 196, se hace eco de la fama que los tejidos babilonios tenían en la Antigüedad.

¹⁴⁰ El *Éxodo* 26, 36 prescribe este tipo de cortina para la entrada de la Tienda del Señor; cf. *Antigüedades* III 124-133 y *Carta de Aristeas* 86. Según una antigua tradición (cf. *I Macabeos* 1, 20 ss. o *Antigüedades* XII 54), Antíoco IV Epífanés, tras saquear el Templo de Jerusalén, se había llevado el velo para consagrarlo a Zeus Olímpico. De acuerdo con esta noticia, se han querido ver en PAUSANIAS, V 12, 4, ecos de esta leyenda, a pesar de que la descripción de ese velo de Olimpia, «adornado con bordados asirios y teñido de púrpura de Fenicia», no coincide con el de Jerusalén; cf. E. WILL (ed.), *Histoire politique du monde hellénistique*, 2.^a ed., Nancy 1979-82, págs. 326 y 338.

¹⁴¹ El simbolismo cósmico que subyace en todo este relato parece asentarse en una tradición que consideraba el Templo, con todos sus elementos arquitectónicos, como una imagen del mundo; cf. *Antigüedades* III 123 y 180, así como FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Sobre la vida de Moisés* II 76-88, y *Carta a los hebreos* 9, 1-12.

¹⁴² Evidentemente, porque estaba prohibida toda representación de seres vivientes; cf. nota a V 191.

¹⁴³ Este lugar era el «santo», *quodesh* en hebreo, sala anterior al «santo de los santos», *quodesh quodashim*, o *debir*, «habitación del fondo» (*I Reyes* 6), que se describirá seguidamente en V 219.

¹⁴⁴ Su peso era de dos talentos, unos 44 kilos, según información de *I Macabeos* 1, 23 y PSEUDO HECATEO, en *Contra Apión* I 198.

¹⁴⁵ La *Carta de Aristeas* 57-72 describe esta mesa de los panes de la proposición, que según ella fue donada por Ptolomeo Filadelfo al Templo de Jerusalén.

¹⁴⁶ Este altar interior servía para ofrecer diariamente, tanto por la mañana como por la tarde, el incienso. El *Éxodo* 30, 1-10 da las normas para la construcción de este altar, que debía contener un revestimiento de oro. De ahí la denominación de altar de oro que se lee en *I Macabeos* 1, 21 y, tal vez, en PSEUDO HECATEO, en *Contra Apión* I 198.

¹⁴⁷ Según *Antigüedades* III 199, tres de las siete lámparas ardían durante el día, mientras que por la noche lo hacían las siete a la vez. Las referencias bíblicas más antiguas apuntan a que el candelabro se encendía fundamentalmente al atardecer para iluminar durante toda la noche; cf. *Éxodo* 27, 20-21, *Levítico* 24, 1-4, *Números* 8, 1-4, etc.

¹⁴⁸ De nuevo se insiste en el significado astral y cósmico de los objetos del Templo; cf. *Antigüedades* III 146-182, FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Cuestiones sobre el Génesis* II 78 y *Sobre la vida de Moisés* II 102-103. Cada sábado se ofrecían doce hogazas tiernas, los llamados panes de la proposición (cf. *Éxodo* 25,

23-30, *Levítico* 24, 5-9, FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Sobre las leyes especiales* 172-176 y *Sobre la vida de Moisés* II 104).

¹⁴⁹ *Éxodo* 30, 34 prescribe solamente cinco perfumes: nataf, uña olorosa, gálbano, aromas e incienso puro, a partes iguales. Tradiciones posteriores añaden algún tipo más de perfume, como ocurre en *Jubileos* 16, 24 y *Eclesiástico* 24, 15. No obstante, el número habitual es el de cuatro, según los comenta e interpreta también en un sentido de simbolismo cósmico FILÓN DE ALEJANDRÍA, *El que es heredero de lo divino* 197.

¹⁵⁰ Es el segundo velo o cortina que menciona *Hebreos* 9, 3 antes de entrar en la parte más sagrada del Templo.

¹⁵¹ El Templo de Salomón guardaba en este lugar el Arca de la Alianza, que fue destruida durante la toma de la ciudad por Nabucodonosor.

¹⁵² Estas medidas parecen exageradas, máxime si las comparamos con las que el propio autor indica en *Antigüedades* XV 392, con veinticinco codos de largo cada uno de los bloques.

¹⁵³ En el atrio de los sacerdotes, al aire libre, se hallaba el altar exterior, donde se ofrecían todos los sacrificios, salvo el incienso. Entre el santuario y el altar estaba un gran recipiente de bronce, para que los sacerdotes se lavaran las manos y los pies antes de officiar, y al norte del altar es donde se degollaban las víctimas y se preparaban para los sacrificios, como anota el tratado *Middot* 3, 5 y 5, 2.

¹⁵⁴ Las dimensiones del gran altar exterior son divergentes en los diferentes textos. PSEUDO HEcateo, en *Contra Apión* I 198, habla del altar de bronce del Templo de Salomón, que según *II Crónicas* 4, 1 alcanzaba sólo veinte codos de lado y diez de altura. El tratado de la Misná, *Middot* 3, 1, da unas medidas inferiores para el altar: ocho codos de altura y treinta y dos codos de anchura y longitud.

¹⁵⁵ Este principio se contiene en el Código de la Alianza, en la ley sobre el altar; cf. *Éxodo* 20, 25 y *Deuteronomio* 27, 5.

¹⁵⁶ Cf. V 199.

¹⁵⁷ Estos diferentes grados de pureza que hay que superar para entrar en el santuario se enumeran en términos similares en *Contra Apión* II 103 ss. Flavio Josefo ha insistido en otros lugares en la purificación previa a la entrada en el Templo; cf. IV 205, 218 y VI 426.

¹⁵⁸ *Levítico* 21, 16-23 contiene una lista de los defectos físicos que imposibilitaban el ejercicio del sacerdocio, aunque no les excluía de la participación en los demás privilegios de esta clase sagrada. Josefo cita como sacerdotes a un tal Simón «el Tartamudo» y a Matías «el Jorobado» entre sus antepasados (*Autobiografía* 3-4).

¹⁵⁹ La clase sacerdotal estaba dividida en esta época en veinticuatro familias, que atendían por turnos al servicio del Templo; cf. nota a IV 155.

¹⁶⁰ La prohibición de tomar bebidas alcohólicas se encuentra ya precisada en *Levítico* 10, 8-11; cf. asimismo *Ezequiel* 44, 21, FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Sobre*

las leyes especiales I 98-100, *Contra Apión* I 199 y *Antigüedades* III 279. El vino constituye una señal de impureza en los ministros del culto, que lo tienen prohibido simplemente con llevar puestas las vestiduras sacerdotales, según lo recoge el propio JOSEFO en *Antigüedades* III 279. Entre las prescripciones sagradas referentes al *nazir*, es decir, al «consagrado a Dios», existen también algunas que ordenan abstenerse de beber vino y todo lo que salga de la vid (cf. *Números* 6, 1-4, *Jeremías* 35, 2-6, *Amós* 2, 12, *Lucas* 1, 15). Tal rechazo al vino puede deberse a una reacción contra una práctica habitual entre los pueblos limítrofes, sobre todo entre los cananeos, como una forma de distinguirse de la vida licenciosa y fácil de los gentiles, como recuerda *Jeremías* 35, 5-8, aunque no se debe olvidar que los sacrificios judíos contaban con el acompañamiento de esta bebida (cf. *Éxodo* 29, 40 o *Números* 15, 5, 7, 10 y 28, 7-9, 14).

¹⁶¹ La elevada posición del sumo sacerdote restringía sus funciones sacerdotales a las festividades más solemnes. La ley le obligaba a officiar únicamente en el día de la Expiación, cuando presentaba a Dios el sacrificio expiatorio por toda la nación (cf. *Levítico* 16), aunque la práctica tardía le asignó otros momentos para desarrollar sus funciones, como testimonia Josefo en este pasaje.

¹⁶² Una descripción más extensa y detallada de las vestiduras del sumo sacerdote, que es un tema recurrente en la literatura judeo-helenística, se encuentra en *Antigüedades* III 151-178, *Testamento de Leví* 8 y FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Sobre la vida de Moisés* II 14; cf. también *Éxodo* 28, 4-40; 29, 8-9; 39, 27-37; *Levítico* 8, 6-9 y *Eclesiastés* 45, 7-12. A PLUTARCO, *Charlas de sobremesa* IV 6, el atuendo de los sumos sacerdotes le recuerda al dios Dioniso: la mitra, el efod, es decir, la piel de ciervo bordada en oro, la túnica talar, y las campanillas que cuelgan de su vestido son las pruebas plutarqueas de su argumentación. Plutarco, menciona unos coturnos que parecen ser invención suya, ya que ni en esta fuente de Josefo ni en ninguna otra se habla de algún tipo de calzado, sino que más bien todo apunta a que los sacerdotes oficiaban descalzos.

¹⁶³ Cf. V 212.

¹⁶⁴ Ya desde la traducción del *Éxodo* 28, 6 en la *Septuaginta* el término hebreo *ephodh* se ha traducido por el griego *epōmís*, que realmente es una prenda de vestir algo distinta a la de los sumos sacerdotes, pues era la parte superior de un vestido femenino sin mangas, que se sostenía sobre los hombros como una especie de capa.

¹⁶⁵ Los nombres de los doce hijos de Jacob o Israel, de los que derivan las doce tribus judías.

¹⁶⁶ Esta distribución de las piedras preciosas no coincide con la expuesta por el propio Josefo en *Antigüedades* III 168 ni con la lista de *Éxodo* 28, 17-20.

¹⁶⁷ Es el tetragrama sagrado, en escritura paleohebrea, del que se habla en *Éxodo* 3, 14-15 y 28, 36, *Carta de Aristeas* 98, FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Sobre la vida de Moisés* II 114 o *Antigüedades* III 178: YHVH, «Yo soy el que soy», el santo nombre de Dios. No parece correcto que fueran cuatro «vocales», sino que con propiedad sólo podrían ser la Y y la v en algunos casos. Tal vez en esta afirmación nuestro autor sigue la transcripción griega del nombre del dios judío,

alguna de las cuales contenía tres o cuatro vocales: *Iaó*, *leuó*, *Iaoué*, *Iabé*, entre otras.

¹⁶⁸ Descrito en V 219.

¹⁶⁹ La gran fiesta del día de la Expiación de *Levítico* 16, que tenía lugar el 10 del mes Tišrí del calendario hebreo, Hiperbereteo en el macedónico y entre septiembre y octubre en el juliano.

¹⁷⁰ En realidad Josefo no vuelve a tratar este tema, al menos en las obras conservadas. Tal vez se refiera a su tratado *Sobre las costumbres y las causas*, título de un trabajo sobre Dios y las Leyes citado en *Antigüedades* IV 198.

¹⁷¹ Herodes dio el nombre de Antonia, en honor de su amigo Marco Antonio, a la antigua fortaleza Baris levantada por Juan Hircano; cf. I 75, 118 y 401, y *Antigüedades* XV 292, 403, y XVIII 92.

¹⁷² En estas escaleras se sitúa la arenga de Pablo de Tarso a los judíos, cuando fue arrestado por las autoridades romanas, según recuerdan *Hechos de los Apóstoles* 21, 40.

¹⁷³ Su descripción se incluye en V 176-182.

¹⁷⁴ Cf. V 149-151.

¹⁷⁵ Después de este largo *excursus* sobre Jerusalén y su Templo, se retoma la narración del conflicto bélico, interrumpido en V 135.

¹⁷⁶ En esta obra no se vuelven a tratar estas cuestiones; véase, no obstante, la nota a V 237.

¹⁷⁷ Está claro que los idumeos no se habían retirado de Jerusalén, a pesar de lo que se dijo en IV 353.

¹⁷⁸ Sobre las diversas variantes con que aparece este nombre véase la nota a IV 271.

¹⁷⁹ Estos oficiales han sido ya reseñados en IV 235.

¹⁸⁰ Cf. V 27 ss.

¹⁸¹ La tercera muralla levantada por el rey Agripa; cf. V 147.

¹⁸² Es decir, la primera muralla; cf. V 142.

¹⁸³ Según cuenta el propio Josefo en sus *Antigüedades*, XX 17-52, los adiabenos, que habitaban la región superior del río Tigris, se habían convertido al judaísmo, su familia real había aceptado la circuncisión y su reina Helena se había trasladado a Jerusalén, donde levantó algunas construcciones; cf. nota a I 6 y IV 567.

¹⁸⁴ Es decir, la piscina de Siloé, aunque en V 410 se dirá que los romanos ocupaban esta fuente.

¹⁸⁵ Los palacios de estos dos reyes adiabenos, Monobazo y Helena, no han sido localizados con plena certeza, si bien se ha propuesto la cima de la colina Ofla; cf. comentario *ad loc.* de PELLETIER.

¹⁸⁶ La que se ha narrado en V 71-77, cuando los judíos atacaron a la décima legión mientras levantaba el triple campamento.

¹⁸⁷ En su programa de propaganda flaviana Josefo se deja llevar por su actitud filorromana hasta límites inospechados, como es éste, en que incluso defiende claramente la conquista de Jerusalén por parte de Roma; cf. apartado 5 de la Introducción.

¹⁸⁸ THACKERAY y PELLETIER, en el comentario a sus respectivas traducciones, ven en esta expresión formularia, que se repite en *Antigüedades* I 108, II 348, III 81, una cláusula retórica habitual en los escritores griegos y romanos para expresar su opinión personal; cf. DIONISIO DE HALICARNASO, I 48, 1 y III 35, 6.

¹⁸⁹ Juan Hircano (cf. I 54 ss). Este monumento citado más adelante en V 304, 356, 468 y VI 169, parece estar situado al nordeste del palacio de Herodes, cerca de la puerta de Genat.

¹⁹⁰ El tribuno y amigo de Josefo, que intervino de mediador en la rendición de éste ante los romanos; cf. III 346.

¹⁹¹ Cf. nota a IV 19 y 553.

¹⁹² Josefo distingue aquí, como en otros pasajes, entre los judíos, que son los sediciosos y rebeldes sublevados contra Roma, y el pueblo, que quería la paz y no estaba de acuerdo con esta guerra.

¹⁹³ En su derrota del año 66; cf. II 554.

¹⁹⁴ Cf. II 430.

¹⁹⁵ Seguramente serían miembros de las tropas auxiliares romanas, formadas por sirios, árabes u otros habitantes de regiones limítrofes a las judías. DIÓN CASIO, LXVI 5, 4 confirma la existencia de estos trófugas.

¹⁹⁶ Estas construcciones defensivas se denominaban *vinae*, por su parecido con una plantación de viñas, según se describe en III 163 y en VEGECIO, IV 15.

¹⁹⁷ Era la legión que había acampado más lejos de las murallas de la ciudad, en el monte de los Olivos; cf. V 135.

¹⁹⁸ Cf. nota a IV 19.

¹⁹⁹ Cf. nota a IV 583.

²⁰⁰ Un talento ático, la unidad de peso más utilizada en esta época en Palestina, equivalía a 36 kilos; cf. III 167.

²⁰¹ Para esta exclamación existen imágenes bíblicas paralelas, como *Lamentaciones* 3, 13, donde se presenta a las flechas como «hijas de la aljaba». Sin embargo, es posible que se haya producido una confusión o un juego de palabras entre el hebreo *hab-ben*, «hijo», y *ha-eben*, «piedra», o entre el griego *huiós*, «hijo», e *iós*, «flecha»; véase la discusión sobre ello en los respectivos comentarios *ad loc.* de RICCIOTTI y PELLETIER.

²⁰² La helépoli, literalmente «tomadora de ciudades», era una máquina de asalto que consistía en una torre, normalmente hecha de madera y cuero, móvil y equipada de artillería en la plataforma superior y de un ariete o catapulta en la parte inferior; cf. nota a II 553. No obstante, en este caso concreto no parece tratarse de una helépolis completa, sino más bien simplemente de un ariete, como se verá después en V 276, 281 y 282.

²⁰³ Los dos mil soldados escogidos que Tito había traído de Alejandría; cf. V 44.

²⁰⁴ Cf. SÜETONIO, *Tito* V, donde se añade que el príncipe romano mató a los judíos a flechazos.

²⁰⁵ La crucifixión era la forma de pena de muerte más cruel y vergonzosa entre los romanos, que se aplicaba a los esclavos y a los extranjeros para castigar el homicidio, el robo, la traición y la rebelión (cf. CÍCERÓN, *Contra Verres* V 64; TITO LIVIO, I 26; o *Hechos de los Apóstoles* 5, 37). Sobre la crucifixión entre los judíos, véase nota a IV 317.

²⁰⁶ En IV 235 es presentado como el más importante de los caudillos idumeos, mientras que en V 249 no se le nombra, sino solamente a su hermano Jacob y a Simón.

²⁰⁷ La proliferación de la artillería romana en esta época alcanza un importante grado de desarrollo y una variedad de artefactos que van desde la maquinaria ligera, trépanos, arietes, tortugas, oxibelas, etc., a las armas pesadas del tipo de las balistas, de complejos sistemas de lanzamientos, helépolis y otras torres de asalto; en general sobre estas cuestiones puede consultarse la obra de E. W. MARSDEN, *Greek and Roman Artillery: Historical development*, Oxford, 1969.

²⁰⁸ Se está personificando la máquina, la helépoli, que los soldados romanos utilizan para derribar el muro y así «vencer a los judíos».

²⁰⁹ Cf. nota a V 275.

²¹⁰ La primera desde el punto de vista romano, pero en realidad la tercera muralla, aquella que fue construida por el rey Agripa; cf. V 147.

²¹¹ En mayo del año 70. Artemisio, mes del calendario macedónico, equivalente al hebreo Iyyar y a mayo, en el cómputo juliano.

²¹² Cf. II 230.

²¹³ La tradición ubicaba en este lugar el campamento del rey asirio Senaquerib (cf. *II Reyes* 18, 17 y 19, 35). Su emplazamiento exacto no es conocido, si bien parece que estaba cerca de la torre Psefino.

²¹⁴ No se ha localizado el emplazamiento de la tumba de Alejandro Janeo, cuyo reinado ha sido narrado en I 85-106.

²¹⁵ La actual puerta de Jafa.

²¹⁶ Cf. nota a V 275.

²¹⁷ El propio historiador, autor de esta obra.

²¹⁸ Precisamente es la piedad y la compasión uno de los rasgos de la personalidad de Tito más destacados por Josefo; cf. II 64, IV 92 ó V 59.

²¹⁹ Sobre la existencia de numerosos subterráneos de la ciudad de Jerusalén véanse las notas a V 102 y 104.

²²⁰ De esta misma forma escapó también el judío Níger; cf. III 27.

²²¹ Por la torre central de la muralla norte, es decir, de la primera muralla, cf. V 317.

²²² El tercer muro desde el punto de vista romano, era el primero en el orden cronológico de construcción; cf. V 302.

²²³ Cf. nota a V 153.

²²⁴ El mismo interés manifestará Tito en VI 95, cuando la toma de Jerusalén haya sido completa.

²²⁵ Cf. la toma de Jotapata en III 324.

²²⁶ Por el lugar señalado en V 331.

²²⁷ En realidad la primera muralla, desde el punto de vista judío, la más antigua y próxima a la ciudad, cf. V 302.

²²⁸ Esta descripción en tono épico y formulario se repite en III 250 y 262, y aparecía ya en la narración de la batalla de Bet Zacarías de *I Macabeos* 6, 39.

²²⁹ Esta actitud de firmeza ante la muerte es típica de una serie de personajes que se han enfrentado a un poder políticamente opresor contra las leyes judías: el caso de los Macabeos frente a los Seléucidas (*I Macabeos* 2, 50; *II Macabeos* 6, 28 y 7, 2) o los doctores ejecutados por Herodes a causa del incidente del águila de oro (I 648-655). Así lo recuerda también el propio JOSEFO en *Contra Apión* II 234.

²³⁰ Sobre la personificación de la Fortuna o Destino en la obra de Josefo puede consultarse el apartado 5 de la Introducción.

²³¹ Cf. nota a V 259.

²³² Los desertores del bando romano habían sido sus instructores en el manejo; cf. V 268-269.

²³³ Cf. notas a IV 9 y 583.

²³⁴ No es así, pues aún faltaba por conquistar la torre Antonia, el Templo y la Ciudad Alta; cf. V 356.

²³⁵ En un claro estilo oratorio griego se repiten los tópicos e ideas del discurso del rey Agripa II a los subevados de Jerusalén para evitar la guerra; cf. II 355-374.

²³⁶ La Fortuna en sentido clásico y el Dios hebreo se funden en esta expresión, hasta el punto de ser perfectamente sinónimos. La teología flaviana se pone de parte de Roma, sin olvidar su fe en la Providencia divina, demostrada por las Sagradas Escrituras. La guerra de los judíos contra los romanos entraba también en los planes divinos y es el propio Dios el que está ya desde un principio decidiendo su desenlace en contra del pueblo hebreo. En realidad el tema del abandono de Israel

en favor de Roma no es obra de una caprichosa Fortuna, sino de esa Providencia, que castiga y premia; cf. apartado 5 de la Introducción.

²³⁷ Estas mismas palabras y argumentos utilizó Nicanor para convencer a Josefo para que saliera de la cueva de Jotapata; cf. III 347.

²³⁸ La tercera muralla desde el punto de vista romano, propiamente la primera, la más antigua; cf. V 331.

²³⁹ Realmente el discurso de Flavio Josefo se inicia en V 363. Ahora sus palabras pasan del estilo indirecto al directo, lo que no es sólo un recurso meramente estilístico, sino que en el fondo es un discurso judío el que sucede uno romano, siempre dentro de ese conflicto personal de la doble mentalidad de nuestro historiador; cf. B. THEROND, «Discours au style indirect et discours au style direct dans la *Guerre Juive* de Flavius Josèphe», *Hellenica et Judaica. Hommage à V. Nikiprowetsky*, París, 1986, págs. 139-154.

²⁴⁰ Princesa, no como título regio, sino en sentido etimológico, ya que en hebreo Sara significa «princesa».

²⁴¹ Esta historia no se encuentra en los textos bíblicos (cf. *Génesis* 12, 10-20 y 20, 1-17, donde este hecho ocurre durante la estancia de Abraham en Egipto), sino que parece proceder de otros escritos, no conocidos, donde se recreaban las leyendas bíblicas, como se observa en numerosos pasajes de sus *Antigüedades*. Hay, por otra parte, un anacronismo, dado que Neco no es un faraón de época patriarcal, sino que es aquel que siglos más tarde combatirá contra el rey de Judá, Josías (cf. *II Reyes* 23, 29 ss.).

²⁴² Se están mezclando varias historias de la Biblia. Estos «trescientos dieciocho» hombres se insertan en la campaña de los cuatro reyes, contra los que Abraham se alzó con este número de soldados para liberar a Lot; cf. *Génesis* 14, 14.

²⁴³ Este suceso pertenece al ciclo de Abraham, pero no concretamente a la historia de Sara y el Faraón de Egipto, sino a la de Abimelek. Éste, que era rey de Guzer, se apoderó también de Sara y, gracias a la aparición de Dios en sueños, la liberó y a continuación hizo diversas ofrendas a Abraham; cf. *Génesis* 20.

²⁴⁴ *Génesis* 46 ss. y *Éxodo* 1 relatan la estancia de los hebreos en Egipto, cuando Jacob, poco antes de morir, se trasladó allí con todos los suyos por indicación de Dios.

²⁴⁵ Este número de años es el que augura Yahveh a los descendientes de Abraham; cf. *Génesis* 15, 13 y *Antigüedades* II 204. En *Éxodo* 12, 40 y *Antigüedades* II 318 la cifra alcanza cuatrocientos treinta años, incluyendo la estancia en Canaán.

²⁴⁶ Cf. *Éxodo* 7 ss.

²⁴⁷ No en época de Josefo, pero sí desde antiguo, el apelativo de Palestina se aplicaba a una parte de Siria (cf. HERÓDOTO, III 91), e incluso a tierra filisteá, el litoral mediterráneo desde Cesarea hacia el sur.

²⁴⁸ Uno de los grandes dioses del panteón semítico, con especial relevancia en el culto de Siria, de Canaán, del país de los amorreos y de los filisteos. El *Antiguo*

Testamento cita en numerosas ocasiones a este dios, que se le ha identificado con diversas divinidades y se le ha venerado con distintos epítetos; cf. *II Reyes* 5; 18, *I Samuel* 5; *I Macabeos* 10, 83, etc.

²⁴⁹ Más bien, los filisteos; cf. *I Samuel* 4-6. En este relato Josefo amplía con tintes retóricos y literarios la historia, contenida en este libro bíblico, sobre la derrota de los israelitas por los filisteos y el correspondiente hurto del Arca de la Alianza.

²⁵⁰ En el llamado «Campamento de los asirios», cf. nota a V 303.

²⁵¹ Cf. *II Reyes* 19, 35.

²⁵² Es decir, el propio Dios, que a lo largo de la historia de Israel ha luchado del lado de su pueblo, como un auténtico «aliado» de guerra; cf., por ejemplo, *II Macabeos* 8, 23-24; 10, 16 y 12, 36.

²⁵³ Cf. *II Reyes* 25, 1-10 y *Jeremías* 39 y 52.

²⁵⁴ El relato bíblico menciona varios intentos de ejecución contra el profeta; cf. *Jeremías* 18, 18 y 22; 26, 8 y 38, 4 ss.

²⁵⁵ Cf. I 31 ss.; *Antigüedades* XII 242 ss.; *I Macabeos* 1, 20 ss. y *II Macabeos* 5, 11 ss. No parece que los judíos tomaran las armas contra Antíoco Epífanes, sino que Josefo en los otros relatos paralelos dirá simplemente que en una ocasión el soberano selúcida tomó Jerusalén «sin combatir» (cf. *Antigüedades* XII 246) y en otra lo hizo «a traición» (cf. *Antigüedades* XII 248).

²⁵⁶ Desde diciembre del año 68 hasta junio del 65, los mil doscientos noventa días de la profecía de *Daniel* 12, 11; cf. nota a I 33.

²⁵⁷ Josefo en este contexto histórico, al igual que otras obras de la literatura greco-judía, vuelve su mirada al pasado para así reinterpretar su propia historia. Por otra parte, los judíos siempre han tenido el deber de recordar el pasado, según lo expresa, por ejemplo, *Deuteronomio* 7, 18: «Acuérdete bien de lo que Yahveh, tu Dios, hizo al faraón y a todo Egipto».

²⁵⁸ Estos hechos han sido narrados con detalle en I 120 ss.

²⁵⁹ Cf. I 131-154.

²⁶⁰ Cf. I 149 y *Antigüedades* XIV 66.

²⁶¹ Sobre este personaje, véase I 345-353 y *Antigüedades* XIV 468.

²⁶² En I 351 se habla de cinco meses, no de seis, y en *Antigüedades* XIV 476 se precisa simplemente que estos hechos acaecieron «al tercer mes».

²⁶³ Es decir, Moisés, el legislador judío por antonomasia; cf. III 376.

²⁶⁴ En la descripción del Templo (cf. V 193-194) se ha precisado ya el límite que separa el «atrio de los gentiles» del de los judíos en el culto de Yahveh y la pena de muerte que recaía sobre aquel que osara transpasarle; cf. nota a II 341.

²⁶⁵ Véase nota a V 389.

²⁶⁶ El rey asirio Senaquerib.

²⁶⁷ Senaquerib impuso al rey hebreo Ezequías un tributo de trescientos talentos de plata y treinta de oro; cf. *II Reyes* 18, 13-16.

²⁶⁸ Cf. IV 604.

²⁶⁹ La riqueza de agua y las instalaciones hidráulicas de Jerusalén son reseñadas por diversos textos, como la *Carta de Aristeas* 88-91, TÁCITO, *Historias* V 12, o DIÓN CASIO LXVI 4, 5.

²⁷⁰ Medida griega de volumen equivalente a media metreta, muy utilizada en Roma como sinónimo de *quadrantal*, de 2 *urnae* o 48 *sextarii*, unos 26 litros; cf. AULO GELIO, XVIII 1, 9, y PLINIO, *Historia natural* IX 93.

²⁷¹ Nabucodonosor; cf. V 391. Este prodigio de la fuente de Siloé no consta en los textos bíblicos.

²⁷² En tiempos de la destrucción del Templo por Nabucodonosor también Yahveh abandonó su lugar sagrado (cf. *Ezequiel* 11, 23). La idea de que Dios ha abandonado a su pueblo y está de la parte de los romanos se repite con más insistencia en estos últimos momentos de Jerusalén; cf. nota a V 367.

²⁷³ La madre de Flavio Josefo está en prisión (cf. V 544-545), como también su padre Matías (cf. *Autobiografía* 6), que no es mencionado en esta exclamación; cf. V 533.

²⁷⁴ La primera mujer de Josefo, a la que repudió en el año 76 ó 77, durante su estancia en Roma, para casarse después con una judía de la isla de Creta; cf. *Autobiografía* 426-427.

²⁷⁵ La familia de Josefo pertenece a la primera de las veinticuatro clases sacerdotales y se cuenta entre los descendientes de los Asmoneos; cf. *Autobiografía* 1-2.

²⁷⁶ En esta situación Josefo se presenta como un nuevo Jeremías y son muchos los paralelos en las lamentaciones de ambos personajes. La historia del presente repetía un conocido pasado bíblico: Roma era la nueva Babilonia, como muy bien los ejemplificarán los apocalipsis judíos de este período. Josefo se dirige a sus compatriotas en términos idénticos a los que antaño hizo Jeremías, sin que tampoco ellos hagan caso a sus palabras. Josefo no veía otra salida a este conflicto, al igual que le ocurría a Jeremías. Dios castigará a una generación corrompida por haber mancillado y haber convertido el Templo en una «cueva de ladrones» (cf. *Jeremías* 7, 11 y 19, 4). Flavio Josefo y el profeta Jeremías han sido testigos de uno de esos terribles momentos de la historia en el que Dios da la espalda a su pueblo; cf. M. HADAS-LEBEL., *Flavius Josèphe. Le juif de Rome = Flavio Josefo. El judío de Roma*, Barcelona, 1994, págs. 175-179.

²⁷⁷ Como anota RICCIOTTI en su traducción, esto era posible porque las monedas de la época de Nerón pesaban unos ocho gramos y tenían un diámetro máximo de dieciocho milímetros.

²⁷⁸ Este panorama desolador repite la descripción bíblica de la destrucción de Jerusalén por obra de Nabucodonosor, según se relata en los libros del ciclo de Jeremías: devorar la carne de los propios hijos (*Jeremías* 19, 19), dejar los muertos sin enterrar (*Jeremías* 9, 21 y 14, 15-16), etcétera.

²⁷⁹ Otro caso más de la apología de la actividad bélica de Roma en Judea. En VI 254-258 Tito intentará salvar el Templo frente a la locura de los zelotes.

²⁸⁰ Cf. VI 165, 167 y 364.

²⁸¹ Cf. VI 254-266.

²⁸² Los terraplenes que se habían levantado junto a la torre Antonia y al monumento de Juan Hircano; cf. V 356.

²⁸³ Sobre este tipo de suplicio véase nota a V 289.

²⁸⁴ Tres eran las formas de cruz conocidas en los suplicios: un palo transversal (*patibulum*) que el condenado transportaba y que se fijaba o bien en lo más alto del un poste vertical, en forma de T (*crux commisa* o *patibulata*), o bien un poco más abajo, en forma de cruz latina o griega (*crux immisa* o *capitata*). La *crux decussata*, en forma de aspa, no pertenece a esta época.

²⁸⁵ La exclusividad del culto judío impedía la entrada de los extranjeros en el Templo de Jerusalén. La balaustrada mencionada en V 193-198 separaba el «atrio de los gentiles» del «atrio de los judíos».

²⁸⁶ Esta afirmación se sitúa en la interpretación cósmica del Templo señalada en V 212. No obstante, también hay que ver en ella una manifestación de la fe escatológica de los sitiados en el nuevo reino mesiánico. Tito y Flavio Josefo quieren salvar el Templo terreno, mientras que Juan de Giscala y los rebeldes, encerrados en el recinto sagrado, piensan en la Jerusalén celestial.

²⁸⁷ En estas manifestaciones se contiene la filosofía o, mejor, la doctrina religiosa de los insurrectos: la idea de que Dios es aliado de su pueblo, Israel, comentada en nota a V 389, y la confianza en la inexpugnabilidad del Templo y de la ciudad de Jerusalén (cf. nota a IV 127).

²⁸⁸ Antíoco IV, rey de Comagene, en el norte de Siria, era aliado de los romanos, de Cestio y de Vespasiano; cf. II 500 y III 68.

²⁸⁹ Pequeño reino situado en el Éufrates superior, entre Cilicia y Armenia, al sur de Capadocia, cuya capital era Samosata.

²⁹⁰ En VII 219-243 se narrará el final de este reino.

²⁹¹ El famoso aforismo que Solón enuncia al rey Creso; cf. HERÓDOTO, I 32.

²⁹² Alejandro Magno. En II 360 Josefo recuerda esa Fortuna de Macedonia que en otro tiempo, con Alejandro, extendió el poder sobre todo el mundo habitado, mientras que ahora los macedonios están también sometidos ante los nuevos señores favorecidos por esa misma Fortuna.

²⁹³ Cf. V 356.

²⁹⁴ El 16 de junio del año 70.

²⁹⁵ Tal vez se pueda identificar esta piscina, llamada también Estrutio, con los restos hallados al noroeste de la torre Antonia; cf. G. A. SMITH, *Jerusalem. The Topography, Economics and History from the earliest times to A. D. 70*, Londres, 1908, I, pág. 116.

²⁹⁶ Esta fuente, conocida también con el nombre griego de Amígdalo, podría identificarse con la piscina de Ezequías, al norte del palacio de Herodes (cf. PELLETIER en su comentario *ad loc.*) o con la fuente del Baño del Patriarca, próxima a la actual puerta de Jafa (cf. TAHCKERAY, en la correspondiente nota a su traducción).

²⁹⁷ El monumento de Juan Hircano; cf. V 259.

²⁹⁸ Los terraplenes que estaban levantando la décima y décimoquinta legión; cf. V 468.

²⁹⁹ Cf. nota a V 275.

³⁰⁰ De él se volverá a hablar en VI 92 y 148.

³⁰¹ Hija de Agripa I y hermana de Agripa II; cf. II 220. Es muy probable que este tal Magasaro, funcionario de la monarquía judía favorable a Roma, hubiera desertado y se hubiera pasado al bando de los zelotes.

³⁰² Sobre los problemas de transcripción al griego de este nombre semítico, véase el comentario de PELLETIER.

³⁰³ Sobre este artefacto y otros similares véase nota a IV 553.

³⁰⁴ Los campamentos romanos presentaban el aspecto de una fortificación con murallas y torres; cf. III 79.

³⁰⁵ Recordemos la descripción de la ciudad hecha en V 136 ss.

³⁰⁶ Como recuerda TÁCITO, *Historias* V 11, Tito deseaba también acabar con el «problema judío» para regresar a Roma, donde su padre Vespasiano acababa de recibir el poder imperial.

³⁰⁷ Se repite aquí la el aforismo de inspiración sofoclea (*Electra* 995), que ya se anotó en otros pasajes, III 153, 112 y 495.

³⁰⁸ Sobre la ubicación de este «Campamento de los Asirios» véase nota a V 303.

³⁰⁹ Cf. nota a V 151.

³¹⁰ La localización de esta roca, concida también con el nombre griego de Peristereo, en el barranco del Cedrón no ha sido precisada aún.

³¹¹ La fuente de Siloé; cf. nota a V 140.

³¹² Seguramente se trata del Anás del *Nuevo Testamento* (cf. *Juan* 18, 12 y 24); cf. nota a II 563.

³¹³ Lugar desconocido.

³¹⁴ Cf. V 108.

³¹⁵ En V 159 se ha precisado que el perímetro completo de la ciudad era de 33 estadios, si bien en este caso el muro de circunvalación tiene que ser necesariamente mayor.

³¹⁶ Los romanos dividían la noche en cuatro *vigiliae*, es decir, en cuatro turnos de guardia militar de tres horas cada uno de ellos. En esta época los judíos seguían este cómputo de las horas nocturnas, como lo testimonia *Mateo* 14, 25 o *Marcos* 13, 35. El *Antiguo Testamento* (*Jueces* 7, 19 o *I Samuel* 11, 11) se guiaba por un sistema de tres vigiliassolamente.

³¹⁷ Tiberio Alejandro; cf. V 45.

³¹⁸ Los terraplenes mencionados en V 466 ss.

³¹⁹ Entre 16 y 17 kilómetros.

³²⁰ El sumo sacerdote citado en IV 574.

³²¹ Esta afirmación se contradice con VI 114, donde se precisa que este hijo huyó después de la muerte de su padre Matías.

³²² Tal vez haya que leer aquí Magadato, si tenemos en cuenta la nueva mención de Anano, como hijo de Magadato, en VI 229.

³²³ Del Sanedrín; cf. nota a V 144.

³²⁴ Matías, el padre del propio historiador; cf. V 419.

³²⁵ Las nueve de la mañana, según el sistema horario romano seguido por Josefo y también por el *Nuevo Testamento*.

³²⁶ Cuando se conoció en Jerusalén la noticia de la caída de Jotapata se difundió también el rumor de que Josefo había muerto; cf. III 432-439.

³²⁷ Sobre el escrupuloso cuidado que pone Josefo en distinguir entre el pueblo judío y los «sediciosos» puede verse la nota a IV 141 y V 27.

³²⁸ V 421.

³²⁹ Estas monedas eran los áureos romanos, que equivalían a una estatera de oro griega, es decir, veinticinco dracmas griegos. Como se indicará en VI 317 el oro se había desvalorizado con la guerra.

³³⁰ Árabes y sirios formaban parte de las tropas auxiliares romanas.

³³¹ Las rivalidades y odios entre judíos, árabes y sirios son tradicionales desde época antigua y normales entre poblaciones vecinas, como muy bien precisa TÁCITO, *Anales* V 1; cf. nota a IV 535.

³³² Otra de las frases claves de la teología flaviana; cf. apartado 5 de la Introducción.

³³³ Los aliados extranjeros, sirios y árabes.

³³⁴ Cf. nota a V 8.

³³⁵ FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Embajada a Cayo* 157 y 319, se hace eco estas ofrendas.

³³⁶ Sobre el sentido impropio del término griego *basileús* para los emperadores de Roma, véase nota a V 58.

³³⁷ La importancia del culto extranjero, sobre todo romano, en el Templo de Jerusalén ha sido comentada en nota a II 197 y IV 181.

³³⁸ Juan de Giscala.

³³⁹ El que se utilizaba para los holocaustos: un cordero debía ir acompañado de un cuarto de *hîn* de vino (cf. *Éxodo* 29 y *Números* 15, 5), el de un carnero de un tercio de *hîn* (cf. *Números* 28, 14) y el de un toro de medio *hîn* de vino (cf. *Números* 15, 10).

³⁴⁰ Según el tratado *Middot* 2, 6, el vino y el aceite se guardaban en una estancia situada al suroeste del atrio de las Mujeres.

³⁴¹ En el Proemio (cf. I 9 y 11) de esta obra nuestro autor manifestó ya la voluntad de expresar sus propios sentimientos, a pesar de que lo prohibían las normas de la historiografía.

³⁴² Nuestro autor aduce ejemplos bíblicos que emulan la presente situación de la ciudad de Jerusalén: el caso de Coré, tragado por la tierra (cf. *Números* 16, 32), la inundación producida por el famoso diluvio de Noé (cf. *Génesis* 6 ss.), o la destrucción de Sodoma y Gomorra ya recordada en IV 484-485.

³⁴³ Cf. V 99 y 133.

³⁴⁴ El 20 de julio del año 70, según el cómputo de la edición de NIESE.

³⁴⁵ Sobre el sentido de este término en este momento, véase la nota a IV 318.

³⁴⁶ Véase la nota a IV 317 sobre la importancia de dar sepultura a los muertos entre los judíos.

³⁴⁷ La cifra es exagerada, si se tienen en cuenta los datos que tenemos sobre la posible población de Jerusalén en este momento. Según el cómputo de M. BROSHI, «La population...», el número de los habitantes de Jerusalén, que antes de la revuelta podían llegar a ochenta y cinco mil aproximadamente, aumentó de forma considerable con la llegada de la población del campo de Judea; cf. IV 137. No obstante, TÁCITO, *Historias* V 13, da la misma cifra de Josefo, pero referida no a los muertos, sino al número total de asediados en la ciudad.

³⁴⁸ El talento griego de 6.000 dracmas, unos 21 ó 22 kilogramos de plata, está documentado como unidad monetaria en los últimos libros del *Antiguo Testamento* y, por supuesto, en el *Nuevo Testamento*.

LIBRO VI

NOTA TEXTUAL

EDICIÓN DE NIESE	NUESTRO TEXTO
144 (11) σταδιαίαν	σταδαίαν Thackeray
229 (21) ἀφαμμαούς	ἀπ' Ἀμμαοῦς <i>C</i>
252 (5) † φλόγος	ῥλης <i>MLVRC</i>
345 (6) βασανίσας	βασανίσαι Destinon

SINOPSIS

EL SITIO Y LA TOMA DE JERUSALÉN. DESDE LA CAÍDA DE LA TORRE ANTONIA HASTA LA DESTRUCCIÓN TOTAL DE LA CIUDAD

(julio – septiembre del 70 d. C.)

[1. Los romanos levantan nuevos terraplenes.](#) – [15. Los judíos fracasan en su ataque.](#) – [23. Caída de la torre Antonia.](#) – [33. Tito arenga a sus soldados.](#) – [54. El sirio Sabino escala la muralla.](#) – [68. Los soldados romanos avanzan hacia el Templo.](#) – [81. El centurión Juliano.](#) – [93. Fin del sacrificio perpetuo. Discurso de Josefo a los judíos asediados.](#) – [111. Deserciones judías.](#) – [124. Nuevas exhortaciones de Tito.](#) – [129. Ataque nocturno de los romanos. Nuevos terraplenes.](#) – [152. Ofensiva judía.](#) – [161. El jinete Pedanio.](#) – [164. Incendio de los pórticos del Templo.](#) – [169. Jonatán y Pudente.](#) – [177. Estratagema judía.](#) – [186. El heroísmo de Longo y Antonio. Incendio del pórtico norte.](#) – [193. El hambre se adueña de los sitiados. Casos de antropofagia.](#) – [214. Reacción de Tito y sus soldados ante estas atrocidades.](#) – [220. Fracaso del ataque romano al muro del Templo.](#) – [228. Tito ordena prender fuego a las puertas.](#) – [236. Consejo de guerra romano.](#) – [244. Los judíos fracasan en su asalto.](#) – [249. El incendio del Templo. Tito intenta apagarlo.](#) – [271. Las calamidades del incendio del Templo y sus alrededores.](#) – [288. Presagios y oráculos sobre la catástrofe de Jerusalén.](#) – [300. El falso profeta Jesús, hijo de Ananías.](#) – [316. Tito es aclamado emperador. Ejecución de los sacerdotes.](#) – [327. Discurso de Tito a los vencidos.](#) – [351. Tito decide destruir la ciudad.](#) – [356. La familia del rey Izate se entrega.](#) – [358. Los rebeldes asaltan el palacio real.](#) – [363. Incendio de la Ciudad Baja.](#) – [370. Los judíos se refugian en las galerías subterráneas.](#) – [374. Los romanos se disponen a asaltar la Ciudad Alta.](#) – [378. Los idumeos intentan rendirse.](#) – [387. Los tesoros del Templo son entregados a los romanos.](#) – [392. La Ciudad Alta cae en manos romanas.](#) – [403. Victoria total de Tito sobre la ciudad.](#) – [409. Tito entra en Jerusalén.](#) – [414. Muertos y prisioneros judíos.](#) – [428. Los refugiados en los subterráneos. Juan de Giscala es capturado.](#) – [435. Cronología de la historia de Jerusalén.](#)

Los romanos levantan nuevos terraplenes

La situación de Jerusalén empeoraba [1] cada día, pues los rebeldes se excitaban aún más a causa de las desgracias y el hambre hacía presa también en ellos después de haberlo hecho en el pueblo¹. El [2] número de cadáveres que se amontonaban a lo largo de la ciudad presentaba una horrible visión y desprendía un olor pestilente que impedía las incursiones de los combatientes. Pues, en efecto, era preciso que ellos, que avanzaban por un campo de batalla lleno de innumerables muertos, pisotearan sus cuerpos. Sin embargo, pasaban por encima de ellos sin [3] miedo, sin compadecerse y sin tener como un mal augurio para sí mismos el ultraje hecho a los muertos. Con sus manos [4] llenas de sangre de compatriotas salían a luchar contra gente extranjera y, según me parece, echaban en cara a Dios su lentitud en castigar a sus enemigos, pues ahora la guerra no cobraba fuerza por la expectativa de una victoria, sino por la desesperación de salvarse. Por su parte los romanos, [5] que habían soportado muchos esfuerzos en la recogida de materiales para la construcción, levantaron los terraplenes en veintiún días. Como ya he dicho², talaron todo el territorio que rodea la ciudad en una extensión de noventa estadios. [6] La visión de esta zona era digna de lástima, ya que los terrenos que antes estaban embellecidos con árboles y jardines se hallaban ahora abandonados y sin vegetación en ningún [7] sitio. Ningún extranjero que hubiera visto la Judea de antaño y los hermosísimos arrabales de la ciudad, al contemplar entonces su desolación, podría estar sin lamentarse y sin llorar por el cambio tan grande que en ella se había [8] producido. La guerra había acabado con todas las señales de la belleza de antes y, si uno de los que conocía el lugar regresara de pronto, no lo reconocería, sino que buscaría la ciudad, a pesar de estar al lado de ella.

[9] La conclusión de los terraplenes hizo que, tanto entre los [10] judíos como entre los romanos, surgiera el miedo. Los

primeros suponían que la ciudad sería conquistada, en el caso de que no consiguieran prender de nuevo fuego a los terraplenes, mientras que los segundos sabían que nunca la tomarían, [11] si les destruían sus obras. Pues no había madera y los soldados ya no tenían fuerza, a causa de las fatigas, y les [12] faltaban ánimos, debido a las continuas desgracias. Las desdichas de la ciudad afectaban más a la situación anímica de los romanos que a la de sus propios habitantes, pues se enfrentaban a combates que en medio de tan grandes reveses [13] no se habían debilitado. Mientras tanto, ellos perdían poco a poco sus esperanzas al ver que sus terraplenes caían ante los ataques del enemigo, que sus máquinas no podían con la solidez de la muralla y que los combates cuerpo a cuerpo cedían ante la audacia de sus adversarios. Pero lo más importante de todo era comprobar que los judíos conservaban una fortaleza de espíritu por encima de tantas miserias, [14] de la sedición, del hambre y de la guerra. Los romanos creían que los ataques de estos hombres serían invencibles y que no podrían dominar el coraje que ellos conservaban en las desgracias. ¿Qué no podrían soportar los judíos, si el Destino³ les favoreciera, cuando ahora en un momento adverso se llenaban de valor? En consecuencia, fortificaron aún más la vigilancia de los terraplenes.

Los judíos fracasan en su ataque

Los hombres de Juan reforzaron la [15] seguridad por el lado de la torre Antonia, en vista de lo que pudiera ocurrir en caso de que se destruyese la muralla, y antes de que los enemigos acercaran los arietes atacaron las obras. Sin embargo no consiguieron su propósito, [16] sino que salieron con antorchas y, sin llegar a los terraplenes, se volvieron tras haber enfriado bastante sus esperanzas. En primer lugar, el plan no parecía estar concertado, [17] pues salían en grupos, a intervalos, titubeando por el miedo que sentían, y, por decirlo en una palabra, no de una manera propia de judíos⁴. Carecían

de las características propias de su nación, a saber, la audacia, el ímpetu, el atacar a la vez y el no retirarse ante la derrota. Salieron con menos ardor que el [18] habitual y encontraron a los romanos formados en orden de batalla y con más fuerza que de costumbre. Cerraban por [19] todos los lados el paso a los terraplenes con sus cuerpos y armaduras, de tal forma que no dejaban por ningún sitio espacio por el que prenderles fuego. Además, cada uno de ellos tenía su espíritu decidido a no moverse de su puesto hasta morir. Efectivamente, aparte de perder todas sus esperanzas, [20] en el caso de que volvieran a quemar sus obras, se apoderó de los soldados una terrible vergüenza por el hecho de que la astucia triunfara totalmente sobre el valor, la desesperación sobre las armas, el número sobre la destreza y [21] judíos sobre romanos. Al mismo tiempo colaboraban con estos últimos las máquinas lanzadoras⁵ que alcanzaban a los judíos, cuando se acercaban a los terraplenes. Así, el que caía se convertía en un obstáculo para el que venía detrás y el peligro de seguir adelante debilitó aún más sus fuerzas. [22] Algunos de los que huían del interior de la línea de los disparos, antes de entrar en combate, se retiraban asustados por la disciplina y las densas filas de los enemigos, mientras que otros lo hacían heridos por las lanzas⁶. Al final, se dieron la vuelta sin hacer nada, acusándose unos a otros de cobardía. El ataque tuvo lugar en el novilunio del mes de Panemo⁷.

Caída de la torre Antonia

[23] Cuando los judíos se retiraron, los romanos acercaron las helépolis⁸, a pesar de que desde la Antonia les arrojaban piedras, fuego, hierro y todo tipo de objetos que la necesidad proporcionaba a los enemigos. [24] En efecto, aunque los judíos tenían mucha confianza en la muralla y menospreciaban las máquinas, sin embargo [25] intentaban que los romanos no las acercaran. Estos últimos, como creían que los hebreos se esforzaban por impedir el ataque a la Antonia a causa de la

debilidad del muro y como tenían la esperanza de que sus cimientos estarían ya resentidos, [26] aumentaron sus esfuerzos. Los golpes contra el muro no cesaban, sino que los romanos, que no paraban de recibir proyectiles y no cedían a ninguno de los peligros que les venían desde arriba, mantenían activas las helépolis. Sin [27] embargo, como estaban en desventaja y eran golpeados por las piedras, otros soldados se cubrieron sus cuerpos con los escudos⁹ y socavaron los cimientos de la muralla con sus manos y con palancas. De esta forma, con grandes esfuerzos, removieron cuatro bloques de piedra. La noche hizo [28] que unos y otros se tomaran un respiro. Sin embargo, entonces se vino abajo de repente el muro, abatido por los arietes, al ceder una mina por el lugar donde Juan había abierto una galería para hacer frente a los primeros terraplenes del adversario¹⁰.

Este suceso produjo en los ánimos de los dos bandos [29] reacciones inesperadas. Los judíos, que lógicamente deberían [30] haberse amedrentado, aumentaron su valor porque la Antonia aún continuaba en pie, además de porque el muro no había caído de forma inesperada y habían tomado precauciones para ello. Por su parte la correspondiente alegría [31] de los romanos por este derrumbamiento desapareció al ver otro muro que los secuaces de Juan habían levantado detrás de aquél en el interior. No obstante, el ataque contra este segundo [32] muro parecía más sencillo que el precedente, pues resultaba más fácil de escalar gracias a los escombros; además creían que éste era mucho más endeble que el de la torre Antonia y que podría ser destruido con rapidez al tratarse de una construcción provisional. A pesar de ello nadie se atrevió a subir por él, pues la muerte era segura para los que se arriesgaran a ello los primeros.

Tito arenga a sus soldados

[33] Tito, que pensaba que el coraje de los combatientes se enardecía más con esperanzas y discursos, y que las arengas y

promesas hacían muchas veces olvidar los peligros y, en ocasiones, hasta despreciar la muerte, reunió por este motivo a los más valientes de [34] sus hombres y les puso a prueba con estas palabras: «Compañeros de lucha, aconsejar realizar hazañas que no comporten peligro no es glorioso para los que son exhortados y supone una señal de cobardía para el autor de la arenga. [35] Creo que es necesario animar a entrar en acción sólo en el caso de empresas arriesgadas, ya que conviene que los otros [36] actos los haga cada uno por su cuenta. En consecuencia, yo mismo os confieso que es difícil la escalada del muro. Sin embargo, también os digo que para los que aspiran al valor es muy conveniente luchar contra las dificultades, que es bello morir con gloria y que no quedará sin recompensa la nobleza de los que afronten el riesgo los primeros. A continuación [37] voy a detallaros estos puntos. En primer lugar, la fortaleza de los judíos y su tenacidad, que tal vez haría desistir [38] a otros, ha de ser para vosotros un estímulo. Sería una vergüenza que los romanos, mis soldados, que durante la paz han sido instruidos para la guerra y que están acostumbrados a vencer en el combate¹¹, fuesen inferiores a los hebreos en fuerza física y espíritu. Además esto ocurre cuando la consecución del triunfo está cerca y Dios colabora con [39] nosotros¹². Nuestros reveses proceden de la desesperación de los judíos, mientras que sus sufrimientos aumentan con nuestro valor y con la participación de la divinidad. La sedición, [40] el hambre, el asedio y los muros que se vienen abajo sin la acción de las máquinas, ¿Qué son, si no indicios de la cólera divina contra ellos y de la correspondiente ayuda para nosotros? Realmente no sería propio de romanos no sólo el [41] ser vencidos por individuos inferiores, sino también el traicionar la alianza divina. Cómo no va a ser una vergüenza [42] que los judíos, que no tienen ningún reparo en ser dominados, porque ya conocen la esclavitud¹³, desprecien la muerte para no tener que padecer más esa servidumbre y hagan muchas veces incursiones contra

nosotros, no por la esperanza de obtener el triunfo, sino para demostrar su valentía. Y que en cambio, vosotros, que sois dueños de casi toda la [43] tierra y del mar, y para quienes es también un oprobio no vencer, no os arriesguéis ni una sola vez a atacar a los enemigos, sino que, con armas tan poderosas, esperéis sentados [44] sin hacer nada el hambre y el golpe de la Fortuna¹⁴, cuando podíais obtener el triunfo total con un pequeño riesgo¹⁵. Si [45] subimos a la torre Antonia, nos apoderaremos de la ciudad, pues, aunque surgiera algún combate contra los de dentro, algo que no creo que ocurra, el estar en la cima de la colina y el dejar sin aliento a los enemigos nos aseguran una victoria total en poco tiempo. Yo, por mi parte, dejo a un lado el [46] elogio de la muerte en la guerra y la inmortalidad de los que caen por el furor bélico¹⁶, y desearía que los que piensan de otra forma murieran de enfermedad en tiempo de paz, ya que su alma está condenada a permanecer en la tumba junto [47] con su cuerpo. ¿Qué hombre valiente no sabe que las almas que han sido separadas de la carne por el hierro en la lucha son acogidas por el éter, el más puro de los elementos, que las coloca entre los astros, y que se convierten para la posteridad [48] en genios buenos y héroes bienhechores?¹⁷ Mientras que las almas que se consumen a la vez que sus cuerpos enfermos, aunque no tengan manchas ni impurezas, la noche subterránea acaba con ellas y un profundo olvido las recibe, de modo que así consiguen a la vez la desaparición de su [49] vida, de su cuerpo y también de su recuerdo. Si el Destino ha fijado para el ser humano una muerte irremediable y el hierro es mejor verdugo para ella que cualquier enfermedad, ¿cómo no va a ser una cobardía negar al bien común lo que [50] debemos pagar por necesidad? He dicho estas palabras como si las personas que intentaran esta hazaña no pudieran salvarse; sin embargo, a los hombres valientes les es factible [51] librarse incluso de los peores peligros. En primer lugar, es fácil subir por la brecha abierta en el muro, y, en segundo lugar, todo lo

que acaban de construir¹⁸ es sencillo de demoler. Vosotros, que sois más numerosos, animaos a entrar en acción, sed acicate y ayuda los unos para los otros, y así vuestra tenacidad rápidamente quebrantará el valor de los enemigos. Quizá alcancéis la victoria sin derramamiento [52] de sangre nada más empezar. Lógicamente los judíos intentarán impedir que escaléis, pero ya no podrán resistirlo, si forzáis una entrada, sin que ellos os vean, aunque seáis pocos los que lleguéis. Me avergonzaría si a aquel que escalara el [53] primero no le convirtiera yo en una persona envidiable por las recompensas que le voy a dar: el que sobreviva será el jefe de sus iguales y los que mueran recibirán las más dichosas recompensas».

El sirio Sabino escala la muralla

Cuando Tito terminó su discurso, toda [54] la multitud se llenó de miedo por la magnitud del peligro, menos uno de los soldados de las cohortes, llamado Sabino y natural de Siria, un hombre de reconocida superioridad en fuerza y coraje. Al verlo¹⁹ uno no creería, [55] por su aspecto externo, que ni siquiera era un soldado corriente. Su piel era negra, enjuto, de poca carne, pero en un cuerpo menudo y muy pequeño para tanta fuerza se albergaba un alma heroica. Este personaje fue el primero que [56] se levantó y dijo: «César, me entrego a ti con decisión. Yo soy [57] el primero que va a escalar la muralla. Pido que tu Fortuna acompañe mi fuerza y mi resolución²⁰, y, si no consigo mi propósito, ten bien presente que no caeré en contra de mis expectativas, sino que deliberadamente he optado por morir [58] por ti». Tras decir estas palabras levantó su escudo con la mano izquierda por encima de la cabeza, con la derecha sacó su espada y salió corriendo hacia la muralla cuando era [59] exactamente la sexta hora del día²¹. Le siguieron otros once, los únicos que estaban decididos a imitar su valentía. Sabino iba muy por delante de todos impulsado por un cierto arrojo [60] sobrenatural. Desde el muro los centinelas les lanzaban

flechas, por todos los sitios les rodeaban con innumerables disparos y hacían rodar inmensas piedras, que arrastraron a algunos [61] de los once hombres. Por su parte Sabino, en medio de los tiros y cubierto por las flechas, no cesó en su ímpetu [62] hasta llegar arriba y poner en fuga a los enemigos. Los judíos, asustados ante la fuerza y arrojo de Sabino, y como creían que eran muchos más los que subían con él, se retiraron. [63] En este momento es donde se podría acusar a la Fortuna de ser envidiosa con la virtud y de oponerse siempre a [64] renombradas hazañas²². Pues este hombre, nada más conseguir su propósito, se resbaló, se golpeó con una piedra y cayó de bruces sobre ella con un inmenso estrépito. Los judíos se dieron la vuelta y, al ver que estaba solo y tirado en el [65] suelo, le atacaron por todas partes. Tras apoyarse sobre una rodilla y cubrirse con un escudo, empezó por defenderse y [66] herir a los que se le acercaban. Luego, a causa de los numerosos golpes, dejó caer su brazo derecho y al final, antes de entregar su espíritu, las flechas le cubrieron por todas partes. Este hombre, que por su valor era digno de una suerte mejor, pereció de acuerdo con la hazaña emprendida. Del resto [67] de los hombres que iban con él, tres murieron a pedradas, cuando ya estaban en lo alto, y los otros ocho fueron empujados cuesta abajo y llevados heridos al campamento. Estos acontecimientos tuvieron lugar el tercer día del mes de Panemo²³.

Los soldados romanos avanzan hacia el Templo

Dos días después, veinte de los guardianes [68] que vigilaban los terraplenes se agruparon. Se atrajeron también al portaestandarte de la quinta legión²⁴, así como a dos soldados de las cohortes de caballería y a un trompeta, y en la hora nona de la noche²⁵ se acercan en silencio a la Antonia a través de los escombros. Mataron a los primeros centinelas que se encontraron dormidos, se apoderaron de la muralla y ordenaron tocar la trompeta. Al oírlo, los demás guardianes se

despertaron de repente y [69] escaparon antes de ver cuántos eran los soldados que habían subido, pues el miedo y la trompeta les habían hecho imaginar que había escalado el muro una gran cantidad de enemigos. Cuando César oyó la señal, rápidamente hizo armar a [70] sus soldados y fue el primero en llegar arriba con sus oficiales y con un grupo de soldados escogidos. Los judíos se [71] refugiaron en el Templo y los romanos penetraron en él por la galería que Juan había abierto contra los terraplenes del [72] adversario²⁶. Los rebeldes de los dos bandos, de Juan y de Simón, de forma separada, cerraban el paso a los romanos sin dejar en ningún momento de hacer demostración de una [73] gran fuerza y ardor. Pues tenían la idea de que la entrada de los romanos en el santuario significaba el final de la conquista, mientras que para éstos era el principio del triunfo. [74] Se libró un duro combate junto a la entrada del Templo: los romanos intentaban a la fuerza tomar el lugar, mientras que [75] los judíos los rechazaban hacia la Antonia. Ni las flechas ni las lanzas tenían utilidad para unos y otros, sino que combatían cuerpo a cuerpo con sus espadas en la mano. En la batalla no era posible percibir²⁷ en qué bando se luchaba, ya que los hombres estaban mezclados y desordenados, a causa del poco espacio que tenían²⁸, y los gritos no se podían [76] entender debido al alboroto. En los dos campos la matanza fue muy grande. Los combatientes destrozaban con [77] sus pisadas los cuerpos y las armas de los caídos. En cualquiera de los puntos donde se inclinaba el oleaje de la refriega, siempre se escuchaban los gritos de ánimo de los vencedores y los lamentos de los vencidos. No había sitio para huir ni para perseguir, sino que se producían avances y retrocesos con casi el mismo desorden que había entre sus [78] filas. Los que se hallaban en los primeros puestos no tenían otro remedio que morir o matar, pues no había escapatoria. Los que iban detrás, en uno y otro bando, empujaban a la fuerza a sus propios compañeros hacia adelante, sin dejarles espacio para combatir. Sin embargo, el

arroyo judío se impuso [79] sobre la experiencia romana y los efectivos de estos últimos empezaron a ceder por todas partes, pues llevaban luchando desde la hora nona de la noche hasta la séptima del día²⁹. Los judíos, como una piña, dieron pasto a su valentía [80] ante el peligro de la conquista de la ciudad que les amenazaba, mientras que los romanos se encontraban sólo con una parte de sus tropas, ya que las legiones aún no habían llegado a lo alto, a pesar de que los combatientes tenían puestas sus esperanzas en ellas. Por tanto, les pareció de momento suficiente haber conquistado la Antonia.

El centurión Juliano

Un cierto Juliano, centurión de Bitinia, [81] hombre famoso, el mejor de todos los que yo vi³⁰ en aquella guerra por su destreza en el empleo de las armas, su fuerza física y la tenacidad de su espíritu, se dio [82] cuenta de que los romanos ya retrocedían y que se defendían con dificultad. Estaba con Tito en la torre Antonia y desde allí dio un salto y él sólo hizo que los judíos, aunque ya eran los vencedores, retrocedieran hasta el ángulo³¹ del Templo interior. Toda la multitud huyó en grupo, pues creían que aquella fuerza y audacia no eran propias de un ser humano. Juliano iba de un lado para otro en medio de [83] los judíos, que se habían dispersado, y mataba a cuantos se encontraba. Nada pareció más admirable a César ni más terrible [84] para los enemigos que ver aquel espectáculo. No obstante, también³² Juliano fue perseguido por el Destino, al que [85] no puede escapar ningún mortal. Como todos los demás soldados, llevaba unas sandalias provistas de numerosos y agudos clavos³³; resbaló al correr por el pavimento del Templo³⁴ y cayó de espaldas con un inmenso estrépito de su armadura. Esto hizo que los que habían huido se dieran la [86] vuelta. Un grito estalló entre los romanos de la Antonia, que temían por este hombre. Los judíos le rodearon en tropel y [87] le atacaron por todas partes con lanzas y espadas. Él hizo frente muchas veces al hierro con su

escudo y en numerosas ocasiones, cuando intentaba levantarse, era empujado de nuevo por la multitud. Sin embargo, aún tirado en el suelo, [88] hirió con su espada a muchos adversarios. Juliano tardó en morir, porque el casco y la coraza le protegían sus partes vitales contra los ataques y porque tenía el cuello encogido. Finalmente, destrozados los demás miembros de su cuerpo y [89] sin que nadie se atreviera a ayudarlo, pereció. Un terrible pesar se apoderó de César por un hombre tan valeroso que había muerto ante la vista de tanta gente. El lugar en que se hallaba fue un obstáculo para que el propio César le ayudara, a pesar de que quería hacerlo, mientras el miedo se lo [90] impidió a los que podían haberle socorrido. En consecuencia, Juliano fue degollado no sin dificultad, tras luchar durante largo tiempo con la muerte y sin dejar ilesos a muchos de los que le atacaron. Obtuvo una destacadísima gloria no sólo ante los romanos y ante César, sino también ante sus enemigos. [91] Los judíos cogieron su cadáver, volvieron a empujar a los romanos hasta la torre Antonia y allí los encerraron. En este combate lucharon de forma destacada entre los judíos [92] un tal Alexas y Gifteo³⁵, de las tropas de Juan, Malaquías, Judas, el hijo de Mertón, y Jacobo³⁶, hijo de Sosas, jefe de los idumeos, de los efectivos de Simón, y del grupo de los zelotes, dos hermanos, Simón y Judas, hijos de Ari.

Fin del sacrificio perpetuo. Discurso de Josefo a los judíos asediados

Tito ordenó a los soldados que estaban [93] con él acabar con los cimientos de la Antonia y abrir así una entrada fácil para todo el ejército. Mientras, él mismo mandó [94] llamar a Josefo, pues se había enterado de que en aquel día, el diecisiete del mes de Panemo³⁷, por falta de hombres, no se había podido ofrecer a Dios el llamado sacrificio perpetuo³⁸ y que por ello el pueblo estaba muy disgustado. Tito le [95] mandó de nuevo decir a Juan lo mismo de antes³⁹, a saber, que

si se había apoderado de él un funesto deseo de luchar, se le permitía salir fuera a combatir con cuanta gente quisiera, sin arrastrar en su propia caída a la ciudad y al Templo. Que dejara de mancillar el lugar sagrado y de ofender a Dios. Tito le permitía celebrar los sacrificios, que habían sido interrumpidos, [96] con los judíos que él eligiera. Josefo, para que le pudieran entender no sólo Juan, sino también los demás, [97] les comunicó en hebreo⁴⁰ las palabras del César. Les hizo innumerables ruegos para que respetasen su patria, para que alejasen del Templo el fuego, que ya ardía, y dirigieran a [98] Dios sacrificios de expiación⁴¹. El pueblo reaccionó con desesperación y silencio a estas arengas, si bien el tirano⁴², tras llenar a Josefo de insultos y maldiciones, acabó por añadir que nunca tendría miedo a la conquista de la ciudad, [99] porque ésta pertenecía a Dios⁴³. En respuesta a esta afirmación Josefo dijo a gritos: «¡En verdad tú has conservado pura la ciudad para Dios y su santuario permanece sin mancha! ¡Tampoco has cometido ninguna impiedad contra Aquél, a quien esperas tener de aliado, sino que aún recibe los sacrificios [100] acostumbrados! ¡Maldito!, si alguien te quita el alimento diario, le consideras un enemigo, en cambio, tú, que has arrebatado a Dios su culto perpetuo, ¿esperas tenerle como aliado en la guerra? ¿Echas la culpa de tus pecados a [101] los romanos, que hasta ahora se preocupan de nuestras leyes e intentan reestablecer para Dios los sacrificios que tú has interrumpido?⁴⁴ ¿Quién no va a lamentarse y a llorar por el [102] inesperado cambio que se ha producido en Jerusalén, si los extranjeros y los enemigos enderezan tu impiedad, mientras que tú, un judío que has sido educado en nuestras leyes, te comportas con ellas mucho peor que aquéllos? Sin embargo, [103] Juan, no es algo vergonzoso arrepentirse de los crímenes en el último momento. Constituye un hermoso ejemplo para ti, si quieres salvar a tu patria, el caso del rey judío Jeconías. Antaño, cuando, por culpa del propio monarca, venía contra [104] él el ejército babilonio, salió de la ciudad

voluntariamente, antes de que se apoderara de ella, y se ofreció con su familia de buen grado a la esclavitud, para así no entregar a los enemigos estos santos lugares y no ver arder la casa de Dios⁴⁵. Por ello las leyendas sagradas de todos los judíos [105] celebran a este rey y su recuerdo inmortal, siempre vivo en su discurrir a través de los siglos, se transmite a la posteridad. Es un hermoso ejemplo, Juan, aunque de él se derive [106] algún peligro. Yo te garantizo el perdón de los romanos. Recuerda que te lo aconsejo yo, que soy de tu misma nación, [107] y que te lo prometo yo, que soy un judío, pues es necesario tener en cuenta quién es el consejero y de dónde procede. ¡Que nunca viva yo como prisionero de guerra en una situación tal que reniegue de mi origen o me olvide de [108] mi patria!⁴⁶. De nuevo te enojas conmigo y me insultas a gritos. Reproches aún mayores merezco yo, que, en contra del Destino, te exhorto y me esfuerzo por salvar a los que ya [109] han sido condenados por Dios⁴⁷. ¿Quién no conoce los escritos de los antiguos profetas y el oráculo sobre esta desgraciada ciudad que ahora está a punto de cumplirse? Vaticinaron su conquista en el preciso momento en que alguien [110] iniciase la matanza de sus compatriotas⁴⁸. ¿Y no está ahora la ciudad y todo el Templo repletos de vuestros cadáveres? Dios, el propio Dios, es el que trae, junto con los romanos, el fuego purificador⁴⁹ y arrasa una ciudad llena de tantos crímenes».

Deserciones judías

[111] Josefo decía estas palabras con gemidos y lágrimas, y los sollozos entrecortaban [112] su voz. Los romanos también se apiadaron de sus sufrimientos y se admiraron de su fortaleza. En cambio, los partidarios de Juan se enardecieron aún más contra los romanos, [113] pues deseaban coger a Josefo. El discurso conmovió a muchos notables judíos. Algunos, por miedo a los guardias de los rebeldes, permanecieron en sus puestos, aunque estaban seguros de su propia ruina y de la ciudad. Había, en cambio, otros que

esperaron el momento de escapar sin peligro y se refugiaron en el bando romano. Entre estos últimos [114] estaban los sumos sacerdotes Josefo y Jesús, algunos hijos de sumos sacerdotes, como los tres hijos de Ismael⁵⁰, el que había sido decapitado en Cirene, cuatro de Matías y uno de otro Matías, que huyó tras morir su padre, al que había matado Simón, el hijo de Giora, junto con sus tres vástagos, según he dicho antes⁵¹. Muchos otros judíos notables se pasaron al enemigo con los sumos sacerdotes. César los [115] recibió con magnanimidad y, además, como sabía que no les sería grato vivir con costumbres extranjeras, los envió a Gofna y les aconsejó permanecer de momento allí, pues les devolvería sus posesiones cuando tuviera tiempo después de la guerra. Ellos se marcharon contentos y totalmente seguros [116] a la aldea que les habían asignado. Como no se les volvió a ver, los rebeldes hicieron correr de nuevo el rumor de que los desertores habían sido degollados por los romanos⁵², para así claramente meter miedo a los demás e impedir que huyeran. La estratagema resultó bien durante un [117] tiempo, como ya había ocurrido antes⁵³, pues el temor consiguió que nadie desertara.

Pero más adelante, cuando Tito hizo volver de nuevo a [118] los de Gofna y les ordenó rodear con Josefo las murallas para así ser vistos por el pueblo, un gran número de judíos se pasó [119] entonces a los romanos. Los que se habían cambiado de bando se concentraron delante de los romanos y pidieron con llantos y lágrimas a los sediciosos que, en primer lugar, recibieran en toda la ciudad a los romanos y salvaran así de [120] nuevo su patria. Si no, que al menos abandonaran totalmente el Templo y preservaran para ellos el santuario, pues los enemigos no se atreverían a prender fuego a los Santos Lugares, [121] a no ser en caso de extrema necesidad. Los rebeldes se mostraron aún más hostiles ante estas propuestas: a los desertores les dieron en respuesta numerosos gritos injuriosos y dispusieron en las puertas sagradas las

oxibelas⁵⁴, las catapultas y las máquinas lanzadoras de piedras⁵⁵, de modo que el Templo en sus alrededores daba el aspecto de un cementerio a causa de la cantidad de cadáveres que había y el propio santuario [122] parecía una fortaleza. Los rebeldes entraban corriendo en el interior del recinto sagrado e impenetrable⁵⁶ con sus armas y con las manos aún calientes por la matanza de compatriotas⁵⁷. Llegaron a tal punto de crueldad que la indignación que lógicamente habrían sentido los judíos, si los romanos hubieran cometido tales ultrajes contra ellos, la sentían ahora los propios romanos contra los judíos por cometer sacrilegios contra [123] su propia religión. No había ningún soldado que no mirara el Templo con temor respetuoso y veneración, y que no pidiera a los bandidos que se arrepintieran antes de que sus desgracias fueran irreparables.

Nuevas exhortaciones de Tito

Tito, muy disgustado por la situación, [124] volvió a hacer los siguientes reproches a los hombres de Juan: «Malvados, ¿no habéis colocado vosotros esta balaustrada delante de los recintos sagrados? ¿No habéis [125] intercalado allí pilares con inscripciones en griego y en nuestra lengua para prohibir que nadie cruzara el parapeto?⁵⁸ ¿No os autorizamos nosotros a ejecutar a los que lo atravesaran, [126] aunque fueran romanos los que lo hicieran? ¿Por qué ahora, criminales, pisoteáis en el Templo incluso a los cadáveres? ¿Por qué mancilláis el santuario con sangre extranjera y de vuestros compatriotas? Pongo por testigos a los dioses de [127] mi patria y a aquella deidad que alguna vez haya cuidado de este lugar, pues creo que ahora no le ayuda ninguna, también pongo por testigo a mi ejército, a los judíos que están conmigo y a vosotros mismos de que yo no os obligo a profanar estos lugares. Si buscáis otro campo de batalla⁵⁹, ningún romano [128] se acercará a los recintos sagrados ni los ultrajará, y yo os conservaré el Templo, aunque no queráis.

Ataque nocturno de los romanos. Nuevos terraplenes

Josefo tradujo estas palabras de César [129] y los bandidos y el tirano⁶⁰ las recibieron con desprecio, ya que pensaban que estas arengas se habían producido no por benevolencia, sino por miedo. Cuando Tito [130] vio que aquellos hombres no tenían piedad de sí mismos ni consideración para con su Templo, emprendió de nuevo, muy a pesar suyo, las actividades bélicas. No era posible [131] llevar todas sus tropas contra ellos, dada la estrechez del lugar. Eligió de cada una de las centurias treinta de los mejores soldados, asignó mil a cada tribuno, puso al frente de ellos como general a Cereal⁶¹ y le encomendó atacar a los [132] centinelas sobre la hora nona de la noche⁶². Él mismo estaba armado y preparado para bajar con sus tropas a luchar, pero sus amigos se lo impidieron por la magnitud del riesgo [133] y por las palabras de sus oficiales. Le habían dicho que sería más útil si se quedaba en la torre Antonia y dirigía la lucha de sus hombres, en lugar de bajar y exponerse el primero al peligro, pues todos, al ser observados por César, serían buenos [134] luchadores. Tito fue convencido por estas razones y les confesó que él se quedaba detrás con la única intención de juzgar su valor y no dejar sin recompensa a ningún valiente ni sin castigo a ningún cobarde. Él sería espectador y testigo [135] de todo, y tendría la autoridad para castigar y premiar. Los envió a la lucha a la hora establecida, mientras él se subió a un punto elevado de la Antonia, desde donde había una buena visión, y esperó el desarrollo de los acontecimientos⁶³.

[136] Sin embargo, los hombres enviados por Tito no encontraron dormidos a los guardias, como habían esperado, sino que inmediatamente tuvieron que combatir con ellos cuerpo a cuerpo, pues se les abalanzaron dando gritos. Los demás, ante el clamor de los centinelas, salieron corriendo en grupos [137] desde el interior. Los romanos resistieron los ataques de los primeros, pero los que venían detrás cayeron

contra sus propias tropas y muchos tomaron a sus compañeros como [138] enemigos. El confuso griterío que se produjo en ambas partes no permitía reconocer a nadie por la voz, y la noche impedía distinguirse por la vista. Además, a unos no les dejaba ver el furor y a otros el miedo. Por ello golpeaban sin distinción al que se les pusiera delante. No obstante, el hecho de [139] no reconocerse no perjudicaba tanto a los romanos, que se cubrían con sus escudos y que luchaban en unidades ordenadas, pues cada uno de ellos recordaba la contraseña. Los [140] judíos, en cambio, siempre se hallaban dispersos, atacaban y se retiraban al azar, y muchas veces se confundían unos a otros por enemigos, ya que, a causa de la oscuridad, creían que era un romano el que les acometía, cuando alguno de los suyos retrocedía. Fueron más los judíos heridos por sus [141] propios compañeros que por los enemigos, hasta que al llegar el día se podía ver ya el desenlace de la batalla. Entonces, los dos bandos, distribuidos en unidades, dispararon y se defendieron en buen orden. Ni unos ni otros cedían ni se [142] fatigaban, sino que los romanos, como César les vigilaba, rivalizaban entre sí de forma individual y en grupo, y cada uno de ellos creía que ese día sería el comienzo de su éxito, si luchaba con valentía. A los judíos, por su parte, les aguzaba [143] su valor tanto el miedo que sentían por ellos mismos y el Templo como el tirano⁶⁴ que les vigilaba, que a unos les animaba y a otros les golpeaba y amenazaba. Durante la [144] mayor parte del tiempo el combate se mantenía estacionario, sin embargo enseguida y de forma rápida la suerte cambiaba, puesto que ninguno de los dos bandos tenía espacio para huir o para atacar. En todo momento, de acuerdo con lo que [145] allí ocurría, salían clamores diversos desde la torre Antonia: los romanos, cuando vencían los suyos, les gritaban que tuvieran coraje, mientras que les pedían que resistieran, cuando retrocedían. El espectáculo era como ver una guerra en [146] un teatro⁶⁵, pues nada de lo que ocurría en el combate les pasaba desapercibido a Tito ni a ninguno de los

que estaban [147] con él. Finalmente, tras haber empezado a la hora nona de la noche, se separaron después de la quinta del día⁶⁶ en el mismo lugar en el que habían iniciado la refriega, sin que uno ni otro hubiera hecho retroceder claramente al adversario, sino que dejaron la victoria indecisa en medio de ellos. [148] Muchos romanos pelearon con distinción; entre los judíos destacaron Judas, el hijo de Mareoto, y Simón, el hijo de Oseas, del bando de Simón; entre los idumeos, Jacobo y Simón, éste era hijo de Acatela⁶⁷, mientras que Jacobo lo era de Sosas; de los hombres de Juan, Gefteo y Alexas; y de los Zelotes, Simón, el hijo de Ari.

[149] Entretanto el resto del ejército romano había demolido en siete días los cimientos de la Antonia, de modo que así [150] había abierto un ancho acceso al Templo. Las legiones se acercaron al primer recinto y empezaron a levantar los terraplenes, uno enfrente del ángulo noroeste interior del Templo, otro hacia la exedra norte⁶⁸, que estaba entre las [151] dos puertas. También construyeron otros dos, uno hacia el pórtico occidental del Templo exterior y el otro, por fuera, frente al pórtico norte. Los romanos llevaron adelante estas obras con muchos esfuerzos y problemas, porque traían la madera desde una distancia de cien estadios⁶⁹.

Ofensiva judía

En varias ocasiones los romanos sufrieron [152] emboscadas, ya que debido a la superioridad de su fuerza se hallaban menos precavidos, mientras que tenían como enemigos a judíos que habían aumentado su audacia por la falta de esperanzas en salvarse. Algunos de los [153] soldados de caballería, siempre que salían a recoger madera o forraje, soltaban y quitaban las bridas durante este tiempo a los caballos para que pastaran. Los judíos aparecían entonces en tropel y les arrebatában los animales. Al suceder [154] esto con frecuencia, César pensó, lo que realmente así era, que tales pillajes se debían a la despreocupación de sus hombres más

que a la valentía de los judíos, y decidió tomar medidas más duras para que los demás pusieran más cuidado en la vigilancia de sus caballos. Ordenó someter a pena de muerte [155] a uno de los soldados que había perdido su animal y con este amedrentamiento salvó los caballos de los otros. En efecto, ya nunca más los dejaban pastar, sino que los llevaban a hacer sus tareas, como si estuvieran unidos a ellos por naturaleza. A pesar de todo esto, los romanos seguían sus [156] ataques contra el Templo y levantaban los terraplenes.

Al día siguiente de la entrada de las legiones muchos de [157] los rebeldes, que ya no podían rapiñar nada y a los que el hambre acuciaba, se reunieron y atacaron a los centinelas romanos del monte de los Olivos⁷⁰ alrededor de la undécima hora del día⁷¹. Pensaban que podrían abrirse paso fácilmente, primero porque los encontrarían desprevenidos y, segundo, porque estarían descansando. Sin embargo, los [158] romanos presintieron su llegada, se agruparon enseguida desde los puestos de vigilancia próximos y frenaron sus intentos de [159] asaltar y de atravesar la fortificación. Se produjo un violento combate y en los dos bandos se realizaron muchas nobles hazañas: los romanos se sirvieron de su experiencia en la guerra, además de la fuerza, y los judíos de un ímpetu immoderado y [160] de un furor sin límites. A los primeros les dirigía el honor y a los segundos la necesidad. Pues a los romanos les parecía una vergüenza dejar escapar a los judíos, que estaban atrapados como por una red, mientras que estos últimos tenían como única esperanza de salvación franquear el muro a la fuerza.

El jinete Pedanio

[161] Uno de los jinetes de las cohortes, llamado Pedanio, cuando los judíos se habían dado ya la vuelta y eran empujados en masa hacia el interior del barranco, con furia galopó de lado con su caballo y cogió y levantó por el tobillo a uno de los enemigos que huía, un joven que, además de tener

un cuerpo fuerte, iba recubierto totalmente [162] por una armadura. Se inclinaba con el caballo, mientras iba montado en él, con el mismo grado de fuerza que demostró tener en su mano y en todo el cuerpo, además de con su experiencia [163] hípica. Pedanio llevó al prisionero a César, como si se hubiera apoderado de un objeto preciado. Tito se admiró de la resistencia del que había sido el autor de esta captura y ordenó castigar al cautivo por haber atacado el muro. Él, mientras, estaba ocupado en el ataque al Templo y se daba prisa en la construcción de los terraplenes.

Incendio de los pórticos del Templo

[164] Entretanto los judíos, que siempre habían sido perjudicados en los combates, como la guerra poco a poco iba hacia su final y penetraba ya en el Templo, cortaron los miembros infectados, igual que se hace con un cuerpo con gangrena, antes de que se extendiera la enfermedad. Quemaron el pórtico del lado noroeste, por la parte que se [165] comunicaba con la Antonia, y luego demolieron en él una extensión de veinte codos, de modo que así empezaron a incendiar con sus propias manos el santuario⁷². Dos días después, [166] el día veinticuatro del mes antes mencionado⁷³, los romanos prendieron fuego por debajo al pórtico contiguo a éste. Después de que la llama se extendió hasta unos quince codos, los judíos a su vez derribaron su techumbre y, sin abandonar en ningún momento estas tareas, cortaron su conexión con la torre Antonia⁷⁴. Por ello, aunque les era posible [167] impedir que los romanos quemaran los pórticos, ellos no hicieron nada ante la propagación de las llamas, sino que calcularon el beneficio que les podía acarrear la extensión del fuego. Por otra parte, no cesaban las escaramuzas en tomo [168] al Templo, sino que la guerra se desarrollaba sin cesar entre pequeños grupos que salían a enfrentarse unos contra otros.

Jonatán y Pudente

En aquellos días un judío, un hombre [169] de baja estatura, de aspecto miserable, sin ninguna distinción ni por su origen ni por ninguna otra cualidad, llamado Jonatán, se acercó a la tumba del sumo sacerdote Juan⁷⁵, lleno de soberbia profirió contra los romanos numerosos insultos y de [170] safió al mejor de ellos a batirse cara a cara con él. La mayoría de los soldados que estaban alineados enfrente no le prestó atención. Había algunos que, lógicamente, tenían miedo, mientras que de otros se apoderó la idea razonable [171] de no pelear con un hombre que quería morir. Pues los que han perdido toda esperanza de salvación tienen un ardor excesivo y no respetan ni a Dios⁷⁶. Además, no es propio de un valiente, sino de un temerario, enfrentarse a gente de quien no se deriva una importante victoria y por quien resulta [172] peligroso y vergonzoso ser derrotado. Durante un largo espacio de tiempo ningún romano salió contra él y una y otra vez el judío les tachó de cobardes, ya que era un individuo muy fanfarrón y soberbio. Uno de los romanos, llamado Pudente, del ala de caballería, harto de sus insultos y de su [173] insolencia, y quizá también irreflexivamente enardecido por su baja estatura, se lanzó contra él. Estuvo airoso en la refriega, pero fue traicionado por la Fortuna, pues se resbaló⁷⁷ [174] y Jonatán se precipitó sobre él y lo mató. Luego se subió encima del cadáver y agitó la espada llena de sangre con la mano derecha y el escudo con la izquierda. Profería numerosos gritos de guerra contra el ejército, se mofaba del caído [175] y se reía de los romanos que le observaban. Hasta que al final un centurión, Prisco, disparó su arco y le atrevesó con una flecha, mientras bailaba y decía necedades. Ante este [176] hecho se produjo a la vez, aunque por razones distintas, un griterío entre judíos y romanos. Jonatán retorciéndose por el dolor se desplomó sobre el cuerpo de su enemigo y así demostró que en la guerra la venganza rápidamente se apodera del que ha obtenido un éxito innmercido.

Estratagema judía

Los rebeldes del Templo, que no paraban [177] de repeler abiertamente todos los días a los soldados de los terraplenes, el veintisiete del mes antes mencionado⁷⁸ prepararon la siguiente estratagema. En el [178] pórtico oeste llenaron con leña seca, betún y pez el espacio comprendido entre las vigas y el artesonado que está debajo de ellas, y luego se retiraron como si estuvieran muy cansados. Ante ello muchos soldados de forma irreflexiva, empujados [179] por su arrojo, persiguieron a los que se retiraban y saltaron sobre el pórtico, tras tender sus escaleras. En cambio, los más prudentes, que sospechaban de la inexplicada huida de los judíos, permanecieron quietos. El pórtico estaba, [180] entonces, lleno de los romanos que habían subido, y en ese momento los judíos le prendieron fuego por todas partes. De repente las llamas se propagaron por uno y otro lado; un tremendo espanto se adueñó de los romanos que estaban fuera de peligro y una desesperación hizo mella en los que se hallaban presos en él. Rodeados por el fuego, unos se [181] tiraron cuesta abajo hacia la ciudad⁷⁹ y otros contra los enemigos. Muchos, esperanzados con salvarse, saltaron hacia donde estaban los suyos y se rompieron sus miembros. Sin embargo, el fuego se dio más prisa que los intentos de la mayoría de ellos y algunos se suicidaron con sus armas antes de que les alcanzaran las llamas. Enseguida el fuego se [182] extendió por la mayor parte de la zona y rodeó también a aquellos que se hallaban expuestos a otro tipo de muerte. César, aunque estaba irritado con los que morían, pues habían subido al pórtico sin que él se lo ordenara, sin embargo [183] se apiadó de estos hombres. Como nadie les podía ayudar, al menos los que perecían se consolaban con ver el sufrimiento de aquel por quien entregaban su alma. Pues se le veía claramente gritar, saltar de un lado para otro y pedir a los que estaban con él que ayudaran en todo lo que pudieran [184] a aquellos soldados. Todos morían con buen ánimo y se llevaban con ellos las palabras y la actitud de Tito, como si [185] éstas fueran un glorioso entierro. Algunos huyeron hacia

el muro del pórtico, que era ancho, y así se libraron del fuego. Fueron entonces rodeados por los judíos, resistieron durante bastante tiempo, a pesar de las muchas heridas que recibieron, y al final todos cayeron.

El heroísmo de Longo y Antonio. Incendio del pórtico norte

[186] El último de ellos fue un joven, de nombre Longo, que dio gloria a todo este desastre y demostró ser el mejor de todos y cada uno de los que murieron dignos de [187] ser recordados. Los judíos, admirados de su valentía, como no podían matarle de otra forma, le invitaron a bajar con ellos con la promesa de llegar a un acuerdo. Su hermano Comelio, por la otra parte, le aconsejaba que no deshonrara a su propia gloria y al ejército romano. Se dejó convencer por él y ante la mirada de los dos [188] bandos blandió y se clavó su propia espada. Uno de los que habían quedado rodeados por el fuego, un tal Artorio, se salvó con una astucia. Llamó en voz alta a Lucio, uno de los soldados que compartía con él la tienda, y le dijo: «Te dejo a ti como heredero de mis bienes, si me coges, cuando me [189] tire». El camarada corrió con presteza a hacerlo y Artorio, al caer encima de él, se salvó, mientras que Lucio murió instantáneamente al recibir el golpe y ser aplastado por el peso contra el pétreo pavimento⁸⁰. De momento esta calamidad [190] produjo desaliento entre los romanos, aunque les fue útil para luego no volver a hacer nada sin que se lo ordenaran y estar más precavidos ante los engaños judíos, dado que con estas tretas en muchas ocasiones se veían perjudicados por la ignorancia de los lugares y de las costumbres de esta gente. Ardió el pórtico⁸¹ hasta la torre, que Juan había levantado⁸² [191] en su lucha contra Simón por encima de las puertas que llevaban al Xisto⁸³. El resto lo demolieron los judíos después de la matanza de los que a él subieron. Al [192] día siguiente los romanos incendiaron también todo el pórtico norte hasta el pórtico del este, que se

unían ambos en ángulo sobre el llamado barranco Cedrón, cuya profundidad en este lugar era terrible. Esto es lo que ocurría entonces en torno al Templo.

El hambre se adueña de los sitiados. Casos de antropofagia

Cayó un gran número de los que en la [193] ciudad estaban siendo víctimas del hambre; las desgracias que pasaron son indescriptibles. En efecto, en cada casa, si aparecía [194] aunque fuera una sombra de comida, surgía una lucha y los que tanto se querían llegaban a las manos y se quitaban unos a otros las míseras provisiones que tenían para vivir. Ni siquiera se fiaban de que los muertos [195] no tuvieran ningún alimento, sino que los bandidos registraban incluso a los que estaban falleciendo, por si alguno fingía que se moría, mientras se guardaba algo de comida entre los plieges de su ropa. Estos individuos, con la boca abierta [196] por el hambre, igual que perros rabiosos, iban dando tumbos de un sitio para otro. Cuando pasaban por delante, se daban contra las puertas, como borrachos, y, al no poder hacer otra cosa, entraban dos o tres veces en las mismas casas en una [197] hora⁸⁴. La necesidad les hacía llevar de todo a sus dientes; recogían y se conformaban con comer lo que ni siquiera se daba a los más inmundos y mostrencos animales. Al final no se abstuvieron ni de cinturones ni de sandalias, sino que [198] arrancaron la piel de sus escudos y la masticaron. Algunos también llegaron a comer pequeñas porciones de heno viejo y ciertos individuos vendían una mínima cantidad de estas [199] migajas por cuatro dracmas áticos⁸⁵. ¿Qué necesidad hay de hablar de la desvergüenza del hambre que lleva a comer productos no comestibles? Pues voy a exponer un hecho como nunca se ha visto entre los griegos ni entre los bárbaros⁸⁶, [200] algo que es terrible de contar e increíble de oír⁸⁷. Yo, por mi parte, para no parecer ante la posteridad que me invento historias, con gusto omitiría contar esta desgracia, si no tuviera

innumerables testigos entre la gente de mi propia época⁸⁸. Además, haría un flaco favor a mi patria, si renunciara a relatar las desgracias que padeció.

Una mujer de las que habitaban al otro lado del Jordán, [201] llamada María, hija de Eleazar, de la aldea de Betezuba, nombre que significa «Casa del Hisopo»⁸⁹, ilustre por nacimiento y por sus riquezas, se refugió en Jerusalén con el resto de la población y allí sufrió el asedio. Los tiranos quitaron a [202] esta mujer los bienes que ella había traído desde la Perea y había introducido en la ciudad, y los esbirros de aquéllos, en sus incursiones diarias, le arrebataron el resto de los objetos preciados que le quedaban y algo de alimento que se había procurado. Una tremenda indignación se apoderó de la pobre [203] mujer, y con insultos y maldiciones provocaba muchas veces contra sí misma a los ladrones. Pero como ninguno de [204] ellos ni por cólera ni por piedad la mataba, y ella estaba cansada de buscar algo de comer para los demás y era imposible hallarlo ya en ningún sitio, y como el hambre se iba adueñando de sus vísceras y de su médula y su furor ardía más que el hambre, entonces tomó por consejera a la ira, además de a la necesidad, y cometió un acto contrario a la naturaleza. Cogió a su hijo, que aún era un niño de pecho, y [205] dijo: «Desgraciada criatura, ¿para qué te mantengo vivo en medio de la guerra, del hambre y de la sedición? Si vivimos [206] para entonces, los romanos nos esclavizarán, pero el hambre llega antes que la esclavitud y los rebeldes son peor que lo uno y lo otro. Vamos, sé tú mi alimento, un espíritu vengador⁹⁰ [207] para los sediciosos y una leyenda para la humanidad, [208] la única que faltaba entre las desgracias judías»⁹¹. Mientras decía esto mató a su hijo, luego lo asó, se comió la mitad y [209] el resto lo guardó escondido. Enseguida los rebeldes se presentaron ante ella y, al percibir el abominable olor de la carne, la amenazaron con degollarla inmediatamente, si no les daba la comida que había preparado. Entonces ella dijo que les había guardado una parte y

descubrió lo que quedaba de [210] su hijo. Al punto se llenaron de espanto y estupor, y al verlo se quedaron atónitos. La mujer añadió: «Éste es mi hijo y [211] ésta es mi obra, comedlo, pues yo también lo he comido. No seáis más blandos que una mujer ni más clementes que una madre. Si tenéis escrúpulos religiosos y no queréis mi víctima, dejad que yo, que ya he comido vuestra parte, acabe [212] también con el resto». A continuación los sediciosos se marcharon temblando (ésta fue la única ocasión en que fueron cobardes) y dejaron, no sin pesar, este alimento a la madre. Rápidamente por la ciudad entera se extendió la noticia del crimen. Todos se estremecían al poner delante de sus ojos esta atrocidad, como si ellos mismos se hubieran atrevido [213] a cometerla. Los hambrientos se apresuraban a morir y consideraban felices a aquellos que habían perecido antes de oír o ver desgracias tan grandes.

Reacció de Tito y sus soldados ante estas atrocidades

[214] En poco tiempo los romanos se enteraron también de aquella matanza. Unos no se la creían, otros se compadecían de ella y la mayoría se llenó de un odio mayor [215] contra nuestra nación. César se defendió también de estos hechos ante Dios, pues decía que él por su parte había ofrecido a los judíos la paz, una autonomía y una amnistía de todos los delitos que habían cometido. Sin embargo, ellos habían preferido la sedición a la concordia, [216] la guerra a la paz, el hambre en lugar de la abundancia y la prosperidad, y con sus propias manos habían empezado a prender fuego al Templo, que los romanos les habían respetado⁹². Por ello los judíos merecen este tipo de alimento. En consecuencia, Tito borrará el crimen de devorar [217] niños con la destrucción de la patria donde este hecho ha tenido lugar y no dejará que en el mundo habitado vea el sol una ciudad en la que las madres se alimentan de esta forma. Sin embargo, esta comida convenía más a los padres que a [218] las madres, pues aquéllos se

mantienen en la lucha después de tamañas desgracias. Mientras decía estas palabras pensaba [219] también en la desesperación de los judíos, ya que los que habían sufrido todas las desdichas no podrían recobrar ya la razón, cuando era natural que hubieran cambiado de actitud para no padecerlas.

Fracaso del ataque romano al muro del Templo

Tras concluir ya las dos legiones los [220] terraplenes⁹³, el día ocho del mes de Loos⁹⁴, Tito ordenó llevar los arietes contra la exedra oeste⁹⁵ del Templo exterior. Con [221] anterioridad la más potente de todas las helépolis⁹⁶ había golpeado durante seis días sin parar el muro, sin conseguir nada, pues la magnitud y el ajuste de las piedras soportaban la fuerza de ésta y de las otras máquinas [222] de guerra. Otros legionarios minaban los cimientos⁹⁷ de la puerta norte y, después de muchos esfuerzos, hicieron rodar las piedras de fuera, aunque las piedras de dentro resistieron y la puerta permaneció incólume, hasta que, desesperados de hacer tentativas con máquinas y palancas, tendieron sus escaleras [223] contra los pórticos. Los judíos no se apresuraron a impedirselo, sino que, una vez arriba, cayeron en masa sobre ellos y les presentaron batalla: a unos los empujaron y los tiraron de cabeza, a otros los mataron, mientras venían contra [224] ellos. A muchos, que se bajaban de las escaleras, los hirieron con las espadas antes de que tuvieran tiempo de cubrirse con sus escudos. Asimismo, desde arriba inclinaron y volcaron algunas [225] escaleras llenas de soldados. Los judíos tuvieron también muchas pérdidas. Los romanos que habían subido con los estandartes lucharon para defenderlos, pues para ellos era [226] terrible y vergonzoso el que se los quitaran. Finalmente los judíos se apoderaron también de los estandartes y mataron a los que habían subido. Los demás, llenos de miedo por la desgracia [227] que les había acaecido a los muertos, se retiraron. Entre los romanos no hubo nadie que no muriera sin haber realizado alguna proeza y entre los

rebeldes se distinguieron por su valor los que ya lo habían hecho en los combates anteriores, y también Eleazar, sobrino del tirano Simón.

Tito ordena prender fuego a las puertas

[228] Tito, al ver que su respeto por un Templo extranjero producía daños y muerte para sus soldados, ordenó prender fuego [229] a las puertas. Entonces acudieron ante él los desertores Anano⁹⁸, el de Emaús, el más criminal de los guardias de Simón, y Arquelao, el hijo de Magadato⁹⁹, con la esperanza de obtener su perdón, puesto que habían hecho defección cuando los judíos aún eran vencedores. Tito acusó a estos hombres de urdir una estratagema [230] y, enterado de todas las demás crueldades que habían cometido contra sus compatriotas, se dispuso a ejecutar a los dos. Dijo que ellos se entregaban forzados por la necesidad, no por elección propia, y que no merecían salvarse los que abandonaban su patria, cuando ésta ya estaba en llamas por su culpa. Sin embargo, la promesa que les había hecho prevaleció [231] sobre su indignación y dejó libre a estos individuos, aunque no tuvo con ellos las mismas consideraciones que con los demás. Los soldados habían acercado el fuego ya [232] hasta las puertas¹⁰⁰. La plata¹⁰¹, al derretirse, rápidamente llevó la llama hasta la madera, desde donde se extendió en masa y alcanzó a los pórticos. Cuando los judíos se vieron [233] rodeados por el fuego, sus ánimos junto con sus cuerpos se vinieron abajo. Se quedaron tan abatidos que ninguno se dispuso a defenderse ni a apagarlo, sino que lo contemplaron pasmados. No obstante, desmoralizados por lo que se [234] destruía no se preocuparon por lo que aún les quedaba, sino que, como si el Templo fuera ya pasto de las llamas, agudizaron su furor contra los romanos. Aquel día y la noche siguiente [235] el fuego se hizo dueño de la situación, pues los romanos no pudieron incendiar todos los pórticos a la vez, sino por partes.

Consejo de guerra romano

[236] Al día siguiente¹⁰² Tito ordenó a un destacamento del ejército apagar el fuego y dejar el camino expedito en las puertas para que sus legiones pudieran subir con más facilidad. Él mismo, mientras, convocó [237] a sus oficiales. Se reunieron seis de los que ocupaban los puestos más elevados, Tiberio Alejandro¹⁰³, prefecto de todos los campamentos¹⁰⁴, Sexto Cereal, comandante de la quinta legión, Larcio Lépidio, comandante de la décima, y [238] Tito Frigio, comandante de la decimoquinta legión. Además estaban Frontón Heterio¹⁰⁵, prefecto de las dos legiones de Alejandria¹⁰⁶, y Marco Antonio Juliano¹⁰⁷, procurador de Judea; detrás de ellos vinieron también a la reunión los procuradores y tribunos. Entonces Tito les pidió su opinión sobre [239] la situación del Templo. Unos opinaban que había que hacer uso de la ley de la guerra, ya que los judíos no dejarían de sublevarse mientras se mantuviera el Templo, lugar donde venían a reunirse desde todos los lugares¹⁰⁸. Otros [240] aconsejaban conservar el santuario, si los judíos lo abandonaban y nadie resistía en él con sus armas, mientras que, si subían allí a combatir, habría entonces que prenderle fuego. Pues, efectivamente, en este caso ya no sería un Templo, sino una fortaleza, y la impiedad no sería de los romanos, sino de los judíos por obligarles a realizar esta acción. Pero Tito [241] dijo que, aunque los judíos subieran al Templo para combatir, él no tomaría venganza de esta gente en objetos inanimados ni prendería fuego a una obra tan maravillosa, dado que ello iría en perjuicio de los romanos y de la misma forma el Templo, si permanecía en pie, sería ornamento de su Imperio¹⁰⁹. Frontón, Alejandro y Cereal se animaron con [242] estas palabras y apoyaron su decisión. Tito disolvió entonces [243] la reunión, ordenó a los oficiales que dejaran descansar al resto de sus tropas, para que en la batalla tuvieran más fuerza, mientras que encomendó a los soldados escogidos de las cohortes abrir un camino a través de los escombros y apagar el fuego.

Los judíos fracasan en su asalto

[244] Durante aquel día la fatiga y el abatimiento pusieron freno a los ímpetus judíos. En la jornada siguiente¹¹⁰, tras reunir sus fuerzas y cobrar nuevos ánimos, en torno a la segunda hora¹¹¹ atacaron por la puerta [245] este a los guardias que estaban en el Templo exterior¹¹². Los romanos resistieron con fuerza el ataque, se cubrieron con sus escudos por delante, como un muro, y cerraron sus filas, aunque era evidente que no podrían resistir por mucho tiempo, ya que los asaltantes les superaban en número y en [246] furor. César quiso evitar la derrota en esta batalla, pues la observaba desde la Antonia, y acudió en su defensa con jinetes [247] escogidos. Los judíos no resistieron su embestida, sino que la mayoría de ellos, ante la caída de las primeras líneas, [248] retrocedieron. Pero, cuando los romanos se daban la vuelta en retirada, los judíos se volvían y les atacaban, y de nuevo estos últimos huían cuando aquéllos otra vez les hostigaban. Hasta que alrededor de la quinta hora del día¹¹³ los hebreos, vencidos, fueron encerrados en el Templo interior.

El incendio del Templo. Tito intenta apagarlo

[249] Tito se retiró a la Antonia con la decisión de atacar con todo su ejército al día siguiente, al amanecer, y asaltar el santuario [250] por todos los lados. Hace tiempo que Dios lo había condenado al fuego y había llegado, en la sucesión de los siglos, el día fijado por el Destino¹¹⁴, el diez del mes de Loos, fecha en la que también en otro tiempo había sido quemado por obra del rey babilonio¹¹⁵. Las llamas tuvieron su origen y su causa en los propios [251] judíos¹¹⁶. Cuando Tito se replegó, los rebeldes descansaron un poco y atacaron de nuevo a los romanos. Se produjo un enfrentamiento entre los centinelas del Lugar Santo y los que estaban apagando el fuego del Templo interior, que repelieron a los judíos y los persiguieron hasta el santuario. Entonces uno de los soldados, sin esperar ninguna [252] orden y sin miedo por la

envergadura de la hazaña, impulsado por un cierto ímpetu divino, cogió un tizón encendido y, levantado en alto por uno de sus compañeros, lo arrojó por una ventana dorada, que por el lado norte permitía entrar a las estancias que había alrededor del Templo¹¹⁷. Cuando el fuego prendió, se alzó entre los judíos un grito [253] acorde al desastre y corrieron en masa a apagarlo, sin preocuparse ya por su vida y sin escatimar fuerzas, dado que se estaba desmoronando el lugar que ellos antes habían custodiado.

[254] Un cierto individuo fue corriendo a dar esta noticia a Tito. Éste, que se encontraba en la tienda descansando de la lucha, dio un salto y, según estaba, se apresuró a ir al santuario [255] para detener el fuego. Detrás le seguían todos los generales, acompañados por sus legiones en estado de excitación. Se produjo griterío y barullo al ponerse en movimiento, [256] sin ningún orden, un ejército tan grande. César indicaba con su voz y con su mano derecha a los combatientes que apagaran el fuego, pero ellos, con sus oídos aturridos por un ruido aún mayor, no oyeron sus palabras ni prestaron atención a las señales de su mano, pues unos estaban distraídos [257] por la lucha y otros por su propia cólera. Ni los consejos ni las amenazas frenaron el ímpetu de las legiones que se dirigían hacia allí, sino que el furor era el que capitaneaba a todos. Muchos murieron, pisoteados entre sí, al apelotonarse en las entradas; otros muchos cayeron entre las ruinas de los pórticos, que aún estaban calientes y desprendían humo, y [258] así sufrieron la misma suerte que los vencidos. Cuando los soldados estuvieron cerca del Templo, hacían como si ni siquiera oyeran las órdenes de César y animaban a los que [259] iban delante a arrojar el fuego al interior. Por su parte, los sediciosos ya no podían prestar ninguna ayuda, ya que la muerte y la defección se habían extendido por todos los lugares. Gente débil y sin armas, en su mayor parte del pueblo, fue degollada allí donde se la encontraba. Una gran cantidad de cadáveres se amontonaba en torno al altar, por los banzos

del Templo corría mucha sangre y los cuerpos de los muertos caían rodando desde arriba.

[260] César, como fue incapaz de contener el empuje de sus soldados, que estaban llenos de entusiasmo, y el fuego se iba extendiendo, se dirigió con sus oficiales al interior, donde contempló el *Sancta Sanctorum* del Templo y los objetos que en él había, que superaban en mucho la fama que sobre ellos existía entre los extranjeros y no eran inferiores al orgullo y a la opinión que de ellos tenían los propios judíos¹¹⁸. Dado que las llamas no habían alcanzado aún al interior, sino [261] que asolaban las estancias¹¹⁹ que rodeaban el santuario, Tito pensó, lo que realmente era verdad, que aún podía salvarse esta obra y salió fuera. Él mismo intentó convencer a [262] los soldados para que apagaran el fuego y ordenó a Liberalio, centurión de sus lanceros, obligar a golpes a los que desobedecieran. Sin embargo, su furor, su odio contra los judíos [263] y un fierísimo ímpetu guerrero estuvieron por encima del respeto a César y del miedo a la persona que les castigaba. A muchos de los legionarios les movía la esperanza de [264] obtener un botín, pues, al ver que los exteriores estaban hechos de oro¹²⁰, tenían la idea de que el interior estaría lleno de riquezas. Uno de los que había accedido al interior, cuando [265] César salió fuera para contener a los soldados, se apresuró a echar en la oscuridad¹²¹ una tea ardiendo a los goznes de la puerta. Entonces la llama brilló inmediatamente en el [266] interior. Los generales se retiraron junto con Tito y nadié impidió a los soldados de fuera continuar con el fuego. De esta forma, contra la voluntad de César, el Templo fue incendiado.

Se podría lamentar uno intensamente de la destrucción de [267] la obra más admirable de todas las que se han visto y oído, por su estructura, por su grandeza, por la magnificencia de cada una de sus partes y por la fama de sus Lugares Santos, sin embargo se podría consolar aún más con la idea de que el Destino es inevitable tanto por los edificios y los lugares,

[268] como por los seres vivos. Hay que admirarse en esta circunstancia de la exactitud de coincidencia temporal. Como he dicho¹²², la destrucción se ha cumplido el mismo mes y día en que antes había sido incendiado el Templo por los [269] babilonios. Desde su primera construcción, que llevó a cabo el rey Salomón, hasta la ruina de hoy, en el segundo año del principado de Vespasiano, han pasado mil ciento treinta [270] años, siete meses y quince días. Y desde su reconstrucción posterior, hecha por Ageo¹²³ en el segundo año del reinado de Ciro, hasta la conquista de Vespasiano tenemos seiscientos treinta y nueve años y cuarenta y cinco días¹²⁴.

Las calamidades del incendio del Templo y sus alrededores

[271] Mientras ardía el Templo, tuvo lugar por parte de los romanos el saqueo de todo lo que se encontraban y una incontable matanza de todo aquel con quien se topaban, pues no hubo compasión por la edad ni respeto por la dignidad, sino que fueron degollados, sin distinción, niños, ancianos, laicos y sacerdotes. La guerra arrastraba a todo tipo de gente, tanto a los que suplicaban como a los que luchaban. Las llamas, que se extendían con [272] intensidad, producían un fragor que se unía con los gemidos de los que caían. Debido a la altura de la colina y a la magnitud de la construcción que ardía, uno podría pensar que era toda la ciudad la que era pasto del fuego. Nadie podría imaginar nada más grande ni más terrible que el clamor de entonces. Se trataba del grito de guerra de las legiones romanas [273] en su avance, de los lamentos de los rebeldes rodeados por el fuego y por las armas, de la huida del pueblo, que acorralado arriba se lanzaba lleno de espanto contra los enemigos¹²⁵, y de los alaridos ante sus propias desdichas. A [274] los gritos de los que se hallaban en la colina se les unía el de la población de una y otra parte de la ciudad. Muchos debilitados y enmudecidos por el hambre, cuando vieron el fuego del Templo, tuvieron de nuevo fuerza para gemir y

lamentarse. La Perea y las montañas de los alrededores producían un eco que hacía aún más intenso el griterío¹²⁶. Sin embargo, [275] los sufrimientos eran más espantosos que el barullo. Se podría haber pensado que la colina del Templo hervía desde sus raíces, pues el fuego la cubría por todas partes, y que la sangre era aún más abundante que las llamas y los muertos más que sus ejecutores. Pues en ningún sitio se veía tierra [276] sin cadáveres, sino que los soldados pasaban por encima de montones de muertos en su persecución de los fugitivos. La [277] multitud de los bandidos rechazó a los romanos y a duras penas pudo abrirse paso hasta el Templo exterior y de allí a la ciudad, mientras que el resto del pueblo huyó al pórtico [278] exterior. Al principio algunos de los sacerdotes arrancaron y tiraron contra los romanos los picas del Templo¹²⁷ y sus bases, [279] que estaban hechas de plomo. Luego, como no consiguieron nada y el fuego venía sobre ellos, se retiraron al [280] muro, de ocho codos de ancho, y permanecieron allí. Dos de los individuos más eminentes entre ellos, que tenían la posibilidad de salvarse, si se entregaban a los romanos, o de esperar la misma suerte que los demás, se arrojaron a las llamas y murieron quemados junto con el Templo, Meiro, hijo de Belgas, y José, hijo de Daleo.

[281] Los romanos, al ver que era inútil salvar los edificios del entorno del Templo, cuando éste estaba ardiendo, los quemaron todos, así como las ruinas de los pórticos y las puertas, salvo dos, la del este y la del sur, que luego también [282] destruyeron. Prendieron fuego asimismo a las cámaras del tesoro, en las que había una inmensa cantidad de riquezas, numerosas vestimentas y otros objetos preciosos, por decirlo en una palabra, todos los bienes de los judíos estaban guardados allí, ya que a este lugar habían llevado los ricos [283] las fortunas de sus casas¹²⁸. Los soldados llegaron al pórtico que quedaba del Templo exterior. En el se habían refugiado mujeres, niños y una masa de seis mil personas de todo tipo [284] de gente del pueblo. Antes de que César

tomase alguna decisión sobre ellos o diese alguna orden a sus oficiales al respecto, los soldados, arrastrados por su furor, hicieron arder el pórtico por debajo. De esta forma sucedió que perecieron tanto los judíos que se arrojaron para librarse de las llamas, como los que ardieron en ellas. No se salvó ninguno de ellos. El culpable de su destrucción fue un falso profeta que [285] aquel día había proclamado públicamente a la gente de la ciudad que Dios les mandaba subir al Templo para recibir allí las señales de su salvación. En aquel momento muchos [286] profetas habían sido sobornados por parte de los tiranos para que instaran al pueblo a esperar la ayuda de Dios, pues así serían menos las deserciones y aumentarían las esperanzas de individuos que habían superado ya el miedo y las precauciones¹²⁹. Porque, en efecto, un hombre enseguida se [287] deja convencer en las adversidades. Cuando un falso profeta le promete el final de sus desdichas, entonces el que las sufre se entrega todo él a la esperanza¹³⁰.

Presagios y oráculos sobre la catástrofe de Jerusalén

En aquel entonces engañaron al pueblo [288] personajes embusteros y que falsamente se decían hablar en nombre de Dios. No prestaron atención ni creyeron en las señales evidentes que anunciaban la futura destrucción¹³¹, sino que no entendían las advertencias de Dios, como si hubiera caído un rayo sobre ellos y carecieran de ojos y de espíritu. Fue entonces cuando sobre la ciudad [289] apareció un astro, muy parecido a una espada, y un cometa que permaneció allí durante un año. Esto también había tenido [290] lugar antes de la revuelta y de que se iniciaran las actividades bélicas, cuando, reunido el pueblo para la fiesta de los Ácidos, el día ocho del mes de Jántico¹³², en la hora nona de la noche¹³³ brilló durante media hora una luz en el altar y en el Templo con tanta intensidad que parecía un día [291] claro. Para los no entendidos esto era una buena señal, mientras que los escribas sagrados¹³⁴ lo interpretaron de acuerdo con los

acontecimientos inmediatamente posteriores. [292] Por otra parte, en la misma fiesta, una vaca, que era llevada [293] al sacrificio, parió un cordero en medio del Templo. A la sexta hora de la noche¹³⁵ se abrió ella sola la puerta oriental del Templo exterior¹³⁶, que era de bronce y tan pesada que por la tarde a duras penas podían cerrarla veinte hombres¹³⁷ y que además estaba reforzada con cerrojos de hierro y con estacas clavadas profundamente en el suelo del umbral, que estaba hecho totalmente de un solo bloque de piedra. Los guardianes del Templo fueron corriendo a comunicárselo [294] a su comandante¹³⁸, que subió y apenas tuvo fuerzas para cerrarla. De nuevo a los ignorantes esta señal [295] les pareció muy favorable, pues para ellos era Dios el que les había abierto la puerta de los bienes. Sin embargo, los entendidos pensaron que la seguridad del Templo se había venido abajo por sí misma y que la puerta se abría como un regalo para los enemigos, y así entre ellos interpretaron la señal como un indicio evidente de destrucción. Después [296] de la fiesta, no muchos días más tarde, el veintiuno del mes de Artemisio¹³⁹, se vio una aparición sobrenatural mayor de lo que se podría creer. Creo que lo que voy a narrar [297] parecería una fábula, si no lo contaran los que lo han visto con sus ojos y no estuvieran en consonancia con estas señales las desgracias que acaecieron después. Antes [298] de la puesta de sol se vieron por los aires de todo el país carros y escuadrones de soldados armados que corrían por las nubes y rodeaban las ciudades. Además, en la fiesta [299] llamada de Pentecostés¹⁴⁰ los sacerdotes entraron por la noche en el Templo interior, como tienen por costumbre para celebrar el culto, y dijeron haber sentido en primer lugar una sacudida y un ruido, y luego la voz de una muchedumbre que decía: «Marchémonos de aquí»¹⁴¹.

El falso profeta Jesús, hijo de Ananías

[300] Pero más terrible aún que esto fue lo siguiente: un tal Jesús, hijo de Ananías, un campesino de clase humilde, cuatro

años antes de la guerra¹⁴², cuando la ciudad se hallaba en una paz y prosperidad importante, vino a la fiesta, en la que todos acostumbran a levantar tiendas en honor de Dios¹⁴³, y de pronto se puso a [301] gritar en el Templo: «Voz de Oriente, voz de Occidente, voz de los cuatro vientos, voz que va contra Jerusalén y contra el Templo, voz contra los recién casados y contra las recién casadas, voz contra todo el pueblo»¹⁴⁴. Iba por todas las calles [302] vociferando estas palabras de día y de noche. Algunos ciudadanos notables se irritaron ante estos malos augurios, apresaron a Jesús y le dieron en castigo muchos golpes. Pero él, sin decir nada en su propio favor y sin hacer ninguna petición en privado a los que le atormentaban, seguía dando [303] los mismos gritos que antes. Las autoridades judías, al pensar que la actuación de este hombre tenía un origen sobrenatural, lo que realmente así era, lo condujeron ante el gobernador romano. Allí, despellejado a latizagos hasta los [304] huesos, no hizo ninguna súplica ni lloró, sino que a cada golpe respondía con la voz más luctuosa que podía: «¡Ay de ti Jerusalén!». Cuando Albino, que era el gobernador¹⁴⁵, le [305] preguntó quién era, de dónde venía y por qué gritaba aquellas palabras, el individuo no dio ningún tipo de respuesta, sino que no dejó de emitir su lamento sobre la ciudad, hasta que Albino juzgó que estaba loco y lo dejó libre. Antes de [306] llegar el momento de la guerra Jesús no se acercó a ninguno de los ciudadanos ni se le vio hablar con nadie, sino que cada día, como si practicara una oración, emitía su queja: «¡Ay de ti Jerusalén!». No maldecía a los que le golpeaban [307] diariamente ni bendecía a los que le daban de comer: a todos les daba en respuesta el funesto presagio. Gritaba en especial [308] durante las fiestas. Después de repetir esto durante siete años y cinco meses, no perdió su voz ni se cansó. Finalmente, cuando la ciudad fue sitiada, vio el cumplimiento de su augurio y cesó en sus lamentos. Pues, cuando se hallaba [309] haciendo un recorrido por la muralla, gritó con una voz penetrante: «¡Ay de ti, de nuevo, ciudad,

pueblo y Templo!». Y para acabar añadió: «¡Ay también de mí!», en el momento en que una piedra, lanzada por una balista¹⁴⁶, le golpeó y al punto lo mató. Así entregó su alma, mientras aún emitía aquellos presagios.

Si uno reflexiona sobre estos hechos, se dará cuenta de [310] que Dios se preocupa de los hombres y de que él anuncia a su raza de todas las formas posibles los medios de salvación, y que, sin embargo, ellos perecen por su demencia y [311] por la elección personal de sus propias desgracias. Después de la destrucción de la torre Antonia, los judíos hicieron cuadrado el Templo¹⁴⁷, aunque en sus Escrituras constaba que la ciudad y el Templo serían conquistados cuando el [312] Templo tuviera forma cuadrada¹⁴⁸. Pero lo que más les impulsó a hacer la guerra fue un oráculo ambiguo, contenido también en sus libros sagrados, según el cual en aquella [313] época un personaje de su país regiría el mundo¹⁴⁹. Ellos creían que se trataba de alguien de su raza y muchos sabios se equivocaron en su interpretación, ya que el oráculo se refería al principado de Vespasiano, que había sido proclamado [314] emperador en Judea¹⁵⁰. Por otra parte, a los hombres no [315] les es posible evitar al Destino, ni aunque lo prevean. Algunos de los signos los interpretaron a su gusto y a otros no les hicieron caso, hasta que con la conquista de su patria y con su propia destrucción se dieron cuenta de su insensatez.

Tito es aclamado emperador. Ejecución de los sacerdotes

Tras haber huido los sediciosos a la [316] ciudad y estar ardiendo el propio santuario y todos los edificios de alrededor, los romanos llevaron sus estandartes al Templo, los colocaron frente a la puerta oriental y allí mismo hicieron sacrificios en su honor¹⁵¹ y proclamaron emperador a Tito con grandes vítores¹⁵². Todos [317] los soldados se apoderaron de tanto botín que en Siria el oro, al peso, se vendía a la mitad de su

precio anterior¹⁵³. Entre [318] los sacerdotes que se mantenían en su puesto en lo alto de la muralla¹⁵⁴ un joven sediento confesó la sed que tenía y pidió a los guardias romanos que le dieran garantías de seguridad. Ellos se apiadaron de su edad y de su estado de necesidad, [319] le dieron su palabra y él bajó a beber. Llenó de agua un recipiente que había traído consigo y se marchó a refugiarse arriba con los suyos. Ninguno de los centinelas [320] pudo cogerle, sino que maldijeron su falta de palabra. Pero aquel joven dijo que no había transgredido ningún acuerdo, puesto que él no había pactado quedarse con ellos, sino solamente bajar y coger agua. Como él había cumplido ambas [321] condiciones, creía haber sido fiel a la palabra dada. Los romanos, que habían sido objeto del engaño, se admiraron de su astucia, sobre todo por la edad del joven. Al quinto día los sacerdotes, hambrientos, bajaron y, conducidos por [322] los guardias ante Tito, le pidieron conservar la vida. Sin embargo, el emperador les respondió que ya había pasado el momento del perdón para ellos, que habían desaparecido todas aquellas razones por las que él les podría haber salvado y que convenía que los sacerdotes fueran aniquilados junto con el Templo. Por ello ordenó castigar a aquellos hombres.

[323] Los secuaces de los tiranos, como la guerra les dominaba por todas partes y, rodeados por el muro¹⁵⁵, no tenían ninguna posibilidad de huir, pidieron parlamentar [324] con Tito. Éste se colocó en la zona occidental del Templo exterior, porque prefería salvar la ciudad a causa de su natural espíritu humanitario¹⁵⁶ y porque sus amigos así se lo aconsejaban, ya que creían que los bandidos habían [325] suavizado su actitud. Allí sobre el Xisto estaban las puertas y un puente¹⁵⁷ que unía la Ciudad Alta con el Templo. Este puente estaba en medio de los tiranos y de [326] César. A uno y otro lado la multitud se agolpaba en masa: los judíos de Simón y Juan se hallaban encendidos por la esperanza del

perdón, mientras que los romanos estaban expectantes ante la respuesta de César a sus peticiones.

Discurso de Tito a los vencidos

Tito ordenó a sus soldados que contuvieran [327] su indignación y que no dispararan, trajo junto a sí un intérprete y, como muestra de que él era el vencedor, tomó la palabra en primer lugar¹⁵⁸: «Judíos, ya [328] os habréis saciado de los males de vuestra patria, vosotros que no habéis tenido en cuenta nuestra fuerza ni vuestra debilidad, sino que con un ímpetu irreflexivo y demente habéis perdido vuestro pueblo, vuestra ciudad y vuestro Templo, y en justicia os vais a perder a vosotros mismos. En primer [329] lugar, desde que Pompeyo os conquistó por la fuerza no habéis dejado de rebelaros y luego declarasteis abiertamente la guerra contra los romanos. ¿Tal vez confiabais en la superioridad [330] numérica de vuestros hombres? Sin embargo, una mínima parte del ejército romano ha sido suficiente para acabar con vosotros. ¿Quizá teníais fe en los aliados?¹⁵⁹ ¿Qué nación ajena a nuestro Imperio preferiría a los judíos antes que a los romanos? ¿Se trataba, entonces, de vuestra [331] fuerza corporal? Sabéis que los germanos son esclavos nuestros. ¿Tal vez la solidez de vuestras murallas? Pero, ¿qué obstáculo mayor puede haber que la muralla del océano? Los britanos, que estaban rodeados por él, se postran ante las armas romanas. ¿Es posible que sea la fortaleza de vuestro [332] espíritu y la astucia de vuestros generales? Sin embargo, sabéis que también fueron sometidos los cartagineses. Fue entonces [333] el carácter humanitario de los romanos lo que os incitó a ir contra los romanos, que desde el primer momento os dejamos habitar esta tierra y hemos nombrado reyes de vuestra [334] raza¹⁶⁰. Hemos respetado las leyes de vuestra patria, y os hemos permitido vivir como quisierais, no sólo en vuestro propio [335] país, sino también en el de los demás¹⁶¹. Y lo más importante de todo es que os permitimos cobrar tributos y recibir ofrendas para Dios¹⁶². A

los que os traían tales presentes no les castigamos ni les pusimos impedimentos, para que así vosotros fuerais más ricos y os prepararais con nuestro dinero [336] para atacarnos. Luego, habéis disfrutado de tales bienes y habéis dirigido vuestra abundancia contra los que os la han procurado y, como serpientes salvajes, habéis lanzado el [337] veneno contra los que os trataban con bondad. Y bien, despreciasteis la indolencia de Nerón y, como ocurre con las roturas y los desgarros, permanecisteis quietos con el mal durante un tiempo y luego salisteis de esta grave enfermedad con una actitud aún peor y dirigisteis vuestros inmoderados [338] deseos hacia desvergonzadas esperanzas¹⁶³. Llegó mi padre a vuestra región, no para castigaros por lo que habíais [339] hecho contra Cestio¹⁶⁴, sino para daros una advertencia. Si hubiera venido para destruir a vuestro pueblo, necesariamente tendría que haberse dirigido a vuestras raíces y haber arrasado inmediatamente esta ciudad, sin embargo devastó Galilea y las zonas de alrededor para así daros tiempo para el arrepentimiento¹⁶⁵. No obstante, su benignidad os pareció [340] debilidad y con nuestra mansedumbre alimentasteis vuestra audacia. Cuando murió Nerón, actuasteis como suele obrar [341] la gente más malvada. Os llenasteis de valor con nuestras luchas internas y, mientras mi padre y yo nos retiramos a Egipto¹⁶⁶, aprovechasteis la ocasión para preparar la guerra. No os avergonzasteis de levantaros contra los que habían sido proclamados emperadores, cuyo carácter humanitario ya conocíais, cuando eran generales. Después de que el Imperio [342] vino a parar a nuestras manos y de que todos los pueblos que estaban dentro de él alcanzaron la paz y las naciones extranjeras presentaron sus embajadas de felicitación, de nuevo los judíos se pusieron en guerra. Vosotros enviasteis [343] legados a los hebreos del otro lado del Éufrates¹⁶⁷ para que se sublevaran contra nosotros y habéis construido nuevas murallas. Las sediciones, las luchas internas entre los tiranos y la guerra civil es lo único que conviene a

gente tan criminal como vosotros. Yo vine contra la ciudad con las [344] órdenes duras, que, muy a pesar suyo, me había dado mi padre. Me alegré, cuando oí que el pueblo deseaba la paz. Antes de empezar la guerra os exhorté a que depusierais las [345] armas, incluso después de luchar durante mucho tiempo os perdoné, ofrecí garantías de seguridad a los desertores y mantuve mi palabra con los que se refugiaron entre nosotros; me compadecí de muchos prisioneros, me opuse a los que querían torturarlos, en contra de mi voluntad llevé las máquinas contra vuestras murallas, refrené a los soldados siempre que se disponían a mataros y en cada victoria os invité [346] a hacer la paz, como si yo fuera el vencido. Cuando estuve cerca del Templo me olvidé de nuevo voluntariamente de las leyes de la guerra y os exhorté a que respetaseis vuestros Lugares Sagrados y que salvarais el Templo para vosotros mismos. Os di garantías para que salierais con seguridad¹⁶⁸, os prometí conservar la vida y, si queríais, os ofrecí la posibilidad de luchar en otro lugar. Pero vosotros habéis despreciado todo esto y habéis incendiado el santuario con vuestras [347] propias manos¹⁶⁹. ¿Y ahora, miserables, me invitáis a hablar con vosotros? ¿Es para salvar algo similar a lo que ya habéis perdido? ¿Después de la destrucción del Templo, qué tipo de [348] salvación os merecéis? Y ahora aún estáis armados y ni en esta situación extrema actuáis como suplicantes. ¿En qué confiáis, [349] desgraciados? ¿No está muerto vuestro pueblo y ha perecido el Templo, no está la ciudad en mi poder y vuestras vidas en mis manos? ¿Tal vez creéis que el resistiros a morir [350] dará renombre a vuestra valentía? Yo no rivalizaré con vuestra locura. A los que arrojen sus armas y se entreguen les concederé seguir viviendo y, como un señor que es bueno en su casa, yo castigaré a las personas que no tienen remedio y a las demás las conservaré conmigo».

Tito decide destruir la ciudad

[351] A estas palabras los judíos respondieron que no podían aceptar sus promesas, porque habían jurado no hacerlo nunca. Pidieron salir del recinto amurallado con sus mujeres e hijos para retirarse al desierto y dejarle a él la ciudad. Tito se irritó de que ellos, que estaban en situación de [352] vencidos, le pusieran condiciones, como si fueran los vencedores, y ordenó proclamar por medio de un heraldo que ya no desertaran y que no esperaran llegar a ningún acuerdo con él, pues no perdonaría a nadie, sino que lucharan con todas sus [353] fuerzas y se salvaran como pudieran. A partir de ahora él actuaría en todo momento de acuerdo con las leyes de la guerra. A sus soldados les dejó incendiar y saquear la ciudad. Aquel [354] día se refrenaron, pero al siguiente quemaron los archivos¹⁷⁰, el Acra¹⁷¹, el Consejo¹⁷² y la zona llamada Ofla¹⁷³. El fuego [355] se extendió hasta el palacio de Helena¹⁷⁴, que estaba edificado en medio del Acra, y también se consumieron las callejuelas y las casas, que estaban llenas de los cadáveres de los que habían muerto por causa del hambre.

La familia del rey Izate se entrega

Este mismo día los hijos y hermanos [356] del rey Izate¹⁷⁵, a los que se habían unido muchos notables del pueblo, pidieron a César llegar a un acuerdo de capitulación. Tito, aunque estaba enfadado con todos los supervivientes, no se olvidó de su carácter bondadoso, [357] sino que acogió a estos hombres. Entonces los puso a todos bajo custodia y luego encadenó a los hijos y a los familiares del rey y los envió a Roma como rehenes en garantía de la fidelidad de su país.

Los rebeldes asaltan el palacio real

[358] Los sediciosos atacaron el palacio real¹⁷⁶, el que muchos habían guardado sus bienes debido a la seguridad de este lugar. Expulsaron de él a los romanos, mataron a toda la gente del pueblo que allí se había reunido, ocho mil

cuatrocientas personas, y se adueñaron [359] del dinero que había. Cogieron también como prisioneros a dos romanos, un soldado de caballería y otro de infantería: a este último lo degollaron enseguida y lo arrastraron alrededor de la ciudad, como si de esta forma se vengaran en [360] un sólo cuerpo de todos los romanos. En cambio, el jinete, que dijo que les podía hacer una propuesta útil para su salvación, fue conducido ante Simón. Pero como no tenía nada que decir, fue entregado a Ardala, uno de sus generales, para que lo [361] ejecutara. Ardala le ató las manos atrás, le vendó los ojos y le llevó delante de los romanos para cortarle la cabeza. Sin embargo, aquél se adelantó a su verdugo y huyó al bando romano, [362] mientras el judío sacaba su espada. Tito no se atrevió a quitar la vida a un individuo que había huido de los enemigos. No obstante, juzgó que era un soldado indigno de los romanos, porque había sido capturado vivo, le quitó las armas y le expulsó de la legión, lo que precisamente era un castigo más duro que la muerte para una persona de honor.

Incendio de la Ciudad Baja

[363] Al día siguiente los romanos echaron a los bandidos de la Ciudad Baja e incendiaron toda la zona hasta Siloé¹⁷⁷. Se alegraron de que la ciudad ardiera, pero se equivocaron en cuanto al botín, puesto que los rebeldes habían cogido todo y habían huido a la Ciudad Alta. Estos últimos no tenían ningún arrepentimiento [364] de sus maldades, sino que se gloriaban de ellas como si fueran buenas acciones. Cuando vieron que la ciudad se consumía por el fuego dijeron con caras alegres que aceptaban la muerte llenos de felicidad¹⁷⁸, pues no dejaban nada para los enemigos, ahora que el pueblo ya había perecido, el Templo ya estaba quemado y la ciudad ardía. Ni en aquellos [365] momentos críticos Josefo se cansaba de suplicarles por lo que aún quedaba de la ciudad, sino que, a pesar de que les expuso numerosas razones en contra de su crueldad y de su impiedad y de que les dio muchos consejos

para conservar su vida, no consiguió más que burlas. Habida cuenta de que [366] los sediciosos no soportaban entregarse, por el juramento que habían hecho, ni podían luchar en igualdad de condiciones contra los romanos, pues estaban acorralados como en una prisión, entonces sus sanguinarias costumbres movían aún sus manos. Se dispersaron delante de la ciudad, entre sus ruinas, y tendieron emboscadas contra los que se disponían a desertar. Capturaron a muchos, a todos los mataron, [367] pues debido al hambre no tenían fuerzas para escapar, y arrojaron sus cuerpos a los perros. Cualquier clase de [368] muerte parecía mejor que el hambre, de modo que, aunque ya no esperaban obtener el perdón de los romanos, huían también hacia ellos y voluntariamente se entregaban a los sanguinarios sediciosos. No había en la ciudad ningún sitio [369] sin cadáveres, sino que por todos los lugares había víctimas del hambre o de la sedición¹⁷⁹.

Los judíos se refugian en las galerías subterráneas

[370] La última esperanza que animaba a los tiranos y a la banda de ladrones que estaba con ellos era la de las galerías subterráneas¹⁸⁰. Se habían refugiado en ellas con la esperanza de no ser encontrados y, después de la toma completa de la ciudad, cuando los romanos [371] se hubieran retirado, salir e intentar escaparse. Esto no era para ellos más que un sueño, pues no iban a pasar desapercibidos [372] ni a Dios ni a los romanos. Los judíos, confiados entonces en estas galerías, hicieron más fuego que los romanos y mataron sin compasión y despojaron a los que huían del fuego a refugiarse en estos subterráneos. Si les encontraban algo de comer, se lo quitaban y, llenos de sangre, [373] se lo comían. Ahora luchaban entre sí por las rapiñas, y por su exagerada crueldad me parece que, si no se les hubiera adelantado la toma de la ciudad, habrían llegado a comerse incluso los cadáveres¹⁸¹.

Los romanos se disponen a asaltar la Ciudad Alta

[374] Como no era posible apoderarse de la Ciudad Alta sin la ayuda de los terraplenes, ya que estaba rodeada de precipicios, distribuyó a su ejército en las tareas el día veinte [375] del mes de Loos¹⁸². Era difícil traer madera, dado que, como he dicho¹⁸³, los alrededores de la ciudad, en una extensión de cien estadios, habían sido talados [376] para construir los primeros terraplenes. Los trabajos de las cuatro legiones se levantaron en la parte oeste de la ciudad, frente al palacio real¹⁸⁴. La tropa auxiliar y el resto [377] de los hombres lo hicieron en la zona del Xisto, del puente¹⁸⁵ y de la torre de Simón, que éste había construido para que fuera su fortaleza cuando luchaba contra Juan¹⁸⁶.

Los idumeos intentan rendirse

Por aquellos días los jefes idumeos¹⁸⁷ [378] se reunieron en secreto y deliberaron sobre su rendición. Enviaron cinco hombres ante Tito y le pidieron llegar a un acuerdo de capitulación. Éste, que esperaba que [379] los tiranos¹⁸⁸ también se entregaran, tras la defección de los idumeos, que representaban una parte importante de la guerra, decidió con pesar perdonarles la vida y dejó marchar a los emisarios. Simón se enteró de que los idumeos se disponían [380] a irse e inmediatamente ejecutó a los cinco que habían acudido ante Tito. Detuvo y encerró a los jefes, entre los que destacaba Jacobo, el hijo de Sosa. Mantuvo bajo vigilancia [381] a la multitud idumea, que tras la pérdida de sus generales estaba desorientada, y colocó en la muralla vigilantes que estuvieran más atentos. Los centinelas no tenían la suficiente [382] fuerza para hacer frente a los desertores, sino que, aunque eran muchos los que morían en el intento, más numerosos eran los que escapaban. Los romanos acogieron a [383] todos: Tito porque, a causa de su clemencia, no tuvo en cuenta sus órdenes anteriores¹⁸⁹, y los soldados porque estaban cansados de matar y por la esperanza de obtener alguna [384] ganancia. Se quedaban solamente con los ciudadanos¹⁹⁰ y al resto de la

gente la vendían con sus mujeres e hijos, cada uno de ellos a un precio muy bajo, pues eran muchos los [385] que estaban en venta y pocos los compradores. Aunque Tito había anunciado por medio de un heraldo que nadie desertara solo, para que también se trajeran a sus familias, sin embargo aceptó igualmente a estos últimos. No obstante, designó oficiales para que decidieran quiénes de ellos merecían ser [386] castigados. El número de las personas vendidas fue tremendo; se salvaron más de cuarenta mil ciudadanos, a los que César dejó ir a donde cada uno quisiera.

Los tesoros del Templo son entregados a los romanos

[387] En estos mismos días uno de los soldados de caballería, de nombre Jesús, hijo de Zebedeo, recibió de César garantías, bajo juramento, de que conservaría su vida a condición de que le diera alguno de los [388] tesoros sagrados¹⁹¹. Este individuo salió y desde el muro del Templo entregó dos candelabros iguales a los que había en el santuario¹⁹², mesas, crateras y vasos, todos ellos completamente [389] de oro macizo. También le ofreció los velos¹⁹³, las vestimentas de los sumos sacerdotes¹⁹⁴ con sus gemas y muchos otros de los objetos que se utilizaban en el culto. Fue también hecho prisionero el tesorero del Templo¹⁹⁵, [390] llamado Fineas, que sacó las túnicas y los cinturones de los sacerdotes, una gran cantidad de púrpura y de escarlata, que estaba reservada para las necesidades del velo del Templo, y también mucho cinamomo, casia y una gran cantidad de otros aromas¹⁹⁶, que todos los días los sacerdotes mezclaban en los sacrificios dirigidos a Dios. Asimismo él hizo entrega [391] de muchos otros objetos preciosos y no pocos ornamentos sagrados. Este hecho a Fineas, que había sido capturado, le propició la obtención del perdón concedido a los desertores.

La Ciudad Alta cae en manos romanas

Una vez terminados los terraplenes en [392] dieciocho días, el siete del mes de Gorpico¹⁹⁷ los romanos acercaron allí las máquinas. Algunos de los sediciosos, que ya daban por perdida la ciudad, abandonaron la muralla y se retiraron al Acra, mientras que otros bajaron a refugiarse a las galerías subterráneas¹⁹⁸. Muchos se colocaron [393] a lo largo de la muralla y se defendieron de los soldados que traían las helépolis¹⁹⁹. También a estos últimos vencieron los romanos en cantidad y en fuerza y, sobre todo, porque ellos estaban muy animados frente a los judíos, [394] que se hallaban abatidos y debilitados. Cuando fue derribada una parte del muro y cedieron algunas de la torres, golpeadas por los arietes, al punto se produjo la huida de los defensores y sobrevino sobre los tiranos un miedo superior a lo que la [395] necesidad del momento requería. Antes de que los enemigos escalaran por la brecha, aquéllos estaban aturdidos y decididos a escapar. A individuos, que antes eran impetuosos y que se enorgullecían de sus sacrilegios, se les podía ver ahora humildes y temblorosos, de forma que este cambio daba lástima, [396] a pesar de que se trataba de gente muy malvada. Se dispusieron a correr hacia el muro que les sitiaba para así echar de allí [397] a los guardias y abrirse un paso de salida²⁰⁰. Sin embargo, vieron que no estaban en ningún sitio los que antes les eran fieles, ya que habían huido en la dirección que la necesidad del momento les había dictado, además algunos acudieron a ellos a comunicarles que toda la muralla occidental había caído, otros a anunciarles que los romanos habían entrado y estaban [398] ya cerca buscándolos, y otros, con la vista nublada por el miedo, decían que desde las torres divisaban a los enemigos. Ante estas noticias cayeron de bruces al suelo, lamentaron su locura y, como si se hubieran cortado sus nervios, no [399] fueron capaces de huir. En este punto es donde uno especialmente puede reconocer el poder de Dios sobre los impíos y la Fortuna de los romanos²⁰¹. Los tiranos renunciaron a su seguridad y descendieron

voluntariamente de las torres, en las que nunca habrían podido ser dominados por la fuerza, sino sólo por el hambre. Por su parte, los romanos, que tanto habían [400] padecido en las murallas que eran más endebles, conquistaron con la ayuda de la Fortuna aquellas otras que no podrían haberlas tomado con las máquinas, pues las tres torres, de las que hemos hablado más arriba²⁰², resistían a cualquier artefacto de guerra.

Tras abandonar los judíos estos lugares o, más bien, tras [401] ser expulsados de allí por Dios, inmediatamente se refugiaron en el barranco²⁰³ que está al pie de la fuente de Siloé. Con posterioridad, cuando se recuperaron un poco del miedo, arremetieron contra el muro que les sitiaba por aquel lugar. Con una audacia inferior a lo que apremiaba la necesidad [402] del momento, pues sus fuerzas estaban debilitadas por el miedo y por las desgracias, fueron rechazados por los centinelas, se dispersaron por un lado y por otro y bajaron a las galerías subterráneas²⁰⁴.

Victoria total de Tito sobre la ciudad

Los romanos se apoderaron de las [403] murallas, colocaron sus enseñas sobre las torres y entonaron un canto en honor de la victoria con aplausos y gritos de júbilo, pues se daban cuenta de que el final de la guerra era mucho más llevadero que su principio. No se creían que hubieran subido la última muralla sin derramar sangre y, al no ver a ningún enemigo, se quedaron atónitos. Se metieron por las callejuelas con sus espadas en las manos, [404] mataron sin hacer distinción a todos los que se encontraron e incendiaron las casas con la gente que se había refugiado [405] en ellas. En muchos de sus saqueos, cuando pasaban dentro para hacer sus rapiñas, se encontraban con familias enteras de cadáveres y con sus habitaciones repletas de víctimas del hambre²⁰⁵. Entonces, llenos de horror ante la [406] visión de este espectáculo, salían con las manos vacías. A pesar de que se compadecían de los que morían de esta forma, sin embargo no

tuvieron los mismos sentimientos con los vivos, sino que degollaron a todo el que se toparon, con sus cadáveres taponaron las estrechas calles e inundaron de sangre toda la ciudad, de modo que muchos incendios fueron [407] también apagados por esta carnicería. Los romanos dejaron esta actividad sanguinaria al atardecer. Por la noche el fuego se intensificó y el día ocho del mes de Gorpieo²⁰⁶ Jerusalén [408] se levantó en llamas. Esta ciudad habría sido totalmente envidiable, si hubiera disfrutado desde su fundación de tantos bienes como desgracias padeció durante su asedio. Sin embargo, ella mereció tan grandes infortunios no por otro motivo sino por haber engendrado la generación que le ha ocasionado su propia ruina.

Tito entra en Jerusalén

[409] Tito entró en la ciudad y se asombró, entre otros aspectos, de la solidez de sus fortificaciones y de las torres, que los tiranos en su estado de locura habían abandonado. [410] Cuando se percató de la elevación del conjunto arquitectónico de las torres, de la magnitud de cada uno de los bloques de piedra, de la exactitud de [411] su ensamblaje, de su anchura y de su altura, dijo: «Hemos luchado con la ayuda de Dios y es Dios el que ha expulsado a los judíos de estas fortalezas, pues ¿qué poder tienen las manos de los hombres o las máquinas contra estas torres?»²⁰⁷. Hizo muchos comentarios de este tipo a sus amigos [412] y liberó a los prisioneros de los tiranos, que se encontraron en las fortalezas. Luego, tras hacer desaparecer lo que [413] quedaba de la ciudad y demoler las murallas, dejó las torres²⁰⁸ en recuerdo de su Fortuna²⁰⁹, con cuya colaboración en la lucha se había apoderado de lo que era imposible de conquistar.

Muertos y prisioneros judíos

Después de que los soldados se hartaron [414] de matar, aún seguían apareciendo numerosos sobrevivientes. César

ordenó ejecutar sólo a los que estaban armados y a los que ofrecían resistencia y apresar vivo al resto. Pero ellos acabaron también con la vida de [415] los ancianos y de los débiles, además de la de aquellos que les había encomendado Tito. A los que estaban en la flor de la edad y eran útiles los llevaron al Templo y los encerraron en el patio de las mujeres²¹⁰. César puso como [416] guardián a uno de sus libertos y a Frontón, un amigo suyo, le encargó decidir la suerte que cada uno merecía. Este [417] personaje ejecutó a todos los sediciosos y bandidos, que se acusaban unos a otros, escogió a los jóvenes más altos y bellos y los reservó para la procesión triunfal²¹¹. Del resto [418] de la gente, a los que tenían más de diecisiete años los encadenó y envió a trabajar a Egipto²¹². Muchísimos fueron donados por Tito a las provincias para que la espada o las fieras acabaran con ellos en los teatros²¹³. Los que no llegaban [419] a esta edad fueron vendidos. Perekieron también de hambre once mil prisioneros en los días en que Frontón hacía su selección: unos porque, debido al odio que les tenían sus guardianes, no recibían comida, mientras que otros no aceptaban lo que les daban. Además había también falta de trigo para tanta gente.

[420] Todos los prisioneros que fueron capturados en el conjunto de la guerra sumaron noventa y siete mil, y los que perekieron en la totalidad del asedio fueron un millón cien [421] mil²¹⁴. La mayoría de éstos eran judíos, pero no eran naturales de Jerusalén, puesto que se había concentrado gente de todo el país para la fiesta de los Ácimos, cuando de repente les sorprendió la guerra²¹⁵. En consecuencia, en un primer momento la estrechez del lugar les propició una peste destructiva [422] y más tarde un hambre voraz. La cantidad de habitantes que había en la ciudad se deduce del censo elaborado en tiempos de Cestio²¹⁶. Este personaje, que quería demostrar la prosperidad de la ciudad a Nerón, que despreciaba al pueblo judío, instó a los sumos sacerdotes a contabilizar la población de la mejor forma posible. Era ya

inminente la fiesta llamada Pascua, [423] en la que se hacen sacrificios desde la hora nona hasta la undécima²¹⁷; en cada una de las ofrendas actuaba una fraternidad de no menos de diez hombres, pues no se puede hacer el banquete sacrificial solo, y muchas veces se reunían incluso veinte. Los sacerdotes contabilizaron docientas cincuenta y [424] cinco mil seiscientas víctimas. El resultado son dos millones [425] setecientos mil hombres, todos ellos puros y santos, si suponemos diez personas para cada víctima²¹⁸. En efecto, ni los [426] leprosos ni los que tienen gonorrea ni las mujeres menstruantes ni los que tienen otro tipo de impureza pueden participar de este sacrificio, ni tampoco ninguno de los extranjeros que [427] acudían a presenciar estos actos²¹⁹. Era muy grande el número de personas que venían de otras naciones.

Los refugiados en los subterráneos. Juan de Giscala es capturado

En este momento todo el pueblo había [428] sido encerrado por el Destino²²⁰, como en una cárcel, y la guerra rodeó la ciudad, cuando desbordaba de gente. El [429] número de muertos superó a toda destrucción humana o divina, pues los romanos, tras matar o apresar a todos los que estaban a la vista, buscaron a los que se hallaban en los subterráneos²²¹, hicieron agujeros [430] en el suelo y ejecutaron a cuantos se encontraron. Allí había más de dos mil cadáveres: unos se habían suicidado, otros se habían matado entre sí y la mayoría había sido [431] víctima del hambre. A los que pasaban a su interior les venía un terrible hedor a muerto, de forma que enseguida [432] muchos se daban la vuelta y otros, por codicia, penetraban pisando los cadáveres que allí se amontonaban. En las galerías hallaron muchos objetos preciosos. Todo camino era lícito para conseguir alguna ganancia. También sacaron fuera a muchos prisioneros de los tiranos, pues éstos ni en [433] sus últimos momentos pusieron

freno a su crueldad. Dios castigó a los dos como se merecían: Juan, cuando estaba muriéndose de hambre junto con sus hermanos en las galerías subterráneas, suplicó a los romanos llegar a un acuerdo de paz, algo que había rechazado muchas veces, y Simón se rindió, después de haber combatido durante un largo espacio de tiempo contra la adversidad, como veremos [434] más adelante²²². Este último fue reservado para servir de víctima en la procesión triunfal²²³, mientras que Juan fue condenado a cadena perpetua. Los romanos prendieron fuego a los barrios de las afueras de la ciudad y echaron abajo las murallas.

Cronología de la historia de Jerusalén

De esta forma fue conquistada Jerusalén [435] en el segundo año del principado de Vespasiano, el día ocho del mes de Gorpioe²²⁴. Antes ya había sido conquistada cinco veces y otras dos había sido devastada. Pues Asoqueo²²⁵, rey de Egipto, luego Antíoco²²⁶, más [436] tarde Pompeyo²²⁷ y después de ellos Sosio junto con Herodes²²⁸ se apoderaron de la ciudad, pero sin destruirla. Y antes [437] la conquistó y asoló el rey de Babilonia²²⁹, tras haber transcurrido mil cuatrocientos sesenta y ocho años y seis meses desde su fundación²³⁰. Su primer fundador fue un [438] príncipe cananeo, que en su lengua materna se llamaba «Rey Justo»²³¹, que así era en realidad. Por ello fue pionero en ser sacerdote de Dios y, al ser el primero en levantar el Templo, llamó a la ciudad Jerusalén, que antes se denominaba Sólima²³². [439] El rey de los Judíos, David, expulsó de allí al pueblo de los cananeos y estableció a su nación. Cuatrocientos setenta y siete años y seis meses después la ciudad fue destruida [440] a manos de los babilonios. Entre el rey David, que fue el primer judío que gobernó en ella, y la devastación llevada a cabo por Tito han pasado mil ciento setenta y nueve [441] años. Desde su primera fundación hasta su última destrucción han transcurrido dos mil ciento setenta y siete [442] años²³³. Sin

embargo, ni su antigüedad ni su inmensa riqueza ni la Diáspora de su gente por todo el mundo habitado ni la gran fama de su culto han podido evitar su ruina. Así terminó el asedio de Jerusalén.

¹ Sobre la oposición radical de Josefo entre los rebeldes y el resto del pueblo judío en este conflicto, véase nota a IV 147.

² Cf. V 523.

³ Sobre la personificación del Destino o Fortuna en Josefo, véase el apartado 5 de la Introducción.

⁴ Por ejemplo, cuando los judíos asaltaron el campamento romano; cf. V 484.

⁵ Sobre este tipo de armas, como oxibelas, balistas, catapultas, etc, cf. notas a IV 19 y 583.

⁶ El *pilum* romano, citado en el *excursus* sobre el ejército de III 95.

⁷ El 20 de julio del año 70, según precisa NIESE en su edición *ad loc.*; cf. V 567.

⁸ Cf. V 275.

⁹ Es la formación conocida con el nombre de *testudo*, «tortuga», señalada ya en II 537.

¹⁰ Juan de Giscala había abierto una galería subterránea desde la torre Antonia hasta los terraplenes romanos, por debajo del foso de la fortaleza; cf. V 469.

¹¹ Estas ideas han sido destacadas en el *excursus* sobre el ejército romano; cf. III 72.

¹² En boca del propio Tito queda claramente expuesta la teología flaviana: el Dios de los hebreos se ha puesto del lado de los romanos en esta guerra y ha abandonado a su pueblo. La presencia de la divinidad y de la providencia ha estado siempre presente en la persona de Vespasiano, manifestada con especial relieve en su elección, y en la de Tito. A lo largo de este discurso y en los hechos posteriores Josefo repetirá este mismo argumento, que constituye uno de los objetivos básicos de su obra.

¹³ Esta misma idea les recordaba el rey Agripa a los judíos en su famoso discurso; cf. II 355-357.

¹⁴ Otro caso más de la personificación de la Fortuna o Destino; cf. el apartado 5 de la Introducción.

¹⁵ TÁCITO, *Historias* V 11, se hace eco de esta espera a que el hambre acabara con los sitiados.

¹⁶ La muerte en la batalla y el martirio como vía para alcanzar la inmortalidad pertenece más bien al pensamiento judío, a pesar de ser Tito el que exprese estas ideas; cf., por ejemplo, *II Macabeos* 7, 9 y *Contra Apión* II 232 ss.

¹⁷ En estas palabras se perciben conceptos de la doctrina estoica sobre la inmortalidad del alma, si bien también hay ciertos puntos de contacto con la doctrina de los esenios sobre el más allá, según se comentó en nota a II 154. Josefo se había sentido atraído también por las creencias fariseas, ya que éstas mostraban puntos de contacto con la filosofía estoica. Los fariseos habían convertido en un elemento esencial de su doctrina la inmortalidad del alma, que no aparecía en los

textos bíblicos. La base de su creencia eran las recompensas y castigos que se recibían después de la muerte, así como la dicotomía entre la Providencia divina y el libre albedrío; cf. II 163, *Antigüedades* XVIII 14 y *Contra Apión* II 218.

¹⁸ El segundo muro que de forma improvisada habían levantado Juan y sus secuaces; cf. VI 31.

¹⁹ A partir de aquí la descripción de los acontecimientos del sitio de Jerusalén evidencia que el propio historiador ha podido ser testigo de los hechos narrados, según se indicó en I 1 ss.

²⁰ Sobre la Fortuna que acompaña siempre a la persona de Tito véase V 88.

²¹ Las doce de la mañana, según el cómputo horario romano seguido por Flavio Josefo.

²² Cf. nota a VI 14.

²³ El 22 de julio del 70; cf. VI 22.

²⁴ La legión V *Macedonica*; cf. V 42.

²⁵ Aproximadamente las tres de la mañana. Las doce horas de la noche se dividían en cuatro vigilias militares de tres horas cada una de ellas, de acuerdo con los correspondientes turnos de guardia. Este mismo cómputo es el que sigue Josefo en otros pasajes (cf. nota a III 319).

²⁶ Cf. V 469 y VI 28. Los subterráneos, con diferentes redes e itinerarios, que había debajo del Templo y de la Antonia eran numerosos según se indica en *Antigüedades* XV 424 y como parece desprenderse de lo expuesto en V 102, 104 y VII 29.

²⁷ Quizá Josefo presencié directamente estos acontecimientos junto a Tito; cf. nota a VI 55.

²⁸ La lucha se está produciendo en las entradas del Templo, tanto en las escaleras de acceso (cf. V 243) como en las salidas de las galerías subterráneas, lugares todos ellos estrechos.

²⁹ Hasta la una de la tarde; cf. VI 68.

³⁰ Esta expresión parece confirmar la presencia de Josefo en los acontecimientos narrados, al menos en estos últimos momentos de la toma de Jerusalén; cf. nota a VI 55.

³¹ El ángulo noroeste.

³² Como antes ha ocurrido con Sabino; cf. VI 63.

³³ THACKERAY, *ad loc.*, ve en esta expresión una reminiscencia homérica de *Iliada* I 246 y XI 633.

³⁴ El atrio exterior estaba empedrado por unas amplias losas.

³⁵ Citado en V 474.

³⁶ Cf. IV 235.

³⁷ Este día, 17 de Panemo o 17 del mes hebreo Tammuz, en agosto del año 70, es recordado por la tradición como el más desastroso de todos los que ha tenido que padecer el pueblo judío; cf. A. GUTTMANN, «The end of the Jewish sacrificial cult», *Hebrew Union College Annual* 39 (1967), 137-158.

³⁸ Diariamente, por la mañana y por la tarde, se ofrecían sendos corderos sin mancha acompañados de una ofrenda vegetal y una libación, por prescripción del *Éxodo* 29, 38-42 y *Números* 28, 3-8 (cf. también *Antigüedades* XIV 65). Este holocausto, denominado *tamid*, era considerado como el centro del culto y se había mantenido en todo momento desde tiempo inmemorial, incluso durante el asedio y la toma de la ciudad por parte de Pompeyo (cf. I 148). No obstante, en I 33 se ha relatado otro momento de interrupción temporal de este rito, a saber, bajo el dominio de Jerusalén por Antíoco IV Epífanés, que suspendió este sacrificio durante tres años y seis meses.

³⁹ Las exhortaciones que Tito había hecho a los judíos delante de las murallas en V 362-419.

⁴⁰ Más bien en arameo, ya que el hebreo no se hablaba desde la vuelta del destierro. Sin embargo esta denominación de la lengua materna de los judíos sigue utilizándose en algunos textos de esta época, como por ejemplo en *Hechos de los Apóstoles* 21, 40 y 22, 2.

⁴¹ Sacrificios expiatorios para purificarse, después de haber mancillado y profanado el Templo. Para hacer desaparecer la ira de Dios y recuperar su favor se seguía todo un ritual donde lo fundamental era la aspersion de sangre sobre los objetos del culto y sobre el pueblo. Esto es lo que hizo Judas Macabeo tras reconquistar el Templo, como se relató en I 39.

⁴² Juan de Giscala.

⁴³ La confianza en Dios como aliado y en la inexpugnabilidad del Templo se ha comentado en nota a IV 127 y V 459.

⁴⁴ Otra de las muchas afirmaciones filorromanas de esta obra, en este caso en boca del propio autor; cf. VI 94.

⁴⁵ Esta historia es narrada en *II Reyes* 24 12, aunque en esta ocasión Josefo la amplía sensiblemente; cf. también *Antigüedades* X 100.

⁴⁶ Flavio Josefo no era ya en este momento prisionero de guerra, pues había sido liberado en diciembre del año 69, cuando Vespasiano fue proclamado emperador; cf. IV 622.

⁴⁷ Una de tantas identificaciones entre el Destino y Dios; cf. el apartado 5 de la Introducción.

⁴⁸ La creencia en las profecías bíblicas sobre la destrucción del Templo se hallaba entonces en su momento álgido; cf. nota a IV 388. THACKERAY, *ad loc.*, cree que puede tratarse de una referencia a *Oráculos Sibílicos* IV 115 ss., que se sitúan cronológicamente en torno al año 80 d. C.

⁴⁹ En los textos bíblicos el fuego es un elemento escatológico que simboliza la ira de Dios y la purificación de todo lo que es impuro; cf. *Isaías* 26, 11; *Jeremías* 4,

4 o *Apocalipsis* 8, 8 ss.

⁵⁰ Tal vez sea Ismael, hijo de Fabí, nombrado sumo sacerdote por el rey Agripa, y que acudió en una embajada ante Nerón, que lo retuvo en Roma como rehén; cf. *Antigüedades* XVIII 34, XX 179 y 194.

⁵¹ En V 527-531 se ha dicho, en cambio, que este hijo de Matías había huido entonces junto a Tito, antes de morir su padre.

⁵² Esta estratagema ya la habían practicado antes; cf. V 453.

⁵³ Cf. V 452-456.

⁵⁴ Cf. nota a IV 583.

⁵⁵ Es decir, balistas; cf. nota a IV 19.

⁵⁶ El altar, el lugar de los sacrificios y el Santo de los Santos, la zona más interior del santuario, donde sólo podían entrar normalmente los sacerdotes; cf. V 219 y 226.

⁵⁷ Josefo insiste en este lugar en la purificación previa a la entrada del Templo, que lógicamente estos profanadores no cumplían; cf. nota a IV 205.

⁵⁸ Sobre la balaustrada y las inscripciones que cerraban el paso a los extranjeros véanse las notas a V 193-194.

⁵⁹ Esta propuesta se les ha hecho ya antes repetidamente; cf. V 334 y VI 95.

⁶⁰ Juan de Giscala.

⁶¹ Sexto Cerial Vetuleno, legado de la quinta legión, que desempeñó un importante papel en la lucha contra los idumeos; cf. IV 552-555.

⁶² Las tres de la mañana; cf. VI 68.

⁶³ Cf. nota a VI 55 y 75.

⁶⁴ Juan de Giscala.

⁶⁵ Como ha ocurrido, entre otros, en el caso de los falsos juicios contra Fani y Zacarías (cf. IV 156, 336), nuestro autor se sirve del símil de una representación teatral.

⁶⁶ Las once de la mañana.

⁶⁷ Es el mismo personaje que en IV 271 y en V 249 aparece con la variante Caata.

⁶⁸ Cf. V 203.

⁶⁹ En VI 5 se ha dicho que los romanos habían talado los árboles en un espacio de 90 estadios alrededor de la ciudad.

⁷⁰ En este lugar se hallaba el campamento de la décima legión; cf. V 70 y 135.

⁷¹ Sobre las cinco de la tarde.

⁷² Josefo quiere dejar claro que los causantes de la destrucción de la ciudad y del Templo fueron los propios judíos, en concreto ese pequeño grupo de «rebeldes».

Así se cumplían las profecías que anunciaban que «manos de la propia patria» profanarían el Lugar Santo (cf. IV 388). Precisamente uno de los temas recurrentes de esta obra es que los romanos no infligieron contra los judíos males peores que los que estos últimos se hicieron a sí mismos.

⁷³ El 24 del mes de Panemo, es decir, a principios de agosto.

⁷⁴ Cf. V 243.

⁷⁵ Sobre este monumento véase V 259.

⁷⁶ El sentido de esta frase es bastante confuso, habida cuenta además de los problemas textuales del pasaje.

⁷⁷ Como bien señala RICCIOTTI en su comentario, resulta llamativo el hecho de que los héroes romanos acaben su vida resbalando o cayéndose fortuitamente en esta guerra. Tal es el caso de Sabino (VI 64), de Juliano (VI 85) o éste de Pudente.

⁷⁸ Panemo, el día 15 de agosto del año 70.

⁷⁹ En esta parte de la ciudad se encontraba el barranco del Tiropeon; cf. V 140.

⁸⁰ El pavimento de piedra del atrio exterior del Templo, cf. V 85.

⁸¹ El pórtico oeste.

⁸² Una de las cuatro torres que levantó Juan de Giscala; cf. IV 581.

⁸³ Cf. nota a IV 581.

⁸⁴ En esta descripción de los efectos del hambre Josefo parece tomar el modelo del *Salmo* 59, 14-15.

⁸⁵ Sobre el valor del dracma ático, véase nota a V 550.

⁸⁶ Esta dicotomía entre griegos y bárbaros puesta en boca de un judío que era ciudadano romano, ha sido comentada ya en nota a V 17.

⁸⁷ Josefo podría haber recordado la historia narrada en *II Reyes* 6, 25-28, cuando durante la toma de Samaria por parte del rey de Aram, Ben Hadad, en el 845 a. C., una madre devoró a su propio hijo. *Lamentaciones* 4, 10 se hace eco de algunas mujeres que llegaron a devorar a sus hijos, cuando Nabucodonosor sitió la ciudad en el 587 a. C.

⁸⁸ Josefo ha podido ser testigo directo de estos acontecimientos concretos (cf. nota a VI 55), si bien gran parte de ellos pueden proceder de relatos de tránsfugas romanos o de testimonios orales judíos. Sobre el problema de las fuentes de esta historia puede consultarse el apartado 4 de la Introducción.

⁸⁹ Este lugar aún no ha sido identificado.

⁹⁰ Literalmente Erinia, personificación divina de la venganza. Esta mención da al relato de la antropofagia que tuvo lugar en el asedio de Jerusalén un tono trágico, que con seguridad ha tomado como modelo a algunos autores griegos; cf. la narración de las calamidades de la familia de Herodes (I 431 ss.) y el apartado 6 de la Introducción.

⁹¹ Cf. nota a VI 190.

⁹² Cf. nota a VI 165.

⁹³ Cf. VI 150.

⁹⁴ Mes del calendario macedónico, que equivale al Ab hebreo. El 8 de Loos corresponde al 27 de agosto del año 70, según el cálculo de la edición de NIESE.

⁹⁵ Cf. V 203.

⁹⁶ Sobre esta máquina véase nota a V 275.

⁹⁷ Esta misma táctica la han empleado las legiones en el asalto a la torre Antonia; cf. VI 27.

⁹⁸ El más cruel de los esbirros de Simón, según reza en V 531.

⁹⁹ Seguramente sea el mismo personaje citado en V 531 como Bagadato, si bien allí es el padre de Anano y aquí de Arquelao.

¹⁰⁰ Las que separaban el atrio exterior del interior; cf. V 198, 201 ss.

¹⁰¹ Nueve de las diez puertas estaban recubiertas de plata y oro; cf. V 201-205.

¹⁰² El 9 de Loos, es decir, el 28 de agosto.

¹⁰³ Sobre este importante personaje judío, que obtuvo la ciudadanía romana, véase la nota a V 45.

¹⁰⁴ El *Praefectus castrorum* era un mando especial encargado del campamento cuando el ejército se establecía en un lugar fijo (cf. VEGECIO II 10). Sin embargo, este prefecto podía reemplazar al legado de la legión, en caso de ausencia, y, en Egipto, como ocurre aquí con Tiberio Alejandro, detentaba el poder supremo del ejército de la provincia, debido a que en Egipto estaban excluidos los personajes de orden senatorial y las legiones no tenían otro jefe que un prefecto.

¹⁰⁵ Otros manuscritos dan la lectura Haterio y Hetemio; cf. la edición de NIESE.

¹⁰⁶ No se trata propiamente de dos legiones, sino de los dos destacamentos que Tito sacó de Alejandría cuando se hizo cargo de la guerra judía; cf. V 44.

¹⁰⁷ Probablemente se trata de ANTONIO JULIANO, autor que escribió una obra sobre la guerra de Vespasiano contra los judíos (cf. MINUCIO FÉLIX, *Octavio XXXIII* 4) y que ha sido considerado como una de las fuentes perdidas de Josefo y de Plinio; cf. W. WEBER, *Josephus und Vespasian: Untersuchungen zu dem jüdischen Krieg des Flavius Josephus*, Berlín, 1921, pág. 89.

¹⁰⁸ Como hemos comentado en nota a IV 136, Jerusalén, donde se ubica el Templo, es la «ciudad de todos los judíos, los de Palestina y los de la Diáspora», el lugar del culto nacional y la metrópoli de la patria común.

¹⁰⁹ Josefo quiere dejar a Tito libre de toda responsabilidad en la destrucción del Templo, aunque para ello tenga que manipular el relato de los acontecimientos. El historiador cristiano del siglo IV SULPICIO SEVERO, *Crónica* II 30, 6-7, y OROSIO, *Historias* VII 9, 5-6, atribuyen la destrucción del Templo a una decisión personal de Tito para así librarse a la vez de los judíos y de los cristianos. Una discusión sobre esta cuestión, con bibliografía al respecto, puede leerse en

SCHÜRER, *Historia...*, I, pág. 647, y en I. WEILER, «Titus und Zerstörung des Tempels von Jerusalem. Absicht oder Zufall?», *Klio* 50 (1968), pág. 139 ss.

¹¹⁰ El día 10 de Loos, el 29 de agosto.

¹¹¹ Las ocho de la mañana.

¹¹² En los terraplenes que allí habían levantado las legiones romanas; cf. VI 150-151.

¹¹³ Las once de la mañana.

¹¹⁴ Cf. nota a VI 108.

¹¹⁵ *Jeremías* 52, 12, sitúa la destrucción del Templo por Nabucodonosor en el 586 a. C., en el día 10 del mes quinto, Ab en el calendario hebreo, es decir, Loos en el macedónico seguido por Josefo. *II Reyes* 25, 8 fija la fecha del día 7 del mencionado mes. La tradición rabínica, por su parte, recuerda estas dos destrucciones del Templo, la del 586 a. C. y la del 70 d. C., como acontecimientos ocurridos el día 9 del mes de Ab. DIÓN CASIO, LXVI 7, 2 únicamente señala que la destrucción de Jerusalén tuvo lugar el «día de Crono», es decir, el sábado.

¹¹⁶ La causa real y próxima no es obra de los judíos, sino de los romanos, ya que seguidamente se dirá que uno de los legionarios arrojó al interior del Templo un tizón ardiendo. Sin embargo nuestro autor ha querido exculpar a los romanos de toda su responsabilidad en esta catástrofe y a lo largo de su obra son varias las expresiones de este tipo que se esparcen con el mismo objetivo; cf. nota a VI 165 y el apartado 5 de la Introducción.

¹¹⁷ Son las estancias del atrio interior señaladas en V 220.

¹¹⁸ Tito es el único extranjero, después de Pompeyo (cf. I 152), que se ha atrevido a penetrar en lo más sagrado del Templo.

¹¹⁹ Cf. VI 252.

¹²⁰ Realmente no es que el exterior estuviera hecho de oro, sino que, como se detalló en V 208 ss., la fachada estaba revestida de este material.

¹²¹ El sentido de estas palabras es poco claro, máxime si se tienen en cuenta los problemas textuales de las mismas.

¹²² Cf. VI 250.

¹²³ Este profeta, junto con Zacarías, es uno de los que impulsó la reconstrucción del Templo de Jerusalén después del destierro de Babilonia; cf. *Esdras* 5, 1.

¹²⁴ El sistema cronológico seguido en este punto no coincide con el de otras tradiciones, como la recogida por el propio Josefo en VI 440-441 y *Antigüedades* X 147. En estos últimos pasajes se establecen mil ciento setenta y nueve años desde el Templo de Salomón hasta la catástrofe actual, algo diferente de los mil ciento treinta referidos ahora. Desde el «segundo año del reinado de Ciro», el 537 a. C., hasta la destrucción del 70 d. C. han pasado seiscientos siete años, no los seiscientos treinta y nueve fijados aquí. En cualquier caso, nuestro autor sigue

varios sistemas de calendario, incluso mezclados, como ocurre en este psaje en el que se dan fechas de cronología judía ajustadas al cómputo romano.

¹²⁵ El pueblo, que, a juicio de Josefo, no tiene nada que ver con los rebeldes, es el que más está sufriendo las consecuencias del conflicto bélico; cf. el apartado 5 de la Introducción.

¹²⁶ Los términos de esta frase son exagerados, pues Perea, situada en la Transjordania, no podía producir eco en Jerusalén.

¹²⁷ Las picas que había sobre el tejado para impedir que se posaran los pájaros; cf. V 224.

¹²⁸ Sobre la ubicación de estas estancias y su contenido véase nota a V 200.

¹²⁹ La esperanza en la venganza que tomará Dios contra las potencias hostiles al pueblo judío es un tópico de las profecías mesiánicas, tanto del *Antiguo Testamento* como de los apócrifos: así por ejemplo, en los *Oráculos Sibílicos* III 622; *Salmos de Salomón* XVII 27; *IV Esdras* 12, 32-33 y 13, 27-28; *I Henoc* 46, 4-6 y 52, 4-9.

¹³⁰ Acerca del destacado papel de pseudo-profeta en la obra de Josefo y en toda la literatura greco-judía del período intertestamentario, en el contexto histórico del auge de la esperanza mesiánica, es interesante el trabajo de J. REILING, «The use of pseudoprophets in the LXX, Philo and Josephus», *New Testament* 13 (1971), 147-156.

¹³¹ TÁCITO, *Historias* V 13, enumera estos prodigios divinos.

¹³² La fiesta de los Ácimos o de la Pascua se celebraba entre el 14 y el 21 del mes de Jántico, en el calendario macedónico, o Nisán, en el hebreo (cf. V 98, 567 y *Antigüedades* III 248). Por tanto, esta fecha dada aquí por Josefo para esta festividad, el 8 del mes de Jántico, no parece corresponderse con el sistema de cronología seguido a lo largo de la obra. El acontecimiento no ha sido narrado en la historia precedente, si bien podría situarse en el 66 d. C., en los momentos previos a la revuelta. Sobre los problemas de utilización del calendario macedonio, del hebreo o del romano, indistintamente o de forma simultánea, para la ubicación de los acontecimientos narrados en esta obra, véase SCHÜRER, *Historia...*, I, págs. 755-759.

¹³³ Sobre las tres de la mañana.

¹³⁴ Los escribas son personas versadas en el estudio de la Ley y en la interpretación de los textos sagrados, cuya influencia era inmensa en la vida judía como consejeros políticos, jueces o maestros.

¹³⁵ La doce de la noche.

¹³⁶ La puerta de Corinto, descrita en V 201-204.

¹³⁷ Entre los múltiples funcionarios del Templo había unos doscientos encargados de abrir y cerrar las puertas (cf. *Contra Apión* I 119), cuyo trabajo era revisado por un oficial. Las puertas se abrían a la salida del sol, ya que era a esa hora cuando se ofrecía el holocausto matutino, y se cerraban al anochecer.

¹³⁸ El comandante o capitán del Templo, el encargado de mantener el orden en el recinto sagrado y de asistir al sumo sacerdote; cf. II 409 y *Hechos de los Apóstoles* 4, 1 y 5, 26.

¹³⁹ Mes del calendario macedónico, que se corresponde con el hebreo Iyyar y con mayo, según el cómputo juliano.

¹⁴⁰ Pentecostés es el nombre griego de la fiesta de las Semanas, que se festejaba el día 6 del mes de Siván, entre nuestros meses de mayo y junio, siete semanas después de Pascua. Es una celebración de origen agrario, que prescribe la peregrinación a Jerusalén para ofrecer las primicias en el Templo; cf. *Éxodo* 23, 16 y *Levítico* 23, 17.

¹⁴¹ La idea de que Dios abandona su Lugar Sagrado ha sido mencionada ya en los discursos del propio Josefo (cf. V 412) y en el de Tito a los judíos (cf. VI 127). Por otra parte, es tradicional este abandono del pueblo por parte de sus dioses en los momentos previos a una catástrofe, como lo testimonian los textos de PLUTARCO, *Alejandro* 24, VIRGILIO, *Eneida* II 351, TITO LIVIO, V 15, etc.

¹⁴² En el otoño del año 66.

¹⁴³ Es el *Jag Hassukôt*, la fiesta de los Tabernáculos o de las Cabañas, que se celebraba del 15 al 22 del mes de Tišrí, en septiembre u octubre. Es un festejo de origen agrícola, después de haber recogido el fruto a comienzos de otoño (cf. *Deuteronomio* 16, 12), en el que se acudía en peregrinación al Templo durante siete días para dar gracias por la cosecha (*Levítico* 23, 40-43).

¹⁴⁴ Esta exclamación se hace eco de la amenaza proferida por el profeta en *Jeremías* 7, 34.

¹⁴⁵ Procurador romano de Judea entre los años 62 y 64, entre Festo y Gesio Floro; cf. II 272.

¹⁴⁶ Cf. nota a IV 19.

¹⁴⁷ La torre Antonia, erigida en el extremo noroeste del Templo, rompía uno de los ángulos del perímetro cuadrangular del recinto sagrado. El término griego utilizado aquí, *tetrágōnos*, simplemente significa «que tiene cuatro ángulos», un espacio que no tiene por qué ser exactamente cuadrado.

¹⁴⁸ No ha llegado hasta nosotros ninguna referencia profética de este tipo.

¹⁴⁹ Son las conocidas profecías bíblicas sobre la llegada del Mesías, que en este caso Flavio Josefo orienta y manipula en un sentido filorromano. TÁCITO, *Historias* V 13, y SÜETONIO, *Vespasiano* IV, confirman la existencia de estas predicciones, que hay que situar en el contexto del mesianismo judío, que por medio de ambiguas profecías preconizaba el advenimiento de una nueva monarquía y de un nuevo reino. Con las profecías sobre la elección de Vespasiano nuestro historiador intenta poner fin al mesianismo apocalíptico mediante un personaje y un imperio reales, en lugar de esperar la llegada de una edad de oro que estaba llevando irremediabilmente a la autodestrucción del pueblo judío.

¹⁵⁰ Cf. III 399-408.

¹⁵¹ Los estandartes de las legiones eran objeto de culto y reverencia por parte de los soldados y constituían, a juicio de TÁCITO, *Anales* II 17, las divinidades propias de las legiones. Según el comentario de la traducción de WILLIAMSON es ésta la única referencia literaria existente sobre este tipo de sacrificio.

¹⁵² Tito es aclamado como *imperator*, que era el título concedido a un general vencedor. No obstante, existía el rumor de que Tito quería proclamarse emperador único e independiente del Oriente, al margen de Vespasiano, como anotan SUETONIO, *Tito* V, y DIÓN CASIO, LXVI 7, 2; cf. WEYNAND, «Flavius. Imperator T. Flavius Vespasianus Augustus», *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft* VI 2, cols. 2707-2708.

¹⁵³ Este tipo de desvalorización del oro se ha señalado en V 550.

¹⁵⁴ En VI 279 se relató la subida de estos sacerdotes a la muralla.

¹⁵⁵ El muro de circunvalación que había mandado levantar Tito; cf. V 502 ss.

¹⁵⁶ El tema de la compasión de Tito es uno de los más repetidos en la propaganda flaviana de esta obra; cf. el apartado 5 de la Introducción.

¹⁵⁷ Sobre el barranco del Tiropeón; cf. I 143 y II 344.

¹⁵⁸ En este discurso de Tito se repiten algunos de los temas e ideas contenidos en las palabras del rey Agripa a los judíos para evitar la guerra, al inicio del conflicto, en el año 66; cf. II 345-404.

¹⁵⁹ Los idumeos (cf. IV 224 ss.) y, sobre todo, los adiabenos del otro lado del Éufrates, que también son recordados en este sentido por el discurso del rey Agripa; cf. II 388.

¹⁶⁰ Herodes el Grande, Agripa I y Agripa II.

¹⁶¹ Referencia a los judíos de Palestina y a los de la Diáspora.

¹⁶² Julio César había permitido la recaudación de un tributo entre los judíos de la Diáspora para contribuir al mantenimiento del Templo de Jerusalén. Todo judío adulto tenía que pagar el impuesto de medio siclo, dos dracmas, con ese fin; cf. *Éxodo* 30, 13; *Mateo* 17, 24 y *Antigüedades* XVIII 312. Esta contribución había planteado problemas entre los judíos de la Diáspora, que reclamaban este derecho, y las autoridades romanas, según recuerda CICERÓN, *En defensa de Flaco* 67-68.

¹⁶³ Alude a la compleja situación del Imperio romano tras la muerte de Nerón en el año 69; cf. IV 497 ss.

¹⁶⁴ Cf. II 499 ss.

¹⁶⁵ La narración de la campaña de Vespasiano en Galilea ha sido narrada con detalle en el libro III.

¹⁶⁶ Cf. IV 605 ss.

¹⁶⁷ Los adiabenos, convertidos al judaísmo; cf. IV 567.

¹⁶⁸ Cf. V 334, VI 95 y 128.

¹⁶⁹ El santuario propiamente fue incendiado por los romanos: uno de los legionarios arrojó un tizón ardiendo que hizo propagarse el fuego; cf. VI 251-252. Los judíos, por su parte, prendieron una parte del Templo, el pórtico norte y, como Josefo indica en VI 165, este hecho fue considerado el comienzo de la quema.

¹⁷⁰ Los archivos, situados en el Acra, habían sido incendiados también durante el comienzo de las hostilidades; cf. II 427.

¹⁷¹ Cf. V 137.

¹⁷² Sobre la sala de reunión del Sanedrín, situada al este del Xisto, véase nota a V 144.

¹⁷³ Cf. V 137.

¹⁷⁴ El palacio de esta reina de Adiabene, convertida al judaísmo, se ha mencionado en V 253.

¹⁷⁵ Es el hijo de la reina Helena de Adiabene; cf. IV 567.

¹⁷⁶ El palacio del rey Herodes el Grande, ubicado en la Ciudad Alta; cf. V 176 ss.

¹⁷⁷ Fuente de Siloé; cf. V 140.

¹⁷⁸ Esta actitud ante la muerte se ha visto ya en otras ocasiones en esta obra; cf. nota a V 355.

¹⁷⁹ La edición de NIESE añade entre corchetes la frase «Estaba lleno de muertos por la sedición o por el hambre», que repite la idea anterior.

¹⁸⁰ La importancia de estas galerías subterráneas en el desarrollo bélico de la toma de Jerusalén ha sido señalada en la nota a IV 9 y V 104.

¹⁸¹ La misma frase se inserta en IV 541.

¹⁸² El 8 de septiembre del 70.

¹⁸³ Cf. VI 151.

¹⁸⁴ El palacio del rey Herodes.

¹⁸⁵ El puente sobre el barranco del Tiropeon; cf. II 344.

¹⁸⁶ Es aquella torre, mencionada en IV 581 y VI 191, que Juan levantó en su lucha contra Simón, no a la inversa como se indica aquí.

¹⁸⁷ Estos cabecillas han sido enumerados en IV 353.

¹⁸⁸ Juan de Giscala y Simón.

¹⁸⁹ Cf. VI 352.

¹⁹⁰ No se trata de ciudadanos romanos, sino de ciudadanos de Jerusalén, mientras que el «resto» lo constituyen todos aquellos judíos que se habían congregado en la ciudad con motivo de la guerra. En las provincias del Imperio los ciudadanos eran un ínfima minoría, formada por inmigrantes itálicos o bien por notables locales, como los casos de los judíos Tiberio Alejandro, Pablo de Tarso o el propio Flavio Josefo; cf. nota a II 308.

¹⁹¹ Los objetos de culto o las ofrendas en metálico o en piezas valiosas que se conservaban en las correspondientes estancias del Templo; cf. nota a V 200.

¹⁹² Cf. V 216-217.

¹⁹³ Cf. V 212.

¹⁹⁴ Cf. V 231-236.

¹⁹⁵ El *gazofylax*, el tesorero del Templo, era uno de los más importantes funcionarios de la administración de este lugar sagrado; cf. *Antigüedades* XX 194.

¹⁹⁶ La esencia del cinamomo, procedente del sudeste de la península de Arabia y del Ceilán, y de la casia, originaria del Extremo Oriente y de la costa africana, entraba en la composición del aceite de la unción sagrada de los sacerdotes, así como en el acompañamiento, junto con el incienso, de las oblaciones y sacrificios; cf. *Éxodo* 30, 22-33 y *Eclesiástico* 24, 15.

¹⁹⁷ El 25 de septiembre del 70; cf. edición de NIESE. Gorpíeo es el mes del calendario macedónico, que se corresponde con el hebreo Elul y con nuestro septiembre.

¹⁹⁸ Cf. VI 370.

¹⁹⁹ Cf. V 275.

²⁰⁰ En varias ocasiones anteriores habían intentado ya transpasar el muro de circunvalación; cf. VI 157, 323 y 402.

²⁰¹ La importancia capital de la Fortuna o Destino en esta obra ha sido comentada en el apartado 5 de la Introducción.

²⁰² Las tres torres del palacio de Herodes, Hípico, Fasael y Mariamme; cf. V 161-162.

²⁰³ La zona sur del valle o barranco del Cedrón.

²⁰⁴ Cf. VI 370.

²⁰⁵ Cf. VI 355.

²⁰⁶ El 26 de septiembre del año 70.

²⁰⁷ Cf. nota a VI 38.

²⁰⁸ En la actualidad sólo queda la base de la torre Fasael, llamada ahora torre de David.

²⁰⁹ En V 88 y VI 57 se ha presentado ya a Tito como un personaje favorecido de especial forma por la Fortuna.

²¹⁰ El atrio de las mujeres; cf. V 198.

²¹¹ La celebración del triunfo de esta guerra en Roma se describirá minuciosamente en VII 121-162.

²¹² Seguramente en algunas minas o canteras.

²¹³ Más bien hay que entender aquí anfiteatros, que es donde se celebraban los combates de gladiadores y los espectáculos de lucha entre fieras y esclavos o prisioneros de guerra.

²¹⁴ El problema de lo exagerado de algunas de las cifras aportadas por Josefo se ha comentado en nota a V 569.

²¹⁵ Josefo quiere distinguir en todo momento entre los habitantes de Jerusalén y los forasteros judíos, que acudieron a la ciudad para celebrar las mencionadas fiestas y también debido a los acontecimientos bélicos. Así se ha visto antes en VI 384.

²¹⁶ Durante el desempeño del cargo de gobernador de Siria, entre los años 63 al 66 d. C.; cf. II 280.

²¹⁷ Desde las tres a las cinco de la tarde.

²¹⁸ El cálculo no es exacto, pues la cifra debería ser de dos millones quinientos cincuenta y seis mil. En cualquier caso el número parece bastante elevado. Según los cálculos de J. BELOCH, *Die Bevölkerung der Griechisch-Röömischen Welt*, Roma, 1968 (= 1886), págs. 247 ss., la población de Palestina en tiempos de Nerón era de unos dos millones de habitantes y la de Jerusalén no llegaba a cien mil; cf. también los datos aportados en V 567-569 y VI 420.

²¹⁹ Sobre los ritos de purificación previos a los sacrificios véase nota a IV 205.

²²⁰ Sobre la importancia del Destino o Fortuna en este relato véase el apartado 5 de la Introducción.

²²¹ Cf. VI 370.

²²² VII 25-36.

²²³ En la celebración del triunfo en Roma se tenía por costumbre ejecutar al más destacado de los enemigos.

²²⁴ El 26 de septiembre del 70; cf. VI 407.

²²⁵ Es Sisac o Sosac, el primer faraón egipcio nombrado expresamente en la Biblia. Invadió Jerusalén en el 930 a. C., en tiempos del rey Roboam, que le entregó los tesoros del Templo y del palacio real (cf. *I Reyes* 14, 25-28 y *II Crónicas* 12, 1-12).

²²⁶ Antíoco IV Epífanés, en el 170 a. C.; cf. I 31 ss.

²²⁷ En el 63 a. C.; cf. I 141 ss.

²²⁸ En el 37 a. C.; cf. I 345 ss.

²²⁹ Nabucodonosor, en el 586 a. C.; cf. *II Reyes* 25.

²³⁰ Esta cronología no coincide con la expresada por el propio Josefo en VI 260-270.

²³¹ Es el rey de Salem y sacerdote de El-Elyón Melquisedec, mencionado en *Génesis* 14, 18. El texto bíblico no indica que este tal Melquisedec construyera el Templo de Jerusalén, sino solamente que era sacerdote del mismo. Tras la victoria

de Abraham sobre los cananeos, los sacerdotes jebuseos, es decir, de la tribu cananea que habitaba Jerusalén, reconocieron a los israelitas como a sus nuevos señores. La explicación etimológica de «Rey Justo» se contiene también en *Hebreos* 7, 2, aunque en realidad el término significa «el dios Salem es rey» o «el dios Mélec es justo».

²³² Es ésta una etimología popular totalmente errónea. También *Antigüedades* I 180, el relato del autor egipcio Lisímaco, citado en *Contra Apión* I 304-311, así como el historiador judeo-helenístico Eupólemo (en EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica* IX 34, 12) y Hecateo de Abdera (en DIODORO DE SICILIA, XL 3, 3) refieren esta etimología fantástica de Jerusalén, como si se tratara de una ciudad griega. El nombre de Jerusalén no tiene el significado griego de *hierós*, «sagrado», y *Sólyma*, «Salem», sino que más bien su denominación más antigua es *urusalim* (cf. las cartas de El-Amarna del siglo XIV a. C.), que parece significar «la ciudad de la paz» o «la fundación de Salem»; sobre la interpretación griega del nombre de Jerusalén y su etimología puede consultarse el artículo de J. JEREMIAS, «*IEROUSALĒM / IEROUSOLYMA*», *Zeitschrift für die Neutestamentliche Wissenschaft* 65 (1974), 273-276.

²³³ Sobre esta cronología, véase la nota a VI 269-270.

LIBRO VII

NOTA TEXTUAL

EDICIÓN DE NIESE	NUESTRO TEXTO
57 (5) Ναῖος	Γναῖος Bekker
69(20) ἰδίαν	ἡδεῖαν <i>Versio Latina</i> , Hudson
80 (1) Οὐίτιλλος	Κιουίλιος <i>Versio Latina</i> , Gelenius
180 (3) φύει	ὄς φύει Destinon
259 (2) τι ἐπίνοια	τις ἐπινοία Thackeray
329 (20) μετασχόντες *	μετασχόντες παρανομίας <i>M</i>

SINOPSIS

DESDE LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN HASTA LA REBELIÓN JUDÍA DE CIRENE

(septiembre del 70-74 d. C.)

[1. Jerusalén es arrasada.](#) – [5. Alabanzas y recompensas al ejército romano.](#) – [21. Vespasiano en Italia. Tito en Cesarea de Filipo.](#) – [26. Simón es apresado.](#) – [37. Espectáculos con prisioneros judíos en Cesarea y Berito.](#) – [41. Los judíos de Antioquía.](#) – [54. El incendio de Antioquía.](#) – [63. Vespasiano es aclamado en Roma.](#) – [75. Insurrección en Germania y en la Galia. Petilio Cereal y Domiciano.](#) – [89. Los sármatas invaden Mesia. Rubrio Galo les hace frente.](#) – [96. Tito recorre Siria. Su estancia en Antioquía.](#) – [112. Tito se apodera de Jerusalén.](#) – [116. Tito se dirige a Roma.](#) – [121. Triunfo de Vespasiano y Tito.](#) – [132. El cortejo triunfal en Roma.](#) – [153. Ejecución de Simón.](#) – [158. Erección del Templo de la Paz.](#) – [163. Lucilio Baso toma la fortaleza del Herodio. Descripción de Maqueronte y sus alrededores.](#) – [190. El asedio de Maqueronte por Baso.](#) – [210. Batalla de Jardenes.](#) – [216. Vespasiano impone un tributo a los judíos.](#) – [219. Antíoco, rey de Comagene, acusado de conspiración.](#) – [225. Cesenio Peto invade Comagene.](#) – [238. Antíoco hace la paz con Vespasiano.](#) – [244. Los alanos invaden Media y Armenia.](#) – [252. Flavio Silva ataca Masadá. Los sicarios.](#) – [280. Descripción de la fortaleza de Masadá.](#) – [304. El asedio de Masadá.](#) – [320. Arenga de Eleazar a los sitiados. Sus dos discursos.](#) – [389. Los judíos de Masadá se suicidan.](#) – [402. Los romanos entran en Masadá.](#) – [407. Los sicarios se refugian en Egipto. Los romanos acaban con la revuelta judía de Alejandría.](#) – [420. Final del templo de Onías en Egipto.](#) – [437. Los sicarios de Jonatán se sublevan en Cirene. El gobernador Catulo en contra de los judíos y de Flavio Josefo.](#) – [454. Epílogo a la *Historia de la guerra de los judíos*.](#)

Jerusalén es arrasada

Cuando el ejército no tenía ya a nadie [1] a quien matar ni nada que saquear y cuando su furor carecía de todo aliciente, pues si hubieran tenido algo en que ocuparse no se habrían abstenido ni habrían tenido ningún miramiento con nada, César ordenó demoler toda la ciudad y el Templo y dejar en pie las torres¹ Fasael, Hípico y Mariamme, que eran más altas que las demás, y toda la parte de la muralla que cercaba a la ciudad por el oeste. Esta última habría de servir de campamento para la guarnición [2] que quedara allí, mientras que las torres tendrían la finalidad de mostrar a la posteridad cómo era la ciudad y cómo era la fortificación sobre la que se impuso el valor romano. Los encargados de la demolición allanaron la totalidad [3] del resto del recinto de la ciudad de tal forma que los que vinieran a este lugar no creerían que éste hubiera sido habitado alguna vez². Éste fue el final de Jerusalén, ciudad [4] ilustre y renombrada entre todos los hombres, que provocó la locura de los sediciosos³.

Alabanzas y recompensas al ejército romano

[5] César decidió dejar allí como guarnición la legión décima⁴, algunos destacamentos de caballería y algunas cohortes de infantería. Después de haber ya solucionado el conjunto de los asuntos bélicos, deseaba felicitar a todo su ejército por sus éxitos y dar las recompensas merecidas a los que habían destacado en la [6] contienda. Levantó una gran tribuna en medio del primer campamento⁵, se subió a ella con sus generales para que todas sus tropas le escucharan y les manifestó su profunda gratitud por la buena disposición que en todo momento habían demostrado. Les alabó por la obediencia, así como por la valentía, que durante toda la guerra habían tenido en medio de muchos y grandes peligros. De esta forma ellos habían contribuido a aumentar el poder de su patria y habían [7] demostrado ante todos los hombres que

ni el número de los enemigos ni sus fortificaciones ni la grandeza de las ciudades ni la audacia irracional ni la bestial crueldad del adversario serían capaces de escapar nunca al valor de los romanos, aunque algunos de los enemigos con frecuencia se encontraran con que la Fortuna estaba de su lado. Añadió [8] también que era un honor que ellos hubieran concluido la guerra, que duraba ya mucho tiempo, pues, cuando la empezaron, no deseaban un resultado mejor que éste. Sin embargo, [9] para ellos más glorioso y brillante que este hecho era el que todos habían aceptado gustosos a los que ellos mismos habían elegido y enviado a su patria⁶ para dirigir y administrar el Imperio romano, el que todos aprobaban sus decisiones y estaban agradecidos a los que habían hecho esta elección. En consecuencia, dijo que admiraba y quería a todos, [10] pues sabía que ninguno de ellos había demostrado un ardor menor del que había podido. Manifestó que enseguida [11] concedería las recompensas y los honores a los que habían luchado brillantemente con un vigor inmenso, a los que habían adornado su vida con proezas y a los que con sus éxitos habían dado una gloria mayor a su ejército. Añadió que ninguno de los que habían querido esforzarse más que otros se vería privado de su justo premio. En efecto, ésta [12] iba a ser para él la mayor preocupación, pues prefería recompensar el valor de los que le habían acompañado en la guerra que castigar sus errores.

Inmediatamente ordenó a los que tenían asignado este [13] cometido leer la lista de los que habían actuado con distinción en la guerra. A cada uno le llamaba por su nombre, les [14] alababa según se le iban acercando y se alegraba como si se tratara de sus propios éxitos. Les impuso coronas de oro, collares, pequeñas lanzas también de oro y les hizo entrega [15] de estandartes fabricados en plata. A cada uno de ellos le ascendió a un grado superior. Por otra parte, les repartió también del botín una gran cantidad de plata, de oro, de vestidos [16] y de otros objetos conseguidos en los saqueos.

Cuando todos recibieron sus honores, según el propio Tito había considerado que lo merecía cada uno, éste expresó sus votos por el bienestar de la totalidad de su ejército, bajó entre una inmensa aclamación y celebró los sacrificios en acción de gracias por la victoria. Inmoló todos los bueyes que en gran cantidad habían sido dispuestos en los altares y se los [17] repartió al ejército para el banquete. Tito en persona participó con sus oficiales de la fiesta durante tres días, luego envió al resto⁷ de sus fuerzas allí donde le pareció más conveniente y a la décima legión le encomendó la guardia de Jerusalén sin mandarla de nuevo al Éufrates, que es donde [18] antes estaba⁸. Al recordar que la duodécima legión, que dirigía Cestio, se había retirado ante los judíos⁹, la sacó de todo el territorio sirio, pues antes había estado en Rafanea¹⁰, y la envió a la llamada Melitene¹¹, que está junto al Éufrates [19] en los límites de Armenia y Capadocia. Consideró oportuno que dos legiones, la quinta y la decimoquinta, se quedaran [20] con él hasta que llegara a Egipto. Bajó con su ejército a Cesarea Marítima, dejó allí el grueso del botín y ordenó poner bajo custodia a los prisioneros de guerra, pues el invierno impedía navegar a Italia¹².

Vespasiano en Italia. Tito en Cesarea de Filipo

Cuando Tito César se hallaba dedicado [21] al asedio de Jerusalén, Vespasiano embarcó en una nave mercante y viajó desde Alejandría a Rodas. Desde allí navegó en [22] trirremes, pasó por todas las ciudades del recorrido, que le recibieron con júbilo, se trasladó de Jonia a Grecia y, luego, de Corcira¹³ al promontorio de Yapigio¹⁴, desde donde continuó el trayecto por tierra. Tito partió de [23] Cesarea Marítima y se dirigió a la llamada Cesarea de Filipo, en la que permaneció durante mucho tiempo y donde ofreció todo tipo de espectáculos. En esta ciudad perecieron [24] muchos prisioneros de guerra, unos fueron arrojados a las fieras y a los demás se les obligó a luchar en grupos unos contra otros, como si fueran

enemigos¹⁵. En aquel lugar [25] Tito también se enteró de la captura de Simón, hijo de Giora, que tuvo lugar de la siguiente manera¹⁶.

Simón es apresado

[26] Este Simón, que estaba en la Ciudad Alta durante el asedio de Jerusalén, cuando el ejército romano llegó al interior de las murallas y devastó toda la ciudad, tomó entonces a sus amigos más fieles y con ellos también a unos picadores de piedra, así como la herramienta necesaria para su trabajo y provisiones que pudieran ser suficientes para muchos días, y con todos ellos se [27] escondió en un subterráneo que no estaba a la vista. Avanzaron dentro toda la profundidad de la antigua galería y, cuando se encontraron con tierra firme, la minaron con la esperanza de poder continuar más adelante y salvarse tras [28] hacer un agujero de salida en un lugar seguro. Sin embargo, la realidad de los hechos demostró que esta esperanza era falsa, pues cuando los minadores apenas habían avanzado un poco con dificultad, las provisiones estaban ya a punto [29] de acabarse, aunque las tenían racionadas. Entonces Simón, que pensaba engañar a los romanos dándoles un susto, se revistió de una túnica blanca, se abrochó encima un manto púrpura y salió de debajo de la tierra¹⁷ en aquel mismo lugar [30] en el que antes estaba el Templo. Al principio, los que lo vieron se llenaron de asombro, luego se aproximaron a él [31] y le preguntaron quién era. Simón no les respondió nada, sino que mandó llamar a su general. Rápidamente corrieron a avisarle y se presentó Terencio Rufo, que tenía encomendado el mando del ejército. Éste se enteró por boca de Simón de toda la verdad, le puso encadenado bajo custodia e informó a César de cómo había sido capturado. En castigo por [32] la crueldad que había ejercido contra sus conciudadanos, que él había dirigido con una tiranía tan terrible, Dios puso a Simón a merced de sus peores enemigos. No cayó en sus [33] manos a la fuerza, sino

que se entregó voluntariamente al suplicio, después de que él mismo había ejecutado cruelmente a muchos judíos bajo la falsa acusación de pasarse a los romanos. En efecto, la maldad no escapa a la cólera de [34] Dios ni es débil su justicia, sino que el tiempo persigue a los que han actuado en contra de ella y da a los culpables su más severo castigo, cuando creían haberse librado ya de ella por no haber sido castigados inmediatamente. Esto es lo que aprendió Simón al caer bajo el furor de los romanos. Además, [35] el hecho de que saliera de debajo de la tierra propició en aquellos días el descubrimiento de un gran número de otros sediciosos en las galerías subterráneas. Simón fue conducido [36] lleno de cadenas ante César, que había regresado a Cesarea Marítima. Este último ordenó que le guardaran para la celebración del triunfo que se preparaba en Roma.

Espectáculos con prisioneros judíos en Cesarea y Berito

Durante su estancia en Cesarea, Tito [37] festejó con esplendor el cumpleaños de su hermano¹⁸, en cuyo honor ejecutó una gran cantidad de prisioneros judíos. El número [38] de los que perecieron luchando con las fieras, abrasados por las llamas y en peleas entre ellos alcanzó más de dos mil quinientos. No obstante, aunque les aniquilaban de múltiples formas, a los romanos esto les parecía un castigo menor. A continuación César llegó a Berito, [39] una ciudad fenicia colonia de los romanos¹⁹. Allí hizo una parada más larga y celebró con una brillantez aún mayor el aniversario de su padre²⁰ con magníficos espectáculos y con [40] otros dispendios que desplegó con ingenio. Al igual que ocurrió antes, también fue ejecutada una gran cantidad de prisioneros de guerra.

Los judíos de Antioquía

[41] Por aquel entonces sucedió que los judíos, que se habían quedado en Antioquía, fueron acusados y corrieron el peligro de ser aniquilados, pues se alzó contra ellos la ciudad de los antioquenos a causa de las calumnias que entonces se habían levantado contra ellos y por los acontecimientos que habían tenido lugar no mucho [42] antes²¹. Hay que hablar brevemente sobre estos hechos, para que así sea más fácil la comprensión de lo que ocurrió después.

[43] La nación judía estaba muy diseminada entre la gente de todo el orbe habitado, sobre todo estaba fusionada de una forma destacada en Siria por la proximidad de este país y era muy numerosa en Antioquía debido al tamaño de esta ciudad y, en especial, porque los reyes que sucedieron a Antíoco²² habían procurado seguridad a los judíos para vivir [44] allí. Pues Antíoco, llamado Epífanes²³, devastó Jerusalén y saqueó el Templo²⁴, mientras que los que accedieron al trono después de él devolvieron a los judíos de Antioquía todas las ofrendas de bronce, las depositaron en su sinagoga²⁵ y les otorgaron participar de la ciudadanía en igualdad de condiciones que los griegos²⁶. Los monarcas posteriores les [45] trataron de la misma forma, por lo cual los judíos aumentaron en número y embellecieron el Templo con ornamentos y con magníficas ofrendas²⁷. Constantemente atraían a un gran número de griegos a sus ritos religiosos y de algún modo éstos [46] formaban ya parte de la comunidad judía²⁸. En el preciso momento en que estalló la guerra, nada más desembarcar Vespasiano en Siria y cuando el odio contra los judíos [47] estaba en su punto álgido en todos los lugares²⁹, entonces un tal Antíoco, un judío muy respetado a causa de su padre, que era el jefe³⁰ de esta comunidad en Antioquía, entró en el teatro, cuando estaba reunida la asamblea de los antioquenos, y denunció a su padre y a otros bajo la acusación de que habían decidido quemar toda la ciudad en una sola noche. Asimismo entregó a algunos judíos extranjeros que habían [48] sido cómplices de la conspiración. Cuando el pueblo

escuchó estas palabras, no contuvo su cólera, sino que ordenó prender fuego inmediatamente a los culpables que les habían traído. Enseguida todos ardieron en el teatro. Luego [49] arremetieron contra la multitud judía, pues creían que la única manera de salvar a su patria era castigar con la mayor [50] rapidez a aquella gente. Antíoco alimentaba aún más su cólera e hizo sacrificios a la manera de los griegos, pues pensaba que esto demostraba su cambio y su odio contra las costumbres judías. Ordenó que obligaran a los demás a hacer [51] lo mismo, pues de esta forma se pondría en evidencia a los conspiradores al negarse a ello. Los antioquenos se sirvieron de esta prueba: pocos fueron los judíos que acataron esta prescripción y los que no la aceptaron fueron ejecutados. Antíoco, que había recibido soldados de parte del general [52] romano, se comportó cruelmente con sus propios conciudadanos: no les dejó cumplir con el descanso sabático³¹, sino que les obligó a realizar todas las tareas que hacían los demás días³². Les forzó a ello con tanto rigor que el descanso [53] del sábado no sólo fue abolido en Antioquía, sino que en poco tiempo partiendo de allí se extendió igualmente a otras ciudades³³.

El incendio de Antioquía

A estos males que acaecieron por [54] aquel entonces a los judíos de Antioquía vino a añadirseles una segunda desgracia, para cuya exposición hemos narrado los acontecimientos precedentes. Cuando tuvo [55] lugar el incendio del Mercado Cuadrado, de las residencias de los magistrados, de los archivos y de las basílicas³⁴, y cuando a duras penas se sofocó el fuego que con gran fuerza se extendía por toda la ciudad, entonces Antíoco [56] acusó de esta acción a los judíos. Aunque antes no hubieran tenido ninguna enemistad contra los hebreos, los habitantes de Antioquía, afectados por lo sucedido, enseguida habrían dado crédito a esta calumnia, pero ahora, con mucha más razón, por los hechos ocurridos

anteriormente se inclinaron a creer las palabras de Antíoco, casi como si [57] ellos hubieran visto a los judíos propagar el fuego. Todos se lanzaron contra los acusados con una inmensa rabia [58] igual que si se hubieran vuelto locos. Con dificultad pudo contener sus ímpetus un tal Gneo Colega³⁵, legado del gobernador, que pidió permiso para informar a César de lo [59] ocurrido. Pues aún no había llegado Cesenio Peto³⁶, al que [60] había enviado Vespasiano como gobernador de Siria. Colega llevó a cabo una concienzuda investigación y descubrió la verdad: ninguno de los judíos acusados por Antíoco [61] había participado en los hechos, sino que algunos individuos criminales, forzados por las deudas que tenían, habían maquinado todo, pues pensaban que si prendían fuego al Mercado y a los archivos públicos, se librarían de [62] las reclamaciones. Por su parte los judíos, por las acusaciones que pesaban sobre ellos y por la incertidumbre sobre el futuro, se hallaban inmersos en un mar de terribles angustias.

Vespasiano es aclamado en Roma

Tito César, cuando le llegó la noticia [63] de que su padre había sido recibido por muchas ciudades italianas como una persona anhelada y de que en especial Roma le había acogido con gran entusiasmo y brillantez, se llenó de una inmensa alegría y satisfacción y con mucho gusto se vio libre de las preocupaciones que por él tenía. Cuando Vespasiano aún se hallaba lejos, todos los [64] habitantes de Italia le estimaban en su interior, como si ya hubiera venido. Tantas eran las ganas que tenían de verlo que para ellos la espera de su visita significaba ya su llegada y sentían por él un afecto libre de toda coacción. Pues el Senado, [65] por el recuerdo de las desgracias ocurridas durante los cambios de emperadores³⁷, estaba muy deseoso de recibir a un príncipe investido del prestigio de la vejez³⁸ y de la gloria de las hazañas militares y además sabía que su ascenso al poder sería únicamente para la salvación de sus súbditos. Por su parte, el pueblo, cansado de

las guerras civiles, deseaba [66] aún con más ahínco que él viniera, pues esperaba entonces librarse plenamente de las calamidades y confiaba conseguir la seguridad al mismo tiempo que la prosperidad. El ejército era el que sobre todo tenía puestos sus ojos en él, [67] pues en especial los soldados conocían la magnitud de sus éxitos bélicos. Como ellos habían sufrido la incapacidad y la cobardía de los otros emperadores, deseaban desprenderse de tanto oprobio y pedían que se aceptara al único que podía salvarlos y devolverles el honor. Ante la buena disposición que había por parte de todos los personajes más eminentes [68] no pudieron esperar más, sino que se apresuraron a ser los primeros en saludarle a bastante distancia de Roma. [69] El resto de la gente no se resistió a aplazar su encuentro con Vespasiano, sino que todos en tropel salieron de la ciudad, pues les parecía que era más simple y fácil partir que quedarse. Fue entonces la primera vez que la ciudad tuvo la alegre sensación de quedarse sin sus habitantes, habida cuenta de que eran menos los que permanecieron en ella que los que [70] salieron. Cuando se dio la noticia de que Vespasiano estaba cerca y cuando los que se habían anticipado informaron de la afabiliadad con que él había tratado a todos ellos, el resto de la población sin excepción, junto con sus mujeres e hijos, [71] salieron a recibirlo a los caminos. La gente, a la que el emperador se iba acercando, por la alegría de verlo y la mansedumbre que se desprendía de su persona, profería todo tipo de exclamaciones y le llamaba benefactor, salvador y el único que era digno de ser emperador de Roma. Toda la ciudad, como un templo, estaba repleta de guirnaldas e incienso. [72] Una vez que a duras penas, a causa de la multitud que le rodeaba, pudo entrar en el palacio, él en persona hizo sacrificios a los dioses del hogar en acción de gracias por su [73] llegada. La multitud se dispuso a festejarlo. Se celebraron banquetes por tribus, familias y grupos de vecinos y suplicaron con libaciones a Dios³⁹ para que Vespasiano permaneciera durante el mayor tiempo posible en

el principado de Roma y para que sus hijos y los descendientes de éstos conservaran siempre el poder sin que nadie se les opusiera. Así [74] recibió afectuosamente a Vespasiano la ciudad de Roma y pronto llegó a una gran prosperidad.

Insurrección en Germania y en la Galia. Petilio Cereal y Domiciano

Antes de este momento, cuando Vespasiano [75] estaba en Alejandría y Tito continuaba con el asedio de Jerusalén, una gran parte de los germanos fue inducida a la rebelión⁴⁰. Los galos vecinos hicieron [76] causa común con ellos y compartieron sus grandes esperanzas de liberarse también del yugo romano. A los germanos [77] les empujó a la rebelión y a emprender la guerra en primer lugar su propia naturaleza, carente de buen juicio y dispuesta a lanzarse al peligro a la menor esperanza⁴¹. En segundo [78] lugar el odio que sentían hacia sus dominadores, pues saben que su nación sólo ha sido sometida a la fuerza a la esclavitud por los romanos⁴². Sin embargo, la ocasión del momento es lo que más valor les dio de todo. En efecto, [79] veían que el Imperio Romano estaba agitado por dentro por los continuos cambios de emperadores y sabían que todas las regiones del mundo habitado, que estaba en su poder, estaban expectantes y revueltas. Por tanto creyeron que a causa de las desgracias y de las disensiones de los romanos éste era para ellos el mejor momento. Dieron impulso a su [80] decisión y les abrumaron con esas esperanzas dos de sus jefes, un tal Clásico y un tal Vitelio, que desde hacía mucho [81] tiempo ansiaban abiertamente esta revuelta. Enardecidos por la ocasión de la situación presente expusieron su plan y tenían la intención de poner a prueba a las enfervorizadas masas. [82] Cuando la mayoría de los germanos estaba ya de acuerdo con la revuelta y el resto no manifestó su oposición a ella, Vespasiano, como si le inspirara una Providencia divina, envió una carta a Petilio Cerealio⁴³, que había sido antes legado de Germania, en la que le

concedía la dignidad consular y le encomendaba partir para hacerse cargo del gobierno [83] de Britania. Mientras Cerealio iba de camino hacia donde se le había mandado, se enteró de la rebelión de los germanos. Cayó sobre ellos, cuando ya estaban reunidos todos sus efectivos, les presentó batalla, mató a un gran número de ellos y les obligó a olvidarse de su locura y a entrar en [84] razón. Aunque Cerealio no se hubiera apresurado por llegar tan rápidamente a aquel lugar, los germanos iban a pagar su [85] castigo en un corto espacio de tiempo. Pues tan pronto como llegó a Roma la noticia de su revuelta, César Domiciano, enterado de ello, a diferencia de otras personas de su edad, pues era demasiado joven, no dudó en hacerse cargo [86] de un asunto de tan grande envergadura. Inmediatamente se puso en marcha contra los bárbaros, él que poseía el valor innato de su padre y que se había forjado una experiencia [87] superior a su edad. Los germanos, cuando oyeron hablar de su llegada, se asustaron y se entregaron a él, pues veían que el mayor beneficio que podían sacar de su miedo era caer de [88] nuevo bajo el mismo yugo sin sufrir más desgracias. Tras reestablecer el orden en todos los asuntos de la Galia de un modo apropiado, de manera que en el futuro ya no sería fácil volver a sublevarse en aquella zona, Domiciano volvió a Roma con una gloria y una fama por sus hazañas, superiores a lo que era propio de su edad, pero dignas de su padre⁴⁴.

Los sármatas invaden Mesia. Rubrio Galo les hace frente

En los mismos días de la revuelta de [89] los germanos, que acabo de exponer, tuvo lugar un acto de audacia de los escitas contra los romanos. Entre los escitas, los [90] llamados sármatas⁴⁵, que eran muy numerosos, cruzaron el Istro⁴⁶ sin ser vistos e invadieron la otra orilla⁴⁷. Cayeron contra los romanos con gran violencia y dureza por lo absolutamente inesperado de su ataque y mataron a muchos de los romanos

de la guarnición. Ejecutaron [91] también al legado consular Fonteyo Agripa⁴⁸, que salió a su encuentro a luchar valerosamente. Recorrieron todos los territorios de la provincia asolando y saqueando cuanto se encontraron. Cuando Vespasiano tuvo noticia de estos [92] hechos y de la devastación de Mesia, envió a Rubrio Galo⁴⁹ [93] para castigar a los sármatas. Muchos perecieron a manos suyas en los combates y los supervivientes se refugiaron [94] llenos de miedo en su propia región. De esta forma el general puso fin al conflicto bélico y se preocupó de la seguridad futura, pues distribuyó por la comarca guarniciones más numerosas y más fuertes de modo que a partir de entonces [95] los bárbaros no pudieran atravesar el río. Así la guerra de Mesia tuvo un rápido desenlace.

Tito recorre Siria. Su estancia en Antioquía

[96] Tito César permaneció durante un tiempo en Berito, según hemos dicho antes⁵⁰, desde allí se puso en marcha y en todas las ciudades de Siria, por las que pasó, ofreció fastuosos espectáculos, en los que hizo uso de los prisioneros judíos para que se mataran entre ellos a la vista de todos. Durante el trayecto vio un [97] río, cuya naturaleza merece la pena detallar. Éste discurre entre Arcea⁵¹, en el reino de Agripa⁵², y Rafanea, y presenta [98] una particularidad sorprendente. Es muy abundante su caudal, cuando fluye, y no es lenta su corriente, sin embargo de pronto durante seis días sus fuentes se agostan y ofrece todo [99] él el aspecto de un lugar seco. Luego, como si no se hubiera producido ningún cambio, en el séptimo día vuelve a fluir igual que antes. Se ha observado que siempre sigue exactamente este orden, por lo que se le ha dado también el nombre de Sabático en alusión al séptimo día de la semana, que es sagrado para los judíos⁵³.

Cuando los habitantes de Antioquía se enteraron de que [100] Tito estaba cerca, por la alegría que tenían no aguantaron quedarse dentro de las murallas, sino que se

apresuraron a salir a su encuentro. Avanzaron lejos de la ciudad más de [101] treinta estadios no sólo los hombres, sino también una multitud de mujeres junto con sus hijos. Nada más verle llegar, [102] colocados a ambos lados del camino, le tendieron sus manos, le saludaron con todo tipo de aclamaciones y se dieron la vuelta para ir con él a Antioquía. Entre todas estas aclamaciones [103] le pedían sin cesar que expulsara a los judíos de la ciudad. Tito no aceptó sus demandas, sino que escuchó sus [104] palabras en silencio. No obstante, los judíos tenían un gran y terrible miedo al no tener claro lo que él pensaba y lo que iba a hacer. Pues Tito no se quedó en Antioquía, sino que rápidamente [105] se puso en camino hacia Zeugma⁵⁴, en el Éufrates, donde acudieron también emisarios enviados por Vologeses⁵⁵, rey de los partos, para llevarle una corona de oro por su victoria sobre los judíos. Tito la aceptó, agasajó a la [106] delegación real con un banquete y desde allí retornó a Antioquía. El Senado y el pueblo de los antioquenos le pidieron [107] insistentemente que acudiera al teatro, donde le esperaba toda la población que allí se había congregado. Él accedió [108] con amabilidad. Como de nuevo ellos le insistieron con mucha pertinacia y le pidieron repetidamente que echara a los judíos de la ciudad, él les dio la siguiente respuesta [109] atinada: «Pero es que su patria, donde era preciso enviarles, dado que son judíos, ha sido destruida y ya no hay ningún [110] lugar que pueda acogerlos.» Los antioquenos renunciaron a esta primera petición y le hicieron una segunda. Le solicitaron que acabara con las tablillas de bronce, en las que estaban [111] escritos los derechos de los judíos. Pero Tito no accedió tampoco a ello, sino que dejó como estaba anteriormente la situación de los judíos en el territorio de Antioquía y se dirigió a Egipto.

Tito se apodera de Jerusalén

[112] En el trayecto se acercó a Jerusalén. Al comparar su triste aspecto abandonado frente al esplendor que antes tenía la

ciudad, y al recordar la grandeza de las construcciones demolidas y la belleza de antaño [113] se lamentó por la destrucción de la ciudad. No se vanaglorió, como hubiera hecho otro, de haberla tomado por la fuerza, a pesar de ser tan grande y tan poderosa, sino que muchas veces había maldecido a los culpables de haber iniciado la revuelta y de haber propiciado este castigo contra Jerusalén. Así de claro era que no había querido hacer manifestación de su propio valor con las desgracias de la gente [114] que fue castigada⁵⁶. Entre los escombros de la ciudad aún se encontró una cantidad no pequeña de las muchas riquezas [115] que en ella había. Los romanos desenterraron un gran número de ellas, la mayor parte las consiguieron por las indicaciones que les dieron los prisioneros de guerra: oro, plata y otros objetos de gran valor que sus dueños habían escondido bajo tierra en previsión de los inciertos avatares de la guerra.

Tito se dirige a Roma

Tito continuó el viaje fijado a Egipto [116] y llegó a Alejandría tras atravesar lo más rápidamente posible el desierto⁵⁷. Como [117] decidió navegar hasta Italia, volvió a enviar las dos legiones⁵⁸ que le acompañaban a los lugares de donde procedían: la quinta a Mesia y la decimoquinta a Panonia. Entre los prisioneros de guerra eligió [118] a sus jefes, Simón y Juan, y otros setecientos hombres, que destacaban por su estatura o belleza, y ordenó conducirlos inmediatamente a Italia, pues quería llevarlos consigo en la celebración del triunfo. Cuando concluyó la travesía [119] por mar según era su deseo, Roma le dio una acogida y un recibimiento igual a lo que había hecho con su padre⁵⁹, aunque para Tito lo más glorioso fue que su padre en persona saliera a su encuentro a recibirlo. La multitud de los ciudadanos [120] se llenó de una alegría sobrenatural al ver juntos entonces a los tres príncipes⁶⁰.

Triunfo de Vespasiano y Tito

[121] No muchos días después determina celebrar en común un solo triunfo por sus victorias, aunque el Senado había decidido por votación festejar uno para cada [122] uno de ellos. Cuando llegó el día fijado en el que iba a tener lugar la solemne procesión de la victoria, ninguno de los numerosísimos habitantes de la ciudad se quedó en casa, sino que todos salieron fuera y ocuparon los lugares donde sólo podían caber de pie, sin dejar más que el espacio necesario para que pasara la comitiva que iban a ver.

[123] Todo el ejército, por centurias y cohortes, a las órdenes de sus jefes salió cuando aún era de noche y se detuvo no en las puertas del palacio de arriba⁶¹, sino cerca del templo de Isis⁶², pues es allí donde habían pernoctado entonces los [124] emperadores. En el momento en que ya amanecía salieron Vespasiano y Tito coronados con laurel y revestidos con los tradicionales ropajes de púrpura y se dirigieron a los Pórticos [125] de Octavia⁶³. Allí aguardaban su llegada el Senado, los magistrados de alto rango y los miembros del orden ecuestre. [126] Se había erigido delante de los pórticos una tribuna, en la que había sillas de marfil para los príncipes. Éstos se acercaron y se sentaron en ellas. Enseguida el ejército los aclamó y todos dieron numerosos testimonios de su valor. Los príncipes no llevaban armas, estaban revestidos de seda [127] y coronados de laurel. Vespasiano, después de recibir los vítores de sus súbditos, que aún querían manifestarle más, hizo una señal de silencio. Se produjo entonces en todos una [128] profunda calma; él se levantó, se cubrió con el manto la mayor parte de la cabeza y pronunció las acostumbradas oraciones. Lo mismo hizo también Tito. Después del rezo [129] Vespasiano dirigió a todos los congregados unas breves palabras y dejó ir a los soldados a tomar el banquete que se acostumbra a ofrecerles por parte de los emperadores. Él [130] mismo se retiró hacia la puerta que recibe su nombre por el hecho de que por ella pasan siempre las comitivas del triunfo⁶⁴. Allí los tres comieron algo, se pusieron las

vestimentas [131] triunfales, hicieron sacrificios a los dioses que están situados junto a la puerta y llevaron la procesión del triunfo a través de los teatros, para que la multitud pudiera verlo con mayor facilidad.

*El cortejo triunfal en Roma*⁶⁵

Es imposible describir, como se merece, [132] la cantidad de aquellos espectáculos y su magnificencia en todo lo que uno podría imaginarse por sus obras de arte, por sus diversos tipos de opulencia y por su peculiar naturaleza. Pues aquel día se habían reunido para [133] demostrar la grandeza del Imperio romano casi todas las riquezas que alguna vez han tenido los hombres más felices, objetos asombrosos y muy valiosos, conseguidos uno a uno [134] y en diversos lugares. Se podía ver una gran cantidad de plata, oro y marfil labrada en todo tipo de formas, que no era transportada como en una procesión, sino que, por así decirlo, corría como el caudal de un río. Se llevaban tejidos de la más extraña púrpura y otros bordados con la técnica babilonia con representaciones figurativas de gran realismo. [135] Eran tantas las piedras preciosas transparentes que había en el cortejo, unas engastadas en coronas de oro y otras en diversas joyas, que no tendría sentido que consideráramos a [136] ninguna de ellas como una rareza. Asimismo eran transportadas las estatuas de sus dioses⁶⁶, admirables por su grandeza y realizadas con un arte de gran nivel. Ninguna de ellas estaba hecha de un material que no fuera precioso. Iban muchas especies de animales, recubiertos todos ellos de los ornamentos [137] apropiados. Igualmente iba revestida de ropajes de color púrpura y tejidos con oro la multitud de hombres que transportaban cada uno de estos grupos de animales. Los que habían sido seleccionados para ir en la propia comitiva del triunfo llevaban sobre ellos una vestimenta maravillosa [138] y muy suntuosa que destacaba sobre el resto. Además se podía contemplar cómo la muchedumbre de los prisioneros de guerra

iba bien ataviada. La variedad y belleza de sus ropajes no dejaban ver la angustia que producían [139] la vejaciones sufridas en sus cuerpos. Lo que más admiración causaba del desfile triunfal era la disposición de los tablados⁶⁷ que llevaban, pues a causa de su tamaño provocaban temor y desconfianza por su seguridad durante su transporte. Muchos de ellos estaban compuestos de tres y cuatro [140] pisos, y la suntuosidad de su estructura producía a la vez placer y miedo. Gran parte de estos andamiajes estaban recubiertos [141] de telas de oro y todos estaban rodeados por incrustaciones de oro y marfil tallado. La guerra, que aparecía representada [142] en sus diversos episodios por muchas escenas, propiciaba un visión muy realista de sí misma. Se podía contemplar [143] un país próspero devastado, escuadrones de enemigos muertos al completo, unos que huían y otros que eran llevados como prisioneros, murallas de una altura extraordinaria demolidas por las máquinas, fortificaciones muy sólidas conquistadas, recintos de ciudades llenos de gente totalmente arrasados, un ejército que penetraba en el interior [144] de los muros, un lugar totalmente sembrado de muerte, las súplicas de los enemigos que no eran capaces ni de levantar sus brazos, el fuego que ardía en los templos, casas que se venían abajo encima de sus dueños, y, tras una gran desolación [145] y abatimiento, se podían contemplar ríos que corrían no a través de una tierra cultivada ni servían para beber a los hombres ni a los animales, sino que lo hacían por medio de una región que ardía en llamas por todos lados. Esto era lo que iban a sufrir los judíos por haberse entregado a la guerra. El arte y el gran tamaño de estas reproducciones mostraban [146] los acontecimientos a los que no los habían visto, como si hubieran estado presentes en ellos. Sobre cada uno [147] de los decorados estaba representado el general de la ciudad conquistada, tal y como había sido capturado. Detrás seguían [148] muchas naves⁶⁸. Los demás despojos iban todos juntos sin orden, pero de entre ellos destacaban los que habían sido

cogidos del Templo de Jerusalén: una mesa de oro⁶⁹, cuyo peso era de varios talentos, y un candelabro también de oro, que tenía una forma diferente de la que acostumbramos a [149] usar nosotros⁷⁰. La barra central partía de un pie y de ella salían unos delgados brazos, cuya disposición era muy parecida a la de un tridente, y cada uno de ellos tenían en su extremo una lámpara hecha de bronce. Estos brazos eran siete, para aludir al valor que este número siete tiene entre [150] los judíos⁷¹. A continuación era transportado el último de los [151] despojos, la Ley de los judíos⁷². Detrás marchaban muchos hombres que llevaban las estatuas de la Victoria, todas ellas [152] hechas de marfil y oro. A continuación desfilaba en primer lugar Vespasiano y en segundo lugar Tito; Domiciano cabalgaba con ellos, vestido con distinción y con un caballo que era digno de verse⁷³.

Ejecución de Simón

La procesión triunfal acabó en el templo [153] de Júpiter Capitolino. Llegados allí se detuvieron, pues una antigua costumbre de la patria mandaba permanecer en ese lugar hasta que se anunciara la ejecución del general de los enemigos. Éste era Simón, el hijo de Giora, [154] que entonces había desfilado entre los prisioneros de guerra. Con una cuerda al cuello lo arrastraron hacia un lugar sobre el Foro⁷⁴, mientras era azuzado por los que le llevaban. Existe una ley romana que prescribe ejecutar allí a los que han sido condenados a muerte por sus crímenes. Cuando se dio a conocer que ya había muerto, todos aclamaron [155] y comenzaron los sacrificios. Los príncipes, después de celebrarlos con las acostumbradas oraciones, se retiraron al palacio. Éstos invitaron a determinadas personas a un [156] banquete, mientras que todos los demás tenían dispuestos en su casa los preparativos para el festín. Pues la ciudad de [157] Roma celebró ese día la victoria de su ejército sobre los enemigos, el final de sus

discordias civiles y el comienzo de sus esperanzas de prosperidad⁷⁵.

Erección del Templo de la Paz

[158] Después de festejar el triunfo y de consolidar con firmeza el Imperio romano, Vespasiano decidió levantar un templo a la Paz⁷⁶. En muy poco tiempo se terminó esta construcción, que presentaba un aspecto por encima de lo que podía concebir la [159] mente humana. Utilizó en él las extraordinarias riquezas de su propiedad y, además, lo embelleció con las obras más destacadas de la Antigüedad en pintura y escultura. [160] En efecto, en aquel templo fueron reunidos y expuestos todos los objetos que antes los hombres para verlos tenían que recorrer todo el orbe habitado, porque deseaban contemplar estas piezas, que estaban unas en un país y otras [161] en otro. También colocó allí como ofrenda los vasos de oro del Templo de los judíos, de los que estaba orgulloso⁷⁷. [162] Ordenó guardar en su palacio la Ley hebrea⁷⁸ y los velos de púrpura del santuario⁷⁹.

Lucilio Baso la fortaleza del Herodio. Descripción de Maqueronte y sus alrededores

Lucilio Baso, que había sido enviado [163] como legado a Judea y que había recibido el ejército de manos de Cereal Vetiliano⁸⁰, conquistó la fortaleza del Herodio⁸¹ con sus ocupantes. A continuación decidió [164] ir contra Maqueronte⁸² con la legión décima y con todas las tropas que había reunido, pues estaban dispersas en numerosos destacamentos. Era muy necesario destruir esta fortaleza, para que la sólida posición de este lugar no empujara a rebelarse a muchos judíos. Efectivamente, [165] la naturaleza del lugar era muy apropiada para producir en los que la ocupaban una firme esperanza de salvación, así como dudas y miedo en sus atacantes. Pues la [166] parte amurallada es una altura rocosa tan elevada que hace imposible su expugnación y, por su parte,

la naturaleza había procurado que también fuera inaccesible. Por todos los [167] lados estaba rodeada por barrancos cuya profundidad era insondable, y no era posible atravesarlos fácilmente ni rellenarlos con terraplenes por ningún sitio. El valle que bordeaba [168] la fortaleza por occidente se extendía sesenta estadios⁸³ y acababa en el lago Asfaltitis⁸⁴. La misma Maqueronte tenía en esta dirección su cima más elevada, que destacaba sobre todas las demás. Los barrancos del Norte y del Sur eran de [169] una dimensión inferior a la del que acabamos de describir, aunque también era imposible atacar a través de ellos. La profundidad [170] del barranco de la parte oriental no era menor de cien codos⁸⁵ y acababa junto a una montaña que estaba situada enfrente de Maqueronte.

[171] El rey de los judíos, Alejandro⁸⁶, cuando observó esta situación natural del lugar, fue el primero que levantó allí una fortaleza, que luego destruyó Gabinio⁸⁷ en su lucha [172] contra Aristobulo. Herodes, durante su reinado, consideró que este lugar era el que merecía más atención de todos para ser fortificado con solidez a causa de su proximidad con los árabes, ya que estaba situado en un punto estratégico frente [173] al país de aquéllos. Rodeó con murallas y torres un amplio espacio y edificó allí una ciudad, desde donde un camino [174] subía a la parte alta. La cima la rodeó también de una muralla y en sus esquinas colocó torres de sesenta codos cada [175] una de ellas. En medio del recinto construyó un magnífico [176] palacio por la grandeza y belleza de sus aposentos. En los lugares más apropiados dispuso numerosas cisternas que recogieran el agua de la lluvia y que pudieran suministrarla con abundancia, como si de esta forma él mismo quisiera rivalizar con la naturaleza para superar con fortificaciones hechas por el hombre la inexpugnabilidad de aquel lugar. [177] Además guardó en este lugar una gran cantidad de armas arrojadizas y de máquinas de guerra y pensó en dejar preparado a sus habitantes todo lo que podía darles valor para hacer frente a un asedio muy largo.

[178] En el palacio estaba plantada una ruda, digna de admiración por su tamaño, pues su anchura y altura no eran menores [179] a las de una higuera. Se decía que este vegetal existía ya desde la época de Herodes y posiblemente habría durado más tiempo, si los judíos que se asentaron en este lugar no la hubieran cortado. En el barranco que rodea la ciudad por [180] el norte hay un lugar llamado Baara⁸⁸, que produce una raíz que lleva su mismo nombre. Tiene el color parecido al del [181] fuego; al atardecer produce unos resplandores que hacen que no sea fácil cogerla por parte de los que se acercan y quieren arrancarla, sino que se escapa y no se queda quieta hasta que no se derrama sobre ella orina de mujer o sangre de menstruación⁸⁹. No obstante, también entonces los que la [182] tocan tienen una muerte segura, a no ser que se dé la circunstancia de que lleven la mencionada raíz colgada de la mano. También se la puede cortar sin peligro de la siguiente [183] forma: se excava en círculo alrededor de la planta, de forma que sólo quede enterrada una parte muy pequeña de la raíz. Después se le ata un perro y, cuando éste se lanza para perseguir [184] a la persona que lo ha amarrado, la arranca fácilmente. El perro muere inmediatamente, como víctima, en lugar de aquel que iba a cortar la planta. Así, los que la cogen después no tienen ya que temer nada. A pesar de tantos [185] peligros, esta planta es muy buscada por una única cualidad: con sólo acercarla enseguida expulsa de los enfermos los llamados demonios, es decir, los espíritus de los hombres malvados que se introducen en los vivos y los matan, si no se les ayuda. En este lugar fluyen fuentes de aguas calientes [186] que tienen sabores muy diferentes unas de otras, pues unas [187] son amargas y otras muy dulces. Hay también numerosos manantiales de aguas frías, que no sólo tienen sus fuentes [188] unas junto a otras en las zonas más bajas, sino que, lo que es aún más admirable, cerca se puede ver una cueva poco profunda, [189] protegida por arriba por una roca que sobresale. Encima de ella se alzan dos especies de senos,

poco distantes el uno del otro. De uno nace una fuente de agua muy fría y del otro otra muy caliente, que al mezclarse propician un baño muy agradable que cura las enfermedades, muy especialmente las relacionadas con los nervios. Este lugar posee también minas de azufre y de alumbre.

El asedio de Maqueronte por Baso

[190] Después de examinar el terreno, Baso decidió hacer una incursión cubriendo de tierra el barranco oriental. Se hizo cargo de las obras y se esforzó por levantar pronto el terraplén y por medio de él llevar [191] a cabo un fácil asedio. Los judíos, que estaban sitiados en el interior de Maqueronte, se separaron de los extranjeros⁹⁰ y les obligaron a quedarse en la parte baja de la ciudad y a exponerse al peligro los primeros, pues consideraban [192] que eran una multitud inútil. Mientras, ellos se apoderaron y permanecieron en la fortaleza a causa de la solidez de su fortificación y en previsión de su propia salvación, ya que creían que, si entregaban la ciudad a los romanos, conseguirían [193] su perdón. Pero antes querían poner a prueba las esperanzas que ellos tenían de huir del asedio. En consecuencia, todos los días hacían salidas llenos de valor. Muchos de ellos perecieron al entrar en combate con los soldados que trabajaban en los terraplenes, aunque también mataron a numerosos romanos. En la mayoría de los casos era la ocasión [194] del momento la que decidía la victoria en uno y otro bando: en el caso de los judíos, cuando caían sobre los enemigos en un momento de descuido, y en el caso de los romanos que se hallaban en los terraplenes, cuando tomaban precauciones y hacían frente al ataque bien protegidos. Sin [195] embargo, el final del asedio no iba a tener lugar en estas refriegas, sino que un hecho fortuito ocurrido de forma inesperada obligó a los judíos a entregar la fortaleza. Entre la [196] gente sitiada en la ciudad había un joven, llamado Eleazar, dotado de una valiente audacia y de una fuerza emprendedora. Este individuo se había distinguido en las

incursiones [197] anteriores, pues había exhortado a muchos a salir a impedir la realización de los terraplenes y en los combates había infligido numerosas y terribles pérdidas a los romanos. También hacía más fácil el ataque de los que se atrevían a acompañarle y les procuraba una retirada sin peligro, al ser él el último en abandonar el lugar. No obstante, en una ocasión, [198] finalizada una batalla y retirados ya los soldados de uno y otro bando, Eleazar, que con desprecio pensaba que ya no había ningún enemigo que volviera a emprender la lucha, se quedó fuera de las puertas y se puso a hablar con los que estaban encima de la muralla con toda su atención puesta en aquéllos. Un soldado de las líneas romanas, Rufo, [199] de origen egipcio, vio la ocasión y de repente, sin que nadie lo esperara, fue corriendo con sus hombres, lo levantó en alto junto con sus armas y no paró hasta llevarlo al campamento romano, mientras que los que lo veían desde la muralla se quedaron paralizados de espanto. El general ordenó [200] traer al judío desnudo y llevarlo a la posición que fuera más visible para los que miraban desde la ciudad y le azotó con látigos. El sufrimiento de este joven afectó intensamente a los judíos. Toda la ciudad lloró por él y su lamento fue mayor de lo que cabía esperar por la desgracia de un solo hombre. [201] Cuando Baso vio esta reacción, dio inicio a una estratagema contra los enemigos. Quería intensificar su dolor, para que se vieran forzados a entregar la ciudad a cambio de la salvación de Eleazar. Y, en efecto, sus esperanzas se cumplieron. [202] Mandó levantar una cruz⁹¹, como si en ella fuera a colgarse inmediatamente a Eleazar, y así produjo una angustia aún mayor en los que observaban este espectáculo desde la fortaleza. Ellos gritaron y gimieron que no podían soportar [203] este inmenso sufrimiento. Entonces Eleazar les pidió que no le dejaran soportar la más cruel de las muertes y que se rindieran a la fuerza y a la Fortuna de los romanos, ahora que ya todos estaban en sus manos, para así obtener su propia [204] salvación. Los judíos se conmovieron ante sus

palabras y, ante los muchos ruegos que por él hicieron dentro de la ciudad, ya que Eleazar pertenecía a una importante y numerosa familia, cedieron a la compasión en contra de su índole natural. [205] Rápidamente eligieron y enviaron a algunos emisarios para negociar la entrega de la ciudad con la petición de que les dejaran abandonar Maqueronte sanos y salvos y llevarse [206] de allí a Eleazar. Los romanos y su general aceptaron estas condiciones, si bien la gente que estaba en la ciudad baja⁹², al enterarse de que los judíos habían hecho el acuerdo de forma particular, decidieron huir en secreto por la noche. [207] Cuando éstos abrieron las puertas, los judíos que habían negociado el tratado se lo comunicaron a Baso, ya sea porque sentían envidia de que éstos se salvaran o para que no se les [208] echara a ellos la culpa de su huida. Los más valientes de los que salieron de la ciudad tuvieron tiempo de abrirse camino y escapar, mientras que fueron degollados mil setecientos hombres de los que quedaron dentro y esclavizados las mujeres y los niños. Sin embargo Baso, que era consciente de que había [209] que respetar los acuerdos hechos con los que habían entregado la fortaleza, los dejó marchar y les devolvió a Eleazar.

Batalla de Jarden

Solucionado este problema, Baso se [210] dirigió con su ejército al bosque llamado Jarden⁹³, puesto que le había llegado la noticia de que allí se habían reunido muchos de los que antes se habían fugado del asedio de Jerusalén y del de Maqueronte. Cuando llegó [211] al lugar y se percató de que la noticia no era falsa, empezó por rodear todo el terreno con jinetes, para que la caballería hiciera imposible la huida a los judíos que osaran abrirse camino. A los soldados de infantería les encomendó talar el bosque en el que aquéllos se habían refugiado. Por ello los [212] judíos se vieron obligados a realizar alguna acción heroica, pues tal vez podrían huir si se arriesgaran en una lucha audaz. Así, todos en tropel con

grandes gritos se lanzaron y cayeron sobre los que les cercaban. Los romanos resistieron [213] con fuerza. La batalla duró mucho tiempo, porque los unos actuaban con una gran desesperación y los otros por el deseo de obtener la victoria. Sin embargo, el desenlace del combate no fue el mismo para ambos contendientes. De todos [214] los romanos perdieron la vida doce y unos pocos fueron heridos, mientras que ninguno de los judíos escapó de esta refriega, sino que murieron todos, que no eran menos de tres mil. Entre ellos perdió también la vida su general, Judas, el [215] hijo de Ari, del que antes hemos dicho⁹⁴ que estaba al frente de un destacamento en el asedio de Jerusalén y que se escapó sin ser visto al meterse por una de las minas subterráneas.

Vespasiano impone un tributo a los judíos

[216] Por aquel mismo tiempo Cesar envió una carta a Baso y a Laberio Máximo, que era el procurador, con la orden de [217] arrendar todo el territorio judío. No fundó allí ninguna ciudad, sino conservó esta región como propiedad personal⁹⁵. Solamente concedió a ochocientos veteranos del ejército una zona para establecerse en ella, llamada Emaús, a treinta estadios de Jerusalén⁹⁶. [218] Por otra parte, impuso a los judíos, en cualquier sitio donde estuvieran⁹⁷, un impuesto de dos dracmas cada uno que ordenó entregarlo todos los años en el Capitolio, como antes lo habían hecho en el Templo de Jerusalén⁹⁸. Ésta era la situación de los judíos en aquel momento⁹⁹.

Antíoco, rey de Comagene, acusado de conspiración

En el cuarto año del reinado¹⁰⁰ de Vespasiano [219] aconteció que Antíoco, rey de Comagene¹⁰¹, y toda su familia sufrieron tremendas desgracias por la siguiente causa. Cesenio Peto, que entonces era gobernador [220] de Siria, ya sea porque dijo la verdad o por el odio que sentía hacia Antíoco, pues no se aclaró totalmente la realidad de los hechos, envió

una carta a César. En ella decía [221] que Antíoco y su hijo Epífanes habían determinado sublevarse contra Roma y habían concluido un tratado con el [222] rey de los partos¹⁰². Por tanto, era preciso adelantarse a ellos para que no tomaran la iniciativa en estas operaciones y no revolvieran con esta guerra todo el Imperio romano. César [223] no podía quedarse sin prestar atención a esta denuncia, que había caído en sus manos, pues la proximidad de los dos reyes hacía que el asunto adquiriera una importancia digna de [224] tener en cuenta. Samosata, la capital de Comagene, está ubicada junto al Éufrates, de modo que para los partos, en caso de que tuvieran tales intenciones, les era fácil pasar allí y ser recibidos en condiciones de seguridad.

Cesenio Peto invade Comagene

[225] En consecuencia, se creyó en las palabras de Peto. Éste, cuando recibió el poder para llevar a cabo lo que considerara oportuno, no perdió tiempo, sino que de repente, sin que Antíoco y los suyos presintieran nada, penetró en Comagene con la sexta legión, [226] junto con cohortes y algunas alas de caballería. Luchaban con él el rey de la llamada Calcídica¹⁰³, Aristobulo, y el de la región conocida por el nombre de Emesa, Soemo¹⁰⁴. Los [227] romanos no encontraron resistencia a su invasión, pues ninguno de sus habitantes quiso enfrentarse a ellos. Pero Antíoco, [228] a quien la noticia le había sorprendido inesperadamente, ni siquiera llegó a pensar en una guerra contra los romanos, sino que decidió abandonar todo su reino en el estado en que se encontraba y partió con su mujer y sus hijos, pues pensaba que de esta manera ante los ojos de los romanos él demostraría que estaba libre de las acusaciones que se le imputaban. Cuando se hallaba a cien estadios de la [229] ciudad, en la llanura, levantó allí su campamento.

Peto envió soldados para que se apoderaran de Samosata [230] y por medio de ellos conquistó la ciudad. Mientras, él en

persona, con el resto de su ejército, se dispuso a atacar a Antíoco. Sin embargo el rey, ni siquiera obligado por la necesidad [231] del momento, quiso emprender ningún acto bélico contra los romanos, sino que se lamentó por su suerte y decidió soportar lo que fuera necesario. No obstante, para sus [232] hijos, que eran jóvenes experimentados en la guerra y que destacaban por su fuerza física, no era fácil aceptar esta desgracia sin luchar. Por ello, Epífanés¹⁰⁵ y Calínico echaron mano de la fuerza. Durante todo el día combatieron en [233] una dura batalla, en la que ellos mostraron una brillante valentía, y al atardecer dejaron de hacerlo, sin que sus fuerzas se hubieran visto aminoradas. Pero a Antíoco no le pareció [234] aceptable quedarse en este lugar, a pesar del resultado de esta batalla. Cogió a su mujer y a sus hijas y con ellas huyó a Cilicia¹⁰⁶. Con esta acción deshizo la moral de sus propios [235] soldados. Estos últimos hicieron defección y se pasaron a los romanos, como si su reino hubiera sido ya sentenciado [236] por Antíoco. El desánimo era evidente en todos ellos. Entonces Epífanés y los suyos, antes de quedarse totalmente sin aliados, tuvieron que ponerse ellos mismos a salvo de los enemigos. En total fueron diez los jinetes que les acompañaron [237] al cruzar el Éufrates. Desde allí, conducidos sin peligro hasta el rey de los partos, Vologeses, no fueron tratados como fugitivos, sino que fueron acogidos con todo honor, como si aún disfrutaran de su anterior prosperidad.

Antíoco hace la paz con Vespasiano

[238] Cuando Antíoco llegó a Tarso¹⁰⁷, en Cilicia, Peto le envió un centurión que le [239] condujo encadenado a Roma. Vespasiano no soportó que le llevaran ante su presencia de esa manera, pues creía que era mejor respetar la antigua amistad que dejarse llevar por una [240] implacable cólera bajo el pretexto de la guerra. Por tanto ordenó que le quitasen las cadenas, cuando Antíoco aún estaba de camino, y que no lo trajeran a Roma, sino que de momento viviera en

Lacedemonia. Le concedió también importantes rentas para que no sólo disfrutara de una vida de [241] abundancia, sino también propia de un rey. Cuando se enteraron de estos hechos Epífanés y los que estaban con él, que antes habían temido mucho por su padre, se vieron entonces libres de la gran preocupación que embargaba sus almas. Además, se esperanzaron con reconciliarse con César, [242] pues Vologeses había escrito a este último sobre ellos. A pesar de su situación próspera, sin embargo no soportaban vivir fuera del Imperio romano. César, en su bondad, les concedió plenas garantías de seguridad y ellos se presentaron [243] en Roma. Su padre vino inmediatamente desde Lacedemonia a reunirse con ellos y así vivieron allí tratados con toda dignidad.

Los alanos invaden Media y Armenia

El pueblo de los alanos que, como hemos [244] dicho antes en algún momento¹⁰⁸, eran escitas que habitaban cerca del Tanais¹⁰⁹ y de la laguna Meótide¹¹⁰, tenían [245] por aquel entonces el propósito de invadir y hacer pillaje en Media y en regiones aún más lejanas. Negociaron con el rey de Hircania¹¹¹, pues éste era el que controlaba el acceso, que el rey Alejandro había cerrado con unas puertas de hierro¹¹². Cuando aquél les autorizó pasar, [246] atacaron en masa a los medos, que no se lo esperaban, y saquearon un país muy poblado y abundante en todo tipo de ganados, sin que nadie se atreviera a oponerles resistencia. Puesto que Pacoro¹¹³, el rey del lugar, lleno de miedo se refugió [247] en parajes de difícil acceso, sin llevarse nada, excepto a su mujer y a sus concubinas, que habían sido hechas prisioneras y a las que a duras penas pudo rescatar mediante el [248] pago de cien talentos. Por consiguiente, con gran facilidad y sin entablar combate llegaron hasta Armenia devastando y saqueando [249] todo lo que se ponía en su camino. El rey armenio Tiridates¹¹⁴, que salió a su encuentro y que tuvo una refriega [250] con ellos, casi fue capturado vivo en ella. Pues uno de

los alanos le echó un lazo y estuvo a punto de llevárselo a rastras, si Tiridates no hubiera cortado la cuerda con su espada [251] y se hubiera dado prisa en huir. Los alanos, enfurecidos aún más por este enfrentamiento, dejaron asolado el país y se volvieron a su tierra, no sin antes llevarse una gran cantidad de prisioneros y un botín diverso de ambos reinos.

Flavio Silva ataca Masadá. Los sicarios

[252] A la muerte de Baso se hizo cargo del mando en Judea Flavio Silva¹¹⁵. Cuando éste vio que toda la región había sido ya dominada por medio de la guerra, excepto una sola fortaleza, que aún mantenía la rebelión, reunió a todas las tropas¹¹⁶ que tenía en aquellos lugares y emprendió una campaña contra dicho enclave, [253] llamado Masadá¹¹⁷. Un personaje poderoso, Eleazar¹¹⁸, estaba al mando de los sicarios que ocupaban esta fortaleza, descendiente de Judas que, como antes expusimos¹¹⁹, había convencido a muchos judíos para que no se inscribieran, cuando Quirino fue enviado a Judea a realizar el censo¹²⁰. En [254] aquel entonces los sicarios¹²¹ se alzaron contra los que querían someterse a los romanos y les trataron en todo momento como enemigos: saquearon y rapiñaron sus posesiones y prendieron fuego a sus casas. Iban diciendo que esta gente no se [255] diferenciaba en nada de los extranjeros¹²², pues con tanta cobardía entregaban la libertad de los judíos, que era el objeto de aquella guerra, y manifestaban claramente su preferencia por la esclavitud bajo el poder romano. Pero estas palabras [256] no eran más que un pretexto para encubrir su crueldad y su codicia. Sus actos demostraron con evidencia esta afirmación. En efecto, los que se unieron a ellos en la revuelta y [257] les ayudaron en la guerra contra Roma fueron los que sufrieron las atrocidades más crueles a manos suyas¹²³. Y [258] cuando se descubrió que de nuevo sus excusas eran falsas, actuaron aún con mayor severidad contra las personas que en su justa defensa les echaban en cara su maldad. Aquella [259] época fue quizá

para los judíos tan fructífera en todo tipo de perversidades, que no hubo hecho criminal que no se cometiera y, aunque uno quisiera forjar en su imaginación otras atrocidades, no podría hallar ninguna nueva. Tan infectados [260] estaban todos, en público y en privado, y tanto disputaban entre sí para superarse unos a otros en sus impiedades contra Dios y en sus injusticias contra el prójimo: los poderosos trataban mal al pueblo y éste se esforzaba por matarles a [261] ellos. Aquéllos deseaban actuar como tiranos, mientras la multitud anhelaba acciones violentas y saquear los bienes de [262] los ricos. En primer lugar fueron los sicarios los que iniciaron los crímenes y la crueldad contra sus compatriotas, sin omitir ninguna palabra injuriosa y sin dejar de cometer ninguna [263] acción criminal contra las víctimas de sus ataques. Sin embargo, Juan¹²⁴ demostró que los sicarios eran más moderados que él, puesto que no sólo ejecutó a todos los que le daban justos y útiles consejos y los trató como los peores enemigos de entre los ciudadanos, sino que desde su cargo público cubrió a su patria de multitud de desgracias, como las que podría haber llevado a cabo un hombre que ya había [264] osado cometer impiedades contra Dios. En su mesa había dispuestos alimentos prohibidos y se había apartado de la norma de pureza prescrita por la ley patria¹²⁵, de modo que no había que asombrarse si no se comportaba con humanidad y compasión con los hombres una persona que tanto furor había mostrado en sus impiedades contra Dios. Y, por [265] otra parte, ¿cuál es el crimen que no cometió Simón, el hijo de Giora o qué violencia no dejó de cometer contra los [266] hombres libres que le nombraron tirano?¹²⁶ ¿Qué amistad o que relación familiar no hizo que esta gente fuera más audaz en sus crímenes cotidianos? En efecto, creían que maltratar a los extranjeros era obra de una innoble perversidad, mientras que pensaban que les reportaría un gran lustre la crueldad [267] contra los seres más próximos a ellos. No obstante, la locura de los idumeos superó la demencia de estos últimos. Sus individuos más perversos

degollaron a los sumos sacerdotes¹²⁷, para que no quedara la más mínima parte del respeto a Dios, acabaron con todo lo que aún restaba de organización política¹²⁸ y en toda situación impusieron [268] una anarquía absoluta, en la que se destacaron los llamados zelotes, cuyo nombre estaba justificado por su actos¹²⁹. Pues imitaron toda clase de crímenes, sin omitir [269] celosamente cualquier atrocidad que se recuerde que haya ocurrido anteriormente. A pesar de ello, se dieron ellos [270] mismos este nombre por el celo que ponían en realizar el bien, ya sea por burlarse de sus víctimas, a causa de su natural ferocidad, o porque para ellos los mayores crímenes eran considerados como algo bueno. No obstante, cada [271] uno de ellos obtuvo el final que le correspondía, pues Dios les dio a todos el castigo que se merecían. Cayeron sobre [272] ellos todos los tormentos que puede soportar la naturaleza humana hasta el último momento de su vida, que afrontaron en medio de los más diversos sufrimientos. Pero se [273] podría decir que padecieron menos de lo que merecían sus actos, pues no había posibilidad de hallar un castigo adecuado a ellos. No sería éste el momento de lamentarse, [274] como corresponde, de los que perecieron a manos de la crueldad de los zelotes. Por tanto, retorno a la narración de la historia que he dejado interrumpida¹³⁰.

El general romano se dirigió con sus efectivos contra [275] Eleazar y los sicarios que con él ocupaban Masadá. Rápidamente conquistó toda la región y estableció guarniciones en sus enclaves más convenientes¹³¹. Levantó un muro alrededor [276] de toda la fortaleza¹³², para que ninguno de los sitiados pudiera huir con facilidad, y distribuyó guardias a lo largo de la misma. El general romano acampó¹³³ en el lugar que [277] le pareció más adecuado para el asedio. Allí las rocas de la fortaleza se unían a la montaña próxima, si bien hacían difícil el aprovisionamiento de todo lo necesario. Pues no sólo [278] los víveres se transportaban desde lejos y a costa de grandes fatigas por parte de los judíos que tenían asignado

este cometido, sino que también había que traer el agua al campamento, dado que el lugar no poseía ninguna fuente cerca¹³⁴. Cuando Silva dejó solucionadas estas cuestiones previas, [279] emprendió el asedio, que requería de una gran habilidad y esfuerzo a causa de la solidez de la fortaleza, cuya naturaleza es la siguiente.

Descripción de la fortaleza de Masadá¹³⁵

Se trata de una roca de un gran perímetro, [280] muy alta¹³⁶, a la que rodean por todas partes profundos barrancos, escarpados, cuyo fondo es imperceptible por la vista e intransitables a pie por cualquier ser vivo, excepto por dos lugares donde la roca permite subir de un modo nada sencillo. Uno de estos caminos parte [281] del lago Asfaltitis, al este, y el otro, por donde es fácil transitar, al oeste. Al primero de ellos le dan el nombre de «serpiente» [282] por su parecido con ella por su estrechez y sus múltiples vueltas. Pues este camino corta por entre los salientes rocosos de los precipicios, muchas veces retrocede sobre sí mismo, luego se va extendiendo a pequeños trechos y así a duras penas consigue seguir adelante. Es preciso que quien [283] camine por esta senda apoye con firmeza un pie tras otro. Existe un claro peligro de muerte al pasar por allí, ya que a ambos lados se abren precipicios con una profundidad que puede dejar aterrorizado a la persona más audaz. Después [284] de haber recorrido por este camino treinta estadios, sólo queda la cumbre, que no termina en un pico escarpado, sino en una llanura en la propia cima. En ella levantó por primera [285] vez una fortaleza el sumo sacerdote Jonatán¹³⁷ y la llamó Masadá. Más tarde el rey Herodes puso un gran empeño en [286] la disposición del lugar. Construyó una muralla de siete estadios a lo largo de todo su perímetro, hecha de piedra blanca, [287] con una altura de doce codos y una anchura de ocho. En esta muralla se erguían treinta y siete torres de cincuenta codos de altura, desde las que se podía acceder a los

edificios que estaban contruidos a lo largo de toda la parte interior [288] del muro. El rey destinó al cultivo la cima, dado que era fértil y su suelo más blando que el de cualquier otra llanura, para que, si alguna vez les faltaran las provisiones que venían del exterior, no sufriera el hambre la gente que había [289] confiado su propia salvación a esta fortaleza. Levantó también allí un palacio en la pendiente occidental, debajo de las murallas que había en la cumbre, orientado hacia el norte. El muro del palacio tenía una gran altura y solidez y contaba [290] con cuatro torres en sus ángulos de sesenta codos. La disposición de las estancias interiores, de los pórticos y de los baños era de gran variedad y suntuosidad; por todas partes las construcciones estaban sostenidas por columnas de una sola pieza y las paredes y suelos de las habitaciones estaban recubiertos [291] con mosaicos de varios colores. En las proximidades de todos los lugares habitados, arriba, en los alrededores de palacio y delante de las murallas había excavadas en la roca numerosas y amplias cisternas para conservar la lluvia. El monarca se las había ingeniado para que así hubiera tanta abundancia de agua como de la que disponen los que tienen [292] fuentes. Un pasadizo excavado, que desde fuera no se veía, iba desde el palacio a lo más alto de la cima. Pero ni los caminos que estaban a la vista podían ser utilizados fácilmente [293] por los enemigos. Pues, según hemos descrito antes¹³⁸, el acceso por el lado oriental es intransitable por su naturaleza y Herodes había cerrado la entrada occidental en su parte más estrecha por una amplia torre, a una distancia de no menos de mil codos de la cumbre, que no se podía cruzar ni era sencillo apoderarse de ella. Este acceso tenía una salida complicada incluso para los viandantes que pasaban por allí sin estar expuestos a ningún ataque. Así es como estaba la [294] fortaleza protegida por la naturaleza y por la mano del hombre para hacer frente a las incursiones enemigas.

Más aún se podría admirar uno de la riqueza y del buen [295] estado de conservación de las provisiones que en su

interior estaban almacenadas. Pues había una gran cantidad de trigo, [296] de sobra suficiente para un largo tiempo, mucho vino y aceite y también había amontonado todo tipo de legumbres secas y dátiles. Eleazar, cuando se apoderó a traición junto con los sicarios [297] de la fortaleza¹³⁹, se encontró con todos estos productos en buen estado y que en nada desmerecen a los frutos que acababan de ser recogidos. No obstante, desde que se hizo este acopio de víveres hasta que los romanos tomaron el lugar pasaron casi cien años¹⁴⁰, si bien estos últimos hallaron intactos los productos que aún quedaban. Se podría creer, sin riesgo de equivocarse, [298] que la causa de esta conservación es el aire, que por la altura que alcanza la cima de este enclave no tiene ningún tipo de mezcla con la tierra y el fango. También se halló una gran y [299] variada cantidad de armas que había sido atesorada allí por el rey, suficiente para diez mil hombres, hierro sin trabajar, bronce e incluso plomo, lo que indicaba que estos aprovisionamientos habían sido llevados a cabo por razones importantes. En efecto, [300] se dice que Herodes había preparado esta fortaleza como un refugio para sí mismo en vistas a un doble peligro, uno de parte del pueblo judío, por temor a que le derrocaria y estableciera en el trono a los reyes anteriores a él¹⁴¹, y el otro, más importante y [301] peligroso, de parte de la reina de Egipto, Cleopatra. Esta soberana no ocultaba su propósito, sino que con frecuencia hablaba con Antonio, le pedía que matara a Herodes y le rogaba que le [302] regalase a ella el reino de los judíos¹⁴². Realmente era más digno de admiración el que Antonio, a pesar de estar perdidamente esclavizado por el amor hacia ella, nunca accediera a estas peticiones, que no el hecho de que se esperase que se negara a hacerle [303] tal obsequio. Por estos temores Herodes fortificó Masadá y así dejó a los romanos lo que iba a ser el último bastión de su guerra contra los judíos.

El asedio de Masadá

[304] Cuando el general romano, según hemos dicho¹⁴³, levantó un muro exterior alrededor de todo el lugar, tomó las precauciones más cuidadosas para que nadie pudiera huir y puso manos al asedio, si bien no encontró más que un solo punto donde se pudieran [305] levantar los terraplenes. Detrás de la torre¹⁴⁴ que cubría el camino que llevaba desde el oeste al palacio y a la cumbre la roca presentaba un saliente, de una gran anchura y muy prominente, a unos trescientos codos por debajo de la parte [306] más elevada de Masadá, que llamaban Roca Blanca¹⁴⁵. Silva subió a este promontorio, se asentó en él y ordenó a su ejército que transportara allí tierra. Se levantó un sólido terraplén de doscientos codos gracias al concienzudo trabajo de los soldados y a las muchas manos que en él participaron. Sin embargo, el espacio de este terraplén no parecía suficiente [307] ni firme para subir allí las máquinas. Por ello se construyó encima una plataforma de grandes piedras, bien ajustadas entre sí, de cincuenta codos de altura y de anchura. La disposición [308] de las máquinas era, en general, muy similar a la que primero Vespasiano, y después Tito, habían diseñado para los asedios. Se levantó además una torre de setenta codos, recubierta [309] toda ella de hierro¹⁴⁶, desde donde los romanos dispararon con las oxibelas¹⁴⁷ y las balistas¹⁴⁸ y así rechazaron a los que combatían desde la muralla y no les dejaron asomar la cabeza. En [310] este momento Silva, que tenía preparado un enorme ariete, ordenó atacar el muro con repetidos golpes y, a duras penas, pudo hacer allí un boquete y derribar una parte del mismo. Pero los [311] sicarios se habían adelantado a construir con rapidez en el interior una segunda muralla, que no iba a sucumbir de la misma forma ante las máquinas enemigas, pues la habían hecho sin rigidez para que fuera capaz de amortiguar la fuerza de las embestidas de la siguiente manera. Colocaron a lo largo grandes [312] vigas unidas entre sí por sus extremos. Había dos filas paralelas de estas vigas, con una distancia de separación igual a la anchura de un muro, y en medio de ellas

echaron tierra. Para que no [313] se desplomara esta tierra, al elevar el terraplén, sujetaron las vigas colocadas a lo largo con otras en sentido transversal. Para [314] los romanos esta obra era muy similar a una construcción de albañilería, aunque los golpes de las máquinas se veían amortiguados al dar contra una estructura que no resistía las embestidas y se hacía más sólida con las sacudidas que la iban ensamblando progresivamente. Cuando Silva se percató de [315] esta estratagema, pensó que lo mejor era prender fuego a la muralla y, por ello, ordenó a los soldados que lanzaran contra ella [316] sin parar antorchas encendidas. Como el muro estaba casi todo él hecho de madera, fue pasto del fuego rápidamente y a causa de la inconsistencia de la construcción el fuego se extendió en [317] toda su profundidad en una gran llamarada. Una vez iniciado ya el incendio, el viento del norte que soplaba en contra de los romanos produjo temor entre ellos. Pues venía desde arriba y desviaba las llamas en su contra, y casi estaban ya al borde de la desesperación por el hecho de que tenían la idea de que sus máquinas [318] iban a arder en el incendio. Sin embargo, luego el viento cambió de repente de dirección, como si fuera obra de la Providencia divina¹⁴⁹, y sopló con intensidad en sentido opuesto y llevó contra el muro las llamas, y así prendió en toda su extensión. [319] En consecuencia, los romanos, asistidos por la ayuda de Dios, se retiraron satisfechos al campamento. Decidieron atacar al día siguiente a los enemigos y esa misma noche pusieron más cuidado en las guardias, para que ninguno de ellos huyera sin ser visto.

Arenga de Eleazar a los sitiados. Sus dos discursos

[320] No obstante, a Eleazar no se le pasaba por la cabeza el escapar de Masadá ni iba [321] a permitir hacerlo a ningún otro. Cuando vio que el muro había sido devastado por el fuego, no pensó en ninguna otra forma de salvación ni de heroísmo¹⁵⁰, sino que puso ante sus ojos lo que los romanos

les harían a ellos, a sus mujeres y a sus hijos, en caso de que obtuvieran la victoria, y decidió que todos debían morir. Tras considerar que ésta era la mejor [322] solución, habida cuenta de las circunstancias del momento, reunió a los más valerosos de sus compañeros y les exhortó a llevar a cabo esta acción con las siguientes palabras: «Mis [323] valientes, hace tiempo que tomamos la decisión de no ser esclavos ni de los romanos ni de ningún otro, sino de Dios, pues sólo él es el auténtico y justo señor de los hombres¹⁵¹. Ahora llega el momento que nos reclama poner en práctica nuestro propósito. Nosotros, que antes no hemos soportado [324] una esclavitud sin peligros, no debemos ahora llenarnos de deshonor, porque, si caemos vivos bajo el yugo romano, sufriremos irremediables castigos, además de la servidumbre. Pues nosotros hemos sido los primeros en sublevamos y seremos los últimos en luchar contra ellos. Creo que es Dios [325] quien nos ha concedido esta gracia de poder morir con gloria y libertad, algo que no les ha sucedido a otros que han resultado vencidos en contra de lo que esperaban. Está claro [326] que nosotros mañana seremos conquistados, aunque tenemos la posibilidad de elegir libremente una muerte noble en compañía de nuestros seres queridos. Los enemigos, que tienen grandes deseos de cogernos vivos, no pueden impedirnos hacer esto, ni nosotros somos capaces ya de vencerles en el combate. Cuando deseábamos reivindicar nuestra [327] libertad y nos salió todo mal entre nosotros mismos y, lo que es peor, en relación con los enemigos, tal vez teníamos que haber sospechado enseguida desde el principio la decisión de Dios y habernos dado cuenta de que el pueblo, que antes había sido amado por él, ahora había sido condenado. [328] Porque, si Dios nos hubiera sido propicio o, al menos, moderadamente hostil, no habría permitido la muerte de tanta gente ni habría abandonado su santísima ciudad al fuego y a [329] la destrucción por parte de los enemigos. ¿Es que nosotros somos los únicos de la raza judía que esperamos sobrevivir y

conservar nuestra libertad, como si fuéramos inocentes ante Dios y no hubiéramos participado en ningún crimen, después de haber [330] enseñado a los demás a actuar de esta manera? Así pues, veis cómo Dios ha demostrado que nuestras expectativas eran vanas, al traer sobre nosotros una situación terrible que desborda [331] nuestras esperanzas. Pues ni la naturaleza de esta fortificación, que es inexpugnable, ha servido para salvarnos, sino que, a pesar de que contábamos con abundancia de provisiones, una gran cantidad de armas y un sinfín de otros recursos, de una manera evidente nos hemos visto privados por el propio Dios de nuestra [332] confianza de salvación. Realmente, el fuego que se dirigió contra los enemigos¹⁵² no se volvió de forma espontánea contra el muro levantado por nosotros, sino que la causa de ello fue la cólera provocada por las numerosas iniquidades, que en nuestra locura nos hemos atrevido a cometer contra nuestros compatriotas. [333] Recibamos castigo por estos crímenes, no de nuestros peores enemigos, los romanos, sino de Dios por nuestras propias manos, puesto que esta forma de suplicio es más soportable [334] que aquél¹⁵³. Que nuestras mujeres mueran sin ser injuriadas y nuestros hijos sin conocer la esclavitud. Después de que estos últimos perezcan, concedámonos mutuamente un noble favor al [335] conservar la libertad como una hermosa tumba. Pero previamente prendamos fuego a nuestros bienes y a la fortaleza, pues, sé perfectamente, que los romanos se disgustarán de no apoderarse de nuestras personas y de no conseguir ninguna ganancia. Dejemos solamente los víveres, dado que, cuando ya estemos [336] muertos, éstos serán el testimonio de que no fuimos vencidos por el hambre, sino que, según decidimos desde un principio, hemos preferido la muerte a la esclavitud».

Éstas fueron las palabras de Eleazar, que, sin embargo, [337] no afectaron por igual al ánimo de todos los presentes. Unos estaban decididos a obedecer y estaban casi henchidos de placer con la idea de una muerte gloriosa. Otros, en cambio,

[338] más sensibles, se apiadaron de las mujeres, de sus hijos y, sobre todo, de su propia inexorable muerte; se miraron los unos a otros con lágrimas y así dieron a entender que no estaban de acuerdo con esta decisión. Cuando Eleazar se dio [339] cuenta de que estaban asustados y de que eran débiles en su espíritu ante la magnitud de la hazaña, temió que con sus lamentos y con sus súplicas ablandasen también a los que antes habían escuchado sus palabras sin titubear. En consecuencia, [340] no cedió en sus exhortaciones, sino que se dio valor a sí mismo y, lleno de una gran audacia, habló con brillantes palabras sobre la inmortalidad del alma¹⁵⁴. Con gran [341] indignación clavó su mirada fijamente en los que lloraban y dijo¹⁵⁵: «En verdad estaba muy engañado al pensar que luchaba en defensa de la libertad con hombres valientes, que [342] estaban dispuestos a vivir con honor o a morir. Sin embargo, no os distinguís de la gente normal ni en valor ni en audacia, vosotros que sentís miedo de la muerte, que os libraría de los peores males, cuando no deberíais demoraros en aceptarla [343] ni esperar ningún consejero al respecto. Desde antaño, desde que tuvimos uso de razón, las leyes de nuestros padres y de Dios, confirmadas por las obras y las doctrinas de nuestros antepasados, no han dejado de enseñarnos que el vivir es para los hombres una desgracia, mientras que no lo [344] es la muerte. Esta última al conceder la libertad a las almas las deja ir a un lugar que es propio de ellas y que es puro, donde estarán exentas de todo sufrimiento, mientras que si están atadas a un cuerpo mortal y llenas de sus males, están ya muertas¹⁵⁶, por decir la auténtica verdad, pues no es conveniente [345] la asociación de lo divino con lo mortal. El alma encadenada al cuerpo tiene una gran fuerza, pues hace que sea su órgano sensorial, le mueve, sin ser vista, y le dirige a [346] acciones por encima de su naturaleza mortal. Pero, cuando el alma se ve libre del peso que la arrastra hacia la tierra y que la deja suspendida sobre ella y va al lugar que le es propio, entonces disfruta de una dichosa fuerza y de un poder

ilimitado y permanece invisible a los ojos humanos, como el [347] mismísimo Dios. Porque ni siquiera se la ve, hasta que está en el cuerpo: se aproxima de una forma invisible y se separa de nuevo, sin que nadie se percate de ello. Ella misma tiene una sola naturaleza incorruptible, aunque al cuerpo le produce [348] cambios. Pues todo lo que el alma toca, vive y florece¹⁵⁷, mientras que muere y se marchita aquello de lo que se aparta. Así de grande es en ella la abundancia de inmortalidad. Que el sueño sea para vosotros la prueba más evidente [349] de mis palabras, pues en él las almas, sin la distracción del cuerpo y encerradas en sí mismas, disfrutan de un descanso muy placentero, pues se unen a Dios, por la similitud de naturaleza que con él tienen¹⁵⁸, vagan por todas partes y vaticinan numerosos acontecimientos futuros. ¿Por qué, entonces, tememos [350] a la muerte, cuando nos gusta el reposo del sueño? ¿Cómo no va a ser insensato que busquemos la libertad durante la vida y neguemos aquella que es eterna? Por tanto, [351] es preciso que nosotros, que hemos sido educados según los preceptos de nuestra patria, seamos para los demás ejemplo de aceptación de la muerte. Pero, si necesitamos también del testimonio de pueblos extranjeros, miremos a los indios, que profesan la práctica de la sabiduría¹⁵⁹. Ellos, que son personas [352] de bien, aguantan de mala gana el tiempo de la vida, como una necesaria carga impuesta por la naturaleza. Se esfuerzan [353] por liberar sus almas de los cuerpos y, sin que ningún mal les presione o les empuje a ello, por el deseo de una existencia inmortal anuncian previamente al resto de la gente que están a punto de partir. No hay nadie que se lo impida, sino que todos les consideran felices y cada uno de ellos les entrega cartas para sus familiares. Así es como creen [354] que es de segura y de una verdad tan extrema la relación [355] de las almas entre sí. Después de haber escuchado los encargos que se les ha encomendado, entregan su cuerpo al fuego, para que su alma se separe totalmente pura de él, y [356] mueren en medio de

himnos de alabanza. Sus seres más queridos les acompañan en la muerte con más complacencia que la de las demás personas cuando despiden a sus ciudadanos para un viaje muy largo. Lloran por ellos mismos, mientras tienen por dichosos a aquellos que ya han adquirido [357] un rango inmortal. ¿Acaso no es para nosotros una vergüenza tener unos sentimientos inferiores a los indios y deshonorar de una manera indigna por culpa de nuestra cobardía nuestras leyes patrias, que son motivo de envidia para [358] todos los hombres? Pero, aunque desde el principio se nos hubieran enseñado normas contrarias a éstas, a saber, que para el hombre el bien máspreciado es la vida y que la muerte es una desgracia, sin embargo la ocasión del momento nos exhorta a soportar la muerte con firmeza de espíritu, pues vamos a perecer por decisión de Dios y obligados [359] por la necesidad. Pues, según parece, hace ya tiempo que Dios ha tomado contra toda la nación judía la decisión de que seamos privados de la vida, dado que no vamos a hacer [360] uso de ella de un modo conveniente¹⁶⁰. No os echéis a vosotros mismos las culpas ni les deis las gracias a los romanos por el hecho de que la guerra contra ellos haya acabado con todos nosotros, ya que esto no ha sucedido por la fuerza de aquéllos, sino que es una causa superior la que les ha [361] concedido una aparente victoria. Pues, ¿Cuáles son las armas romanas por las que murieron los judíos, que vivían en Cesarea?¹⁶¹. Éstos no tenían ninguna intención de rebelarse [362] contra los romanos, sino que mientras celebraban el séptimo día de la semana la multitud de los habitantes de Cesarea se lanzó contra ellos y los degolló junto con sus mujeres e hijos, sin que ni siquiera ellos pudieran ofrecer ninguna resistencia con sus manos. Esta gente no respetó ni a los mismos romanos, que, por habernos rebelado, nos tenían a nosotros como los únicos enemigos. Pero alguien podrá decir que [363] siempre habían existido diferencias entre los cesarenses y los judíos que vivían entre ellos y que se aprovecharon de la ocasión para saciar su

antiguo odio. ¿Qué podemos decir de [364] los judíos de Escitópolis?¹⁶² Éstos osaron luchar contra nosotros en favor de los griegos, pero no se unieron a nosotros, sus compatriotas, para hacer frente a los romanos. De [365] mucho le sirvieron a los judíos la benevolencia y la fidelidad que tuvieron con los escitopolitanos: fueron ejecutados cruelmente por ellos, junto con todas sus familias, y así recibieron la recompensa por aliarse con esta gente. Pues los [366] judíos de allí, como si ellos quisieran hacérselo a sí mismos, soportaron aquellos males que los habitantes de Escitópolis les habían evitado sufrir de parte nuestra. Sería ahora muy largo hablar de cada uno de estos episodios de forma particular. Sabéis que no hay ciudad en Siria en la que no se hayan [367] masacrado a los judíos que en ella habitaban y que la gente de allí era más enemiga nuestra que de los romanos. En ese país los damascenos, sin que pudieran inventar una [368] justificación razonable, llenaron su ciudad de una matanza abominable al degollar a dieciocho mil judíos junto con sus mujeres y familias¹⁶³. Nos hemos enterado de que son más [369] de sesenta mil los hebreos que han perecido bajo torturas en Egipto¹⁶⁴. Tal vez estos últimos murieron porque en una tierra extranjera no hallaron nada con que oponerse a los enemigos. Sin embargo, a todos los que en su propio país han emprendido la guerra contra los romanos, ¿qué es lo que les ha faltado de aquello que podía darles esperanzas de una [370] completa victoria? Pues a todos les dieron valor para la revuelta las armas, las murallas, las inexpugnables construcciones de las fortalezas y un espíritu que no se acobarda [371] ante los peligros que se afrontan en pro de la libertad. Pero estos elementos, que fueron suficientes por un breve espacio de tiempo y que nos infundieron esperanzas, se convirtieron en el origen de males mayores. Todo fue conquistado, todo sucumbió ante los enemigos, como si todo ello hubiera sido dispuesto para hacer muy renombrada la victoria de los romanos y no para la salvación de los judíos,

que se habían [372] ocupado de su preparación. Es justo considerar dichosos a los que murieron en la lucha, pues cayeron en defensa de la libertad, sin traicionarla. ¿Quién no va a sentir lástima de la cantidad de judíos que han sucumbido a manos romanas? ¿Quién no se dará prisa en morir antes que padecer sus [373] mismos infortunios? Algunos han muerto torturados en el potro o atormentados por el fuego y por el látigo, otros, medio devorados por las fieras, han sido conservados vivos para servirles de pasto una segunda vez, tras haber sido objeto de [374] burla y risa por parte de los enemigos¹⁶⁵. Pero hay que considerar más desgraciados que aquéllos a los que aún viven, que, aunque piden sin cesar la muerte, no logran conseguirla. [375] ¿Dónde está la gran ciudad, la metrópoli de toda la raza judía, la urbe que estaba fortificada con tantas series de murallas, protegida con tantas fortalezas y elevadas torres, que apenas podía dar cabida a los instrumentales dispuestos para la guerra y que contenía tantos millares de hombres que combatían por ella¹⁶⁶? ¿Qué le ha sucedido a esta ciudad, [376] que creíamos que tenía a Dios como su fundador? Ha sido destruida y arrancada de raíz y sólo queda como recuerdo suyo el campamento de sus destructores, que aún se levanta sobre sus ruinas. Miserables ancianos permanecen junto a [377] las cenizas del santuario y unas pocas mujeres han sido conservadas por los enemigos para servir al ultraje más vergonzoso. ¿Quién de nosotros, al dar vueltas a estos hechos en la [378] cabeza, va a soportar ver el sol, aunque pudiera vivir sin peligro? ¿Quién es tan enemigo de su patria o quién será tan cobarde o tan apegado a la vida, que no se arrepienta de haber vivido hasta ahora? ¡Ojalá que todos hubiéramos perecido [379] antes de ver aquella sagrada ciudad demolida por las manos enemigas, antes de ver nuestro Templo santo destruido hasta sus cimientos de un modo tan sacrílego! Pero, [380] dado que nos ha alentado la noble esperanza de que tal vez podríamos vengarnos de nuestros enemigos en nombre de esta ciudad, y dado que ahora esta

esperanza se ha esfumado y nos ha dejado solos en esta circunstancia apremiante, démonos prisa en morir con honor, tengamos piedad de nosotros mismos, de nuestros hijos y mujeres, mientras nos sea posible autocompadecernos. Pues nacimos para morir y para [381] ello hemos engendrado a los nuestros, y ni siquiera la gente feliz puede escapar de este final. Sin embargo, la naturaleza [382] no impone a los hombres el ultraje, la esclavitud y el ver a nuestras mujeres llevadas a la deshonra junto con nuestros hijos, sino que estas desgracias las soportan, a causa de su cobardía, los que, aunque tienen la posibilidad de morir antes [383] de padecerlas, no quieren hacerlo. Nosotros, confiados en exceso en nuestra valentía, nos levantamos contra los romanos y ahora, al final, no les hemos hecho caso cuando nos [384] daban consejos para que nos salváramos¹⁶⁷. ¿Quién no se imagina, entonces, su cólera, si nos capturan vivos? ¡Qué desdichados serán los jóvenes que con su fuerza física resistirán numerosas torturas! ¡Qué desdichados serán también los de mayor edad, que no podrán aguantar los infortunios! [385] Uno verá que su mujer es arrastrada a la fuerza y escuchará, mientras tiene sus manos atadas, la voz del hijo [386] que llama a su padre. Pero mientras nuestras manos estén libres y tengan una espada, ¡que ejecuten una noble acción! Acabemos nuestra vida sin haber sido esclavizados por los enemigos y abandonemos la vida libres, junto con nuestros [387] hijos y mujeres. Esto es lo que nos aconsejan nuestras leyes¹⁶⁸, esto es lo que nos piden nuestras mujeres e hijos. Dios nos ha puesto en este estado de necesidad; los romanos desean lo contrario y temen que alguno de nosotros muera [388] antes de la conquista de Masadá. Démonos prisa para dejarles el estupor de nuestra muerte y el asombro de nuestra audacia en lugar de la satisfacción que esperan obtener con nuestra captura.¹⁶⁹

Los judíos de Masadá se suicidan

Todos interrumpieron su discurso, aunque [389] Eleazar quería continuar con sus arengas, y, llenos de un desenfrenado ardor, le instaron a poner manos a la obra. Como si estuvieran poseídos por un espíritu divino, se alejaron de allí con el deseo de adelantarse unos a otros, pues creían que era una demostración de su valentía y de su buen juicio el no aparecer entre los últimos. ¡Así de grande era el deseo, que se apoderó de ellos, de matar a sus mujeres, a sus hijos y a sí mismos! Y realmente, [390] en contra de lo que uno podría pensar¹⁷⁰, no desfallecieron cuando se dispusieron a ejecutar su acción, sino que mantuvieron con firmeza la resolución que habían tomado al escuchar las palabras de Eleazar. En todos reinaba un sentimiento personal y afectivo, pero por encima estaba la razón, que es la que había tomado la mejor decisión para sus seres más queridos. Abrazaban y se agarraban a sus mujeres, cogían [391] en sus brazos a sus niños, con lágrimas en los ojos les daban sus últimos besos y al mismo tiempo, como si actuaran [392] con manos ajenas, llevaban a término su decisión. Tenían como consuelo de esta necesaria matanza el pensamiento de los males que habrían sufrido a manos enemigas. Al final no se vio que nadie se amedrentara en una audacia [393] de tal envergadura, sino que todos fueron pasando a cuchillo a sus más próximos familiares. ¡Qué gente más desdichada, para quien matar por necesidad a sus mujeres e hijos con sus [394] propias manos les parecía el más pequeño de los males! Pero, como ya no podían soportar su aflicción por lo que habían hecho y como creían que harían una injusticia con los muertos, si seguían viviendo aunque sea un breve espacio de tiempo más, rápidamente hicieron un montón con todas [395] sus pertenencias y le prendieron fuego. Entre ellos eligieron a suerte a diez para que fueran los verdugos de todos. Cada uno se tumbó junto a su mujer y a sus hijos, que yacían muertos, se abrazó a ellos y entregó su cuello sumiso a los [396] que tenían encomendado esta funesta tarea. Después de que éstos degollaran a todos sin inmutarse,

siguieron la misma norma del sorteo entre ellos, de modo que el que fuera elegido matara a los nueve restantes y al final se suicidara. De esta forma todos tenían la confianza de que no habría ninguna diferencia entre unos y otros en ejecutar o sufrir esta [397] crueldad. Al final los nueve ofrecieron su cuello, mientras que el último y único que quedaba pasó su mirada por encima de la gran cantidad de cadáveres que yacían en el suelo, por si aún había en medio de la inmensa matanza alguno que necesitara su mano. Cuando vio que todos estaban muertos, provocó un gran incendio en el palacio y con toda la fuerza de su mano se clavó en su cuerpo su espada completa [398] y cayó al lado de sus familiares. Estos individuos murieron con la idea de que no habían dejado viva a nadie de [399] su gente para que cayera en manos de los romanos. Sin embargo, una anciana y otra mujer, que era pariente de Eleazar¹⁷¹ y que destacaba sobremanera del resto de las mujeres por su inteligencia y su educación, se habían escondido con sus cinco hijos sin que nadie los viera en las galerías subterráneas, que conducían el agua potable por debajo de la tierra, mientras los demás judíos discurrían sobre la forma de matarse. El número de las víctimas alcanzó un total de novecientos [400] sesenta, con las mujeres y niños incluidos. Esta [401] catástrofe tuvo lugar el día quince del mes de Jántico¹⁷².

Los romanos, que aún esperaban una batalla, desde el [402] amanecer estaban ya armados y, tras colocar pasarelas sobre los terraplenes para que sirvieran de puente de acceso a la fortaleza, asaltaron Masadá. Pero, al no ver a ninguno de los [403] enemigos, sino sólo una terrible soledad por todas partes y, en el interior, fuego y silencio, se quedaron perplejos ante lo que había sucedido. Finalmente, como si fueran a empezar a disparar, lanzaron grandes gritos, para que alguno de los de dentro les respondiera. Las mujeres escucharon este vocerío, [404] salieron de los subterráneos y contaron a los romanos cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Una de ellas

expuso con todo detalle y claridad las palabras de Eleazar y de qué modo se había llevado a cabo la matanza. Los romanos [405] no les prestaron mucha atención, ya que no se creían la magnitud de la audacia. Apagaron el fuego, se abrieron rápidamente camino a través de él y llegaron al interior del palacio. Cuando allí se toparon con el montón de muertos, [406] no se alegraron, como suele ocurrir con los enemigos, sino que se llenaron de admiración por la valentía de su resolución y por el firme menosprecio de la muerte que tanta gente había demostrado con sus obras¹⁷³.

*Los sicarios se refugian en Egipto. Los romanos
acaban con la revuelta judía de Alejandría*

[407] Una vez que Masadá fue conquistada de esta manera, el general romano dejó en la fortaleza una guarnición y se retiró con [408] su ejército a Cesarea¹⁷⁴. Realmente ya no quedaba en la región ningún enemigo, sino que toda ella había sido subyugada por completo por la larga guerra, que a muchos judíos, incluso de las zonas más alejadas, les había [409] provocado inquietud y la amenaza de una sublevación. Además, después de estos acontecimientos, sobrevino la muerte [410] de muchos judíos en Alejandría de Egipto. Pues los sicarios, que habían podido escapar de la revuelta y refugiarse allí, no se contentaron con haberse salvado, sino que de nuevo se dedicaron a actividades subversivas y convencieron a muchos de los que les habían dado cobijo para que reivindicaran su libertad, para que no se creyeran que los romanos eran superiores a ellos y para que tuvieran a Dios como el [411] único señor. Pero, como algunos notables judíos se les opusieron, los degollaron y a los demás les hostigaron con sus [412] continuas llamadas a la revuelta. Cuando los jefes del Consejo de los Ancianos¹⁷⁵ vieron esta actitud demente, consideraron que no era seguro para ellos dejarles actuar así, sino que reunieron en asamblea a todos los judíos y en ella denunciaron la locura de los sicarios y demostraron que

ellos eran los culpables de todos los males. Dijeron también que [413] éstos, al no tener, después de haber huido, ninguna esperanza segura de salvación, pues los romanos les matarían en cuanto los cogieran, hacían partícipes ahora de sus desgracias a los que no tenían nada que ver con sus crímenes. Por [414] consiguiente, pidieron a la multitud que tomara precauciones ante el desastre que los sicarios representaban y que los entregaran a los romanos para así disculparse ante ellos. Los [415] judíos, que comprendían la magnitud del peligro, se dejaron convencer por estas palabras, se lanzaron con gran ímpetu contra los sicarios y se apoderaron de ellos. Inmediatamente [416] capturaron a seiscientos y, no mucho después, apresaron y devolvieron a sus lugares de origen a cuantos se habían refugiado en Egipto y en la Tebas egipcia. No había nadie que [417] no se quedara maravillado de su tenacidad ni de su locura, que tal vez haya que llamar firmeza de carácter. Pues, aunque [418] se ensayó con ellos todo tipo de tormentos y de daños corporales con el único fin de que reconocieran a César como su señor, sin embargo ninguno cedió ni estuvo dispuesto a hacer esta confesión, sino que todos mantuvieron sus convicciones, por encima de las coacciones, como si aceptaran los suplicios y el fuego con un cuerpo insensible y un alma que casi se alegraba con ello. Lo que más atónitos dejó a los [419] que veían este espectáculo fueron los niños de corta edad, pues ninguno de ellos pudo ser obligado a llamar señor a César. ¡Tan grande era el poder que tenía la fuerza de su audacia sobre la debilidad de sus cuerpos!

Final del templo de Onías en Egipto

[420] Lupo¹⁷⁶, que entonces gobernaba Alejandría, envió rápidamente a César información [421] sobre esta revuelta judía. Éste, que miraba con desconfianza los movimientos revolucionarios de los judíos y que temía que de nuevo se reagruparan y captaran para su causa a otros aliados, ordenó a Lupo destruir el templo judío que había en el territorio

conocido por el nombre de Onías¹⁷⁷. [422] Este lugar¹⁷⁸ está en Egipto y fue fundado con este nombre [423] por el siguiente motivo. Onías, hijo de Simón, uno de los sumos sacerdotes de Jerusalén, escapó de Antíoco¹⁷⁹, rey de Siria que estaba en guerra con los judíos, y llegó a Alejandría. Allí fue recibido amistosamente por Ptolomeo¹⁸⁰ a causa del odio que sentía contra Antíoco y le dijo que le procuraría la alianza del pueblo judío, si accedía a sus peticiones. [424] Como el rey prometió hacer lo que pudiera, Onías le pidió permiso para edificar un templo en algún sitio de Egipto y venerar a Dios según las costumbres de sus padres. [425] Pues de esta forma los judíos serían aún más hostiles con Antíoco, que había devastado el Templo de Jerusalén, tendrían más afecto hacia él y muchos hebreos se concentrarían en este país por la tolerancia para practicar su religión.

Ptolomeo, convencido por las palabras de Onías, le concedió [426] un territorio, que distaba de Menfis ciento ochenta estadios, en el distrito llamado Heliópolis¹⁸¹. Onías construyó [427] allí una fortaleza y levantó un templo no como el de Jerusalén, sino muy parecido a una torre, con grandes piedras y una altura de sesenta codos. Sin embargo, en la disposición [428] del altar imitó al de Jerusalén y adornó el lugar con los mismos objetos votivos, excepto la forma del candelabro¹⁸². Pues no puso un candelabro, sino que forjó una lámpara de [429] oro, que destellaba una luz brillante, y la colgó de una cadena dorada. Todo el recinto estaba rodeado por un muro de ladrillos cocidos y sus puertas eran de piedra. Además, el [430] rey concedió un gran terreno, que produjera ingresos, para que los sacerdotes tuvieran abundancia de todo y hubiera muchas provisiones para el culto divino. Sin embargo, Onías [431] no había hecho esto por un motivo inocente, sino que estaba resentido por haber sido desterrado de Jerusalén y quería rivalizar con los judíos de esa ciudad. Por ello pensó que, si levantaba este templo, se atraería a mucha de la población de allí. Existía una antigua profecía,

pronunciada seiscientos [432] años antes por un personaje de nombre Isaías¹⁸³, según la cual la construcción del templo de Egipto iba a ser llevada a cabo por un hombre judío. De esta forma se erigió este templo.

[433] Cuando el gobernador de Alejandría, Lupo, recibió las cartas de César, se dirigió al templo, se apropió de alguna de [434] sus ofrendas y clausuró el lugar. Al poco tiempo murió Lupo y fue sucedido en el gobierno por Paulino, que no dejó en el templo ninguno de los objetos votivos, pues había proferido grandes amenazas contra los sacerdotes, si no le entregaban todo. No dejó acercarse al recinto sagrado a los [435] que querían cumplir con sus prácticas religiosas, sino que cerró las puertas y dejó el lugar totalmente inaccesible, de forma que allí no quedó ninguna huella del culto a Dios. [436] Habían transcurrido trescientos cuarenta y tres años desde la edificación del templo hasta su destrucción¹⁸⁴.

Los sicarios de Jonatán se sublevan en Cirene. El gobernador Catulo en contra de los judíos y de Flavio Josefo

[437] La demencia de los sicarios se adueñó también, como una peste, de las ciudades [438] próximas a Cirene. Se había refugiado allí Jonatán, un individuo muy malvado, tejedor de profesión, que convenció a un gran número de gente pobre para que le siguiera y la condujo al desierto con la promesa [439] de mostrarle señales y apariciones¹⁸⁵. Estas actividades y engaños pasaron desapercibidos a todos los demás, si bien los judíos¹⁸⁶ más notables de Cirene denunciaron ante el gobernador de la Pentápolis de Libia¹⁸⁷, Catulo, la salida y las maquinaciones de Jonatán. El jefe romano envió soldados [440] de caballería y de infantería y así sometió con facilidad a aquellos judíos, que estaban desarmados. La mayoría de ellos perecieron en la lucha, mientras que algunos fueron capturados vivos y llevados ante Catulo. El autor de la conjura, [441] Jonatán, pudo entonces escapar y, tras una intensa y muy

concienzuda búsqueda por toda la región, fue apresado y conducido ante el gobernador. Ingenió la forma de librarse del castigo y con ello dio pie a Catulo para que cometiera injustos crímenes, pues acusó falsamente a los judíos más [442] ricos de ser los instigadores de su conjura. El gobernador [443] romano admitió con presteza tales calumnias, exageró mucho los hechos y les añadió un gran color trágico, para que diera la impresión de que él también había terminado con éxito una guerra contra los judíos. Pero lo peor de ello fue [444] que, además de creer sin ningún miramiento sus mentiras, el propio Catulo fue maestro de los sicarios en esta materia. Ordenó a Jonatán que denunciara a uno de los judíos, Alejandro, [445] con el que tenía una manifiesta enemistad por haberse enfrentado con él hacía tiempo. Incluyó también en la calumnia a su mujer Berenice y empezó por condenar a muerte a estos dos. Luego ejecutó de golpe a mil hombres, a todos los judíos que sobresalían por su riqueza. Pensó que [446] podía cometer estos crímenes impunemente, ya que confiscaba los bienes de estos judíos para el tesoro imperial.

[447] Para que ninguno de los judíos de otras regiones denunciara su injusticia, llevó aún más lejos su mentira y persuadió a Jonatán y a algunos de los que habían sido arrestados junto con él para que acusaran de rebelión a los judíos más [448] insignes de Alejandría y de Roma. Uno de los inculpados de [449] esta forma insidiosa era Josefo, el autor de este libro¹⁸⁸. Pero esta trama no resultó según esperaba Catulo, pues llegó a Roma con Jonatán y sus hombres encadenados y pensaba que la investigación se centraría en las falsas acusaciones [450] hechas por iniciativa suya delante de él. Vespasiano, que sospechaba la trama, indagó la verdad y, cuando descubrió que la acusación contra estos hombres era injusta, a petición de Tito, los dejó absueltos de las imputaciones e impuso a Jonatán la pena que se merecía: fue torturado y luego quemado vivo.

[451] Gracias a la bondad de los emperadores Catulo no tuvo que soportar entonces más que una reprimenda. No mucho tiempo después enfermó de una complicada e incurable dolencia y murió de un modo miserable: recibió su castigo no sólo en el cuerpo, sino que la enfermedad le afectó gravemente [452] a su espíritu. Estaba totalmente trastornado por el miedo y continuamente gritaba que veía delante de él los fantasmas de las personas que había asesinado. Como no podía resistirlo, se tiraba de la cama, como si le estuvieran [453] torturando o quemando con fuego. La enfermedad iba aumentando progresivamente su intensidad y las entrañas se le salían del cuerpo a causa de las úlceras que tenía. De esta manera murió, como un destacado ejemplo de que la Providencia divina castiga a los malvados¹⁸⁹.

Epílogo a la «Historia de la guerra de los judíos»

Éste es el final de nuestra historia, [454] que prometimos transmitir con toda exactitud a los que quieran saber de qué modo se desarrolló esta guerra de Roma contra los judíos¹⁹⁰. Dejo que los lectores juzguen [455] su estilo literario¹⁹¹, pero, en relación con la verdad de los hechos, no tengo ningún rubor en decir que éste ha sido el único objetivo que he perseguido en toda la narración.

¹ Cf. VI 409-410.

² Josefo exagera esta destrucción de Jerusalén: en la actualidad aún se conserva una parte del muro sur, otra del occidental, el famoso Muro de las Lamentaciones, y un pequeño resto de la zona oriental.

³ Los hechos narrados en este libro VII, que seguramente es un añadido posterior al relato específico de la guerra de los judíos, coinciden con TÁCITO, *Historias* III-V, y DIÓN CASIO, LXVI. Los sucesos de la Galia y Germania, el tema de los alanos o el de Comagene son totalmente ajenos al ámbito estrictamente judío, aunque responden a una actitud filorromana y de veneración a la dinastía Flavia profesada por Josefo. Sobre las posibles fuentes de este libro véase el apartado 4 de la Introducción.

⁴ La *X Fretensis*. El comandante de esta legión, en un principio Sexto Vetuleno Cereal y luego Lucilio Baso, será al mismo tiempo el gobernador de la provincia, al tratarse del único destacamento estacionado en el lugar. Estos gobernadores tenían rango pretoriano y sólo en un período posterior, cuando fue acuartelada en Judea la legión VI *Ferrata* y el legado de la misma dejó de ser simultáneamente gobernador, la provincia adquirió un rango consular. Fue eliminada la anterior subordinación a los gobernadores de Siria y el nombre oficial de la provincia continuó siendo el de Judea, como lo atestiguan las monedas (cf. nota a VII 157), aunque más tarde la denominación habitual será *Syria Palaestina*; cf. H.-G. PFAUM, «Remarques sur le changement de statut administratif de la province de Judée», *Israel Exploration Journal* 19 (1969), 225-233.

⁵ Este primer campamento se había levantado frente a la torre Psefino (cf. V 133).

⁶ Es decir, la dinastía de los Flavios; cf. IV 601-604.

⁷ La legiones V *Macedonica*, XII *Fulminata* y XV *Apollinaris*; cf. III 65 y V 41.

⁸ Sobre la guarnición del Éufrates, véase nota a V 44.

⁹ La derrota de la legión XII *Fulminata* a las órdenes de Cestio se ha narrado en II 500 ss.

¹⁰ Ciudad de la Siria Superior, al noroeste de Emesa.

¹¹ Región y ciudad de Capadocia, a orillas del Éufrates, en la que se estableció uno de los campamentos fronterizos del Imperio. Trajano embellecerá y acrecentará la importancia de este enclave.

¹² *Autobiografía* 417-421 añade algunos detalles que no están consignados en este relato, como es el hecho de la preocupación de Josefo por algunos de sus familiares y compatriotas. A petición del historiador Tito perdonó a tres de sus amigos que acababan de ser crucificados en el camino de Técoa.

¹³ Actual isla de Corfú.

¹⁴ La península Tarentina, en Apulia, en el extremo sudeste de Italia.

¹⁵ Estas crueles diversiones romanas venían desarrollándose en territorio palestino desde épocas anteriores, aunque sin la participación en ellas de víctimas judías. A partir del reinado de Herodes son muchos los lugares en los que se levantaron anfiteatros (el de Jericó, I 666; Cesarea, I 415, y el de Alejandría, II 490), ya que este monarca era aficionado a organizar luchas de fieras, según recuerda *Antigüedades* XV 273. Las costumbres religiosas hebreas rechazaban la participación y la asistencia a estos espectáculos, como muy bien lo expresa el *Salmo* 1, 1-2; *I Macabeos* 1, 14-15; *II Macabeos* 4, 9-17 o el Talmud (*Berakot* IV 2, 7 d); en general sobre los espectáculos públicos en tierras judías véase nota a I 415.

¹⁶ Esta captura se ha mencionado en VI 433.

¹⁷ Para ello se sirvió de una de las múltiples galerías subterráneas que había debajo del Templo y de la ciudad de Jerusalén; cf. nota a VI 71.

¹⁸ Domiciano, nacido el 24 de octubre del año 51 d. C.

¹⁹ Berito (Beirut) recibió el título de colonia con Augusto por su apoyo a Roma en las campañas bélicas de Oriente Próximo. Allí estuvieron asentadas las legiones V *Macedonica* y VIII *Augusta*.

²⁰ El 17 de noviembre Vespasiano cumplía sesenta y un años.

²¹ Sobre la importante comunidad judía de esta ciudad puede consultarse la obra de G. DOWNEY, *A History of Antioch in Syria*, Princeton, 1961, págs. 382 ss.

²² Antíoco I Soter (280-261 a. C.), hijo de Seleuco I Nicator, fundador de la dinastía Seléucida.

²³ Antíoco IV Epífanes (175-164 a. C.).

²⁴ En el 170 a. C.; cf. I 31 ss.

²⁵ La sinagoga, que más tarde será el centro del judaísmo, apenas aparece en la obra de Josefo (cf. II 285, *Contra Apión* II 75 o *Antigüedades* XIX 300), frente a las numerosas menciones en el *Nuevo Testamento*, en Filón de Alejandría y en las inscripciones. La sinagoga era conocida también con el nombre griego de *prosechnê* y *proseuchê* en la Diáspora (cf. FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Contra Flaco* 41, 47-49, *III Macabeos* 7, 20, y *Autobiografía* 277), mientras que en Palestina se emplea el vocablo, también griego, *synagogê* (equivalente al hebreo *bet knesset*), referido aquí por nuestro historiador, y cuyo significado originario de «congregación» pasa en esta época a significar «casa de reunión». A juicio de algunos autores Josefo no muestra interés por las sinagogas, porque no llegó a comprender el movimiento sinagogal que en estos momentos cobraba fuerza; cf. G. F. MOORE, *Judaism in the first century of the christian era. The age of Tannaim*, Cambridge, 1950, I, págs. 281-307, y A. MOMIGLIANO, «Cio che Flavio Giuseppe non vide», *Biblioteca di Storia Antica* 9 (1980), 9-21; en general sobre esta institución véase la compilación de trabajos de J. GUTMAN (ed.), *The Synagogue*, Nueva York, 1974.

²⁶ Según anota JOSEFO en *Contra Apión* II 39, fue Seleuco I Nicator el que concedió el derecho de ciudadanía a los judíos de Antioquía.

²⁷ En VI 335 se han descrito estas ofrendas. Este Templo sólo puede ser el de Jerusalén, él único al que podía venerar toda la nación judía. Sin embargo, tampoco podría descartarse del todo el hecho de que se tratara de la sinagoga de Antioquía, que pudo haber heredado alguno de los ornamentos del Templo de Jerusalén confiscados por Antíoco Epifanes. La unión entre el Templo y la propia existencia de los judíos era tan fuerte que se llegaron a erigir algunos templos al margen del de Jerusalén, como fue el de Leontópolis (cf. VII 421-425), el de los samaritanos del monte Garizim (cf. III 307) o el de Qasr el Abad en Transjordania, levantado por el Tobíada Hircano a finales del siglo III a. C.

²⁸ Éste es uno de los pocos testimonios, recogidos en la literatura, de proselitismo judío, al que hay que añadir el caso de las mujeres de Damasco reseñado en II 560. No obstante, el proselitismo judío era activo en Roma y en toda la cuenca del Mediterráneo, como parece testimoniar *Mateo* 23, 15 o *Contra Apión* II 282. Las mujeres eran las más adeptas a convertirse al judaísmo: tal es el caso de Fulvia, una dama de la nobleza romana de Tiberio (cf. *Antigüedades* XVIII 82), y quizá el de la esposa de Nerón Popea (cf. *Antigüedades* XX 195); cf. E. M. SMALLWOOD, *The Jews under Roman Rule from Pompey to Diocletian*, Leiden, 1976, págs. 206 y 278.

²⁹ Cf. III 29 ss.

³⁰ Este magistrado, jefe de la comunidad judía, está atestiguado en ciudades de Asia y de Egipto. El cargo era anual y su elección tenía lugar en la fiesta de los Tabernáculos.

³¹ Cf. nota a IV 99.

³² Cf. nota a IV 99.

³³ *Antigüedades* XII 121 refiere el episodio de una revuelta antijudía en Alejandría, en la que la población gentil de la ciudad solicitó a Vespasiano y Tito la abolición de los derechos de ciudadanía de los judíos, que finalmente no fue otorgada por los príncipes romanos.

³⁴ Augusto, Agripa, Herodes y Tiberio embellecen esta ciudad, cuyo artífice había sido Antíoco IV, con diversas construcciones romanas: el mercado, ágora o foro del barrio de Epifania, la basílica de César, el panteón, un teatro, un anfiteatro, termas, templos y otros edificios públicos; véase el estudio de J. LASSUS, «La ville d'Antioche à l'époque romaine d'après l'archéologie», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 8, 1977, págs. 54-102.

³⁵ Fue cónsul en el año 93 d. C.; cf. TÁCITO, *Agrícola* 44.

³⁶ Fue cónsul en el 61 d. C. Más adelante, VII 219 ss., se narrará su campaña contra Antíoco, rey de Comagene.

³⁷ Cuatro emperadores, Nerón, Galba, Otón y Vitelio, entre los años 68 y 69.

³⁸ Vespasiano acababa de cumplir sesenta y un años (cf. VII 39), y su edad había sido uno de los elementos que había pesado en su aclamación como emperador; cf. IV 592.

³⁹ El sincretismo religioso de Flavio Josefo hace que incluso los propios romanos veneren al Dios hebreo, en lugar de a sus dioses patrios, aunque en este caso hay que contar con la divinización de la elección de Vespasiano y de los Flavios como emperadores, que nuestro autor viene argumentando a lo largo de toda la obra con ingredientes mesiánicos judíos. Nuestro autor anuncia una Roma eterna dentro la ideología difundida por el Imperio. En *Antigüedades* X 276-277, Flavio Josefo hace a Daniel profetizar la victoria de Roma sobre los judíos.

⁴⁰ Estos acontecimientos aparecen también en TÁCITO, *Historias* IV 12-37, 54-79 y V 14-26. Ahora bien, la rebelión de Germania y Galia no tienen nada que ver con la guerra de los judíos, sino que más bien parece un añadido de Josefo para ilustrar las hazañas de Vespasiano y Tito.

⁴¹ Cf. TÁCITO, *Germania* XIV.

⁴² Esta conquista ha sido recordada en el tan mencionado discurso del rey Agripa; cf. II 377-378.

⁴³ Este pariente de Vespasiano, que había participado en la guerra de Britania, es enviado de nuevo a este lugar en el año 71 d. C. como gobernador; cf. TÁCITO, *Agrícola* VIII 17.

⁴⁴ La actuación de Domiciano en estos hechos se presenta en términos bastante exagerados, en la conocida línea de propaganda flaviana de nuestro autor, si lo comparamos con el relato paralelo de TÁCITO, *Historias* IV 85-86, o el testimonio de Suetonio, *Domiciano* II.

⁴⁵ Los sármatas no eran escitas, pero desde el siglo III a. C. habían sometido a estos últimos y ocupaban el antiguo territorio escita de las grandes llanuras de la Europa oriental. El influjo cultural y político de Escitia se hacen sentir en un campo muy extenso, hasta el punto de que los autores de la Antigüedad, al confundir conceptos geográficos con étnicos, consideran escita, y posteriormente sármatas, a todas las tribus que habitaban esta zona del este europeo.

⁴⁶ El Danubio.

⁴⁷ TÁCITO, *Historias* IV 54, simplemente menciona, sin dar más detalles, esta guerra de los sármatas.

⁴⁸ Procónsul de Asia en el año 69 y gobernador de Mesia en el 70; cf. TÁCITO, *Historias* III 46.

⁴⁹ TÁCITO, *Historias* II 51 y 99, cita a este personaje en la guerra de Otón contra Vitelio.

⁵⁰ Cf. VI 39.

⁵¹ Ciudad del nordeste de Trípoli, en el Líbano, conocida ya desde el siglo XIV (cf. *Génesis* 10, 17 y *Antigüedades* I 138) e identificada con la actual Arqa; cf. ABEL, *Geographie*..., II, pág. 4.

⁵² En la descripción del reino de Agripa, en III 56-58, no se menciona la ciudad de Arcea.

⁵³ PLINIO, *Historia natural* XXXI 24, describe las peculiaridades de este río, pero en sentido contrario a como lo hace aquí Josefo, pues en el autor romano el río fluye durante todos los días de la semana excepto el sábado, en que se seca. Probablemente se trataría de una de tantas fuentes que manaban de forma intermitente en Siria y Palestina y que en este caso se ha llegado a identificar con el río Neba el Fuarr.

⁵⁴ En la orilla derecha del Éufrates superior, frente a Apamea, con la que estaba unido por medio de un puente de barcas.

⁵⁵ Vologeses I, del que se hablará con más detalle en VII 237 y 242.

⁵⁶ Hasta el final de la obra se mantiene la apología de Tito y se destacan sus cualidades humanas, en especial la compasión; cf. apartado 5 de la Introducción.

⁵⁷ Este trayecto, incluido el mencionado desierto, ha sido descrito en IV 659-663. SUETONIO, *Tito* V, narra el viaje de Jerusalén a Egipto y la noticia de que Tito se ciñó en Menfis la diadema, según uno de los ritos de Apis, y que a raíz de ello corrió el rumor de que pretendía coronarse emperador de Oriente. Tras las escalas de Regio y Puteoli, Tito llegó a Roma, donde Vespasiano se sorprendió de la rápida llegada de su hijo, que quería desmentir en persona los falsos rumores.

⁵⁸ La V y la XV; cf. VII 19.

⁵⁹ Cf. VII 63 ss.

⁶⁰ Vespasiano, Tito y Domiciano.

⁶¹ El palacio del Palatino.

⁶² El Templo de Isis y Serapis había sido construido por Calígula en el año 38 en el Campo de Marte.

⁶³ Cecilio Metelo erigió en el 147 a. C. estos pórticos en la ladera oeste del Capitolio, junto al teatro de Marcelo. Augusto los reconstruyó y dedicó a su hermana Octavia en el 23 a. C.

⁶⁴ La *Porta Triumphalis*, que seguramente estaba situada entre la *Porta Flumentana* y la *Porta Carmentalis*, no lejos del río Tíber (para su localización véase L. RICHARDSON, *A New Topographical Dictionary of Ancient Rome*, Londres, 1992, pág. 301). En este punto es donde los generales romanos vencedores, tras pasar por la *Via Triumphalis*, deponían los haces y el *imperium* y entraban en la ciudad; cf. CICERÓN, *Contra Pisón* 55, TÁCITO, *Anales* I 8, SUETONIO, *Augusto* 100, y DIÓN CASIO, LVI 42.

⁶⁵ Sobre el ritual e itinerario de este acto, civil y religioso, de acción de gracias del vencedor en honor a Júpiter Óptimo Máximo pueden consultarse las obras de E. MAKIN, «The triumphal route with particular reference to the Flavian Triumph», *Journal of Roman Studies* 11 (1921), 25-37, y H. S. VERSNEL, *Triumphus. An inquiry into the origin, development and meaning of the Roman Triumph*, Leiden, 1970.

⁶⁶ Se refiere a los dioses romanos, lo que indica que en este caso concreto Josefo se presenta como un judío, no como un romano. Sobre el conflicto de

nuestro autor a la hora de escribir su historia como un judío, como un romano, como un griego o como un «extranjero», véase nota a V 17.

⁶⁷ El término griego es *pēgmata*, o el latinizado *pegma*, que se utiliza para designar las máquinas y escenarios teatrales móviles.

⁶⁸ Con estas naves se quería conmemorar la famosa batalla naval del lago de Gennesar; cf. III 522 ss.

⁶⁹ La mesa de los doce panes de la proposición; cf. V 217.

⁷⁰ Estos objetos han sido descritos en V 216 ss. y actualmente pueden verse en los relieves del Arco de Tito en Roma, levantado tras la muerte del emperador por Domiciano en el año 85.

⁷¹ El número siete y sus múltiplos simbolizan la idea de abundancia, de perfección y de totalidad. Es la cifra sagrada por excelencia. Con ella se rige el curso del tiempo: la semana (*Éxodo* 31, 15) o el año sabático (*Levítico* 25, 1.7). Asimismo, el número siete aparece con frecuencia en rituales y se asocia a objetos sagrados (cf. *Levítico* 1, 6-17 y *Tobías* 12, 15); cf. M. LURKER, *Wörterbuch Biblischer Bilder und Symbole = Diccionario de imágenes y símbolos de la Biblia*, Córdoba, 1987, págs. 213-214.

⁷² El propio Josefo había pedido salvar otros ejemplares de esta Ley, es decir, de los libros del Pentateuco, después de la destrucción de Jerusalén; cf. *Autobiografía* 418.

⁷³ Cf. SUTTON, *Domiciano II*.

⁷⁴ La cárcel Mamertina, al noroeste del Foro. En la estancia superior aguardaban los acusados la celebración del juicio, mientras que en la inferior, llamada *Tullianum*, estaban los presos por delitos capitales y allí solían ser ejecutados.

⁷⁵ Vespasiano y Tito acuñaron monedas con el lema *Judaea capta, Juadaea victa*, en las que estaba representada una mujer llorosa sentada bajo una palmera y detrás de ella un legionario romano. DÍON CASIO, LXVI 7, 2, sugiere que los Flavios no tomaron el apelativo de *Judaicus* por la existencia de la Diáspora judía a lo largo y ancho del Imperio romano; una discusión sobre este aspecto puede verse en P. KNEISSL, *Die Siegestitulatur der römischen Kaiser*, Gotinga, 1969, pág. 42, y SMALLWOOD, *The Jews...*, págs. 329-330.

⁷⁶ El Templo de la Paz fue levantado en el año 75, según noticia de DÍON CASIO, LXV 15, al sudeste del Foro, entre la *Via Sacra* y la *Via Carinae*. Este evento es uno de los argumentos utilizados para fechar la composición de la obra; cf. el apartado 3 de la Introducción. Un incendio destruyó este templo en tiempos de Cómodo (cf. HERODIANO I 14, 2).

⁷⁷ WILLIAMSON, en su traducción, anota cómo estos objetos fueron robados por los vándalos y llevados al norte de África en el 455, recuperados en Constantinopla en el 534 por Belisario y cómo luego han permanecido en una iglesia de Jerusalén hasta el siglo x, fecha en que ya no se vuelve a saber nada de ellos.

⁷⁸ Cf. VII 150.

⁷⁹ Cf. V 212, 219 y VI 389-390.

⁸⁰ Aunque los manuscritos transmitan la lectura de Vetiliano, el personaje no puede ser otro que Sexto Cereal Vetuleno, legado de la quinta legión durante el ataque del monte Garizim; cf. III 307-315.

⁸¹ Cf. nota a IV 518.

⁸² Esta fortaleza, situada en la extremidad nordeste del Mar Muerto, era una de las más importantes de Judea, según la opinión de PLINIO, *Historia natural* V 16, 72; cf. también *Antigüedades* XVIII 119.

⁸³ Poco más de 11 kilómetros.

⁸⁴ Otro de los nombres dados al Mar Muerto.

⁸⁵ Sobre el empleo de esta medida en la obra de Josefo véase nota a V 36.

⁸⁶ Alejandro Janeo (107-78 a. C.); cf. I 85 ss. y *Antigüedades* XIV 83.

⁸⁷ Fue legado de Pompeyo en la guerra contra Aristobulo (cf. I 140) y gobernador de Siria entre los años 57-55 a. C. (cf. I 160 ss.).

⁸⁸ Este lugar, conocido también con el nombre de Bares o Baaru, se ha identificado con las aguas termales del actual Wadi Zerqa Main, al norte del desfiladero de Maqueronte; cf. EUSEBIO, *Onomástico* XLV-XLVI, y ABEL, *Geographie...*, I, págs. 200 y 460.

⁸⁹ En la descripción del Mar Muerto, IV 480, la orina de mujer y la sangre menstrual también tienen la propiedad de despegar el asfalto de sus aguas.

⁹⁰ Seguramente se trata de los nabateos, que ocupaban las regiones limítrofes.

⁹¹ Sobre la práctica de este suplicio entre los judíos véase la nota a IV 317.

⁹² Los extranjeros citados en VII 191.

⁹³ Este bosque, situado en algún lugar de la Transjordania, no ha sido identificado.

⁹⁴ En VI 92 se cita a este zelote, aunque no se menciona su huida.

⁹⁵ Judea era propiedad personal del emperador, que la administraba por medio de un representante suyo, un *procurator*, como era este Laberio Máximo, o un *legatus Augusti pro praetore*, como era habitual en las provincias imperiales.

⁹⁶ Esta Emaús no es la citada en II 63, conocida también por el nombre de Nicópolis, sino la Emaús bíblica (cf. *Lucas* 24, 53), la actual Qulonieh (la romana Colonia), a 8 kilómetros al sur de Jerusalén; sobre los problemas de identificación de este enclave, véase SCHÜRER, *Historia...*, I, págs. 654-655.

⁹⁷ Es decir, la Diáspora, que de esta forma recibía un reconocimiento oficial por las autoridades imperiales. Paradójicamente esta Diáspora permitió a los judíos sobrevivir a la conquista romana y a la catástrofe bélica de los años 66 al 74. Más allá de Palestina y de las zonas limítrofes las consecuencias de la guerra entre la población judía fueron más bien modestas, al igual que lo había sido la

participación de la Diáspora en la guerra; cf. SMALLWOOD, *The Jews...*, págs. 356-388.

⁹⁸ Por prescripción bíblica todo judío adulto tenía que pagar el impuesto de medio siclo, dos dracmas, para contribuir al mantenimiento del Templo; cf. *Éxodo* 30, 13; *Nehemías* 10, 32 (sólo se habla de medio siclo); *Mateo* 17, 24 y *Antigüedades* XVIII 312. Roma mantiene este *iudaicus fiscus* y lo transfiere al templo de Júpiter Capitolino, ya que el templo de Yahveh ha desaparecido. Domiciano cometió una serie de abusos en la percepción de este impuesto hasta que Nerva reestableció la situación anterior, como anotan SUETONIO, *Domiciano* XII, y DIÓN CASIO, LXVI 7; cf. M. HADAS-LEBEL, «La fiscalité romaine dans la littérature rabbinique», *Revue des études juives* 143 (1984), 5-29.

⁹⁹ Flavio Josefo omite cualquier tipo de referencias de antijudaísmo en la política imperial, como, por ejemplo, la noticia del historiador cristiano del siglo II Hegesipo recogida por EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica* III 12, 32. Según este autor bajo Vespasiano, Domiciano y Trajano tuvo lugar una importante persecución contra los judíos, en especial contra aquellos que eran de origen davídico, para así acabar con la descendencia real en la que aún se tenían puestas las esperanzas mesiánicas de los hebreos.

¹⁰⁰ El 72-73 d. C.

¹⁰¹ Sobre esta región, al norte de Siria, y sobre Antíoco IV y su dinastía véase la nota a V 461 y la obra de R. D. SULLIVAN, «The Dynasty of Comagene», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, II 8 (1977), 732-798. La historia de Comagene y la de los alanos que viene después no guarda relación con la guerra de los judíos contra Roma, si bien le sirve al autor para ilustrar la política romana en el restablecimiento de las fronteras del Imperio.

¹⁰² Los partos constituían una seria amenaza para la política de Roma en Oriente y, como se ha visto en el Proemio, a ellos va dirigida también esta obra. Sin embargo, los partos como tal no intervinieron en la guerra del 66-74, si bien tanto Agripa II, en su famoso discurso (cf. II 388-389), como Tito (cf. VI 343), recuerdan la llamada de los judíos de Jerusalén a sus hermanos de Adiabene, súbditos del reino parto; cf. DIÓN CASIO, LXVI 4, 3, y J. NEUSNER, *A history of the Jews in Babylonia*, Leiden, 1965, I, págs. 64-67.

¹⁰³ Esta Calcídica puede ser el reino de Calcídica o Calcis, al sur del Líbano, dentro del antiguo reino itureo, de cuyo rey Herodes de Calcídica y de la Armenia Inferior se ha hablado en I 552, II 217, 221, 223 y 252. Su hijo Aristóbulo, referido aquí, también ha sido citado anteriormente en II 221 y 252. No obstante la denominación de territorio calcídico se aplica también a la ciudad de *Chalcis ad Bellum*, que en el 92 a. C. fue incorporada a la provincia de Siria; cf. SCHÜRER, *Historia...*, I, págs. 725-728.

¹⁰⁴ Emesa, al norte de Siria, es la actual Homs. Sobre la monarquía de este pequeño reino, cf. R. D. SULLIVAN, «The Dynasty of Emesa», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, II 8 (1977), 198-219.

¹⁰⁵ Véase su actuación delante de los muros de Jerusalén en V 460 ss.

¹⁰⁶ Región del sudeste de Asia Menor en una posición estratégica entre Anatolia y Siria. En el 101 a. C. Roma la convirtió en provincia.

¹⁰⁷ En época romana Tarso, a orillas del río Cidno, era la capital de Cilicia. Esta ciudad, también conocida con el nombre de Antioquía de Cilicia, contaba con una importante comunidad judía, de la que procedía el apóstol Pablo; cf. *Hechos de los Apóstoles* 21, 39 y 22, 3.

¹⁰⁸ En ningún lugar de la obra de Flavio Josefo se habla de los alanos.

¹⁰⁹ Es decir, el río Don.

¹¹⁰ El Mar de Azof.

¹¹¹ Reino situado al sudeste del Mar Caspio.

¹¹² Son las famosas *Pylae Caspiae*, un desfiladero montañoso en la cordillera del Tauro, a 60 kilómetros de la actual Teherán, que constituían el paso natural de Media e Hircania a Partia. Este lugar fue el escenario de uno de los episodios de la lucha de Alejandro Magno contra el rey Dario; cf. ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno* III 19, 2.

¹¹³ Hermano de Vologeses I, rey de Partia; cf. VII 237.

¹¹⁴ También era hermano de Vologeses I.

¹¹⁵ L. Flavio Silva fue cónsul en el año 81.

¹¹⁶ Éstas eran la legión *X Fretensis*, que había quedado como guarnición en Jerusalén (cf. VII 5, 17), y las tropas auxiliares.

¹¹⁷ Fortaleza situada en la cumbre de una peña aislada al sudeste de la orilla occidental del Mar Muerto. En 1838 fue identificada por E. Robinson y E. Smith con la actual Sebbeh. ABEL, *Geographie...*, II, pág. 380, la considera como una de las *mesadoth* o peñones aislados y escarpados por los que erró el rey David a través del desierto de Engadí (cf. *I Samuel* 24, 1).

¹¹⁸ El hijo de Jairo, citado en II 447.

¹¹⁹ Cf. II 118.

¹²⁰ El conocido censo de Quirino ha sido referido en II 117.

¹²¹ Sobre los sicarios, su ideología y la etimología de su nombre véase la nota a II 254 ss.

¹²² En boca de los sicarios obviamente se emplea el término *allófylos*, «extranjero», habitual en los textos judíos en lengua griega, no el de *bárbaros*, que pertenece a la tradición de la historiografía grecorromana, como se ha visto en VII 86 y 94, por ejemplo.

¹²³ Josefo en el relato de Masadá continúa con la tesis que ha seguido a lo largo de la narración de toda la guerra judía: el pueblo judío es inocente y son los rebeldes, en este caso los sicarios, los responsables de todos los males.

¹²⁴ Juan de Giscala.

¹²⁵ Sobre los diversos ritos de purificación, véase nota a IV 205.

¹²⁶ Cf. IV 574 ss.

¹²⁷ Cf. IV 314 ss.

¹²⁸ Acerca de la organización del Estado judío durante la revuelta, véase la nota a IV 318.

¹²⁹ El nombre de los zelotes ha sido comentado en nota a IV 161.

¹³⁰ Cf. VII 253.

¹³¹ El asedio romano de Masadá es uno de los acontecimientos que más fama han adquirido de toda la obra de Josefo. Cuando tuvo lugar la expugnación de esta fortaleza, en los primeros meses del año 73, nuestro autor se encontraba en Roma, por lo que no fue testigo ocular de los hechos, como ocurrió en la toma de Jerusalén. Las fuentes de su relato han de buscarse en los *commentarii* oficiales de la campaña y en relatos orales de los supervivientes.

¹³² Se trata de un muro de circunvalación y bloqueo similar al que se levantó en la toma de Jerusalén; cf. V 509.

¹³³ La arqueología ha sacado a la luz dos campamentos, uno al sudeste de la fortaleza, a unos 700 metros, y otro en el noroeste, a 300 metros, frente al terraplén.

¹³⁴ Las poblaciones más cercanas eran Engadí, a unos 17 kilómetros, y Hebrón, a 35, pues el Mar Muerto, distante 4 kilómetros, no servía como agua potable.

¹³⁵ Las excavaciones realizadas en el yacimiento de Masadá entre los años 1963 y 1965 por Y. YADIN permiten corroborar una lectura arqueológica del relato de Josefo que ahora se inicia. El conocidísimo libro del mencionado autor, *Masada, Herod' fortress and the Zealots' last stand*, Londres, 1966, puede servirnos de guía en la lectura de este pasaje. Más bibliografía sobre Masadá se encuentra en L. H. FELDMAN, *Josephus and Modern Scholarship (1937-1980)*, Berlín-Nueva York, 1984, págs. 763-790 y 964-967.

¹³⁶ Sobre el nivel del Mar Muerto se eleva a 365 metros y de 100 a 175 sobre el nivel de los valles que la rodean.

¹³⁷ Hermano de Judas Macabeo; cf. I 48.

¹³⁸ VII 281-283.

¹³⁹ Cf. II 408 y 433.

¹⁴⁰ Más bien se trata de 104 ó 105 años, desde el 32-31 a. C. hasta la conquista por los romanos en el 73 d. C.

¹⁴¹ La dinastía de los Asmoneos.

¹⁴² Sobre estos hechos véase I 359-362 y *Antigüedades* XV 64 ss.

¹⁴³ Cf. VII 275.

¹⁴⁴ Cf. VII 293.

¹⁴⁵ O Leuce, si mantenemos la denominación griega. La roca alcanza unos 300 metros de altura sobre el nivel del Mar Muerto.

¹⁴⁶ Este tipo de protección se ha visto también en V 297.

¹⁴⁷ Cf. nota a IV 266.

¹⁴⁸ Cf. nota a IV 19.

¹⁴⁹ La toma de Masadá testimonia la intervención de Dios en los actos humanos, en este caso también en favor de los romanos, como también ocurrió en Gamala (cf. IV 70) o en la propia Jerusalén; cf. apartado 5 de la Introducción.

¹⁵⁰ La resistencia de Masadá se ha convertido, por este relato de Josefo, en un auténtico símbolo y mito nacionalista, que se ha utilizado incluso en la formación del moderno estado de Israel.

¹⁵¹ Éste es el principio doctrinal básico de los zelotes y los sicarios (cf. II 118, 254 y *Antigüedades* XVIII 28). Los rebeldes judíos pensaban que con la expulsión de los romanos sería más inmediata la venida del reino de Dios. Roma simbolizaba el mal, que según el libro de *Daniel* (11 y 12) sería el final de la historia terrena y el principio de la era mesiánica.

¹⁵² Por la Providencia divina que cambió el rumbo del viento, como se acaba de indicar en VII 317.

¹⁵³ THACKERAY, en el comentario de su traducción, observa en estas palabras una reminiscencia de ideas bíblicas, como las recogidas en *II Samuel* 24, 14.

¹⁵⁴ Resulta muy curioso que en boca de un radical judío se pongan ideas filosóficas griegas sobre la inmortalidad del alma, en la misma línea que se ha visto ya en II 154 ss., III 372 ss. o VI 47. Esta doctrina del alma recogida en este discurso no pertenece a las «leyes de nuestros padres y de Dios» ni a las de los antepasados hebreos, a pesar de lo que dice Eleazar.

¹⁵⁵ Este discurso recoge algunas de las ideas expuestas por el rey Agripa antes de la revuelta (cf. II 345-401), aunque, eso sí, con una finalidad y sentido inversos a las de aquél.

¹⁵⁶ Sin duda hay que ver aquí una reminiscencia de la doctrina filosófica griega, originalmente pitagórica, pero difundida por Platón, de *sôma sêma*, «el cuerpo es una tumba».

¹⁵⁷ El comentario de RICCIOTTI señala aquí la reminiscencia de una expresión de origen sofocleo, *Traquinias* 235.

¹⁵⁸ En términos similares se expresa Josefo en el discurso a sus compañeros en Jotapata en III 372.

¹⁵⁹ En *Contra Apión* I 179 se recoge la tradición según la cual los judíos, que en la India reciben el nombre de calanos, por el gimnosofista Calano, descienden de filósofos de aquel lugar. FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Todo hombre honrado es libre* 93-96, *Sobre Abraham* 182, y PLUTARCO, *Alejandro* VI 5, mencionan la noticia de que este tal Calano se dejó consumir por el fuego delante de Alejandro Magno; cf. KROLL, «Kalanos», *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, X 2, cols. 1544-1546.

¹⁶⁰ Al final de su historia Josefo pone en boca de los sicarios la frase clave de su obra, a saber, que Dios es el que ha decidido la suerte de esta guerra y el que ha abandonado a los judíos y se ha puesto del lado de los romanos; a este respecto puede verse, por ejemplo, el discurso de Josefo a los sitiados en Jerusalén, donde aparece este razonamiento (V 412).

¹⁶¹ Estos hechos han sido narrados en II 457 ss.

¹⁶² Cf. II 466 ss.

¹⁶³ Cf. II 559 ss., donde se mencionan sólo diez mil quinientos judíos muertos.

¹⁶⁴ Cf. II 487 ss.

¹⁶⁵ Sobre los espectáculos romanos con judíos como víctimas véase nota a VII 24.

¹⁶⁶ Sobre la población de Jerusalén durante el asedio véase la nota a IV 137 y V 569.

¹⁶⁷ Cf. VI 350.

¹⁶⁸ La Ley judía, el Pentateuco, no contiene ningún precepto de este tipo, sino que parece más bien de corte estoico, como suele ocurrir en los discursos que Josefo introduce en estos momentos.

¹⁶⁹ Un estudio detallado de estos discursos puede verse en V. NIKIPROWETZKY, «La mort d'Eléazar fils de Jaire et les courants apologétiques dans le *De Bello Judaico* de Flavius Josèphe», *Mélanges A. Dupont-Sommer*, París, 1971, págs. 461-490. Este elogio de la muerte, que realmente sorprende en boca de un judío, ha de insertarse en el contexto de la literatura apocalíptica hebrea de época intertestamentaria, que adopta un sinfín de elementos de la cultura helenística imperante. En efecto, como se ha dicho más arriba, los argumentos para justificar el suicidio no están tomados de la Biblia, sino de la filosofía griega.

¹⁷⁰ El suicidio es contrario a la tradición judía, si bien en este contexto es utilizado como un auténtico topos literario, habitual en la historiografía grecorromana. S. D. COHEN, «Masada. Literary tradition, archaeological remains and the credibility of Josephus», *Journal of Jewish Studies*, 1982, págs. 387-398, recoge dieciséis ejemplos de este tipo, a los que hay que añadir el caso de Razis, que en la lucha de Nicanor contra Judas Macabeo se clavó una espada (cf. *II Macabeos* 37-45).

¹⁷¹ Al igual que en la toma de Gamala sólo se salvan dos mujeres; cf. IV 81-82.

¹⁷² SCHÜRER, *Historia...*, I pág. 653, sitúa el suicidio masivo de Masadá al día siguiente de la Pascua, en la primavera del año 73, a pesar de que hay opiniones que optan por abril del 74.

¹⁷³ La traducción latina de esta obra, conocida como el Pseudo Hegesipo, acaba aquí su relato, con la caída de Masadá, pues en este momento, tras la muerte de Cristo, Dios ha abandonado a su pueblo. Josefo, ajeno a esta perspectiva, continúa su historia con otros acontecimientos. Por su parte el texto hebreo de la *Guerra de los judíos*, el *Josippon* del siglo x, transforma este episodio mediante la eliminación del suicidio y la inclusión de una lucha heroica.

¹⁷⁴ Al igual que en los tiempos de los procuradores, la residencia de los gobernadores es en esta época Cesarea, no Jerusalén. Aquella ciudad, mencionada por TÁCITO, *Historias* II 78, como *Caesarea Iudaeae caput*, fue convertida por Vespasiano en colonia romana con el nombre oficial de *Colonia prima Flavia Augusta Caesariensis*. No obstante, el propio TÁCITO, *Historias* V 8, distingue entre la capital nacional de los judíos, que es Jerusalén, y la capital de la provincia romana.

¹⁷⁵ FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Contra Flaco* 10, informa de cómo el etnarca de la comunidad judía de Alejandría estaba, desde el año 11 d. C., supervisado por una Gerusia o un Consejo de Ancianos; cf. también *Antigüedades* XIV 117, XIX 282-283, y P. JOUGUET, *La vie municipale dans l'Égypte romaine*, París, 1911, págs. 38-39.

¹⁷⁶ Ésta es la única mención que conocemos sobre este personaje.

¹⁷⁷ La historia de este templo ha sido recordada en I 31, 33, 190 y *Antigüedades* XII 387 y 22, XIII 62-73 y XX 236 y ss., aunque los textos son contradictorios tanto en el nombre del fundador, Onías III o IV, como en la fecha de erección, 160 ó 147; cf. H. DELCOR, «Le temple d'Onias en Egypte, réexamen d'un vieux problème», *Revue Biblique* 75 (1968), 188-205.

¹⁷⁸ El territorio de Onías, Leontópolis, estaba situado al nordeste de Menfis y ha sido identificado con la actual Tell el-Yehudiye, «Colina de los judíos», 31 kilómetros al norte del Cairo.

¹⁷⁹ Antíoco Epifanes; cf. VII 44.

¹⁸⁰ Ptolomeo VI Filométor; cf. *Antigüedades* XIII 62.

¹⁸¹ La *Historia de Egipto* de MANETÓN situaba a Moisés como primer sacerdote de Heliópolis, que fue expulsado de allí por ser leproso. JOSEFO, en *Contra Apión* I 250-387, critica las calumnias antijudías de este relato.

¹⁸² Cf. V 217 y VII 148-149.

¹⁸³ *Isaías* 19, 19; cf. *Antigüedades* XIII 68. El cómputo de años es bastante exacto, pues Isaías se sitúa entre el 740 y 700 a. C. y la construcción del Templo de Leontópolis después del 170 a. C.

¹⁸⁴ La cifra no es correcta: desde la erección del templo, poco después del 170 a. C., hasta su cierre por Vespasiano en el 73 a. C. han pasado doscientos cuarenta y tres años. No obstante en el número trescientos cuarenta y tres se han querido ver razones místicas de valor simbólico de los números (7×7×7) en lugar de un error; cf. el comentario *ad loc.* de THACKERAY.

¹⁸⁵ La importancia de este tipo de retiradas al desierto en las revueltas judías ha sido comentada en notas a IV 174 y 407.

¹⁸⁶ Ya desde antiguo fue numerosa la comunidad judía de Cirene, que tuvo enfrentamientos con los habitantes griegos del lugar (cf. *Antigüedades* XVI 169-170). En Jerusalén existía una sinagoga para los judíos de Cirene, a la que debían ir en peregrinación (cf. *Hechos de los Apóstoles* 2, 10; *Marcos* 15, 21); cf. S. APPLEBAUM, *Jews and Greeks in ancient Cyrene*, Leiden, 1979. La revuelta

judía de Cirene es mencionada también por otras fuentes literarias: ARTEMIDORO, *La interpretación de los sueños* IV 24, EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica* IV 2, 2-3, y OROSIO, VII 12, 6, entre otras.

¹⁸⁷ Pentápolis es otro de los nombres de la provincia romana Cirenaica (cf. PLINIO, *Historia natural* IX 31), que recibe esta denominación por estar constituida por las colonias de Berenice, Hadriané, Teuqueira, Ptolemaida y Cirene, a la cabeza.

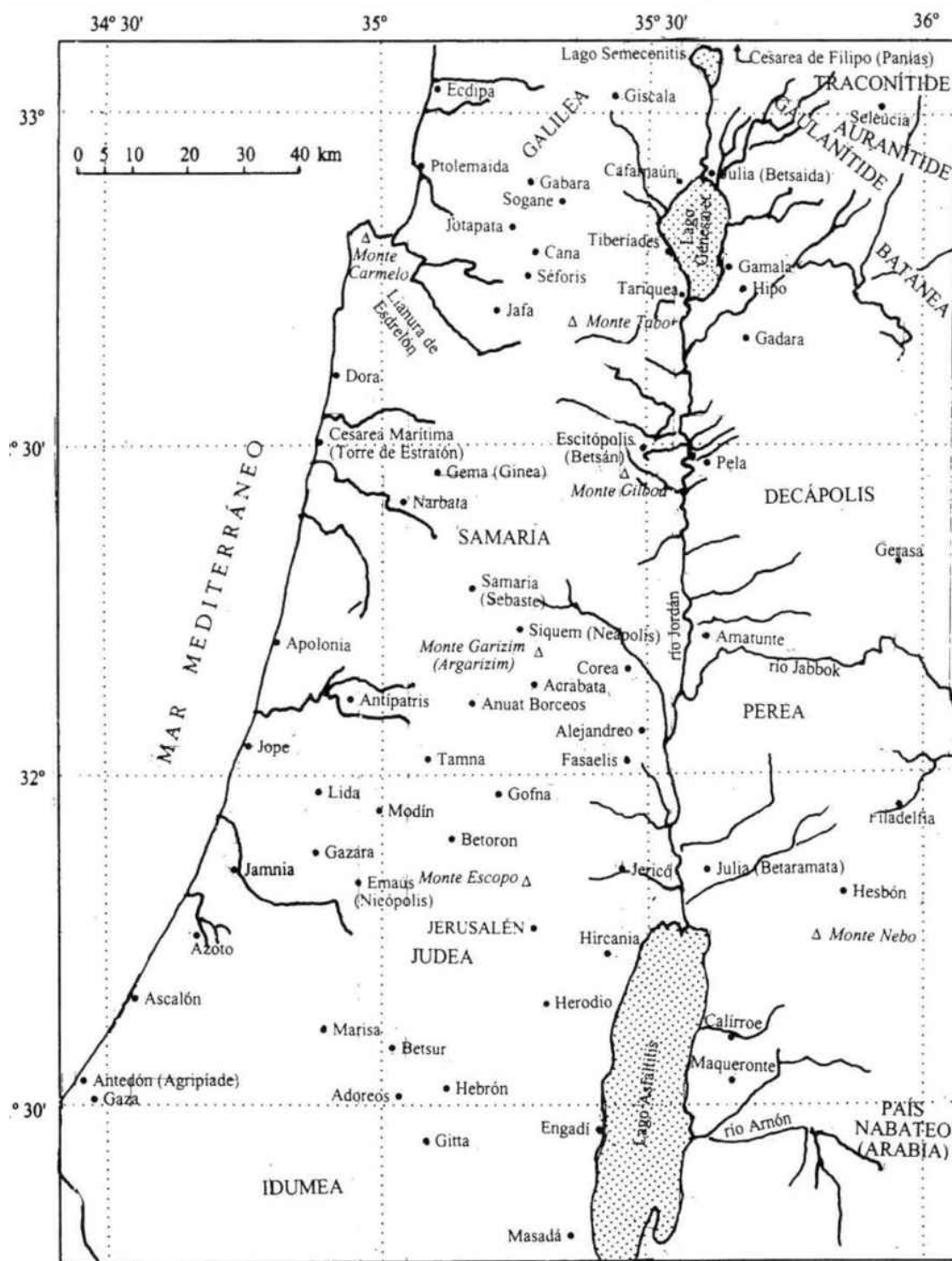
¹⁸⁸ En *Autobiografía* 424 JOSEFO recuerda cómo fue acusado de haber entregado armas y dinero a los sublevados de Cirene.

¹⁸⁹ Acerca de la actuación de la Providencia divina en el acontecer histórico, véase el apartado 5 de la Introducción.

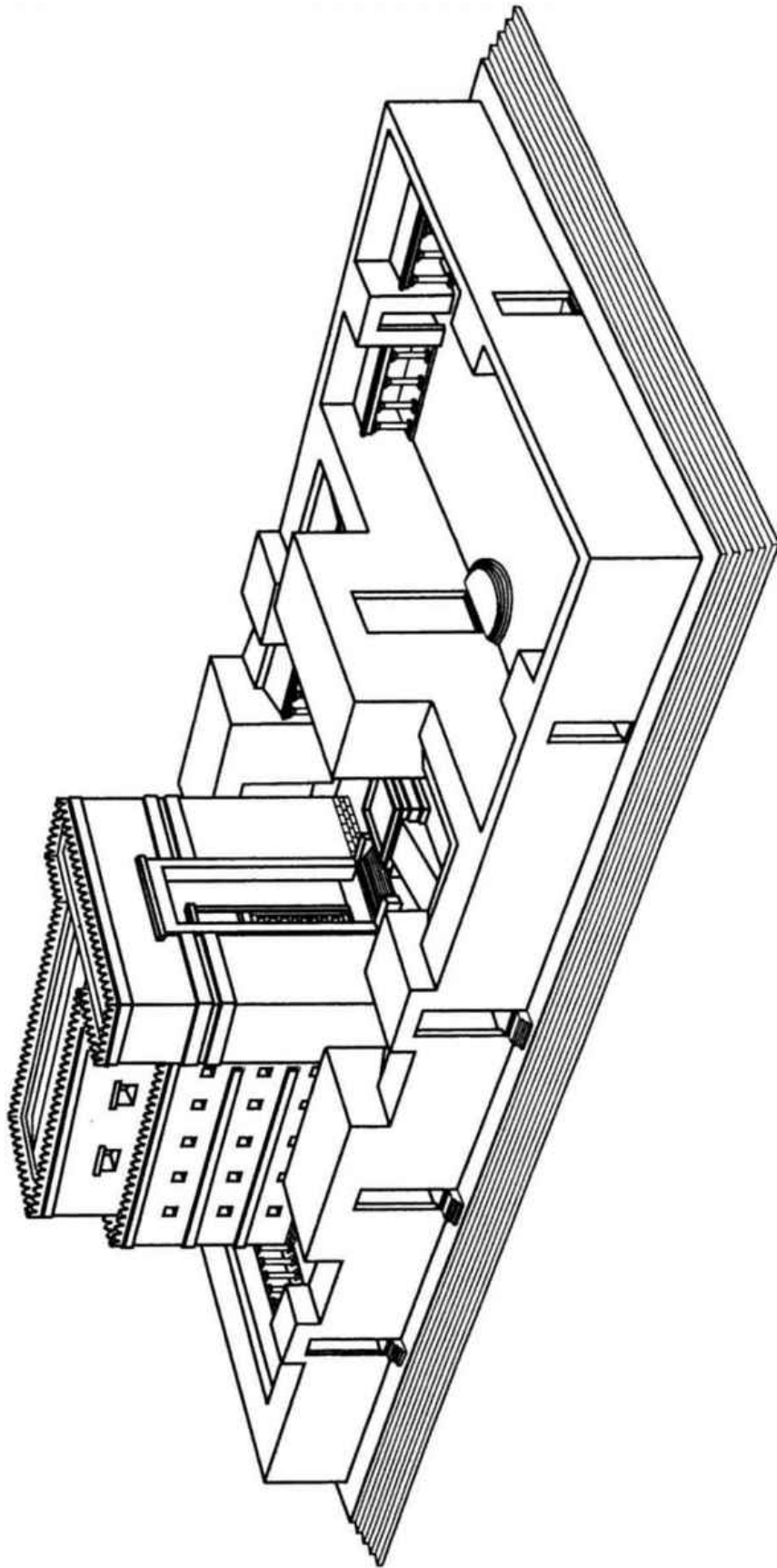
¹⁹⁰ Cf. el Proemio de la obra, I 1-30.

¹⁹¹ Según el comentario de THACKERAY ésta puede ser una alusión a la traducción griega de la obra original aramea, mencionada en I 3.

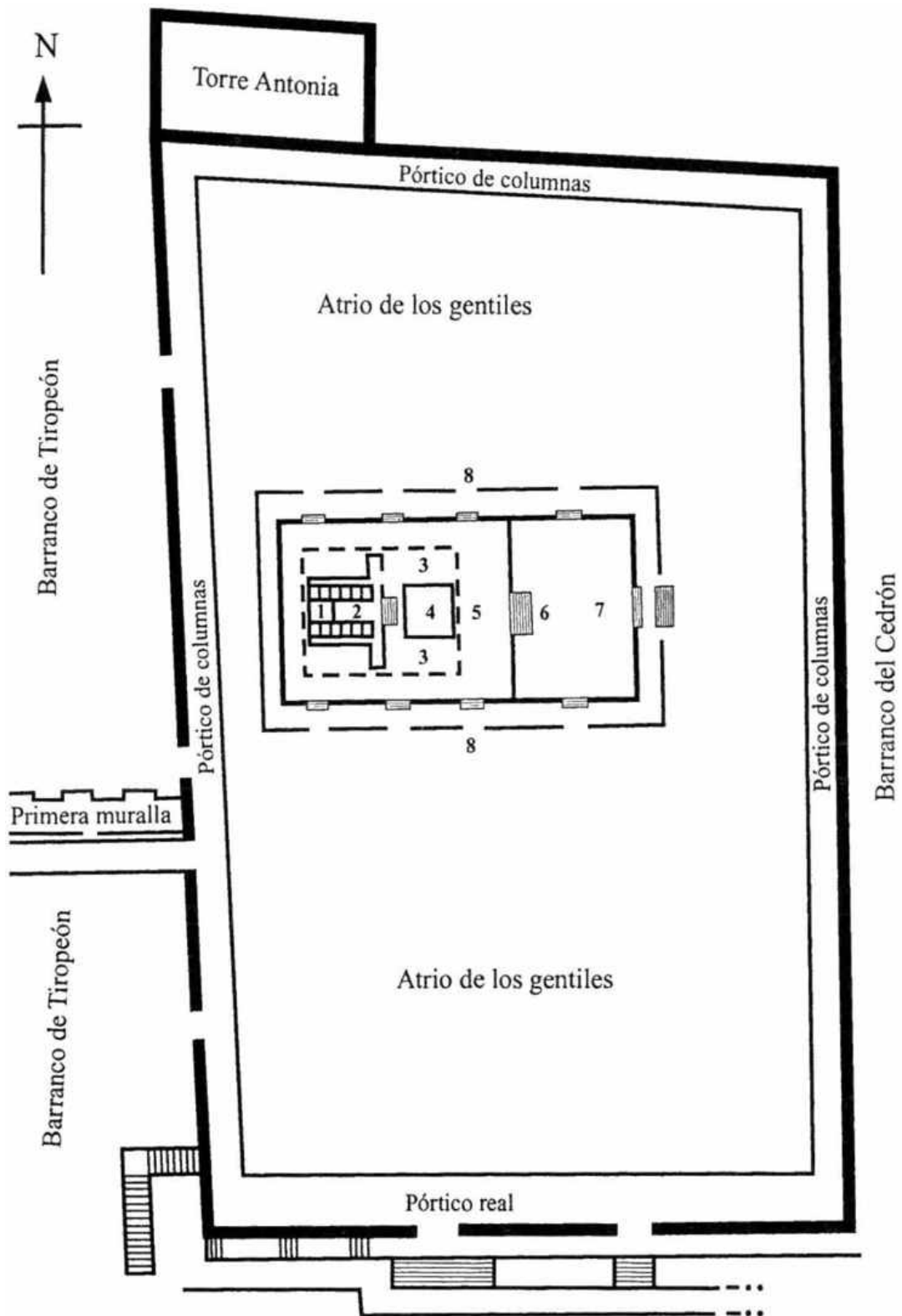
APÉNDICE



Palestina en el siglo I d. C.

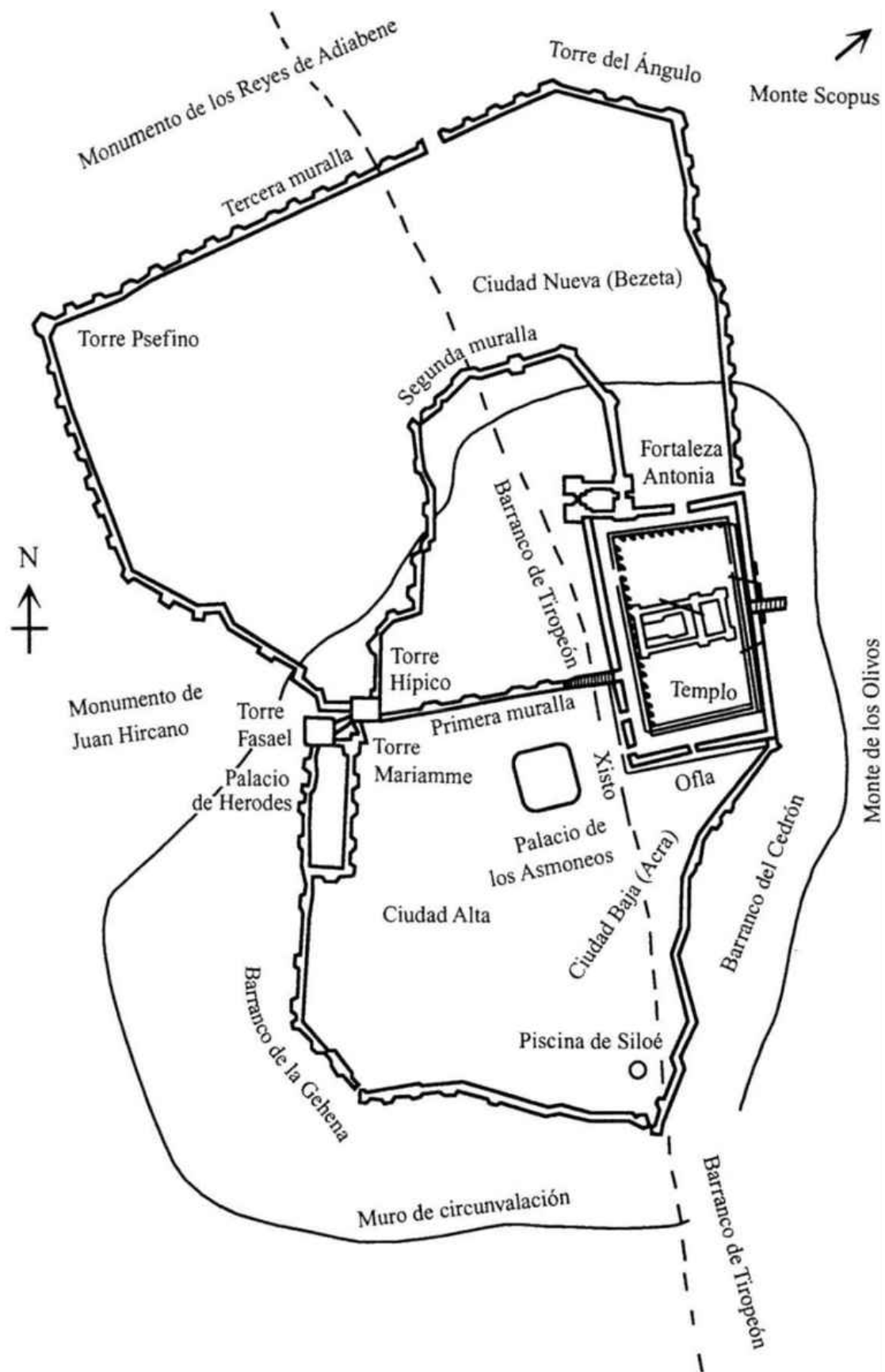


Templo de Jerusalén (reconstrucción de Th. A. Busink)



- | | |
|------------------------------|-----------------------------|
| 1 - <i>Sancta Sanctorum</i> | 5 - Atrio de los israelitas |
| 2 - Santuario | 6 - Puerta de Corinto |
| 3 - Atrio de los sacerdotes | 7 - Atrio de las mujeres |
| 4 - Altar de los sacrificios | 8 - Balaustrada |

Templo de Jerusalén



Jerusalén en el año 70 d. C.

ÍNDICE GENERAL

LIBRO IV

Nota textual

Sinopsis

Texto

LIBRO V

Nota textual

Sinopsis

Texto

LIBRO VI

Nota textual

Sinopsis

Texto

LIBRO VII

Nota textual

Sinopsis

Texto

APÉNDICE